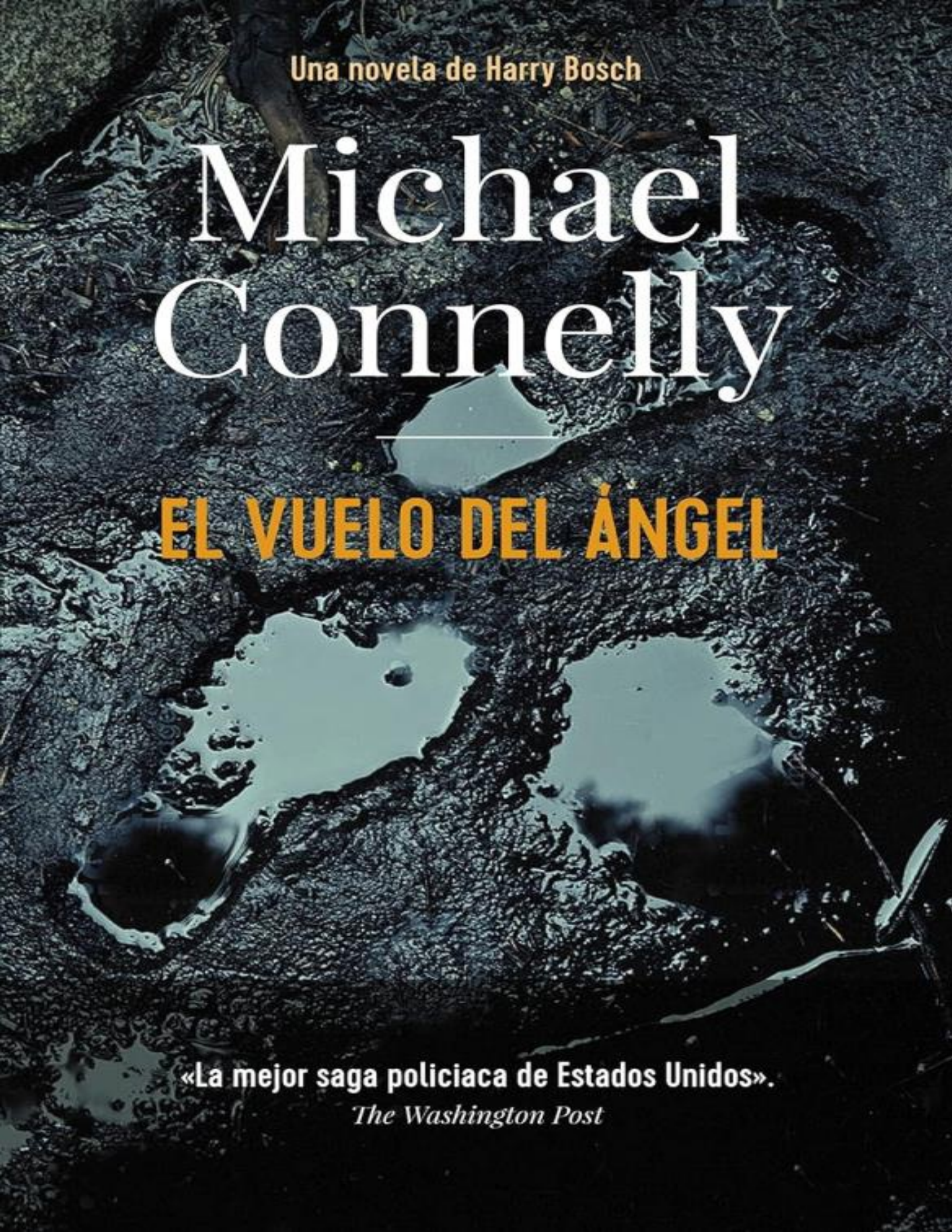

Una novela de Harry Bosch
Michael Connelly
EL VUELO DEL ÁNGEL
«La mejor saga policiaca de Estados Unidos».
The Washington Post

El cadáver de Howard Elias es hallado en pleno corazón de Los Angeles. Las demandas de este letrado afroamericano contra el Departamento de Policía de Los Angeles, aduciendo violencia y racismo, lo habían convertido en una celebridad, pero también se había ganado el odio del cuerpo al completo. Cuando a Harry Bosch se le asigna la investigación de este asesinato, sabe lo delicado del asunto y que deberá llevarla a cabo en una atmósfera asfixiante.

Michael Connelly

El vuelo del ángel

Harry Bosch - 06

Para McCaleb Jane Connelly

1

La palabra sonó extraña en sus labios, como si la hubiera pronunciado otra persona. Su voz denotaba una inquietud que el propio Bosch no reconoció. El simple «hola» que había musitado a través del auricular estaba lleno de esperanza, casi de desesperación. Pero la voz que oyó no era la que necesitaba oír.

—¿El detective Bosch?

Durante unos instantes Bosch se sintió como un estúpido. Se preguntó si su interlocutor habría notado el temblor en su voz.

—Soy el teniente Michael Tulin. ¿Es usted Bosch?

Ese nombre no significaba nada para Bosch, y la momentánea preocupación sobre cómo sonaba su propia voz se desvaneció para dar paso al terror.

—Sí, soy Bosch. ¿Qué pasa, qué ocurre?

—Un momento, le paso con Irving.

—Pero ¿qué…?

Su interlocutor colgó y se produjo un silencio. Bosch recordó entonces que Tulin era el ayudante de Irving. Bosch permaneció inmóvil, aguardando. Echó un vistazo a la cocina; sólo estaba encendida la tenue luz del horno. Sostuvo el auricular contra su oreja con una mano y se llevó la otra instintivamente al vientre; una mezcla de angustia y temor le habían producido un nudo en el estómago. Bosch contempló los relucientes dígitos del reloj del horno. Sólo habían transcurrido cinco minutos desde la última vez que lo había consultado. Esto no funciona así, se dijo Bosch. Esas cosas no las hacen por teléfono. Vienen a comunicártelo personalmente. Te lo dicen a la cara.

Por fin oyó la voz de Irving al otro lado del hilo telefónico.

—¿El detective Bosch?

—¿Dónde está ella? ¿Qué ha pasado?

Se produjo un angustioso silencio. Bosch cerró los ojos.

—Perdón, ¿cómo dice?

—¿Qué ha sucedido? ¿Está… viva?

—No comprendo a qué se refiere, detective. Le llamo porque quiero que reúna cuanto antes a su equipo. Necesito que se encargue de una misión especial.

Bosch abrió los ojos. Miró por la ventana de la cocina hacia el oscuro cañón que discurría más abajo, frente a su casa. Recorrió con la vista la ladera de la colina que se extendía hacia la autopista y luego alzó la vista de nuevo hacia el cúmulo de luces de Hollywood que divisaba a

través del espacio del paso de Cahuenga. Bosch se preguntó si cada luz significaría que había alguien despierto esperando a alguien que no iba a llegar. Bosch vio su imagen reflejada en la ventana. Estaba hecho polvo. Observó las profundas ojeras que se apreciaban incluso en el oscuro cristal.

—Tengo una misión para usted, detective —repitió Irving con impaciencia—. ¿Está dispuesto a trabajar o…?

—Estoy dispuesto. Disculpe, es que por un momento se me han cruzado los cables.

—Lamento haberle despertado, aunque supongo que ya debe de estar acostumbrado.

—Sí. No hay problema.

Bosch no dijo a Irving que su llamada no le había despertado, que llevaba un buen rato deambulando por la casa, esperando.

—Apresúrese, detective. Nos tomaremos un café aquí, en la escena del crimen.

—¿La escena del crimen?

—Ya hablaremos cuando llegue. No quiero entretenerlo más. Avise a su equipo. Llame a sus hombres. Que se presenten en Grand Street, entre la Tercera y la Cuarta, en lo alto de Angels Flight. ¿Conoce el lugar?

—¿Bunker Hill? No entiendo…

—Ya se lo explicaré aquí. Localíceme en cuanto llegue. Si estoy abajo, no hable con nadie antes de hacerlo conmigo.

—¿Y la teniente Billets? Ella debería…

—Informaremos a la teniente de la situación. No perdamos más tiempo. Esto no es una petición, es una orden. Reúna a sus hombres y preséntese aquí. ¿Está claro?

—Sí, desde luego.

—Pues entonces le espero.

Irving colgó sin aguardar respuesta. Bosch se quedó un momento inmóvil, con el auricular pegado a la oreja, preguntándose qué habría ocurrido. Angels Flight era el pequeño funicular de Bunker Hill que transportaba a la gente colina arriba hacia el centro de la ciudad, lejos de los límites de la sección de homicidios de la División de Hollywood. Si Irving tenía un cadáver en Angels Flight, la investigación recaería en la División Central. Si los detectives de la Central no podían hacerse cargo del caso por exceso de trabajo o problemas personales, o si consideraban que el asunto era demasiado importante o no convenía que los medios lo airearan, lo trasladarían al Departamento de Robos y Homicidios. El hecho de que un subdirector de la policía estuviera implicado en el caso antes del amanecer de un sábado indicaba esta última posibilidad. El hecho de que hubiera llamado a Bosch y a su equipo en lugar de a los chicos de Robos y Homicidios constituía un enigma. No sabía qué andaría haciendo Irving en Angels Flight, pero en cualquier caso el asunto no tenía sentido.

Bosch echó otro vistazo al oscuro desfiladero, apartó el auricular de la oreja y cerró el móvil. Tenía unas ganas tremendas de fumarse un cigarrillo, pero había conseguido resistir toda la noche sin fumar y no iba a rendirse entonces.

Bosch se apoyó en la mesa de la cocina. Contempló el teléfono que sostenía en la mano, volvió a encenderlo y oprimió el botón de memoria que le conectaría con el apartamento de Kizmin Rider. Después de hablar con ella llamaría a Jerry Edgar.

Aunque se resistía a reconocerlo, experimentó una sensación de alivio. Quizá no supiera lo que le aguardaba en Angels Flight, pero al menos eso le impedía pensar en Eleanor Wish.

Después de dos tonos, oyó la voz alerta de Rider.

—Hola Kiz, soy Harry —dijo Bosch—. Tenemos trabajo.

2

Bosch había quedado en reunirse con sus dos compañeros en la comisaría de la División de Hollywood para recoger los coches antes de dirigirse a Angels Flight. Mientras bajaba por la colina hacia la comisaría había sintonizado la KFWB y había oído la noticia de que se estaba investigando un homicidio en el lugar del histórico funicular.

Desde la escena del crimen, un reportero explicó que se habían hallado dos cadáveres dentro de uno de los coches del funicular y que varios miembros del grupo de Robos y Homicidios se habían personado en el lugar de los hechos. Pero ésos eran los únicos pormenores que facilitó el periodista, quien añadió que la policía había acordonado con cinta amarilla una zona increíblemente amplia alrededor del lugar del crimen, que le impedía acercarse para obtener más detalles. Al llegar a la comisaría, Bosch comunicó esta escueta noticia a Edgar y a Rider mientras firmaban la solicitud para sacar tres vehículos del garaje.

—Por lo visto vamos a tener que hacerles el trabajo sucio a los de Robos y Homicidios —observo Edgar, molesto de que le hubieran despertado de un sueño profundo y de tener que trabajar probablemente todo el fin de semana—. Para nosotros el curro, para ellos los honores, y encima este fin de semana ni siquiera estábamos de guardia. Si Irving necesita a gente de la División de Hollywood, ¿por qué no ha llamado al equipo de Rice?

A Edgar no le faltaba razón. Aquel fin de semana el equipo Uno —Bosch, Edgar y Rider— ni siquiera formaba parte del grupo de rotación. Si Irving hubiera seguido el procedimiento normal, habría llamado a Terry Rice, el jefe del equipo Tres, que era el primero de la lista de rotación. Pero Bosch había deducido que Irving no seguía el procedimiento normal, puesto que le había llamado a él directamente antes de informar a su supervisora, la teniente Grace Billets.

—Descuida, Jerry —dijo Bosch, acostumbrado a las quejas de su compañero—, dentro de un rato podrás preguntárselo personalmente al jefe.

—Sí, hombre, y me pasaré los próximos diez años en el Puerto. ¡No te jode!

—Hey, que la División del Puerto es un chollo —dijo Rider para tomarle el pelo. Ella sabía que Edgar vivía en el valle de San Fernando y que un traslado a la División del Puerto significaba que cada día tendría que recorrer un trayecto de hora y media de ida y hora y media de vuelta, la perfecta terapia de autopista, el método que empleaban los jefes para castigar a los polis descontentos y problemáticos—. Allí sólo se ocupan de seis o siete homicidios al año.

—Vale, pero que no cuenten conmigo.

—Vamos, en marcha —dijo Bosch—. Ya nos preocuparemos más tarde de esas cosas. No os perdáis.

Bosch tomó por Hollywood Boulevard hasta la 101 y se dirigió al centro de la ciudad por la autopista, en aquellos momentos poco transitada. A medio camino vio por el retrovisor que sus compañeros le seguían. Pese a la oscuridad y a los coches, no le costó localizarlos. Bosch detestaba los nuevos automóviles que utilizaban los detectives. Estaban pintados de negro y blanco y la única diferencia con un coche patrulla era que no llevaban las luces de emergencia en el techo. Al antiguo jefe de la policía se le había ocurrido la idea de sustituir los vehículos normales de los detectives por ese remedo de coches patrulla. Era una artimaña para fingir que había cumplido la promesa de poner a más policías en la calle. Había sustituido los automóviles normales por unos vehículos parecidos a los coches patrulla, para que la gente creyera que había más policías patrullando las calles. Además, cuando el ex jefe de la policía pronunciaba un discurso frente a algún grupo de la comunidad, solía enumerar a los detectives que utilizaban esos vehículos, jactándose de haber incrementado en varios centenares el número de polis en la calle.

A todo esto, los detectives que intentaban cumplir con su deber circulaban por la ciudad como blancos móviles. En más de una ocasión, cuando Bosch y su equipo trataban de entregar una orden de arresto o de entrar con discreción en un determinado barrio para investigar un caso, los coches delataban su presencia. Era estúpido y peligroso, pero era orden del jefe de la policía, y ésta se cumplía a rajatabla en todas las divisiones de detectives del departamento, aun después de que al tal jefe no le propusieran para un segundo mandato de cinco años.

Bosch, al igual que muchos detectives del departamento, confiaba en que el nuevo jefe de la policía no tardaría en ordenar que utilizaran de nuevo coches normales. Entretanto ya no regresaba a casa después del trabajo en el automóvil que le habían asignado. Era agradable disponer de un vehículo con el que trasladarse al propio domicilio, pero Bosch no quería aparcar un coche patrulla frente a su vivienda. No en Los Angeles. Nunca se sabe el peligro que eso puede acarrearle a uno.

Llegaron a Grand Street a las tres menos cuarto. Cuando Bosch detuvo el coche vio un buen número de vehículos policiales aparcados junto a la acera en California Plaza. Observó la escena del crimen y los furgones de los forenses, varios coches patrulla y más sedanes de detectives, no los que utilizaban ellos, sino los coches normales que seguían empleando los chicos de Robos y Homicidios. Mientras esperaba a que llegaran Rider y Edgar, Bosch abrió su maletín, sacó el móvil y llamó a su casa. Después de cinco tonos saltó el contestador y Bosch se oyó a sí mismo diciéndose que dejara el mensaje. Cuando se disponía a colgar, decidió dejar un mensaje.

—Soy yo, Eleanor. Me han encargado un caso… pero trata de localizarme o llámame al móvil cuando llegues a casa para que yo sepa que estás bien… Bueno, eso es todo. Hasta luego. Ah, ahora son aproximadamente las tres menos cuarto. Sábado por la mañana. Hasta luego.

Edgar y Rider se acercaron a la puerta del coche de Bosch, quien guardó el móvil y se apeó con su maletín. Edgar, el más alto de los tres, levantó la cinta amarilla con la que habían acordonado el lugar y los tres pasaron por debajo de ella, dieron sus nombres y número de placa a un agente uniformado que tenía en la mano la lista de personas que estaban autorizadas a acceder a la escena del crimen, y luego atravesaron California Plaza.

La plaza constituía el foco central de Bunker Hill, un patio de piedra formado por dos torres de oficinas de mármol colindantes, un rascacielos de apartamentos y el Museo de Arte Moderno. Había una gigantesca fuente con un estanque en el centro, pero las bombas y luces no funcionaban a esas horas y el agua aparecía quieta y negra.

Más allá de la fuente, en lo alto de Angels Flight, se alzaba la pintoresca estación estilo revival y la caseta de las ruedas y los cables. La mayoría de investigadores y detectives se hallaban congregados junto a esta pequeña construcción, como si esperaran algo. Bosch trató de localizar el reluciente cráneo afeitado de Irvin Irving, pero no lo vio. Él y sus compañeros cruzaron por entre la multitud y se dirigieron hacia el funicular detenido en la parte superior de la vía. Al mirar en torno a él, Bosch reconoció a varios detectives de Robos y Homicidios. Eran hombres con los que él había trabajado años antes, cuando formaba parte del grupo de élite. Algunos le saludaron con un gesto de cabeza o llamándole por su nombre. Bosch vio a Francis Sheehan, su antiguo compañero, solo, fumando un cigarrillo. Bosch se separó de sus compañeros y se acercó a él.

—¿Qué tal, Frankie? —le saludó Bosch.

—¡Hola, Harry! ¿Qué haces tú por aquí?

—Irving me ha llamado para que viniéramos.

—Pues lo siento por ti, chico. No desearía esto a mi peor enemigo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Será mejor que antes hables con él. Irving quiere tapar el asunto.

Bosch se quedó cortado. Sheehan no tenía buen aspecto, pero hacía meses que Bosch no lo había visto. No sabía a qué se debían las profundas ojeras de sus ojos de mastín ni cuándo se le habían formado. Bosch recordó la imagen de su propio rostro que había visto reflejada en el cristal de la ventana.

—¿Estás bien, Francis?

—Nunca me he sentido mejor.

—De acuerdo, hablaremos más tarde.

Bosch se reunió con Edgar y Rice, que permanecían de pie junto al coche del funicular. Edgar movió la cabeza hacia la izquierda de Bosch.

—¿Te has fijado, Harry? —preguntó en voz baja—. Son Chastain y su equipo. ¿Qué hacen aquí esos capullos?

Al volverse, Bosch vio a un grupo de hombres de Asuntos Internos.

—No tengo ni puta idea —respondió.

Chastain y Bosch se miraron unos instantes, pero Bosch apartó enseguida la vista. No merecía la pena cabrearse por haberse encontrado con unos tíos de Asuntos Internos. Picado por la curiosidad, Bosch trató de imaginar por qué había tal cantidad de policías en la escena del crimen: los chicos de Robos y Homicidios, los de Asuntos Internos, un subdirector… Tenía que enterarse de lo ocurrido.

Seguido por Edgar y Rider, que caminaban tras él en fila india, Bosch se acercó al coche del funicular. En su interior habían instalado unas luces y estaba iluminado como el cuarto de estar de una vivienda.

Había dos técnicos examinando la escena del crimen. Esto indicó a Bosch que había llegado tarde. Los técnicos encargados de analizar la escena del crimen no entraban en acción hasta

después de que los ayudantes del forense hubieran completado el procedimiento inicial: certificar la muerte de las víctimas, fotografiar los cadáveres *in situ*, examinar los cuerpos en busca de heridas, armas y documentos de identificación.

Bosch se acercó a la parte posterior del coche y miró a través de la puerta, que estaba abierta. Los técnicos trabajaban alrededor de dos cadáveres. Uno de ellos pertenecía a una mujer que estaba tumbada en uno de los asientos, hacia la mitad del coche. Llevaba unas mallas grises y una camiseta blanca que le llegaba a medio muslo. Sobre su pecho se había abierto una enorme flor de sangre, donde le había alcanzado una bala. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en la ventanilla. Era morena, de tez oscura y con unos rasgos de gente del sur de la frontera. En el asiento, junto a su cadáver, había una bolsa de plástico con numerosos objetos que Bosch no llegó a ver. A través de la abertura de la bolsa asomaba un periódico doblado.

En los peldaños junto a la puerta trasera del coche yacía el cadáver boca abajo de un hombre negro vestido con un traje gris oscuro. Desde donde se encontraba, Bosch no pudo ver el rostro del hombre. Y sólo había una herida visible, una herida de bala que había atravesado la mano derecha de la víctima. Bosch sabía que posteriormente, en el informe de la autopsia, sería descrita como una herida defensiva. El hombre había alzado la mano en un vano intento por impedir que le dispararan. Bosch había visto ese gesto en muchas ocasiones a lo largo de los años y siempre le recordaba los actos desesperados que hace la gente cuando está a punto de morir. Levantar la mano para detener una bala era uno de los más desesperados.

Aunque los técnicos entraban y salían de su campo visual, Bosch pudo mirar a través del funicular y contemplar la vía hasta Hill Street, unos cien metros más abajo de donde se encontraba. A los pies de la colina estaba detenido el otro coche, y Bosch vio a un numeroso grupo de detectives junto a los torniquetes y las puertas cerradas del Mercado Central, al otro lado de la calle.

Bosch había montado de niño en el funicular y había observado su funcionamiento. Lo recordaba perfectamente. Un coche hacía de contrapeso del otro. Cuando uno ascendía, el otro descendía, y a la inversa. Ambos se cruzaban a medio trayecto. Bosch recordó que había montado en el Angels Flight mucho antes de que Bunker Hill renaciera como un importante centro comercial de rascacielos de cristal y mármol, elegantes condominios y apartamentos, museos, fuentes y jardines de invierno. En aquella época, en la colina se alzaban unos destartalados edificios de apartamentos que antaño habían sido imponentes mansiones victorianas. Harry y su madre habían tomado el Angels Flight hasta lo alto de la colina en busca de una vivienda.

—Por fin, detective Bosch.

Bosch se volvió. Irving se hallaba en el umbral de la pequeña estación.

—Entrad —dijo, señalando a Bosch y a su equipo.

Penetraron en una habitación atestada de gente presidida por las enormes y viejas ruedas de los cables que en otro tiempo movían a los coches del funicular por la pendiente. Bosch recordó haber leído que hacía unos años, cuando Angels Flight fue rehabilitado después de permanecer un cuarto de siglo en desuso, las ruedas y los cables habían sido sustituidos por un sistema eléctrico controlado por ordenador.

A un lado de las ruedas quedaba el espacio justo para una pequeña mesa y dos sillas desplegables.

En el otro estaba el ordenador que movía el funicular, una banqueta para la persona que lo operaba y una pila de cajas de cartón. La superior estaba abierta y mostraba un montón de folletos sobre la historia de Angels Flight.

De pie junto a la pared del fondo, en la sombra detrás de las vetustas ruedas de hierro, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en el suelo, había un hombre de rostro curtido y rubicundo, inconfundible.

Bosch había trabajado anteriormente para el capitán John Garwood, jefe de la División de Robos y Homicidios. Por su expresión, Bosch comprendió que estaba enojado por algo. Garwood no levantó la vista, y los tres detectives guardaron silencio.

Irving se dirigió a un teléfono situado sobre la pequeña mesa plegable y tomó el auricular, que estaba descolgado. Antes de empezar a hablar indicó a Bosch que cerrara la puerta.

—Disculpe, señor —dijo Irving—. Es el equipo de Hollywood. Están todos aquí y dispuestos a ponerse manos a la obra.

Tras escuchar unos minutos, Irving se despidió de su interlocutor y colgó el teléfono. Su tono respetuoso y el empleo de la palabra «señor» indicaron a Bosch que Irving había hablado con el jefe de la policía. Era otro dato curioso sobre el caso.

—Muy bien —dijo Irving, volviéndose hacia los tres detectives—. Lamento haberos despertado, sobre todo porque no estabais de guardia. He hablado con la teniente Billets, y a partir de ahora permaneceréis fuera de la rotación de Hollywood hasta que hayamos solventado el caso.

—¿De qué se trata exactamente? —preguntó Bosch.

—Del asesinato de dos personas. Una situación delicada.

—Jefe, aquí hay suficientes agentes de Robos y Homicidios como para reabrir el caso de Bobby Kennedy —comentó Bosch, mirando a Garwood—. Por no hablar de los chicos de Asuntos Internos, que hacen como que se mantienen al margen. ¿Qué pintamos nosotros aquí? ¿Qué quiere de nosotros?

—Muy sencillo —respondió Irving—. Usted se hará cargo de la investigación. A partir de ahora el caso es suyo, detective Bosch. Los detectives de Robos y Homicidios se retirarán en cuanto su equipo esté informado del asunto. Habrá comprobado que han llegado con retraso. Es una lástima, pero confío en que logren superar ese contratiempo. Sé de lo que usted es capaz.

Bosch lo miró unos instantes, lleno de perplejidad. Luego observó de nuevo a Garwood. El capitán no se había movido y seguía con la vista fija en el suelo. Bosch formuló la única pregunta que podía arrojar luz sobre la extraña situación.

—¿Quiénes son el hombre y la mujer que están en el funicular?

—Querrá decir quiénes eran —contestó Irving—. La mujer se llama Catalina Pérez. Aún no sabemos quién era ni qué hacía en Angels Flight. Probablemente eso no importa. Por lo visto se encontraba en el lugar inadecuado en el momento inoportuno. Pero eso tendrá que determinarlo usted oficialmente. El homicidio del hombre plantea problemas distintos. Era Howard Elias.

—¿El abogado?

Irving asintió. Edgar aspiró con fuerza y contuvo el aliento.

—¿En serio?

—Por desgracia, sí.

Bosch miró por encima de la cabeza de Irving a través de la taquilla de billetes. Contempló el interior del funicular. Los técnicos se disponían a apagar las luces para examinar con láser el interior del coche en busca de huellas.

Bosch observó la mano con la herida de bala. Howard Elias. Pensó en todos los sospechosos que habría, muchos de ellos mezclados entre la multitud que en estos momentos presenciaba los movimientos de la policía.

—¡Mierda! —soltó Edgar—. Supongo que no podemos escaquearnos de este caso, ¿verdad, jefe?

—Cuide su lenguaje, detective —le espetó Irving, tensando los músculos de la mandíbula—. Aquí están de más las groserías.

—Sólo digo que si pretende que alguien del departamento haga el papel de Tío Tom, no creo…

—Eso no tiene nada que ver —le cortó Irving—. Le guste o no, han sido asignados a este caso. Espero que todos ustedes desempeñen su labor con esmero y profesionalidad. Pero sobre todo espero resultados, como el jefe de la policía. Todo lo demás no cuenta. ¿Entendido?

Después de una breve pausa, durante la cual Irving observó a Edgar, a Rider y a Bosch, el subdirector continuó:

—En este departamento sólo existe una raza —dijo—. Ni negra ni blanca. Sólo azul.

3

Howard Elias no había adquirido fama de abogado defensor de los derechos civiles gracias a sus clientes, los cuales podían describirse como indeseables cuando no como delincuentes. Lo que le había dado fama entre los habitantes de Los Angeles era su utilización de los medios de información, su habilidad a la hora de hurgar en la fibra sensible del racismo de la ciudad, y el hecho de que su labor profesional se basara en una sola especialidad: querellarse contra el Departamento de Policía de Los Angeles.

Durante casi dos décadas, Elias se había ganado la vida más que holgadamente presentando una querella tras otra ante los tribunales federales en nombre de ciudadanos que habían sufrido algún que otro encontronazo con el departamento de policía. Elias se había querellado contra agentes, detectives, el jefe de la policía y la misma institución. En sus pleitos solía utilizar métodos intempestivos, acusando a cualquier persona que estuviera remotamente relacionada con el incidente en cuestión. Cuando un ladrón fue atacado por un perro de la policía, Elias interpuso una demanda por daños y perjuicios en nombre de la víctima, acusando al perro, a su cuidador y a todas las personas encargadas de su supervisión, desde el cuidador hasta el jefe de la policía. No contento con ello, se querelló contra los instructores de la academia donde se había formado el cuidador del perro.

En sus espacios publicitarios emitidos de noche por televisión y en sus frecuentes conferencias de prensa «improvisadas», organizadas en la escalera del tribunal del distrito, Elias se arrogaba siempre el papel de perro guardián, una voz solitaria que clamaba en el desierto contra los abusos de una organización fascista y paramilitar conocida como Departamento de Policía de Los Angeles. Para sus críticos —entre los cuales se incluían desde los agentes del departamento hasta las instituciones de la ciudad y los fiscales—, Elias era un racista, un agitador que contribuía a agrandar las fisuras de una ciudad dividida. A los ojos de sus detractores, Elias personalizaba lo peor del sistema legal. Era un ilusionista de pacotilla a quien le gustaba exhibirse en la sala del tribunal sacando un conejo de la chistera en el momento menos pensado.

La mayoría de clientes de Elias eran negros o hispanos. Gracias a sus dotes de orador y a su uso selectivo de datos lograba convertir a sus clientes en héroes de la comunidad, en víctimas emblemáticas de un departamento de policía salvaje. Muchos habitantes de los barrios del sur de Los Angeles atribuían a Elias la hazaña de haber impedido que el departamento se comportara como un ejército de ocupación. Howard Elias era una de las pocas personas capaces de granjearse el odio más enconado y al mismo tiempo la admiración más ferviente en distintos sectores de la ciudad.

Pocos de los que reverenciaban a Elias se daban cuenta de que basaba su labor profesional en una sola faceta de la ley. Presentaba querellas sólo en tribunales federales y se servía de las disposiciones de las leyes sobre derechos civiles que le permitían presentar su minuta a la ciudad de Los Angeles en todos los casos en que salía victorioso.

El apaleamiento de Rodney King a manos de la policía, el informe de la Comisión Christopher despellejando al departamento a raíz del juicio de King y las subsiguientes manifestaciones en defensa de los derechos civiles, así como el caso de O. J. Simpson, preñado de connotaciones racistas, habían creado una sombra que se extendía sobre todos los pleitos presentados por Elias. Por tanto, al abogado no le resultaba especialmente difícil ganar sus querellas contra el departamento de la policía, convenciendo a los jurados para que concedieran al menos una compensación simbólica a los demandantes. Los jurados no se daban cuenta de que esos veredictos permitían a Elias cobrar sus honorarios a la ciudad y a sus contribuyentes, incluidos ellos mismos, unos honorarios de miles de dólares.

En la querella por el ataque del perro, que se convirtió en el caso emblemático de Elias, el jurado declaró que los derechos del demandante habían sido violados. Pero como el demandante era un ladrón con un largo historial delictivo, el jurado le concedió sólo un dólar en concepto de daños y perjuicios. Estaba claro que el jurado no pretendía hacer rico a un delincuente sino enviar un mensaje al departamento de policía. Pero eso a Elias no le importó. Una victoria era una victoria. Amparándose en las normas federales, presentó al ayuntamiento una minuta de 340 000 dólares. Aunque el ayuntamiento mandó revisar la minuta, terminó abonando más de la mitad de la misma. En efecto, aquel jurado —y muchos otros que habían participado en los casos de Elias— creyó que administraba un castigo al departamento, pero al mismo tiempo estaba financiando los espacios publicitarios de Elias de media hora de duración que emitía el Canal Nueve por la noche, así como su Porsche, los trajes italianos que el abogado lucía en la sala del tribunal y su imponente mansión en Baldwin Hills.

Elias no estaba solo, por supuesto. Había media docena de abogados en la ciudad especializados en casos relacionados con la policía y los derechos civiles. Esos abogados esgrimían la misma cláusula federal que les permitía cobrar unos honorarios muy superiores a las indemnizaciones que percibían sus clientes. No todos eran unos cínicos, interesados sólo en el dinero. Los pleitos interpuestos por Elias y otros abogados propiciaron un cambio positivo en el departamento. Ni siquiera sus enemigos, los polis, podían negarles eso. Los casos de derechos civiles pusieron fin a la práctica policial de reducir a un sospechoso agarrándolo con fuerza por el cuello, después de que un elevado número de ciudadanos pertenecientes a grupos minoritarios fallecieran a causa del empleo de ese método. Los pleitos presentados por Elias y otros abogados también habían conseguido que mejoraran las condiciones y la protección en las cárceles locales. Otros casos proporcionaron y facilitaron a los ciudadanos los medios para querellarse contra agentes policiales que les habían maltratado.

Pero Elias se hallaba muy por encima del resto. Seducía a los medios y poseía las dotes oratorias de un actor. Por otra parte, carecía de cualquier criterio a la hora de elegir a sus clientes. Representaba a traficantes de drogas que declaraban haber sido maltratados durante los interrogatorios, a atracadores que robaban a los pobres pero se quejaban de que habían sido golpeados por la policía, a ladrones que disparaban contra sus víctimas pero ponían el grito en el cielo cuando era la policía la que disparaba contra ellos. El argumento favorito de Elias —que

utilizaba a modo de latiguillo en sus emisiones publicitarias y cuando las cámaras lo enfocaban —era afirmar que el abuso de poder era el abuso de poder, al margen de que la víctima fuera un delincuente. Siempre aprovechaba para mirar directamente a la cámara y declarar que si se toleraban esos abusos cuando las víctimas eran culpables de un delito, no tardarían en sufrirlos también las personas inocentes.

Elias era un caso único. En la última década se había querellado contra el departamento en más de cien ocasiones y había obtenido veredictos del jurado dándole la victoria en más de la mitad de los casos. El suyo era un nombre capaz de conseguir que un policía se quedara helado al oírlo. En el departamento todos sabían que si Elias se querellaba contra uno, la querella no acabaría archivada. Elias no llegaba a acuerdos fuera del tribunal; en las leyes de los derechos civiles no había incentivos para resolver el caso fuera de los tribunales. No, cuando Elias presentaba una querella convertía a su objetivo en un espectáculo público. Habría comunicados de prensa, conferencias de prensa, titulares en los periódicos, reportajes en televisión. Uno podía darse por afortunado si salía indemne, y no digamos si lograba conservar su placa.

Howard Elias, ángel para algunos, demonio para otros, había sido asesinado a tiros en el funicular de Angels Flight. Al mirar a través de la ventana de la pequeña habitación y contemplar el resplandor naranja del rayo láser moviéndose a través del coche en penumbra, Bosch comprendió que estaba en la fase de calma que precede a la tormenta. Estaba previsto que el caso más importante en la carrera de Elias se abriera al cabo de dos días. El lunes por la mañana iban a seleccionar al jurado en el tribunal del distrito para juzgar lo que los medios habían bautizado como el caso del Black Warrior, la enésima querella de Elias contra el Departamento de Policía de Los Angeles. La coincidencia —que sin duda un amplio sector del público no consideraría tal— entre el asesinato de Elias y el comienzo del juicio, haría que la investigación de la muerte del abogado alcanzara fácilmente el siete en la escala de Richter. Los grupos minoritarios rugirían de ira y manifestarían sus justificadas sospechas. Los blancos del West Side expresarían en voz baja su temor a que se desencadenaran más disturbios. Y los ojos de la nación estarían de nuevo fijos en la ciudad de Los Angeles y en su policía. En esos momentos Bosch estaba de acuerdo con Edgar, aunque por otros motivos distintos a los de su compañero negro. Bosch hubiera dado cualquier cosa porque no le tocara ese caso.

—Jefe —dijo, Bosch volviéndose hacia Irving—, cuando se sepa quién…, quiero decir cuando los medios averigüen que la víctima es Elias, tendremos que…

—Eso no le incumbe —replicó Irving—. Lo que le incumbe es la investigación. El jefe de la policía y yo nos ocuparemos de los medios. Nadie debe decir una palabra sobre la investigación. Ni una palabra.

—Olvídese de los medios —terció Rider—. ¿Y South Central? La gente…

—También nos ocuparemos de eso —le interrumpió Irving—. El departamento establecerá un plan para hacer frente a posibles disturbios. A partir de ahora todo el personal hará un turno de doce horas hasta que comprobemos la reacción de la ciudad. Nadie de los que presenciamos los disturbios de 1992 queremos volver a vivirlos. Pero le repito que eso no les incumbe. Sólo deben preocuparse de una cosa.

—No me ha dejado terminar —dijo Rider—. No iba a decir que se producirán disturbios. Confío en la gente de esta ciudad. No creo que la situación llegue a estos extremos. Lo que sí iba

a decir es que este caso irritará a la gente y levantará sospechas. Si usted piensa que conseguirá resolver la situación poniendo a más policías en…

—Eso no es de su incumbencia, detective Rider —volvió a interrumpirle Irving—. Lo único que le incumbe es la investigación.

Bosch se dio cuenta de que las interrupciones y palabras de Irving, diciéndole a una mujer negra que los problemas de su comunidad no le incumbían, habían enfurecido a Rider. Lo veía en la expresión de su rostro. Bosch decidió intervenir antes de que Rider soltara alguna inconveniencia.

—Necesitaremos más gente. Si no contamos con ayuda, los tres nos pasaremos semanas o meses verificando las coartadas de los sospechosos. En un caso como éste es preciso moverse con rapidez, no sólo por el caso en sí, sino por la reacción de la gente. Tres personas no basta.

—También me he ocupado de eso —replicó Irving—. Dispondrán de toda la ayuda que necesiten. Pero no de Robos y Homicidios. Debido al asunto Michael Harris, eso provocaría un conflicto de intereses.

Bosch tomó nota de que Irving se negaba a denominarlo el caso del Black Warrior y prefería utilizar el nombre del demandante.

—¿Por qué nosotros? —preguntó.

—¿Qué?

—Comprendo que estén aquí los de Robos y Homicidios. Pero ¿dónde están los equipos de la División Central? Este asunto no nos concierne, ni siquiera estábamos de guardia. ¿Por qué nosotros?

Irving espiró con gesto resignado.

—Esta semana y la que viene toda la sección de homicidios de la División Central estará en un curso en la academia. Después de un cursillo sobre sensibilidad, harán otro en el FBI para adiestrarse en las nuevas técnicas relativas a la escena del crimen. Robos y Homicidios estaba cubriendo sus casos, como éste. Una vez identificada la víctima que había sido asesinada de unos disparos en la cabeza, se pusieron en contacto conmigo y después de despachar con el jefe de la policía decidimos llamarlos a ustedes. Forman un buen equipo. Uno de los mejores. Han logrado resolver sus últimos cuatro casos, incluso aquel asunto de los huevos duros. Sí, estoy enterado de ello. Además, y esto es lo más importante, Elias nunca presentó una querella contra ustedes.

Irving señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia la escena del crimen en el interior del funicular. Al mismo tiempo miró a Garwood, pero el capitán seguía con la vista clavada en el suelo.

—Aquí no hay conflicto de intereses —dijo Irving—. ¿De acuerdo?

Los tres detectives asintieron. Durante los veinticinco años que llevaba en el departamento, Bosch había tenido que hacer frente a varias querellas, pero nunca había tenido que vérselas con Elias. Sin embargo, no acababa de creerse la explicación de Irving. Edgar había aludido a un motivo por el que les habían elegido a ellos, un motivo probablemente más importante que el hecho de que Elias no se hubiera querellado contra ninguno de ellos. Los dos compañeros de Bosch eran negros. Un detalle que podía resultarle muy útil a Irving. Bosch sabía que el deseo de Irving de que el departamento tuviera un solo rostro y una sola raza —azul— se iría al traste cuando necesitara un rostro negro para las cámaras.

—No quiero que mi gente se exhiba ante los medios, jefe —dijo Bosch—. Si estamos en el caso, estamos en el caso para trabajar, no para convertirnos en un espectáculo.

Irving lo miró irritado.

—¿Cómo me ha llamado?

—Le he llamado jefe —respondió Bosch tras unos instantes de desconcierto.

—Ah, bueno. Porque me preguntaba si había alguna confusión sobre cuál es la jerarquía aquí. ¿Hay alguna confusión, detective?

Bosch volvió la cabeza y miró de nuevo a través de la ventana. Le daba rabia que los otros notaran que se había ruborizado.

—No —contestó.

—Bien —dijo Irving sin la menor tensión—. Entonces les dejo con el capitán Garwood. Él les pondrá al corriente de todo lo que hemos podido averiguar hasta el momento. Cuando el capitán haya terminado, hablaremos sobre cómo deben llevar el caso.

Irving se dirigió hacia la puerta, pero Bosch lo detuvo.

—Otra cosa, jefe.

Irving se volvió hacia el detective. Bosch había recobrado la compostura y lo miró con calma.

—Vamos a tener que investigar a muchos polis. Tendremos que repasar todos los casos de los abogados que se han querellado contra el departamento, no sólo el asunto del Black Warrior. De modo que deseo saber (y también mis compañeros) si usted y el jefe de la policía quieren que lleguemos al fondo del asunto caiga quien caiga o…

Bosch dejó la frase sin acabar; Irving no respondió.

—Quiero proteger a mi gente —dijo Bosch—. En este tipo de casos… Es preciso dejar las cosas bien claras antes de empezar.

Bosch se estaba arriesgando al decir eso delante de Garwood y los otros. Era probable que Irving volviera a enojarse. Pero Bosch se había arriesgado porque quería que el jefe respondiera delante de Garwood. El capitán era un hombre poderoso en el departamento. Bosch quería que supiera que su equipo seguiría las pautas de las más altas jerarquías, por si las cosas se ponían feas para algunos hombres de Garwood.

Irving observó unos instantes a Bosch antes de responder.

—Tomo nota de su insolencia, detective Bosch.

—De acuerdo, señor. Pero ¿qué me contesta?

—Quiero que se aclare el caso, caiga quien caiga, detective. Han muerto dos personas. No importa quiénes sean. No deberían haber muerto. Utilice todos sus recursos. Y resuelva el asunto.

Bosch asintió en señal de conformidad. Irving miró brevemente a Garwood antes de abandonar la habitación.

4

—¿Tiene un cigarrillo, Harry?

—Lo siento, capitán. Estoy tratando de dejarlo.

—Yo también. Supongo que la diferencia es que en lugar de comprar vamos gorreando.

Garwood se apartó del rincón y soltó una bocanada de aire. Movió con el pie unas cajas apiladas contra la pared y se sentó sobre ellas. A Bosch le pareció que tenía un aspecto cansado y envejecido, pero doce años atrás, cuando comenzó a trabajar para él, ya presentaba el mismo aspecto. Garwood no le suscitaba ningún sentimiento especial. Había sido un jefe distante. No confraternizaba con sus hombres fuera del trabajo, no se relacionaba con los chicos en la comisaría, y casi siempre estaba metido en su despacho. En aquella época, Bosch pensó que era mejor así. La actitud de Garwood no le granjeaba la simpatía de sus hombres, pero tampoco le creaba enemistades. Quizá por ese motivo había permanecido tanto tiempo en su cargo.

—Parece que esta vez nos hemos pillado los cojones con la tapa del baúl —dijo Garwood. Luego miró a Rider y añadió—: Disculpe la expresión, detective.

En ese preciso momento sonó el busca de Bosch. No era una llamada de su casa, como le hubiera gustado. Era el número personal de Grace Billets. La teniente probablemente quería averiguar qué ocurría. Si Irving se había mostrado por teléfono con ella tan circunspecto como con Bosch, la teniente aún debía de estar en la inopia.

—¿Es importante? —inquirió Garwood.

—Ya llamaré más tarde. ¿Quiere que hablemos aquí o en el funicular?

—En primer lugar deje que le explique lo que hemos averiguado. Luego puede hacer lo que guste.

Garwood metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un paquete de Marlboro y empezó a abrirlo.

—¿No me había pedido un cigarrillo? —preguntó Bosch.

—Sí. Éste es mi paquete de emergencia.

Bosch miró un tanto perplejo a Garwood mientras éste encendía un cigarrillo y luego le ofrecía el paquete de tabaco. Harry rehusó el ofrecimiento y metió las manos en los bolsillos para evitar tentaciones.

—¿Le molesta que fume? —preguntó Garwood, sonriendo socarronamente.

—En absoluto, capitán. Tengo los pulmones negros como el carbón. Pero mis compañeros…

Rider y Edgar hicieron un gesto con la mano para indicar que no les molestaba el humo. Parecían tan impacientes como Bosch por llegar al fondo de la historia.

—Bien —dijo Garwood—. Esto es lo que sabemos. Es el último parte de la noche. Un hombre llamado Elwood… ¿Elwood…? Un momento.

Garwood sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo donde había vuelto a guardar el paquete de tabaco y miró lo que había escrito en la primera hoja.

—Eldrige, sí, Eldrige. Eldrige Peete. El encargado del funicular. Sólo necesitan a una persona, todo está controlado por ordenador. El hombre se disponía a cerrar el funicular hasta el día siguiente. Las noches de los viernes, el último recorrido es a las once. Eran las once en punto. Antes de hacer que descienda el coche que está arriba, Eldrige sale y cierra la puerta. Luego regresa aquí, da las instrucciones al ordenador y hace descender el coche.

Garwood consultó de nuevo su bloc de notas.

—Esos artilugios tienen nombre. El coche que mandó para abajo se llama *Sinaí* y el que hizo subir se llama *Olivos*. Son nombres de montes que figuran en la Biblia. Cuando *Olivos* llegó aquí, a Eldrige le dio la impresión de que el coche estaba vacío. De modo que salió para cerrarlo, porque luego tiene que ponerlos nuevamente en marcha y el ordenador hace que se detengan uno junto al otro a mitad del carril.

Bosch miró a Rider e hizo un gesto como si escribiera en la palma de su mano. La detective asintió, sacó un bloc y un bolígrafo de su voluminoso bolso y empezó a tomar notas.

—Cuando Elwood, quiero decir Eldrige, salió para cerrar el coche, se encontró a los dos cadáveres dentro. Entonces regresó aquí y llamó a la policía. ¿Me siguen?

—Sí. ¿Qué pasó a continuación?

Bosch pensaba en las preguntas que tendría que formular a Garwood y probablemente a Peete.

—Nuestros hombres sustituyen temporalmente a los de la División Central, de modo que cuando me llamaron envié a cuatro agentes para que investigaran la escena del crimen.

—¿No registraron los cadáveres para comprobar su identidad?

—No enseguida. De todos modos, no llevaban ningún documento de identidad. Mis hombres siguieron las normas al pie de la letra. Hablaron con ese tal Eldrige Peete, bajaron la escalera del funicular en busca de casquillos de bala y esperaron a que llegara el equipo forense. La cartera y el reloj del tipo asesinado habían desaparecido, al igual que su maletín, suponiendo que lo llevara. No obstante, consiguieron identificarlo gracias a una carta que el muerto tenía en el bolsillo. Dirigida a Howard Elias. Cuando conocieron su identidad, mis hombres examinaron el cadáver y verificaron que se trataba de Elias. Luego, como es lógico, me llamaron a mí, yo llamé a Irving, él se puso en contacto con el jefe de la policía y decidimos llamarle a usted.

Garwood había pronunciado la última parte de la frase como si él hubiera participado en la decisión de llamar a Bosch. Al mirar a través de la ventana, Harry vio que aún había muchos detectives pululando por el lugar.

—Yo diría que esos hombres hicieron alguna llamada más, capitán —comentó Bosch.

Garwood se volvió para mirar por la ventana, como si no se le hubiera ocurrido que no era habitual ver a quince detectives en el lugar de un crimen.

—Supongo que sí —respondió.

—Bien, ¿qué más? —inquirió Bosch—. ¿Qué más hicieron antes de descubrir quién era el muerto y retirarse del caso?

—Hablaron con Eldrige Peete, como ya le he dicho, y examinaron la zona alrededor de los coches. De arriba abajo. Ellos…

—¿Encontraron algún casquillo?

—No. El asesino es cuidadoso. Recogió todos los casquillos. Pero sabemos que utilizó un arma del nueve.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Por la segunda víctima, la mujer. El disparo la atravesó. La bala impactó en el marco de acero de la ventanilla situada detrás de ella, se aplastó y cayó al suelo. Está muy deteriorada para hacer comparaciones, pero todo indica que es una pistola del nueve. Hoffman dijo que seguramente se trata de un arma federal, pero tendrá usted que esperar al análisis de balística para saberlo con certeza. Suponiendo que llegue hasta allí.

Perfecto, pensó Bosch. El nueve era el calibre del arma de la policía. Y el hecho de que el asesino recogiera los casquillos era muy revelador. Nada frecuente.

—Según mis hombres —continuó Garwood—, Elias fue asesinado poco después de llegar allí. El tipo se acercó y le disparó primero en el culo.

—¿En el culo? —preguntó Edgar.

—Así es. El primer disparo le alcanzó en el culo. Elias se disponía a subir al funicular, de modo que estaba a pocos pasos de la acera. El tipo se acercó por detrás y le metió el primer balazo en el culo.

—¿Y luego? —preguntó Bosch.

—Creemos que Elias cayó al suelo y se volvió para mirar a su agresor. Alzó las manos, pero el tipo volvió a dispararle. La bala le atravesó una mano y le dio en la cara, entre los ojos. Ésa es probablemente la causa de la muerte, el disparo en el rostro. Elias cae de nuevo, boca abajo. El tipo se sube en el funicular y le dispara otro tiro en la nuca, a bocajarro. Luego levanta la vista y ve a la mujer, en la que seguramente no había reparado. Le dispara a una distancia de cuatro metros aproximadamente. La bala le atraviesa el pecho. La mujer muere en el acto. No hay testigos. El tipo le quita la cartera y el reloj a Elias, recoge los casquillos y se larga. Al cabo de unos minutos, Peete hace subir el coche y encuentra los cadáveres. Ahora ya saben lo mismo que nosotros.

Bosch y sus compañeros guardaron silencio durante un buen rato. El escenario que había descrito Garwood no acababa de convencer a Bosch, pero no conocía aún suficientes pormenores sobre el crimen para cuestionar el informe del capitán.

—¿El robo parecía auténtico? —preguntó por fin Bosch.

—A mí me lo pareció. Sé que la gente del sur no querrá darse por enterada, pero es la realidad.

Rider y Edgar permanecían callados como estatuas.

—¿Y la mujer? —preguntó Bosch—. ¿El asesino le robó algo?

—Parece que no. Yo creo que el asesino no pretendía subir al funicular. En cualquier caso, el blanco era el abogado vestido con un traje de mil dólares.

—¿Peete oyó algún disparo o algún grito?

—Dice que no. Me contó que el generador de electricidad está instalado bajo tierra, justamente aquí, y que como emite todo el día un ruido parecido al de un ascensor, él se pone tapones en los oídos. No oyó nada.

Bosch rodeó las ruedas de los cables y observó la caseta del operador del funicular. De pronto reparó en que habían instalado sobre la caja registradora un pequeño vídeo con una pantalla segmentada que mostraba cuatro vistas de Angels Flight, desde una cámara instalada en cada uno de los coches y otra situada encima de cada terminal. En una esquina de la pantalla Bosch vio una imagen del interior del coche llamado *Olivos*. Los técnicos que trabajaban en la escena del crimen aún estaban examinando los cadáveres.

Garwood se acercó por el otro lado de las ruedas.

—No ha habido suerte —dijo—. Las cámaras emiten en vivo; las imágenes no quedan grabadas en cinta. Las cámaras sirven para que el operador compruebe que todos los pasajeros han subido al coche y están sentados, antes de poner en marcha el funicular.

—¿No vio al…?

—No miró —repuso Garwood, sabiendo lo que iba a preguntarle Bosch—. Sólo miró por la ventana, pensó que el coche estaba vacío y lo hizo subir para cerrarlo.

—¿Dónde está Eldrige ahora?

—En Parker Center. Si quiere hablar con él tendrá que entrevistarlo allí. Haré que alguien lo vigile hasta que vaya usted.

—¿Algún otro testigo?

—Ninguno. A las once de la noche ese lugar está desierto. El Mercado Central cierra las puertas a las siete. Allí no hay nada salvo unos edificios de oficinas. Dos de mis hombres se disponían a entrar en esos apartamentos para registrarlos, pero cuando consiguieron identificar a Elias se retiraron.

Bosch se paseó por el reducido espacio de la habitación mientras reflexionaba. Hasta el momento habían hecho muy poco, y hacía ya cuatro horas que habían descubierto los cadáveres. Esto le preocupaba, aunque comprendía el motivo del retraso.

—¿Qué hacía Elias en Angels Flight? —preguntó a Garwood—. ¿Lograron sus hombres averiguarlo antes de retirarse?

—Supongo que querría subir a la colina, ¿no cree?

—Vamos, capitán. Si lo sabe, no perdamos el tiempo.

—No lo sabemos, Harry. Según hemos podido comprobar, vivía en Baldwin Hills. Eso está muy lejos de Bunker Hill. No sé qué le habría traído hasta aquí.

—¿Han averiguado de dónde venía?

—Eso es más fácil. Elias tenía el despacho en la calle Tercera, en el edificio Bradbury. Seguramente venía de allí. Pero en cuanto a lo que hacía…

—Bien, ¿y qué saben de la mujer?

—Es un enigma. Mis hombres ni siquiera habían empezado con ella cuando nos dijeron que nos retiráramos del caso.

Garwood tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón. Bosch lo interpretó como una señal de que la entrevista había terminado. No obstante, intentó sonsacarle más información.

—¿Está usted cabreado, capitán?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por haber sido apartado del caso. Porque sus hombres figuran en la lista de sospechosos.

Una breve sonrisa asomó en los delgados labios de Garwood.

—No, no estoy enfadado. Comprendo el punto de vista del jefe.

—¿Están dispuestos sus hombres a colaborar con nosotros en este caso?

Garwood asintió con la cabeza tras unos instantes de vacilación.

—Desde luego. Cuanto antes colaboren con ustedes, antes conseguirán limpiar sus nombres.

—¿Se lo dirá a sus hombres?

—Eso es exactamente lo que les diré.

—Se lo agradezco, capitán. Dígame, ¿cuál de sus hombres cree usted que pudo haberlo hecho?

Garwood esbozó una amplia sonrisa. Bosch observó sus dientes manchados de nicotina y se alegró de haber dejado el tabaco.

—Es usted muy listo, Harry. Lo recuerdo.

Garwood no añadió nada más.

—Gracias, capitán, pero ¿por qué no responde a mi pregunta?

Garwood se dirigió a la puerta y la abrió. Antes de salir se volvió para observar a Bosch, a Edgar y a Rider.

—No ha sido ninguno de mis hombres, detective. Se lo garantizo. No pierda el tiempo investigando en esa dirección.

—Gracias por el consejo, capitán.

Garwood salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

—Este tío es como el capitán Boris Karloff —dijo Rider—. Juraría que sólo sale de noche.

—Míster Personalidad —dijo Bosch con una sonrisa—. Bueno, ¿qué pensáis de este asunto?

—Creo que aún estamos en el punto cero —respondió Rider—. Esos tipos no se dieron prisa antes de que los apartaran del caso.

—¿Qué puede esperarse de los chicos de Robos y Homicidios? —terció Edgar—. No es que se distingan precisamente por su agilidad. Parecen tortugas. Creo que estamos jodidos. Tú y yo, Kiz, no podemos ganar este caso. ¡A la mierda con la raza azul!

Bosch se dirigió hacia la puerta.

—Salgamos a echar un vistazo —dijo para cortar a Edgar. Las quejas de su compañero eran válidas, pero en esos momentos sólo servían para entorpecer su misión—. Quizá nos formemos algunas ideas antes de que Irving decida volver a hablar con nosotros.

5

El número de detectives apostados frente a la estación del funicular había empezado a decrecer. Bosch observó cómo Garwood y un grupo de sus hombres atravesaban la plaza para subir a sus automóviles. Luego vio a Irving junto al coche del funicular, charlando con Chastain y tres detectives. Bosch no los conocía, pero dedujo que eran de Asuntos Internos. El subdirector hablaba con vehemencia pero en un tono tan bajo que Bosch no pudo oír lo que decía. Bosch no entendía qué pintaban allí los de Asuntos Internos, pero le daban mala espina.

De pronto vio también a Frankie Sheehan detrás de Garwood y su grupo. Parecía a punto de marcharse.

—Hola, Frankie, ¿te vas? —dijo Bosch.

—Sí, el capitán nos dijo que nos largáramos.

Bosch se acercó a Sheehan.

—¿Tienes alguna idea que pueda ayudarme? —le preguntó en voz baja.

Sheehan contempló el coche del funicular, como si por primera vez se preguntara quién podía ser el asesino de los dos viajeros.

—Ninguna excepto lo obvio, y creo que eso es una pérdida de tiempo. Claro que a ti te sobra el tiempo, ¿no? Investiga todas las posibilidades.

—Ya. ¿Se te ocurre alguna persona por la que deba empezar?

—Sí, yo mismo —contestó Sheehan sonriendo—. Odiaba a ese cabrón. ¿Sabes lo que voy a hacer? Esta misma mañana voy a comprar una botella del mejor *whisky* irlandés que encuentre. Lo voy a celebrar, Hyeronimus. Porque Howard Elias era un hijoputa.

Bosch asintió. Los policías rara vez usaban la palabra hijoputa. La oían mucho, pero no la utilizaban. Casi todos los polis la reservaban como el peor insulto que podían proferir contra una persona. Cuando la empleaban contra alguien, eso quería decir que ese alguien había transgredido todas las normas, que no sentía el menor respeto por quienes velaban por el cumplimiento de la ley ni por las reglas y los límites impuestos por la sociedad. Los asesinos de policías eran siempre unos hijoputas, sin paliativos. También solían dedicar ese adjetivo a los abogados defensores. Y Howard Elias figuraba entre los hijoputas. Ocupaba el primer lugar de la lista.

Sheehan se despidió con un breve saludo militar y atravesó la plaza. Bosch centró de nuevo su atención en el interior del funicular mientras se enfundaba unos guantes de goma. Los técnicos habían vuelto a encender las luces y estaban acabando su trabajo con el láser. Bosch conocía a uno de ellos llamado Hoffman. Trabajaba con una ayudante de la que Bosch tenía

referencias aunque no conocía. Era una mujer asiática muy atractiva, con unas tetas enormes. Bosch había oído comentar sus atributos y cuestionar su autenticidad a algunos detectives en la comisaría.

—¿Puedo entrar, Gary? —preguntó Bosch, asomándose a través de la puerta del funicular.

Hoffman estaba organizando su equipo de instrumentos antes de cerrarlo.

—Pasa —dijo alzando la vista—. Estamos terminando. ¿Te han asignado el caso, Harry?

—Sí. ¿Tienes algo para mí, algo que me pueda ayudar a resolverlo?

Bosch entró en el coche, seguido de Edgar y Rider. Como se trataba de un funicular, el suelo consistía en unos escalones que conducían a la otra puerta. Los asientos también estaban escalonados, a ambos lados del pasillo central. Bosch observó los asientos de madera y recordó lo duros que le parecían cuando era un niño delgaducho.

—Me temo que no —respondió Hoffman—. No hemos descubierto nada interesante.

Bosch asintió con la cabeza y bajó unos escalones para dirigirse hacia el primer cadáver. Observó a Catalina Pérez como si se tratara de una escultura en un museo. El objeto que tenía ante sí apenas le parecía humano. Bosch estudió los detalles para hacerse una idea de lo ocurrido. De pronto se fijó en la mancha de sangre y en el pequeño orificio que había hecho la bala en la camiseta de la mujer asesinada. El proyectil la había alcanzado en el corazón. Bosch reflexionó sobre el particular e imaginó al asesino situado en la puerta del coche, a cuatro metros de distancia.

—Excelente puntería, ¿verdad?

Era la ayudante que Bosch no conocía. La miró y asintió con la cabeza. Estaba pensando lo mismo, que el asesino era un experto en el manejo de armas de fuego.

—Creo que no nos conocemos. Me llamo Sally Tam.

La técnica le tendió la mano y Bosch se la estrechó. Ambos llevaban puestos unos guantes de goma. Bosch se presentó.

—Hace unos minutos he oído hablar a alguien de usted, sobre el caso de los huevos duros —dijo la técnica.

—Pura suerte.

Bosch sabía que sus compañeros le tomaban el pelo a propósito de ese caso. Todo comenzó cuando un reportero del *Times* oyó hablar del asunto y escribió un artículo exagerando las dotes de Bosch, hasta el extremo de presentarlo como un pariente lejano de Sherlock Holmes.

Bosch señaló por encima de Tam y dijo que necesitaba pasar para echar un vistazo al otro cadáver. La técnica se apartó, y Harry pasó ante ella procurando no rozarla. Luego la oyó presentarse a Rider y a Edgar. Bosch se acuclilló para examinar el cadáver de Howard Elias.

—¿Así es como lo encontrasteis? —preguntó a Hoffman, que estaba agachado junto a su instrumental, a los pies del difunto.

—Prácticamente. Lo volvimos para registrarle los bolsillos, pero luego lo colocamos de nuevo como estaba. En el asiento que tienes detrás hay unas polaroids, por si quieres verificarlo. El equipo forense las tomó antes de que tocáramos el cadáver.

Bosch examinó las fotos. Hoffman tenía razón. El cadáver estaba en la misma posición en la que él lo había encontrado.

Harry giró la cabeza del cadáver con ambas manos para estudiar las heridas. La interpretación de Garwood había sido correcta. El orificio de entrada de la bala situado en la nuca

era una herida de contacto. Aunque estaba parcialmente oculta por la sangre adherida al cabello, aún se apreciaban las quemaduras causadas por la pólvora y unos desgarrones que formaban un dibujo circular en torno a la herida. El disparo en el rostro era limpio. Eso no quería decir que no hubiera sangre, la había en gran cantidad, sino que no se observaban quemaduras de pólvora en la piel. La bala que le había herido en el rostro había sido disparada a bastante distancia.

Bosch alzó el brazo del cadáver y volvió la mano boca arriba para examinar la herida de entrada en la palma. Movió el brazo con toda facilidad. El aire fresco de la noche había retrasado el *rigor mortis*. En la palma de la mano no se observaban quemaduras de bala. Bosch calculó que el arma se hallaba al menos a un metro de la mano en el momento en que el asesino disparó la bala. Si Elias había extendido el brazo con la palma hacia arriba, había que añadir otro metro de distancia.

Edgar y Rider se acercaron al segundo cadáver. Bosch sintió la presencia de los detectives tras de sí.

—Entre dos y dos metros y medio de distancia, a través de la mano y entre los ojos —dijo Bosch—. Este tío sabe disparar. Será mejor que no lo olvidemos cuando tengamos que abatirlo.

Nadie dijo nada. Bosch confiaba en que sus compañeros hubieran captado el tono de confianza y de advertencia con que había pronunciado la última frase. Cuando se disponía a depositar la mano del cadáver en el suelo observó un rasguño que le recorría la muñeca y el canto de la mano. Harry dedujo que la herida se había producido cuando el asesino le había quitado a Elias el reloj. Examinó la herida detenidamente. No había sangre. Era una laceración limpia y blanca que discurría por la superficie de la piel tostada, aunque lo suficientemente profunda para haber sangrado.

Bosch reflexionó unos momentos sobre el asunto. El asesino no había disparado a la víctima en el corazón sino en la cabeza. El desplazamiento de sangre de las heridas indicaba que el corazón había continuado latiendo durante varios segundos como mínimo después de que Elias cayera abatido. Todo indicaba que el asesino le había arrancado el reloj poco después de dispararle; evidentemente, no tenía motivos para demorarse. Sin embargo, el rasguño de la mano no había sangrado. Daba la impresión de que se había producido mucho después de que el corazón hubiera dejado de latir.

—¿Qué te parece la tercera herida? —preguntó Hoffman, interrumpiendo por un momento las reflexiones de Bosch.

Hoffman se apartó, y Bosch fue a colocarse a los pies del cadáver. Al acuclillarse de nuevo examinó la tercera herida de bala. La sangre le había empapado los fondillos del pantalón. No obstante, Bosch distinguió el desgarrón y las quemaduras de pólvora donde la bala había atravesado el tejido y se había alojado en el ano de Elias.

El asesino había apoyado el arma con firmeza en el punto donde se unían las costuras del pantalón, y había disparado. Era un disparo por venganza. Más que un golpe de gracia, indicaba rabia y odio. Contradecía la fría habilidad de los otros disparos. A Bosch también le indicaba que Garwood se había equivocado respecto a la secuencia de los disparos. Lo que faltaba por ver era si el capitán se había equivocado adrede.

Harry se incorporó y retrocedió hasta la puerta posterior del funicular, para situarse en el sitio donde probablemente se había colocado el asesino.

Observó de nuevo la carnicería que tenía ante sí y asintió con la cabeza, como si tratara de retener todos los detalles en la memoria. Edgar y Rider seguían aún entre los cadáveres, haciendo sus propias observaciones.

Bosch miró hacia los raíles que se extendían hasta el torniquete de la entrada de la estación. Los detectives se habían marchado. Sólo quedaba un coche patrulla aparcado allí abajo y dos agentes que custodiaban la escena del crimen.

Bosch ya había visto bastante. Pasó ante los cadáveres, rodeó cuidadosamente a Sally Tam y se subió al andén. Sus compañeros le siguieron. Edgar pasó más cerca de Tam de lo que hubiera debido.

Bosch se apartó del coche del funicular para hablar en privado con sus compañeros.

—¿Qué opináis? —preguntó.

—Creo que son auténticas —respondió Edgar, volviéndose para mirar a Tam—. Tienen una forma natural. ¿Tú qué crees, Kiz?

—Muy gracioso —replicó Rider, negándose a seguirle el juego a su compañero—. ¿Podemos hablar del caso?

Bosch admiraba el modo en que Rider encajaba los frecuentes comentarios y bromas subidas de tono de Edgar, sin más que alguna observación sarcástica o alguna queja. Esos comentarios le podrían costar caro a Edgar si Rider se quejaba ante sus jefes. El hecho de que no lo hiciera indicaba que Edgar la cohibía o que sus comentarios no le importaban. Por otra parte, Rider sabía que si presentaba una queja formal conseguiría lo que los policías llaman «la chaqueta K-9», una referencia a la celda de la prisión municipal donde metían a los soplones. Bosch había preguntado una vez a Rider si quería que él hablara con Edgar. En calidad de jefe suyo, Bosch era legalmente responsable de solventar el problema aunque sabía que si hablaba con Edgar, éste se daría cuenta de que había comentado el asunto con ella. Rider también lo sabía. Después de reflexionar brevemente sobre ello, Rider pidió a Bosch que dejara las cosas como estaban. Dijo que no se sentía cohibida por Edgar, aunque a veces sus bromas la molestaban. Pero en cualquier caso, el asunto no tenía mayor importancia.

—Empieza tú, Kiz —dijo Bosch, pasando por alto el comentario de Edgar, aunque no estaba de acuerdo con la opinión de éste sobre Tam—. ¿Hay algo ahí dentro que te haya llamado la atención?

—Lo mismo que a todos. Al parecer las víctimas no estaban juntas. O bien la mujer se subió al funicular antes que Elias, o bien éste se disponía a bajar. Parece bastante claro que Elias era el objetivo principal y que ella murió por encontrarse allí. El disparo en el culo corrobora esa hipótesis. Además, como tú mismo has dicho ahí dentro, ese tipo era un excelente tirador. Buscamos a alguien con experiencia en ese terreno.

Bosch asintió.

—¿Algo más?

—No. La escena del crimen está limpia. Apenas tenemos nada con qué trabajar. —¿Jerry?

—Nada. ¿Tú qué piensas?

—Lo mismo. Pero creo que Garwood nos contó una historia que no cuela. Su secuencia de los disparos no concuerda con la realidad.

—Explícate —dijo Rider.

—El disparo en el culo fue el último, no el primero. Elias ya había sido abatido. Es una herida de contacto y la entrada se halla en la parte inferior, donde se unen las costuras del pantalón. Habría sido difícil meter el cañón de la pistola ahí si Elias hubiera estado de pie, aunque se encontrara a un paso del asesino. Creo que ya había caído cuando el tipo le metió la bala por el culo.

—Eso cambia las cosas —dijo Rider—, porque eso quiere decir que el último fue un balazo por venganza. El tío estaba cabreado con Elias.

—Lo cual indica que lo conocía —observó Edgar.

Bosch asintió.

—¿Y tú crees que Garwood lo sabía y que nos soltó un cuento chino para despistarnos? —preguntó Rider—. O a lo mejor no reparó en ese detalle.

—Garwood no es ningún estúpido. El lunes, él y quince de sus hombres iban a ser demandados por Elias ante los tribunales. Garwood sabe que cualquiera de sus chicos ha sido capaz de hacerlo. Los está protegiendo. Ésa es mi opinión.

—¡Venga, hombre! ¿Cómo va a proteger a un policía asesino? En ese caso debería…

—No sabemos con certeza que esté encubriendo a un policía asesino. Puede que ni él mismo lo sepa. Quizá lo haya hecho simplemente para cubrirse las espaldas.

—Da igual. Si está protegiendo a un policía asesino, no debería llevar la placa.

Bosch no respondió al comentario de Rider, que meneó la cabeza indignada.

Al igual que muchos policías en el departamento, estaba harta de chapuzas y de polis que protegían a otros, de que unos pocos mancharan el buen nombre de muchos.

—¿Qué pensáis sobre el rasguño de la mano? —preguntó Bosch.

Edgar y Rider lo miraron un tanto sorprendidos.

—Seguramente se produjo cuando el tipo le quitó el reloj —contestó Edgar—. Debía de ser un reloj con la correa extensible, como un Rolex. Conociendo a Elias, probablemente era un Rolex. Un buen motivo.

—Sí, suponiendo que fuera un Rolex —apostilló Bosch.

El detective se volvió para contemplar la vista de la ciudad. Dudaba de que Elias llevara un Rolex.

Pese a su tendencia a la ostentación, Elias era de esos abogados que cuidan los detalles. Sabía que un letrado que luce un Rolex corre el riesgo de granjearse la antipatía del jurado. No, no se lo pondría. Luciría un reloj caro, de una marca importante, pero no un Rolex.

—¿Qué piensas, Harry? —preguntó Rider—. ¿Por qué te preocupa el rasguño?

Bosch se volvió hacia sus compañeros.

—Al margen de que fuera un Rolex o un reloj de otra marca, no hay sangre en el rasguño.

—¿Lo que significa?

—Ahí dentro está lleno de sangre. Las heridas de bala sangraron, pero en el rasguño no se observa una gota de sangre. No creo por tanto que el asesino le quitara el reloj. Ese rasguño se produjo después de que el corazón de Elias dejara de latir. Yo diría que mucho después. Lo que significa que el rasguño se produjo después de que el tipo que disparó abandonara el lugar.

Rider y Edgar se quedaron pensativos.

—Es posible —dijo Edgar al cabo de unos instantes—. Pero el asunto del sistema vascular es difícil de precisar. Ni siquiera el forense podrá llegar a una conclusión terminante.

—Eso es cierto —convino Bosch—. Digamos que es una corazonada. No podemos presentarlo como prueba ante el tribunal, pero estoy convencido de que el asesino no le arrebató el reloj a Elias. Ni tampoco la cartera.

—¿Qué insinúas? —preguntó Edgar—. ¿Que fue otra persona quien se lo quitó?

—Exactamente.

—¿Crees que fue el encargado del funicular, el que descubrió los cadáveres?

Bosch se limitó a encogerse de hombros.

—¿Crees que fue uno de los chicos de Robos y Homicidios? —preguntó Rider—. ¿Otro intento de despistarnos, de hacernos creer que se trata de un robo por si el culpable fuera uno de ellos?

Bosch la miró un momento, pensando en cómo responder a sus preguntas y en que pisaban un campo minado.

—¿Detective Bosch?

Harry se volvió.

Era Sally Tam.

—Nosotros hemos terminado, y los forenses quieren saber si pueden cubrir los cadáveres con plásticos y ponerles unas etiquetas para llevárselos.

—Por supuesto. A propósito, ¿han encontrado algunas huellas con el láser?

—Muchas, pero no creemos que sean importantes. En el funicular viaja mucha gente. Las huellas que hemos hallado probablemente pertenezcan a los pasajeros, no al asesino.

—De todos modos, mandadlas analizar enseguida, ¿vale?

—Desde luego. Lo mandaremos todo a Huellas y al Departamento de Justicia. En cuanto sepamos los resultados se lo comunicaremos.

Bosch le dio las gracias.

—¿Han encontrado algunas llaves en el cadáver del hombre?

—Sí. Están en una de las bolsas marrones. ¿Quiere que se las traiga?

—Sí, creo que las necesitaremos.

—Vuelvo enseguida.

Tam le dirigió una sonrisa y se encaminó hacia el coche del funicular. Parecía muy animada por hallarse en la escena de un crimen. Bosch sabía que dentro de un tiempo no se sentiría tan eufórica.

—¿Te has fijado? —preguntó Edgar—. Te aseguro que son auténticas.

—Ojo, Jerry —le advirtió Bosch.

Edgar alzó las manos en un gesto de capitulación.

—Soy un excelente observador. Me limitaba a informarte.

—Guárdate tus comentarios, a menos que quieras vértelas con el jefe.

En aquel preciso momento Irving se dirigía hacia ellos.

—¿Cuáles son sus conclusiones iniciales, detectives?

Bosch miró a Edgar.

—Jerry, ¿qué acaba de decir que ha observado?

—Esto… bueno, de momento sólo tenemos una impresión general.

—No hemos llegado a ninguna conclusión que no concuerde con lo que ha dicho el capitán Garwood —se apresuró a añadir Bosch, antes de que Rider metiera la pata—. Son unos datos

preliminares.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Hay mucho trabajo por delante. Quiero hablar de nuevo con el encargado del funicular, y tenemos que investigar el edificio de apartamentos en busca de testigos. Además hemos de comunicar la muerte de Elias a su familia y registrar su despacho de abogado. ¿Cuándo van a llegar los refuerzos que me prometió, jefe?

—Ahora mismo.

Irving hizo un gesto con la mano a Chastain y a otros tres agentes para que se acercaran. Bosch había supuesto que ése era el motivo de que los de Asuntos Internos se hallaran en la escena del crimen, pero al ver que Irving les indicaba que se acercaran sintió que los músculos se le tensaban. Irving conocía bien la antipatía que existía entre los de Asuntos Internos y los detectives del departamento, y en especial entre Bosch y Chastain. El hecho de obligarlos a trabajar juntos en un caso convenció a Bosch de que Irving no estaba interesado en averiguar quién había asesinado a Howard Elias y Catalina Pérez. Por más que el subdirector quisiera dar la impresión de que estaba interesado en llegar hasta el fondo del asunto, estaba claro que lo que pretendía era entorpecer la investigación.

—¿Está seguro de que esto es una buena idea, jefe? —preguntó Bosch mientras los de Asuntos Internos se dirigían hacia ellos—. Ya sabe que Chastain y yo no…

—Sí, quiero que las cosas se hagan así —le cortó Irving sin mirar a Bosch—. El detective Chastain dirigió la revisión interna del caso Michael Harris. Creo que es el hombre más indicado para colaborar en esta investigación.

—Chastain y yo tenemos una historia, jefe. No creo que funcione…

—Me importa un carajo que ustedes no simpaticen. Busquen el medio de trabajar juntos. Entremos de nuevo en la estación.

Irving los condujo hacia la estación del funicular. Era un espacio reducido. Los hombres no se saludaron. Una vez dentro de la estación, todos miraron a Irving.

—En primer lugar, estableceremos algunas pautas —empezó a decir el subdirector—. El detective Bosch está a cargo de esta investigación. Ustedes seis deberán informarle de los resultados de su labor. Él me informará a mí. No quiero que quede ninguna duda al respecto. El detective Bosch dirige este caso. He dispuesto que habiliten un despacho para ustedes en la sala de conferencias, junto a mi despacho, en el sexto piso del Parker Center. El lunes por la mañana instalarán unos teléfonos adicionales y un ordenador. Quiero que ustedes, los de Asuntos Internos, se ocupen de entrevistar a agentes de policía, verificar coartadas y demás tareas similares. El detective Bosch y su equipo se ocuparán del resto: la autopsia, las entrevistas a los testigos, etcétera. ¿Alguna pregunta?

Todos los presentes permanecieron callados como tumbas. Bosch estaba furioso, aunque procuraba disimularlo. Era la primera vez que veía a Irving como un hipócrita. El subdirector siempre le había parecido un hombre duro pero ecuánime. Su modo de actuar en este caso arrojaba una luz distinta sobre él. Irving había maniobrado para proteger a su departamento cuando la podredumbre que buscaban quizá se hallara entre ellos. Pero Irving ignoraba que todo cuanto Bosch había logrado en la vida había sido a base de convertir sus impulsos negativos en motivación. Bosch se juró que llegaría al fondo del caso a pesar de las maniobras de Irving. Al margen de las repercusiones que ello pudiera tener.

—Una advertencia sobre los medios de información. Se lanzarán como buitres sobre este caso. Pero no deben dejar que eso entorpezca su labor. No quiero que hablen con ellos. Todos los comunicados sobre la investigación se harán a través de mi oficina o del teniente Tom O'Rourke. ¿Entendido?

Los siete detectives asintieron.

—Bien. Así podré abrir el Times cada mañana con toda tranquilidad.

Irving consultó su reloj y luego miró al grupo.

—Yo puedo controlarles a ustedes, pero no al equipo forense ni a cualquier otra persona que se entere de este caso a través de los canales oficiales durante las próximas horas. Calculo que a las diez los medios ya estarán informados de las identidades de las víctimas. De modo que convocaré una reunión en la sala de conferencias a las diez para hablar sobre el caso. Cuando yo conozca las últimas novedades sobre la investigación informaré al jefe de la policía, y uno de nosotros hablará con los medios y les ofrecerá los mínimos detalles. ¿Algún problema?

—Eso apenas nos da seis horas —protestó Bosch—. No sé si para entonces sabremos mucho más. Tenemos mucho trabajo que hacer antes de sentarnos y empezar a analizar…

—Eso se sobreentiende. No se dejen presionar por los medios. No me importa si la conferencia de prensa sirve simplemente para confirmar la identidad de las víctimas. No permitiré que los medios de comunicación lleven este caso. Quiero que lo dirija usted con toda su autoridad. A las diez quiero verlos a todos en la sala de conferencias. ¿Alguna pregunta?

Nadie formuló ninguna.

—De acuerdo, entonces dejo al detective Bosch a cargo del caso.

Irving se volvió hacia Bosch y le entregó una tarjeta.

—Ahí tiene usted mis números de teléfono. Y los del teniente Tulin. No dude en ponerse en contacto conmigo para consultarme cualquier aspecto del caso. A la hora que sea y esté usted donde esté. No deje de llamarme.

Bosch asintió con la cabeza y se guardó la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta.

—Manos a la obra, muchachos. Les repito que quiero que lleguen al fondo de este asunto, caiga quien caiga.

Cuando Irving hubo salido de la habitación, Rider murmuró:

—Que nos lo vamos a creer…

Bosch observó los rostros de su nuevo equipo, hasta llegar al de Chastain.

—Supongo que te habrás dado cuenta de lo que pretende el jefe —dijo Bosch—. Cree que no podemos trabajar juntos, que nos pelearemos como esos peces que al meterlos en la misma pecera se ponen rabiosos y tratan de eliminarse mutuamente. Y que así el asunto seguirá sin aclararse. Pero no dejaré que eso suceda. Olvidaos de lo que me hayáis podido hacer a mí o a cualquiera de mi equipo. Es agua pasada. Lo importante es el caso. Alguien asesinó a sangre fría a dos personas que viajaban en el funicular. Vamos a encontrar a ese asesino. Es lo único que me preocupa.

Bosch miró a Chastain a los ojos hasta que el otro asintió brevemente.

Bosch le devolvió el gesto. Estaba seguro de que los otros lo habían visto.

Luego sacó su bloc de notas, lo abrió por una página en blanco y se lo entregó a Chastain.

—Quiero que todos escribáis vuestro nombre, el número de teléfono de vuestra casa y de vuestro busca. Y del móvil, si lo tenéis. Os daré una copia a cada uno. Quiero que todos nos

podamos comunicar entre nosotros. Si no estamos sintonizados en la misma frecuencia de onda, corremos el riesgo de que se nos escape algo. Y no queremos que eso ocurra.

Bosch se detuvo y miró a los otros. Todos le observaban con atención. Parecían más relajados, como si por unos instantes hubieran olvidado sus antipatías y rencores.

—Muy bien —dijo Bosch—. Así es como vamos a trabajar a partir de ahora en esta investigación.

6

Uno de los hombres de Asuntos Internos era un latino llamado Raymond Fuentes. Bosch lo envió con Edgar a la dirección que figuraba en el carné de identidad de Catalina Pérez para comunicar su muerte a la familia y averiguar algunos datos referentes a ella. Era el aspecto menos importante de la investigación, puesto que todo indicaba que Elias era el principal objetivo. Edgar intentó protestar, pero Bosch le cortó. Más tarde, en un aparte, Bosch explicó a Edgar que necesitaba distribuir a los hombres de Asuntos Internos de forma ordenada para poder controlarlo todo. De modo que Edgar acompañó a Fuentes. Y Rider fue con otro hombre de Asuntos Internos, Loomis Baker, a entrevistar a Eldrige Peete en Parker Center y llevarlo de nuevo a la escena del crimen. Bosch quería que el encargado del funicular le repitiera lo que había visto, y que maniobrara el funicular tal como había hecho antes de descubrir los cadáveres.

Los únicos que quedaban eran Bosch, Chastain y el último hombre de Asuntos Internos, Joe Dellacroce. Bosch también envió a Dellacroce a Parker Center para que preparara una orden de registro del despacho de Elias. Luego informó a Chastain de que ambos se dirigirían a casa de Elias para comunicar a su familia el luctuoso suceso.

Cuando el grupo se hubo dispersado, Bosch se acercó a la furgoneta que se hallaba en la escena del crimen y pidió a Hoffman las llaves que habían encontrado en el cadáver de Howard Elias. Hoffman rebuscó en la caja en la que había depositado las bolsas con las pruebas y sacó una bolsa en la que habría un llavero con más de una docena de llaves.

—Lo hemos encontrado en un bolsillo delantero del pantalón —le explicó Hoffman.

Bosch examinó durante unos momentos las llaves. Supuso que pertenecían a la casa, al despacho y a los coches del abogado. Observó que del llavero colgaba la llave de un Porsche y la de un Volvo. Bosch decidió que cuando los investigadores terminaran las tareas que les había asignado, enviaría a alguien a que localizara el coche de Elias.

—¿Llevaba algo más en los bolsillos?

—Sí. En el bolsillo delantero izquierdo había una moneda de veinticinco centavos.

—¿Veinticinco centavos?

—Es lo que cuesta un viaje en Angels Flight. Probablemente la iba a gastar en eso.

Bosch asintió.

—Y en el bolsillo interior de la chaqueta había una carta.

Bosch había olvidado que Garwood la había mencionado.

—Enséñamela.

Hoffman rebuscó de nuevo en la caja y sacó una bolsa de plástico con más pruebas. Ésta contenía un sobre. Bosch tomó la bolsa de manos de la técnica y examinó el sobre sin sacarlo. La dirección estaba escrita a mano y correspondía al despacho de Elias. No tenía remite. En la esquina inferior izquierda, el remitente había escrito PERSONAL Y CONFIDENCIAL. Bosch trató de descifrar el código postal, pero en la furgoneta había poca luz y no llevaba encima el encendedor.

—Son tus barrios, Harry —dijo Hoffman—. Hollywood. Fue enviada el miércoles. Elias probablemente la recibió el viernes.

Bosch volvió la bolsa del revés y examinó la parte posterior del sobre. Había sido abierto por arriba con un abrecartas. Bosch imaginó que lo habría abierto Elias o su secretaria, probablemente en el despacho del abogado, antes de que éste lo guardara en el bolsillo de la chaqueta. Era imposible averiguar si alguien había examinado con posterioridad el contenido.

—¿Quién ha abierto el sobre?

—Nosotros no. No sé lo que ocurriría antes de que llegáramos aquí. Tengo entendido que los primeros detectives vieron el nombre en el sobre e identificaron el cadáver. Pero ignoro si alguien leyó la carta.

Bosch tenía una gran curiosidad por averiguar el contenido de aquel sobre, pero comprendió que aquél no era el lugar ni el momento oportuno para abrirlo.

—Me llevo esto también.

—De acuerdo, Harry. Pero antes firma el impreso conforme te llevas el sobre y las llaves.

Hoffman sacó el impreso de su maletín y Bosch se guardó el sobre y las llaves. En ese momento apareció Chastain, dispuesto para abandonar el lugar del crimen.

—¿Quieres conducir o prefieres que lo haga yo? —preguntó Bosch mientras cerraba el maletín. Llevo un blanco y negro. ¿Y tú?

—Yo conduzco uno de los vehículos viejos. Es un trasto, pero al menos no me reconocen como poli por la calle.

—Estupendo. ¿Tienes una sirena?

—Claro. Los de Asuntos Internos de vez en cuando también tenemos que responder a alguna llamada.

Hoffman entregó a Bosch un bolígrafo y éste anotó sus iniciales junto a la descripción de las pruebas que se llevaba.

—Entonces conduce tú.

Los dos detectives echaron a andar a través de California Plaza hacia el lugar donde estaban aparcados los vehículos. Bosch sacó el busca del cinturón y se cercioró de que funcionaba. Se encendió la luz verde de la batería. No había dejado de responder a ninguna llamada urgente. Alzó la vista y contempló los altos edificios que les rodeaban, preguntándose si podrían interferir con una llamada de su esposa, pero recordó que hacía un rato había recibido la llamada de la teniente Billets. Bosch se colocó de nuevo el busca en el cinturón e intentó pensar en otra cosa.

Chastain lo condujo hasta un destartalado LTD granate que tenía unos cinco años. Al menos no está pintado de blanco y negro, pensó Bosch.

—Está abierto —dijo Chastain.

Bosch se dirigió a la puerta de la derecha y subió al coche. Sacó su móvil del maletín y llamó a la central de información. Pidió un informe sobre Howard Elias al Departamento de Vehículos

y le dieron la dirección del difunto, así como su edad, expediente de conductor y matrículas del Porsche y el Volvo registrados a nombre de su esposa. Elias había cumplido cuarenta y seis años. Su expediente de conductor era impecable. Bosch supuso que el abogado había sido el conductor más prudente de la ciudad. Lo último que hubiera deseado Elias habría sido llamar la atención de un coche patrulla de la Policía de Los Angeles. El detective pensó que en esas condiciones casi no merecía la pena conducir un Porsche.

—Baldwin Hills —dijo después de cerrar el móvil—. Su nombre es Millie.

Chastain arrancó y puso la sirena. Condujo con rapidez a través de las calles desiertas hacia la autopista 10.

Bosch guardó silencio durante un rato, pues no sabía cómo romper el hielo con Chastain. Los dos hombres eran enemigos naturales. Chastain había investigado a Bosch en dos ocasiones. Pero Bosch había sido declarado inocente de los cargos las dos veces, aunque sólo después de que Chastain se viera obligado a retirarlos. Chastain demostraba una inquina contra Bosch que parecía afán de venganza. El detective de Asuntos Internos no había mostrado ningún entusiasmo a la hora de limpiar el nombre de su compañero. Lo único que le interesaba era despellejarlo.

—Sé lo que pretendes, Bosch —dijo Chastain cuando enfilaron la autovía hacia el oeste.

Bosch se lo quedó mirando. Por primera vez se dio cuenta de que ambos guardaban un gran parecido físico. Pelo oscuro con algunas canas, bigote poblado, ojos castaño oscuro y un cuerpo delgado y musculoso. Eran casi idénticos, pero Bosch nunca había pensado que Chastain proyectara el mismo encanto físico que él. Chastain tenía un porte distinto. Bosch siempre se movía como un hombre que teme verse acorralado, como un hombre que no permitiría que nadie lo acorralara.

—¿Qué es lo que pretendo?

—Nos has dispersado. Para controlar mejor la situación.

Chastain aguardó inútilmente a que Bosch respondiera.

—Pero al fin y a la postre, si queremos hacer esto bien, tendrás que fiarte de nosotros.

—Ya lo sé —dijo Bosch tras una breve pausa.

Elias vivía en Beck Street, Baldwin Hills, un pequeño barrio de viviendas de clase media situado al sur de la autopista 10, cerca de La Ciénaga Boulevard. Era un barrio conocido como el Beverly Hills negro, porque allí se afincaban las familias negras y prósperas que no querían que su fortuna les obligara a alejarse de su comunidad. Mientras Bosch reflexionaba sobre ello, pensó que si había algo que le gustaba de Elias era que no se hubiera trasladado a Brentwood Westwood ni al auténtico Beverly Hills. Había permanecido en la comunidad en la que se había criado.

Gracias al escaso tráfico que había a aquella hora y a que Chastain conducía por la autopista a ciento cincuenta sólo tardaron quince minutos en llegar a Beck Street. La casa era un imponente edificio colonial de ladrillo con cuatro columnas de mármol blanco que sostenían un pórtico de dos pisos. Desprendía un aire de plantación sureña y Bosch se preguntó qué habría pretendido demostrar Elias cuando se construyó la mansión.

Bosch no vio ninguna luz en las ventanas y la farola del pórtico también estaba apagada. El detalle le chocó. Si ésa era la casa de Elias, ¿por qué no había dejado una luz encendida para cuando regresara?

En el camino de acceso había aparcado un coche que no era ni un Porsche ni un Volvo. Era un viejo Camaro, recién pintado y con las llantas también recién cromadas. A la derecha de la casa había un garaje independiente del edificio principal, con capacidad para dos automóviles, pero la puerta estaba cerrada. Chastain se detuvo en el camino de acceso, detrás del Camaro.

—Bonito coche —observó—. Yo no lo dejaría fuera toda la noche, ni siquiera en un barrio como éste. Está demasiado cerca de la selva.

Quitó la llave del contacto y abrió la puerta.

—Esperemos aquí un momento —dijo Bosch.

Abrió el maletín, sacó el móvil y llamó de nuevo a comisaría para confirmar que ésa era la dirección de la casa de Elias. No se habían equivocado. Luego pidió que comprobaran la matrícula del Cámaro. El vehículo estaba a nombre de Martin Luther King Elias, un joven de dieciocho años. Bosch dio las gracias y colgó.

—¿Es ésta la casa? —preguntó Chastain.

—Eso parece. El Cámaro debe de ser el coche de su hijo. Pero no da la impresión de que esta noche estén esperando a Elias.

Bosch abrió su puerta y se apeó; Chastain también descendió del automóvil. Al acercarse a la puerta, Bosch vio el tenue resplandor del timbre. Al pulsarlo oyó el sonido de una campanilla en el interior de la casa.

Bosch y Chastain tuvieron que pulsar el timbre otras dos veces antes de que la luz del pórtico se encendiera. Poco después oyeron una voz de mujer entre somnolienta y alarmada.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Es usted la señora Elias? —inquirió Bosch a su vez—. Somos policías. Queremos hablar con usted.

—¿La policía? ¿Por qué quieren hablar conmigo?

—Se trata de su marido, señora. ¿Podemos pasar?

—Antes de que les abra la puerta tienen que identificarse.

Bosch sacó su placa y la sostuvo en alto, pero se dio cuenta de que la puerta no tenía mirilla.

—Vuélvase —dijo la mujer—. Está en la columna.

Al volverse, Bosch y Chastain vieron la cámara instalada en una de las columnas. Bosch se acercó a ella y mostró su placa.

—¿Puede verla? —preguntó alzando la voz.

La puerta se abrió. Al volverse, Bosch vio a una mujer vestida con una bata blanca y la cabeza envuelta en un pañuelo de gasa.

—No es preciso que grite —dijo la mujer.

—Lo siento.

La mujer abrió la puerta un palmo, pero no les invitó a pasar.

—Howard no se encuentra en casa. ¿Qué quieren?

—¿Nos permite entrar, señora Elias? Queremos…

—No, no pueden entrar. Ésta es mi casa. Ningún policía ha puesto jamás los pies aquí. Howard no lo consentiría. Ni yo tampoco. ¿Qué quieren? ¿Le ha ocurrido algo a Howard?

—Me temo que sí, señora. Sería preferible que…

—¡Dios mío! —gritó la mujer—. ¡Lo habéis matado! ¡La policía lo ha matado!

—Señora Elias —empezó a decir Bosch, lamentando no haber acudido mejor preparado para responder a la reacción de la mujer—. Permítanos entrar para explicarle…

La mujer volvió a interrumpirle, esta vez profiriendo un grito que parecía el rugido de una fiera salvaje. Era un grito de angustia. La mujer agachó la cabeza y se apoyó en el quicio de la puerta. Bosch temió que fuera a desmayarse y la sujetó por los hombros. La mujer se apartó de él, como si fuera un monstruo.

—¡No me toque! ¡Asesinos! ¡Han matado a mi Howard! ¡Howard!

La última palabra fue un grito que resonó en todo el barrio. Bosch se volvió, imaginando que la calle estaría ya atestada de curiosos. Era preciso aplacar a la mujer, hacerla entrar en casa y evitar que gritara. La esposa de Elias no cesaba de gemir y chillar como una posesa. Chastain permanecía inmóvil, como paralizado por la escena que se desarrollaba ante él.

Cuando Bosch se disponía a sujetar de nuevo a la mujer para tranquilizarla percibió un movimiento detrás de ésta, y un joven se abalanzó hacia él.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué ocurre?

La mujer se volvió y cayó en brazos del joven.

—¡Martin! ¡Martin! ¡Han matado a tu padre!

Martin Elias alzó la vista sobre la cabeza de su madre y la clavó en Bosch. Su boca formó la angustiosa mueca de dolor y desesperación que tantas veces había visto Bosch en su vida. De pronto se dio cuenta de su error. Debería haberse presentado en casa de Elias con Edgar o Rider. Mejor con Rider. Ella habría logrado calmar a la mujer. Su dulzura y el color de su piel habrían conseguido más que Bosch y Chastain juntos.

—Hijo —dijo Chastain abandonando su inercia—, debemos entrar y hablar con ustedes.

—¡No me llame hijo! ¡No soy su maldito hijo!

—Señor Elias —dijo Bosch con tono firme. Todos, inclusive Chastain, se volvieron hacia él.

Bosch prosiguió con voz más suave:

—Es preciso que atienda a su madre, Martin. Tenemos que explicarles lo ocurrido y hacerles unas preguntas. Es inútil que nos quedemos aquí afuera discutiendo y gritando.

Bosch aguardó unos momentos. La mujer sepultó el rostro en el pecho de su hijo y rompió a llorar. Martin retrocedió, llevándose a su madre con él, para dejar pasar a Bosch y a Chastain.

Durante los quince minutos siguientes, Bosch y Chastain permanecieron sentados en el elegante salón con la esposa y el hijo de Elias, relatándoles lo que sabían sobre el crimen y la forma en que iban a llevar a cabo la investigación. Bosch sabía que para ambos, Chastain y él representaban a un par de nazis anunciando que iban a investigar los crímenes de guerra, pero también sabía que era un trámite imprescindible, que debían asegurar a la familia de la víctima que la investigación sería exhaustiva y enérgica.

—Señora Elias, sé que piensan que a su marido lo ha matado la policía —dijo Bosch—. En estos momentos no sabemos quién es el culpable. No hemos tenido tiempo de investigar el móvil. Nos hallamos en la fase de recabar datos. Pero no tardaremos en ponernos a analizar la información que hayamos reunido y a interrogar a cualquier policía que pudiera tener algún motivo, por remoto que fuera, para hacer daño a su marido. Sé que hay muchos que entran en esta categoría. Le doy mi palabra de que los interrogaremos a fondo, sin pasar nada por alto.

Bosch aguardó. Madre e hijo permanecían sentados muy juntos en un sofá tapizado con un alegre motivo floral. El hijo no cesaba de cerrar los ojos, como un niño que intenta librarse de un

castigo. Empezaba a desmoronarse bajo el peso de la tragedia. Había comprendido que no volvería a ver a su padre.

—Sabemos que son momentos terribles para ustedes —dijo Bosch suavemente—. Quisiéramos dejarles en paz, no tener que hacerles unas preguntas justamente ahora. Pero eso no es posible.

Bosch esperó unos momentos. Ni la esposa ni el hijo de Elias protestaron.

—Lo que más nos extraña es el motivo por el que el señor Elias se encontraba en Angels Flight. Debemos averiguar por qué…

—Se dirigía al apartamento —contestó Martin sin abrir los ojos.

—¿Qué apartamento?

—Tenía un apartamento cerca del despacho. Se alojaba en él cuando estaba ocupado con un caso o preparando un juicio.

—¿Iba a ir esta noche al apartamento?

—Sí. Había permanecido en él toda la semana.

—A veces citaba a los policías para que fueran a declarar —dijo la esposa—. Se presentaban en su despacho después del trabajo, de modo que mi marido se quedaba a dormir en el apartamento.

Bosch guardó silencio, confiando en que el hijo o la madre aportaran algún otro dato sobre el particular. Pero no dijeron nada.

—¿Solía llamarle su marido para comunicarle que iba a quedarse en el apartamento? —preguntó Bosch.

—Sí, siempre telefoneaba.

—¿Cuándo fue la última vez que la llamó?

—Hace unas horas. Dijo que iba a trabajar hasta tarde y que tenía que dedicar el sábado y el domingo a preparar un juicio que iba a celebrarse el lunes. Añadió que procuraría estar de regreso el domingo a la hora de cenar.

—¿De modo que no le esperaban esta noche?

—No —replicó Millie Elias con tono desafiante, como si considerara ofensiva la pregunta de Bosch.

El detective asintió como para asegurar a la esposa de Elias que no había pretendido insinuar nada. Luego le pidió las señas del apartamento y la mujer le dijo que se hallaba en un condominio llamado The Place, en Grand Street, frente al Museo de Arte Moderno. Bosch anotó las señas y ya no volvió a guardar el bloc.

—Señora Elias —dijo Bosch—, ¿recuerda usted con más exactitud cuándo habló con su marido por última vez?

—Poco antes de las seis. Es la hora en que suele llamarme para decirme que se queda en el apartamento, para que yo sepa cuántos vamos a ser en la cena.

—¿Y usted, Martin? ¿Cuándo habló con su padre por última vez?

Martin abrió los ojos.

—No lo sé. Hará un par de días. Pero ¿eso qué tiene que ver con lo que ha ocurrido? Usted sabe bien quién lo hizo. Alguien con una placa.

Por el rostro de Martin empezaron a deslizarse unos gruesos lagrimones. Bosch deseó estar en otra parte, en cualquier otro sitio.

—Si ha sido un policía, Martin, tiene usted mi palabra de que daremos con él. No se librará del castigo.

—Seguro —contestó Martin sin siquiera mirar a Bosch—. El poli nos da su palabra. Pero ¿quién coño se ha creído que es?

Bosch se detuvo unos instantes para reflexionar antes de proseguir.

—Quiero formularles unas últimas preguntas —dijo—. ¿Tenía el señor Elias un despacho aquí, en su casa?

—No —respondió el hijo—. Aquí no traía trabajo.

—De acuerdo. Otra pregunta. ¿Mencionó su padre en los últimos días o semanas que alguien le hubiera amenazado?

—No —respondió Martin sacudiendo la cabeza—. Pero siempre decía que los policías acabarían con él. Fueron los policías…

Bosch asintió, no en señal de conformidad sino para indicar que estaba convencido de que Martin creía lo que decía.

—Una última pregunta. En Angels Flight asesinaron también a una mujer. Todo indica que su padre y ella no iban juntos. Se llamaba Catalina Pérez. ¿Les dice algo ese nombre?

Bosch observó a la madre y al hijo, pero ambos denegaron con la cabeza.

—He terminado —dijo Bosch levantándose—. Les dejamos tranquilos. Pero otros detectives o yo mismo tendremos que hablar de nuevo con ustedes. Probablemente dentro de unas horas.

Ni la madre ni el hijo reaccionaron.

—Señora Elias, ¿tiene usted una foto de su marido que pueda dejarnos?

La mujer miró a Bosch.

—¿Por qué quiere una foto de Howard? —preguntó sorprendida.

—Es posible que tengamos que enseñársela a algunas personas durante la investigación.

—Todo el mundo conoce a Howard y sabe qué aspecto tenía.

—No lo dudo, señora, pero en algunos casos necesitamos una foto de la víctima. ¿Sería usted tan…?

—Martin, tráeme el álbum que está en el cajón de la sala de estar.

Martin salió de la habitación. Bosch sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la depositó en la mesa de café de cristal y hierro forjado.

—Aquí tiene usted el número de mi busca por si necesita algo de mí. ¿Quiere que avisemos a un pastor amigo de la familia?

Millie Elias miró de nuevo a Bosch.

—Al reverendo Tuggins, en la iglesia metodista.

Bosch se arrepintió al instante de su ofrecimiento. Martin apareció con el álbum de fotos. Su madre empezó a hojearlo, llorando en silencio al contemplar las fotografías de su esposo. Bosch se lamentó de no haber aplazado aquel momento hasta la siguiente entrevista con Millie Elias. La mujer se detuvo por fin al llegar a un primer plano de Howard Elias. Parecía convencida de que era la mejor foto de su marido que podía entregarle a la policía. La sacó de la cubierta de plástico y se la dio a Bosch.

—¿Me la devolverán?

—Desde luego, señora Elias. Yo me encargaré personalmente de ello.

Bosch se despidió con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia la puerta, preguntándose si podría olvidarse de llamar al reverendo Tuggins.

—¿Dónde se encuentra mi esposo? —preguntó de pronto la viuda.

Bosch se volvió.

—Han trasladado su cuerpo al depósito de cadáveres, señora Elias. Les daré su número de teléfono y la llamarán para hacer los arreglos pertinentes.

—¿Y el reverendo Tuggins? ¿Quiere utilizar nuestro teléfono para llamarlo?

—No es necesario, señora. Nos pondremos en contacto con él desde el coche. No se moleste en acompañarnos a la puerta.

Antes de abandonar la casa, Bosch echó un vistazo a la colección de fotografías enmarcadas que colgaban en la pared del vestíbulo. Eran fotos de Howard Elias junto a los líderes negros más importantes de la comunidad de la ciudad, así como muchos otros personajes célebres y líderes nacionales. Aparecía fotografiado con Jesse Jackson, la congresista Maxine Waters y Eddie Murphy, entre otros muchos. En una fotografía Elias estaba flanqueado por el alcalde Richard Riordan y el concejal Royal Sparks. Bosch sabía que Sparks se había aprovechado de la indignación ciudadana por los atropellos de la policía para ascender en su carrera política. Sparks sin duda echaría de menos a Elias para que atizara el fuego del malestar, pensó Bosch. Estaba seguro también de que Sparks utilizaría el asesinato del abogado en beneficio propio. Bosch se preguntó cómo era posible que las causas más nobles acercaran a los hábiles oportunistas a los micrófonos.

También había varias fotografías familiares. En algunas la víctima aparecía junto a su esposa en actos sociales. Había fotos de un sonriente Elias con su hijo, una de ellas a bordo de una barca con un pez espada. Otra les mostraba posando junto a un blanco de papel con varios orificios de bala. En la diana se veía la efigie de Daryl Gates, un ex jefe de la policía contra el que Elias se había querellado en varias ocasiones. Bosch recordó que esas dianas, creadas por un artista local, se habían hecho muy populares hacia el ocaso del tumultuoso mandato de Gates.

Bosch se inclinó hacia adelante para examinar la fotografía y tratar de identificar las armas que sostenían Elias y su hijo, pero era una foto muy pequeña.

Chastain señaló una foto en la que aparecían Elias y el jefe de la policía en un acto oficial, unos presuntos adversarios sonriendo ante la cámara.

—Parecen la mar de amigos —murmuró Chastain.

Bosch se limitó a asentir y salió de la casa.

Chastain descendió por la colina y enfiló de nuevo la autopista. Él y Bosch permanecieron en silencio, asimilando el sufrimiento que habían llevado a aquella familia y el hecho de haber sido culpados por ella.

—Siempre disparan contra el mensajero —comentó Bosch.

—Me alegro de no trabajar en Homicidios —dijo Chastain—. No me importa que otros policías se cabreen conmigo. Pero eso ha sido tremendo.

—Lo llaman hacer el trabajo sucio, me refiero a comunicar a la familia la muerte de su pariente.

—Deberían llamarlo joder a la gente. Estamos intentando averiguar quién mató a ese tío y nos dicen que fuimos nosotros. Menuda mierda.

—No me lo he tomado al pie de letra, Chastain. Las personas que reciben una noticia así tienen derecho a meterse con nosotros. Dicen cosas hirientes porque están sufriendo.

—Ya. Cuando veas a ese chico en las noticias de las seis no te inspirará tanta simpatía. Conozco la historia. ¿Adónde vamos? ¿Quieres que regresemos a la escena del crimen?

—Vamos primero al apartamento de Elias. ¿Sabes el número del busca de Dellacroce?

—De memoria no. Mira tu lista.

Bosch abrió su bloc y consultó el número del busca de Dellacroce. Luego pulsó el número en su teléfono y lo almacenó.

—¿Qué me dices de Tuggins? —le preguntó Chastain—. Si lo llamas pondrá South Central en pie de guerra.

—Ya. Déjame que lo piense.

Bosch llevaba meditando sobre esa decisión desde el momento en que Millie Elias había mencionado el nombre de Presten Tuggins. Los pastores ejercían tanta influencia como los políticos sobre la comunidad cuando ésta tenía que dar una respuesta a un acontecimiento social, cultural o político. En el caso de Presten Tuggins, su influencia era aún mayor. Encabezaba un grupo de pastores asociados que constituían una fuerza capaz de seducir a la prensa. Tanto podía controlar a toda la comunidad como desencadenar un terremoto. Era preciso manejar a Presten Tuggins con guantes de seda.

Bosch rebuscó en sus bolsillos y sacó la tarjeta que Irving le había dado hacía un rato. Cuando se disponía a llamar a uno de los números que figuraban en ella, sonó el teléfono que tenía en la mano.

Era Dellacroce. Bosch le dio las señas del apartamento de Elias en The Place y le dijo que preparara otra orden de registro. Dellacroce protestó porque ya había despertado a un juez para enviarle por fax la orden de registro del despacho de Elias y no le apetecía volver a hacerlo.

—Bienvenido a Homicidios —dijo Bosch, y colgó el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Chastain.

—Nada. Una tontería.

Bosch marcó el número de Irving. El teléfono sólo sonó una vez antes de que Irving soltara su nombre completo y rango. A Bosch le chocó que el jefe se mostrara tan despabilado, como si no estuviera durmiendo.

—Soy Bosch, jefe. Me dijo que lo llamara si…

—¿Qué ocurre?

—Hemos comunicado la muerte de Elias a su viuda y a su hijo. Esto… bueno…, la viuda me pidió que llamara a su pastor.

—¿Dónde está el problema?

—El pastor es Preston Tuggins. He pensado que quizá sería mejor que alguien con más autoridad se pusiera en contacto…

—Buena idea. Me ocuparé de ello. Es posible que el jefe quiera hacerlo personalmente. Iba a llamarlo ahora. ¿Algo más?

—De momento no.

—Gracias, detective.

Irving colgó. Chastain le preguntó qué le había dicho, y Bosch le refirió la conversación.

—Este caso… —comentó Chastain—. Tengo el presentimiento de que las cosas van a ponerse feas.

—Y que lo digas.

Chastain iba a añadir algo más, pero en aquel preciso momento sonó el busca de Bosch. Al comprobar el número vio que no era una llamada de su casa, sino otra vez de Grace Billets. Había olvidado llamarla. Bosch la llamó y la teniente respondió al instante.

—Me extrañaba que no llamaras.

—Perdone. He estado muy liado y me olvidé.

—¿Qué demonios pasa? Irving no ha querido decirme a quién han asesinado, sólo que Robos y Homicidios y Central no pueden hacerse cargo del caso.

—Se trata de Howard Elias.

—¡Joder, Harry! Siento que te haya caído a ti.

—No se preocupe. Ya nos las arreglaremos.

—Vigilarán todos tus movimientos. Y si ha sido un policía… tienes todas las de perder. ¿Has logrado enterarte de si Irving está dispuesto a llegar al fondo del asunto, al margen de las repercusiones que eso pueda tener?

—No está claro.

—¿No puedes hablar?

—Eso es.

—Aquí tampoco está claro. Irving me ha dicho que sacará a tu equipo de la rotación, pero me ha asegurado que esta circunstancia durará sólo hasta el viernes. Luego me ha dicho que hablara con él sobre el asunto. Ahora que conozco la identidad de la víctima, supongo que eso quiere decir que dispones de tiempo hasta el viernes antes de que Irving te envíe de nuevo a Hollywood y tengas que llevarte el caso de Howard Elias y trabajar en él a ratos perdidos.

Bosch asintió, pero no dijo nada. La información encajaba con las otras maniobras de Irving. El subdirector había formado un equipo numeroso para trabajar en el caso, pero por lo visto sólo le concedía una semana para dedicarse a él a jornada completa. Quizá confiaba en que la atención de los medios situaría el caso en un nivel más manejable y acabaría desapareciendo en uno de los expedientes de casos sin resolver. Pero Bosch se dijo que si eso era lo que pretendía Irving lo tenía claro.

Billets y Bosch siguieron hablando durante unos minutos, hasta que Billets se despidió con una advertencia.

—Cuidado, Harry. Si es cosa de un policía, uno de los chicos de Robos y Homicidios…

—¿Qué?

—Ándate con cuidado.

—Lo haré.

Bosch cerró el móvil y miró por la ventanilla, estaban a punto de llegar al cruce con la 110. No tardarían en regresar a California Plaza.

—¿Tu teniente? —preguntó Chastain.

—Sí. Quería que la informara del caso.

—¿Qué pasa entre ella y Rider? ¿Siguen comiéndose el pastelillo mutuamente?

—Eso no me incumbe, Chastain. Ni a ti tampoco.

—Sólo era una pregunta.

Los dos hombres guardaron silencio durante un rato. A Bosch le había molestado la pregunta de Chastain. Sabía que lo que el detective de Asuntos Internos pretendía era recordarle que conocía secretos, que quizás estuviera fuera de su elemento en lo referente a una investigación de homicidios, pero que conocía muchas historias sobre policías y que no debían subestimarlo. Bosch lamentó haber llamado a Billets en presencia de Chastain.

Al darse cuenta de que había metido la pata, Chastain rompió el silencio abordando un tema menos delicado.

—Cuéntame lo del asunto de los huevos duros —dijo.

—No tiene mayor importancia. Un caso como tantos otros.

—No recuerdo haber leído la historia en la prensa.

—Fue un golpe de suerte, Chastain. En este caso también nos vendría bien un golpe de suerte.

—Cuéntamelo, hombre. Tengo curiosidad, sobre todo ahora que somos compañeros. Me gustan las historias sobre golpes de suerte. Quizá se repita.

—Fue un caso rutinario de suicidio. La patrulla nos llamó para que acudiéramos y nos hiciéramos cargo de él. Todo empezó cuando una madre se sintió angustiada porque su hija no había aparecido en el aeropuerto de Portland. La chica tenía que asistir a una boda y no se presentó. La familia la esperaba en el aeropuerto. La madre llamó a una patrulla para que se pasara por el apartamento de su hija y comprobara si estaba allí. Era un pequeño apartamento situado en Franklin, cerca de La Brea. De modo que fue un agente, pidió al conserje que le abriera la puerta y encontraron a la chica. Llevaba muerta un par de días, desde la mañana en que debía viajar a Portland.

—¿Qué había ocurrido?

—Daba la impresión de que había ingerido unas pastillas y luego se había cortado las venas en la bañera.

—La patrulla dijo que era un suicidio.

—Eso parecía. Había una nota, estaba escrita en una hoja de un cuaderno. Decía que la vida era una mierda, que se sentía sola y todo esto. Era una nota bastante embarullada, muy triste.

—¿Cómo lograste resolverlo?

—Edgar y yo (Rider había tenido que ir al juzgado) estábamos a punto de cerrar el caso. Registramos el apartamento y no vimos nada que nos llamara la atención, salvo la nota. No pude hallar el cuaderno del que habían arrancado la hoja, lo cual me sorprendió. Eso no significaba que la chica no se hubiera suicidado, pero era un cabo suelto, ¿comprendes? Un elemento que no acababa de encajar.

—Así que dedujiste que alguien había entrado en el apartamento y se había llevado el cuaderno.

—Cabía esa posibilidad. No sabía qué pensar. Dije a Edgar que echara otro vistazo. Intercambiamos los papeles y registramos cosas que el otro había examinado la primera vez.

—Y diste con algo en lo que no había reparado Edgar.

—No es que no hubiera reparado en ello, sino que no le había llamado la atención. Pero a mí me extrañó.

—¿De qué se trataba?

—En el frigorífico había una huevera.

—Ya.

—Observé que la chica había escrito en algunos de los huevos una fecha, la cual se correspondía con el día en que debía volar a Portland.

Bosch se volvió hacia Chastain para comprobar si éste mostraba alguna reacción. Pero el detective de Asuntos Internos parecía confundido, como si no acabara de entenderlo.

—Eran unos huevos duros. Los que tenían una fecha estaban cocidos. Llevé uno al fregadero y le quité la cascara. Estaba cocido.

—Vale.

Chastain seguía sin entenderlo.

—Era probable que el día que figuraba en los huevos fuera la fecha en que la chica los había cocido —dijo Bosch—. Les puso la fecha para distinguir los huevos cocidos de los otros y saber cuándo se echarían a perder. Por lógica, nadie se pone a cocer unos huevos para tenerlos listos cuando los necesite y luego se suicida. ¿Comprendes?

—De modo que fue un golpe de intuición.

—Más que eso.

—Pero sabías que había sido un homicidio.

—Lo de los huevos cambió la situación. Empezamos a ver las cosas de modo distinto. Iniciamos una investigación de homicidio. Llevó unos días, pero lo conseguimos. Unos amigos de la chica nos dijeron que había un tipo que le causaba muchos problemas. Por lo visto ella se había negado a salir con él, y no cesaba de atosigarla. Interrogamos a algunos vecinos y empezamos a sospechar del conserje del apartamento.

—¡Mierda, debí suponer que era él!

—Hablamos con el conserje y nos dijo lo suficiente para que convenciéramos a un juez de que firmara una orden de registro. En su casa hallamos el cuaderno del que había arrancado la nota de suicidio. Era una especie de diario en el que la chica anotaba sus pensamientos y otras cosas. El tipo halló una hoja en la que la chica afirmaba que la vida era una mierda y decidió utilizarla como nota de suicidio. También encontramos otras pertenencias de la joven.

—Pero ¿por qué las conservó?

—Porque era un imbécil. Los únicos asesinos listos son los que salen en televisión. El tío había conservado las cosas de la chica porque no se le ocurrió que podríamos sospechar que no se trataba de un suicidio. Y porque su nombre figuraba en el cuaderno. La chica había escrito que el tipo no dejaba de acosarla, lo cual hacía que se sintiera halagada y temerosa al mismo tiempo. Seguramente el tipo se corría leyendo el diario de la chica. El caso es que lo conservó.

—¿Cuándo se va a celebrar el juicio?

—Dentro de un par de meses.

—Parece un caso claro.

—Sí, pero ya veremos. También lo era el de O. J.

—¿Qué hizo ese tipo? ¿Drogó a la chica para meterla en la bañera y cortarle las venas?

—Solía entrar en su apartamento cuando ella estaba ausente. La chica había escrito en su diario que sospechaba que alguien se metía en su apartamento. Era muy aficionada a correr, corría cinco kilómetros al día. Suponemos que el conserje aprovechaba ese rato para entrar en su apartamento. La chica guardaba unos analgésicos en el botiquín. Hacía un par de años se había lesionado jugando al tenis. Un día el conserje entró en su apartamento y vació el frasco de

analgésicos en el zumo de naranja que la chica tenía en el frigorífico. Ese tipo conocía sus hábitos, sabía que después de correr le gustaba sentarse en los escalones del edificio para beberse un zumo y refrescarse. Es posible que la chica se diera cuenta de que la habían drogado y pidiera ayuda. Y entonces acudió él, que la trasladó de nuevo a su apartamento.

—¿La violó antes de matarla?

Bosch negó con la cabeza.

—Es probable que lo intentara y no se le pusiera dura.

Los dos hombres guardaron silencio durante unos minutos.

—Eres un buen poli, Bosch —dijo Chastain—. No se te escapa detalle.

—Ojalá fuera así.

7

Chastain aparcó el coche frente a un moderno rascacielos llamado The Place. Antes de que él y Bosch se hubieran apeado del vehículo salió el portero de noche para advertirles que no podían aparcar allí. Bosch le explicó que Howard Elias había sido asesinado a menos de una manzana y que tenían que registrar su apartamento para cerciorarse de que no había otras víctimas o alguien que necesitara ayuda. El portero respondió que no había problema, pero insistió en acompañarlos. Bosch le ordenó en un tono que no admitía discusión que aguardara en el vestíbulo hasta que llegaran otros policías.

El apartamento de Howard Elias se hallaba en la planta número veinte. El ascensor se movía con rapidez, pero el silencio en que se mantuvieron Bosch y Chastain hizo que el viaje les pareciera largo.

Cuando llegaron al apartamento 20E, Bosch llamó a la puerta y pulsó el timbre. Al no obtener respuesta, el detective abrió su maletín en el suelo y sacó las llaves de la bolsa de pruebas que le había entregado Hoffman.

—¿Crees que deberíamos esperar a tener la orden de registro? —preguntó Chastain.

Bosch lo miró, al tiempo que cerraba el maletín.

—No.

—Lo que le dijiste al portero de que a lo mejor hay alguien en el apartamento que necesita ayuda ha sido un poco fuerte, ¿no?

Bosch empezó a probar las llaves en las dos cerraduras de la puerta.

—¿Recuerdas lo que dijiste hace un rato de que tendría que confiar en ti? Pues aquí es donde empiezo a confiar en ti, Chastain. No tengo tiempo para esperar la orden de registro. Voy a entrar. Un caso de homicidio es como un tiburón. O sigue avanzando o se ahoga.

Bosch abrió la primera cerradura.

—Tú y tus jodidos peces. Primero me largas la metáfora de los peces que se pelean en una pecera y ahora la de los tiburones.

—Tú observa y con el tiempo hasta es posible que aprendas a capturar una pieza, Chastain.

Después de soltar esa frase, Bosch hizo girar la segunda cerradura. Miró a Chastain, le guiñó el ojo y abrió la puerta.

Los dos policías entraron en una sala de estar de tamaño mediano en la que había unos elegantes sillones de cuero, una estantería de cerezo, unos amplios ventanales y una terraza con una magnífica vista que abarcaba desde la zona sur hasta los edificios municipales.

Todo estaba ordenado a excepción del número del viernes del *Times*, abierto sobre el sofá de cuero negro, y una taza de café vacía que reposaba en una mesa de cristal.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Bosch para asegurarse de que el apartamento estaba vacío —. Somos la policía.

Nadie respondió.

Bosch puso el maletín sobre la mesa del comedor, lo abrió y sacó unos guantes de látex y una caja de cartón. Preguntó a Chastain si quería unos guantes de goma, pero el detective de Asuntos Internos rechazó el ofrecimiento.

—No pienso tocar nada —dijo.

Los dos hombres empezaron a recorrer el apartamento, cada uno por su lado, para llevar a cabo una rápida inspección preliminar. Las restantes habitaciones estaban tan ordenadas como la sala de estar. El apartamento constaba de dos dormitorios, uno de ellos muy espacioso y con una terraza que daba al oeste. La noche era despejada y Bosch alcanzó a ver hasta Century City. Más allá de esas torres, las luces descendían en Santa Mónica hasta el mar. Chastain entró en la habitación y se detuvo detrás de Bosch.

—Esto no tiene pinta de oficina —comentó Chastain—. El segundo dormitorio parece un cuarto de invitados. Quizás Elias lo empleaba para ocultar a sus testigos.

—Es posible.

Bosch examinó los objetos colocados sobre el escritorio. No había fotografías ni ninguna otra cosa de carácter personal. Tampoco sobre las mesitas de noche. Parecía la habitación de un hotel y en cierto aspecto lo era, pues al parecer Elias sólo la utilizaba para quedarse las noches en que debía preparar un caso. A Bosch le sorprendió que la cama estuviera hecha. Elias ultimaba los preparativos de un importante juicio, en el que trabajaba día y noche, y sin embargo se había tomado la molestia de hacerse la cama aquella mañana, cuando al parecer tenía que regresar por la tarde al apartamento. Qué raro, pensó Bosch. O había hecho la cama porque iba a alojarse otra persona en el apartamento o se la había hecho alguien.

Bosch descartó la posibilidad de una asistenta, pues ésta habría recogido el periódico y la taza de café que había en la sala de estar. No, la cama la había hecho el propio Elias, o alguien que compartía el apartamento con él.

Quizá fuera un golpe de intuición fruto de los muchos años que llevaba dedicado a analizar las costumbres humanas, pero en aquellos momentos Bosch estaba convencido de que había una mujer mezclada en el asunto.

Abrió el cajón de la mesita de noche sobre la que reposaba el teléfono y encontró una agenda. Al hojearla reconoció muchos nombres, en su mayoría de abogados que conocía de referencias o personalmente.

Bosch se detuvo al ver un nombre. Carla Entrenkin. También era mi abogada especializada en derechos civiles, mejor dicho, lo había sido hasta hacía un año, cuando la Comisión de Policía la nombró inspectora general del Departamento de Policía de Los Angeles. Bosch observó que Elias tenía anotado el número de teléfono de su despacho y de su casa. El teléfono particular aparecía escrito con una tinta más oscura, como si hubiera sido añadido con posterioridad al número de teléfono del despacho.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Chastain.

—No —respondió Bosch—. Sólo los números de teléfono de algunos abogados.

Bosch cerró la agenda cuando Chastain se acercó para echarle un vistazo y volvió a guardarla en el cajón.

—La dejaremos hasta que consigamos la orden de registro —dijo Bosch.

Los dos detectives aún siguieron registrando el resto del apartamento durante unos veinte minutos, examinando cajones y armarios, mirando debajo de las camas y detrás de los cojines de los sofás, pero no hallaron nada que les llamara la atención.

—He encontrado dos cepillos de dientes —dijo de pronto Chastain desde el baño del dormitorio principal.

—Interesante.

Bosch se encontraba en la sala de estar, examinando los libros de la estantería. Descubrió uno que había leído hacía años, *Yesterday Will Make You Cry*, de Chester Himes. Al notar la presencia de Chastain se volvió apresuradamente. Chastain se hallaba en el pasillo que conducía a los dormitorios, con una caja de condones en la mano.

—Estaban ocultos en el fondo de un estante, debajo del lavabo.

Bosch se limitó a asentir con la cabeza.

En la cocina había un teléfono de pared provisto de un contestador automático. La lucecita parpadeante indicaba que alguien había dejado un mensaje. Al oprimir el botón, Bosch oyó una voz de mujer.

—Hola, soy yo. Creí que ibas a llamarme. Espero que no te hayas dormido.

Eso era todo. El mensaje había sido recibido a las doce y un minuto de la noche. A esa hora Elias ya había muerto. Chastain, que había entrado en la cocina desde la sala de estar al oír la voz en el contestador automático, miró a Bosch y se encogió de hombros. Bosch rebobinó la cinta para escuchar de nuevo el mensaje.

—No parece la voz de su mujer —comentó Bosch.

—Parece de una mujer blanca —dijo Chastain.

Bosch estaba de acuerdo. Escuchó el mensaje por tercera vez, concentrándose en el tono acariciante e íntimo de la voz femenina. La hora de la llamada y el convencimiento de la mujer de que Elias reconocería su voz reforzaban aquella impresión.

—Unos condones ocultos en el baño, dos cepillos de dientes, el mensaje de una mujer misteriosa en el contestador automático —observó Chastain—. Parece que tenemos una amante involucrada en el caso, lo cual no deja de ser interesante.

—Es posible. Alguien ha hecho la cama esta mañana. ¿Has encontrado algún objeto femenino en el armario del baño?

—No.

Chastain regresó a la sala de estar. Cuando Bosch hubo terminado de registrar la cocina, se tomó un respiro y salió a la terraza de la salita. Consultó su reloj, apoyado en la barandilla. Eran las 4.50. Acto seguido se quitó el busca del cinturón para comprobar si se le había desconectado sin darse cuenta.

La batería del busca no se había agotado. Eleanor no había intentado localizarle. En ese momento oyó salir a Chastain a la terraza.

—¿Lo conocías? —preguntó Bosch sin volverse.

—¿A quién, a Elias? Sí, algo. —¿Qué quieres decir?

—Pues que trabajé en casos que después él llevó ante los tribunales. Tuve que testificar. Además, Elias tenía su despacho en Bradbury y nosotros también tenemos nuestras oficinas allí. Lo veía de vez en cuando. Pero si lo que quieres saber es si alguna vez jugué al golf con ese tío, la respuesta es no. No lo conocía mucho.

—Ese tipo se ganaba la vida demandando a policías. Siempre se presentaba ante el tribunal perfectamente informado del caso que llevaba entre manos. Conocía datos confidenciales, difíciles de obtener a través de cauces legales. Algunos afirman que disponía de fuentes dentro de la misma policía…

—Yo no trabajaba de soplón para Howard Elias —replicó Chastain con dureza—. Y no conozco a nadie de Asuntos Internos que lo hiciera. Nosotros investigamos a policías. Unas veces se lo merecen y otras no. Sabes tan bien como yo que tiene que haber policías que investiguen a otros policías. Pero el hacer de soplón para Howard Elias y otros sinvergüenzas como él es lo más bajo a lo que se puede llegar. Así que gracias por sospechar de mí.

Bosch observó los ojos de Chastain llenos de rabia.

—Era una pregunta —dijo Bosch—. Quiero saber con quién trato.

Bosch contempló de nuevo la vista de la ciudad y luego se fijó en la plaza situada más abajo. Kiz Rider y Loomis Baker la cruzaban en aquel preciso momento para dirigirse hacia Angels Flight, acompañados por un hombre que Bosch supuso que sería Eldrige Peete, el encargado del funicular.

—Vale, ya me lo has preguntado —contestó Chastain—. ¿Dejamos el tema?

—Por supuesto.

Bosch y Chastain bajaron en el ascensor en silencio.

—Adelántate mientras yo busco un lugar donde mear —dijo Bosch cuando llegaron al vestíbulo—. Díselo a los otros. No tardo nada.

—De acuerdo.

El portero oyó la conversación desde su garita e indicó a Bosch que el lavabo estaba al doblar la esquina, junto a los ascensores. Bosch le dio las gracias y se encaminó hacia allí.

Un vez en el lavabo, Bosch dejó el maletín en la encimera y sacó el móvil. En primer lugar llamó a su casa. Cuando saltó el contestador automático pulsó el código para escuchar los mensajes recientes. Pero sólo oyó el que había dejado él mismo. Eleanor aún no lo había escuchado.

—¡Mierda! —exclamó al colgar el teléfono.

Luego llamó a información y consiguió el número de la sala de póquer de Hollywood Park. La última vez que Eleanor no había vuelto a casa le había dicho que había estado allí jugando a las cartas.

Bosch llamó al número que le habían facilitado y pidió que le pasaran con la oficina de seguridad. Respondió un hombre que se identificó como el señor Jardine, y Bosch le dio su nombre y número de placa. Jardine le pidió que deletreara su nombre y repitiera el número de la placa.

Al parecer, lo estaba anotando.

—¿Se encuentra usted en la sala de vídeos?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—Busco a alguien y tengo motivos para sospechar que en estos momentos está jugando en una de las mesas del local. ¿Podría comprobarlo?

—¿Qué aspecto tiene esa persona?

Bosch describió a su esposa pero no pudo indicar cómo iba vestida porque no había mirado en los armarios de su casa. Luego esperó un par de minutos mientras Jardine observaba los monitores de los vídeos conectados a las cámaras de seguridad instaladas en la sala de póquer.

—Si está aquí, yo no la veo —dijo Jardine—. No suelen venir muchas mujeres a estas horas de la noche. Y la mujer que me ha descrito no se parece a ninguna de las que se encuentran aquí. Quizás haya estado antes, a la una o a las dos, pero ahora no está.

—De acuerdo, gracias.

—Mire, si me facilita un número de teléfono daré una vuelta por el local, y si la veo lo llamaré.

—Le daré el número de mi busca. Pero si la ve, no le diga nada. Llámeme al busca.

—Vale.

Después de facilitar al hombre el número de su busca y de colgar, Bosch pensó en llamar a las salas de juego que había en Gardena y Commerce, pero decidió no hacerlo. Si Eleanor había acudido a un club local, sin duda habría ido a Hollywood Park. O quizá a Las Vegas o a ese sitio indio en el desierto, cerca de Palm Springs. Bosch trató de no pensar en ello y de centrarse de nuevo en el caso.

Después de buscar el número en su agenda, llamó a la centralita nocturna del fiscal del distrito y pidió que le pusieran con el letrado de guardia. Le pasaron con una abogada de voz somnolienta llamada Janis Langwiser. Casualmente, era la misma que había presentado cargos en el caso de los huevos duros. La habían trasladado hacía poco a la oficina del fiscal del distrito y era la primera vez que Bosch había colaborado con ella en un caso. Recordaba que le había impresionado su sentido del humor y el entusiasmo que derrochaba en su trabajo.

—No me diga que esta vez se trata del caso de unos huevos revueltos. O de una tortilla de patatas.

—No exactamente. Siento haberla despertado, pero necesitamos que alguien nos eche una mano en una investigación que estamos a punto de iniciar.

—¿Quién es el muerto y dónde van a llevar a cabo la investigación?

—El muerto es Howard Elias y vamos a investigar en su despacho.

La abogada soltó un silbido tan agudo que Bosch apartó el auricular de la oreja.

—¡Caramba! —exclamó la abogada. Su voz había perdido todo rastro de somnolencia—. Esto va a ser… un bombazo. Cuénteme qué se sabe.

Cuando Bosch hubo terminado, Langwiser, que vivía a cincuenta kilómetros al norte, en Valencia, accedió a reunirse una hora después en el Bradbury con el equipo encargado de registrar el despacho de Elias.

—Hasta entonces tómese las cosas con calma, detective Bosch, y no entre en el despacho hasta que yo llegue.

—De acuerdo.

No tenía importancia, pero a Bosch le gustó que la abogada le llamara «detective». No porque fuera mucho más joven que él, sino porque a menudo los procuradores trataban a Bosch y a otros policías sin el menor respeto, como si fueran simples herramientas que podían utilizar

ante los tribunales. Bosch estaba seguro de que con el tiempo Janis Langwiser acabaría convirtiéndose en una abogada dura y cínica, pero todavía mostraba ciertos detalles respetuosos.

Bosch desconectó el teléfono, pero cuando se disponía a guardarlo se acordó de otra cosa. Llamó de nuevo a información y pidió el número de teléfono de la casa de Carla Entrenkin. Unos segundos después oyó una grabación informándole que a petición del titular el número no constaba en la guía. Era de esperar, pensó Bosch.

Al atravesar Grand Street y California Plaza hacia Angels Flight, Bosch trató de no pensar en Eleanor y en dónde demonios se había metido. Pero era difícil. Le dolía pensar que a esas horas estaría en cualquier parte, sola, buscando algo que obviamente él era incapaz de darle. Bosch empezaba a pensar que su matrimonio se iría irremediablemente a pique si no conseguía proporcionar a Eleanor lo que necesitaba.

Cuando se casaron, hacía un año, Bosch había sentido una sensación de paz y felicidad que jamás había experimentado. Por primera vez en su vida pensó que existía una persona por quien valía la pena sacrificarse, dar incluso la vida por ella si era necesario. Pero al cabo de un tiempo se había visto obligado a reconocer que ella no sentía lo mismo. No era una mujer feliz ni satisfecha. Esto hacía que Bosch se sintiera amargado, culpable y a la vez aliviado en cierto modo.

El detective procuró concentrarse de nuevo en el caso. Tenía que olvidarse de Eleanor durante un tiempo. Se puso a pensar en la voz del teléfono, en los condones escondidos en el armario del baño y en la cama recién hecha. ¿Cómo había conseguido Howard Elias el número de teléfono privado de Carla Entrenkin, que Bosch había hallado en la agenda que el abogado guardaba en la mesita de noche?

8

Rider estaba junto a un negro alto de pelo canoso, frente a la puerta de la estación de Angels Flight. Ambos sonreían, como si acabaran de compartir una broma, cuando Bosch se acercó a ellos.

—Señor Peete, le presento a Harry Bosch —dijo Rider—. Está a cargo de la investigación.

Peete estrechó la mano del detective.

—Es lo peor que he visto en mi vida. Lo peor.

—Lamento que haya tenido que presenciar esto, pero celebro que esté dispuesto a ayudarnos. Entre y siéntese, estará más cómodo. Dentro de unos minutos nos reuniremos con usted.

Cuando Peete hubo entrado en la estación, Bosch miró a Rider. No tuvo que decir nada.

—Tal como dijo Garwood, no oyó nada ni vio nada que le llamara la atención hasta que subió el coche y salió para cerrarlo. Tampoco vio a nadie paseándose ahí abajo como si esperara a alguien.

—¿Crees que se hace el sordo y el ciego?

—Yo diría que no. Creo que es un tipo legal. No vio ni oyó nada especial.

—¿Tocó los cadáveres?

—No. ¿Te refieres al reloj y a la cartera? Lo dudo.

Bosch asintió.

—¿Te importa que le haga un par de preguntas?

—Adelante, tú eres el jefe.

Bosch se dirigió hacia la pequeña oficina seguido por Rider. Eldrige Peete estaba sentado frente a una mesa, hablando por teléfono.

—Tengo que dejarte, cariño —dijo al ver a Bosch—. El policía quiere hablar conmigo. —Y colgó—. Era mi esposa. Quería saber cuándo voy a regresar a casa.

Bosch asintió.

—Señor Peete, ¿entró usted en el coche del funicular después de ver los cuerpos?

—No, señor. Supuse que estaban muertos. Había mucha sangre. Pensé que era mejor no tocar nada hasta que llegaran las autoridades.

—¿Reconoció a alguna de esas personas?

—Al hombre no pude verle con claridad, pero pensé que podía ser el señor Elias, por su aspecto y por el elegante traje que llevaba. A la mujer también la reconocí, quiero decir que no sabía cómo se llamaba pero se había montado en el coche hacía unos minutos y había bajado en él.

—¿Se refiere a que ella bajó primero?

—Sí, señor, bajó en el funicular. Era una pasajera asidua, como el señor Elias. Pero ella sólo lo tomaba una vez a la semana. Los viernes, como anoche. El señor Elias lo utilizaba más a menudo.

—¿Por qué cree usted que la mujer bajó en el coche pero no se apeó?

Peete miró a Bosch perplejo, como asombrado de que le hiciera una pregunta tan sencilla.

—Porque la asesinaron.

Bosch estuvo a punto de soltar la carcajada, pero se contuvo. Era evidente que no se explicaba con claridad.

—No, me refiero a antes de que le dispararan. Da la impresión de que esperó sentada en el banco para subir de nuevo la colina cuando apareció el asesino del otro pasajero que se disponía a montar en el tren.

—Yo no sé lo que hizo.

—¿Cuándo bajó la mujer exactamente?

—Bajó en el viaje anterior. Cuando hice bajar a *Olivos*, esa señora ya se había montado en el coche. Eso fue a las once menos cinco, miento, menos seis minutos. Hice bajar a *Olivos*, la dejé descansar hasta las once y la hice subir. El último viaje es a las once. Cuando subió el coche, esas personas estaban a bordo, muertas.

El hecho de que Peete se refiriera al funicular como si perteneciera al género femenino desconcertó a Bosch, que trató de recapitular.

—De modo que hizo bajar el coche con la mujer a bordo. Luego, al cabo de cinco o seis minutos, la mujer seguía a bordo del coche cuando usted lo hizo subir. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y durante esos cinco o seis minutos en que *Olivos* permaneció detenida abajo, ¿usted no vio nada allí?

—No, estaba contando el dinero de la caja registradora. Luego, a las once, salí y cerré a *Sinaí*. Luego hice que subiera *Olivos*. Y fue cuando los encontré. Estaban muertos.

—Pero ¿no oyó nada allí abajo? ¿Ningún disparo?

—No, ya le he dicho a la señorita «a la señorita Kizmin», que me pongo tapones en los oídos por el ruido que hace el generador debajo de la estación. Además, estaba contando el dinero. Casi todo son monedas de veinticinco centavos, y yo las meto en ese aparato.

Junto a la caja registradora había un mostrador de acero inoxidable para el cambio. El hombre señaló un aparato que introducía monedas de veinticinco centavos en unos rollos de papel que contenían diez dólares. A continuación el hombre propinó una patada en el suelo para señalar el generador instalado abajo. Bosch asintió para demostrar que lo había entendido.

—Háblame de la mujer. ¿Dice que era una pasajera asidua?

—Sí, viajaba en el funicular una vez por semana. Supongo que trabajaría de asistenta en los apartamentos. El autobús baja por Hill Street. Creo que subía allí.

—¿Y qué me dice de Howard Elias?

—También era un pasajero asiduo. Tomaba el funicular dos o tres veces a la semana, en días y horas diferentes, a veces muy tarde, como anoche. Una vez yo estaba cerrando y él me llamó desde abajo. Hice una excepción. Lo subí en *Sinaí*. Para hacerle un favor. En Navidad solía entregarme un pequeño sobre. Un detalle que tenía conmigo. Era un hombre muy amable.

—¿Montaba siempre solo en el funicular?

El anciano cruzó los brazos y reflexionó unos instantes.

—La mayoría de las veces, sí.

—¿Recuerda haberle visto con otra persona?

—Creo recordar que en una o dos ocasiones le vi con otra persona, pero no recuerdo quién era.

—¿Era un hombre o una mujer?

—No lo sé. Me parece que se trataba de una señora, pero no recuerdo su cara.

Bosch miró a Rider y arqueó las cejas, para saber si quería formular más preguntas al hombre. Ella dijo que no con la cabeza.

—Antes de marcharse, señor Peete, ¿podría conectar el funicular para que podamos bajar en él?

—Desde luego. Estoy a la disposición de usted y de la señorita Kizmin.

El hombre miró a Rider e inclinó la cabeza, sonriendo.

—Gracias —dijo Bosch—. Pues en marcha.

Peete se dirigió al ordenador y tecleó una orden. De inmediato el suelo empezó a vibrar y se oyó un ruido como el de una máquina que comienza a girar. Peete se volvió hacia ellos.

—Si necesitan algo, no tienen más que pedírmelo —dijo el hombre alzando la voz para dejarse oír.

Bosch se despidió de él con la mano y se dirigió hacia el coche del funicular. Chastain y Baker, el hombre de Asuntos Internos a quien Bosch había emparejado con Rider, estaban junto a la balaustrada, contemplando la vía.

—Vamos a bajar —dijo Bosch—. ¿Queréis venir?

Echaron a andar detrás de Rider sin decir una palabra. Los cuatro detectives subieron al coche llamado *Olivos*. Hacía un buen rato que se habían llevado los cadáveres y las pruebas que habían recogido los técnicos, pero la sangre derramada seguía manchando el suelo de madera y el banco donde se había sentado Catalina Pérez. Bosch subió los escalones, procurando no pisar la sangre que había emanado del cuerpo de Howard Elias. Se sentó en el lado derecho. Los otros lo hicieron en unos bancos situados más arriba, lejos de donde habían sido abatidas las víctimas. Bosch alzó la vista hacia la ventana de la estación y agitó la mano. De inmediato el coche arrancó bruscamente y comenzó el descenso. Bosch recordó de nuevo cuando viajaba de niño en el funicular. El asiento seguía siendo tan incómodo como en aquellos tiempos.

Bosch no miró a sus compañeros mientras descendían en el funicular. Observó la puerta inferior y la vía que discurría debajo del coche. El trayecto no duró más de un minuto. Cuando llegaron abajo, Bosch fue el primero en apearse. Al volverse vio la cabeza de Peete recortada en la ventana de la estación, iluminada por la luz del techo.

Bosch no pasó a través del torniquete porque estaba cubierto por el polvo negro que se utiliza para recoger las huellas dactilares y no quería mancharse el traje: el departamento se negaba a abonar la factura de la tintorería. Bosch señaló el polvo negro a sus compañeros y saltó sobre el torniquete.

Examinó el suelo, confiando en descubrir algo que le llamara la atención, pero no vio nada insólito. Estaba convencido de que los detectives de Robos y Homicidios habían registrado la zona a fondo. Bosch había ido sobre todo para echar una ojeada y obtener una impresión de

primera mano. A la izquierda de la arcada había una escalera de hormigón que utilizaba la gente que temía viajar en el funicular o cuando éste estaba fuera de servicio. También hacían uso de ella los entusiastas del ejercicio físico, que la subían y bajaban a la carrera. Hacía un año Bosch había leído en el *Times* un artículo sobre la célebre escalera. Junto a ella, construida en la ladera de la colina, había una parada de autobús iluminada. El largo banco, con capacidad para varias personas, estaba protegido por un techo de fibra de vidrio. Las mamparas laterales servían para anunciar el estreno de películas. Bosch vio el póster de una de Eastwood titulada *Blood Work*. La cinta estaba basada en una historia verídica sobre un antiguo agente del FBI a quien Bosch conocía.

Bosch pensó en la posibilidad de que el asesino hubiera aguardado en la parada del autobús hasta que Elias se acercara al torniquete de Angels Flight, pero la descartó.

La parada estaba iluminada por una luz instalada en el techo. Al dirigirse hacia el funicular, Elias habría visto a cualquiera que se hallara sentado en el banco. Dado que Bosch sospechaba que Elias conocía a su asesino, no era lógico que éste le aguardara sentado en el banco, allí donde Elias pudiera verle.

Bosch contempló el otro lado de la arcada, donde había un espacio de unos cien metros, entre la entrada del funicular y un pequeño edificio de oficinas, cubierto de arbustos artísticamente dispuestos en torno a una acacia. Bosch lamentó haberse dejado el maletín arriba, en la estación del funicular.

—¿Alguno de vosotros tiene una linterna? —preguntó.

Rider sacó del bolso una linterna. Bosch se dirigió hacia los arbustos, iluminando el suelo con la pequeña linterna. No encontró ninguna prueba de que el asesino hubiera esperado allí. El suelo entre los arbustos estaba sembrado de basura y otros desperdicios, pero ninguno de ellos había sido arrojado recientemente. Bosch dedujo que era un lugar que los sin techo utilizaban para examinar las bolsas de basura que habían hallado en otro sitio.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Rider, que había seguido a Bosch.

—Nada de interés. Estoy tratando de imaginar dónde pudo ocultarse ese tipo para que Elias no lo descubriera. Éste podía haber sido un buen lugar. El asesino habría salido de su escondrijo cuando Elias pasara frente a él, sin que éste lo viera, y lo habría seguido hasta el funicular.

—Quizá no tuviera que ocultarse. Quizá llegaron aquí juntos.

Bosch miró a Rider y asintió.

—Una posibilidad como cualquier otra.

—¿Y el banco de la parada?

—No, es un lugar abierto y bien iluminado. Si el asesino es alguien a quien Elias tenía motivos para temer, lo habría visto.

—Quizás utilizara un disfraz. A lo mejor se sentó disfrazado en la parada del autobús para que nadie lo reconociera.

—Quién sabe.

—Supongo que ya has pensado en todas esas posibilidades, pero dejas que siga hablando como una tonta.

Bosch no dijo nada. Devolvió la linterna a Rider y salió de entre los arbustos. Echó otro vistazo a la parada del autobús, convencido de que no andaba errado en sus hipótesis. El asesino no había utilizado la parada.

—¿Conoces a un tal Terry McCaleb que trabaja en el FBI? —preguntó Rider, acercándose a Bosch.

—Sí, colaboramos en un caso. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tú lo conoces?

—Personalmente, no. Pero lo he visto en la televisión. No se parece a Clint Eastwood.

—Estoy de acuerdo.

Bosch vio que Chastain y Baker habían cruzado la calle y se hallaban de pie en el hueco que formaba la puerta cerrada con la verja de hierro en la entrada del gigantesco Mercado Central. Examinaban algo que había en el suelo.

Bosch y Rider se acercaron a ellos.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó la detective.

—Quizá sí y quizá no —respondió Chastain, señalando las baldosas sucias y desgastadas del suelo.

—Cinco colillas —observó Baker—. De la misma marca de cigarrillos. Eso significa que alguien estuvo esperando aquí un buen rato.

—Quizá fuera un vagabundo —dijo Rider.

—Es posible —contestó Baker—. Y es posible también que fuera el asesino.

Bosch no parecía impresionado.

—¿Alguno de vosotros fuma? —inquirió.

—¿Por qué? —preguntó Baker.

—Porque entonces comprenderíais el asunto. ¿Qué veis cuando entráis por la puerta principal del Mercado Central?

Chastain y Baker lo miraron perplejos.

—¿Policías?

—Sí, pero ¿qué hacen?

—Fumar —contestó Rider.

—Exacto. Está prohibido fumar en los edificios públicos, de modo que los fumadores se congregan frente a la puerta. Este mercado es un edificio público.

Bosch señaló las colillas aplastadas sobre las baldosas.

—Eso no significa necesariamente que alguien estuviera esperando aquí un buen rato. Yo más bien pienso que un empleado del mercado salió cinco veces a lo largo del día para fumar.

Baker asintió, pero Chastain se opuso a esa deducción.

—Sigo pensando que podría ser el tipo que buscamos —dijo—. ¿En qué otro sitio pudo esperar a Elias, entre los arbustos de ahí enfrente?

—Es posible. O tal vez no tuvo que esperarlo, como piensa Kiz. Quizá se dirigió hacia el funicular junto con Elias. Quizás Elias lo consideraba un amigo.

Bosch metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsa de plástico.

—O quizá yo esté equivocado y vosotros tengáis razón —dijo entregando la bolsa a Chastain —. Mete las colillas en la bolsa y ponles una etiqueta. Encárgate de que lleguen al laboratorio.

Unos minutos después Bosch concluyó su examen de la parte inferior de la escena del crimen. Subió al funicular, recogió su maletín donde lo había dejado y se dejó caer en uno de los asientos situados junto a la puerta superior. Comenzaba a sentirse fatigado y lamentó no haber conseguido dormir un rato, antes de la llamada de Irving. La emoción y la adrenalina que generaba cada nuevo caso producían una falsa sensación de euforia que no tardaba en disiparse.

Bosch hubiera dado cualquier cosa por fumarse un cigarrillo y echar un sueñecito. Pero en aquellos momentos sólo podía hacer una de las dos cosas, lo que suponía buscar un establecimiento que permaneciera abierto toda la noche para encontrar tabaco. Bosch decidió no hacerlo. Curiosamente, le parecía que su ayuno de nicotina formaba parte de su vigilia por Eleanor. Pensaba que si se fumaba un cigarrillo lo perdería todo, que no volvería a saber nada de ella.

—¿En qué piensas, Harry?

Bosch alzó la vista. Rider estaba junto a la puerta del funicular, a punto de subir.

—En nada. En todo. No hemos hecho más que empezar a investigar este caso. Queda aún mucho por hacer.

—Hay que seguir adelante.

—Por supuesto.

Cuando sonó el busca del detective, éste se lo quitó del cinturón tan rápidamente como si el aparato se hubiera puesto a sonar en un cine. Bosch reconoció el número pero no recordó dónde lo había visto con anterioridad. Sacó el móvil del maletín y pulsó el número. Era el teléfono del domicilio de Irvin Irving.

—He hablado con el jefe —dijo Irving—. Él hablará con el reverendo Tuggins. Dice que no se preocupe por el asunto.

Irving pronunció la palabra reverendo con evidente desdén.

—De acuerdo.

—¿Cómo van las cosas?

—Estamos todavía en la escena del crimen, pero casi hemos terminado. Nos marcharemos en cuanto hayamos visitado el edificio de apartamentos para comprobar si hay testigos. Elias tenía un apartamento en el centro de la ciudad. Se dirigía allí cuando fue asesinado. Iremos a echar un vistazo a su apartamento y a su despacho en cuanto el juez firme las órdenes de registro.

—¿Han comunicado la muerte de la mujer a su familia?

—Sí, he enviado a dos detectives para que informen a la familia de Catalina Pérez sobre su muerte.

—Cuénteme qué ocurrió cuando se presentaron en casa de Elias.

Puesto que Irving no se lo había preguntado antes, Bosch dedujo que si lo hacía en ese momento era porque el jefe de la policía quería saberlo. Bosch le explicó brevemente lo ocurrido, e Irving le hizo algunas preguntas sobre la reacción de la esposa y el hijo de Elias. Bosch se dio cuenta de que las formulaba desde el punto de vista del departamento de relaciones públicas. Sabía que, al igual que ocurriría con Preston Tuggins, la forma en que la familia de Elias reaccionara ante su asesinato incidiría directamente en la reacción de la comunidad.

—¿De modo que no cree que en estos momentos podamos contar con la ayuda de la viuda y el hijo para contener la indignación popular?

—Así es. Pero cuando hayan superado el golpe inicial, es posible que accedan a ello. Pienso que quizá sería conveniente que el jefe llamara personalmente a la viuda. Vi una foto de él junto a Elias en el vestíbulo de la casa del abogado. Si el jefe va a hablar con Tuggins, convendría que también hablara con la viuda para que nos eche una mano.

—Es posible.

Irving cambió de tema e informó a Bosch de que la sala de conferencias de su despacho, en la sexta planta del Parker Center, estaba preparada para que la utilizaran los investigadores. Dijo que la puerta de la sala estaba abierta, pero que por la mañana entregarían a Bosch las llaves. Cuando los investigadores se instalaran en ella, la sala de conferencias debería permanecer cerrada en todo momento. Irving aseguró a Bosch que llegaría a las diez y que esperaba obtener un informe más amplio sobre el caso durante la reunión del equipo de investigadores.

—Tomo nota, jefe —respondió Bosch—. A esa hora calculo que habremos terminado de entrevistar a los posibles testigos y de registrar el apartamento y despacho de Elias, y estaremos de regreso.

—Eso espero. Nos veremos a las diez.

—De acuerdo.

Cuando Bosch se disponía a cerrar el móvil oyó que Irving añadía algo.

—¿Cómo dice, jefe?

—Otra cosa. Teniendo en cuenta la identidad de una de las víctimas del caso, supuse que me correspondía a mí informar a la inspectora general. Cuando le expliqué los datos que habíamos recabado hasta el momento, la inspectora general se mostró… no sé cómo expresarlo…, se mostró profundamente interesada en el caso. Quizá me haya quedado corto al decir que se mostró profundamente interesada.

Carla Entrenkin. Bosch estuvo a punto de soltar un taco pero se contuvo. La inspectora general constituía una entidad nueva en el departamento: una ciudadana nombrada por la Comisión de Policía en calidad de supervisora civil autónoma dotada de autoridad plena para investigar o supervisar una investigación. Otra muestra de la politización del departamento. La inspectora general respondía de sus actos ante la Comisión de Policía, la cual a su vez respondía ante el ayuntamiento y el alcalde. Aparte de eso, existían otras razones que irritaban a Bosch. El hecho de hallar el nombre y el número de teléfono privado de Entrenkin en la agenda telefónica de Elias era preocupante, pues abría una serie de posibilidades y complicaciones.

—¿Va a personarse la inspectora general en la escena del crimen?

—No lo creo —respondió Irving—. Tardé un rato en llamarla para poder decirle que ustedes ya habían terminado su trabajo allí. Así le ahorro otro quebradero de cabeza, detective. Pero no se sorprenda si en algún momento del día le llama.

—¿Puede hacerlo? Me refiero a si puede hablar conmigo sin hacerlo a través de usted. A fin de cuentas no es policía.

—Por desgracia, esa señora puede hacer lo que quiera porque la Comisión de Policía le ha concedido plena autoridad. De modo que esta investigación debe ser impecable, ¿entendido, detective Bosch? En caso contrario, Carla Entrenkin no dudará en llamarnos a capítulo.

—Entendido.

—Bien, pues entonces lo único que necesitamos es detener al asesino y todo irá sobre ruedas.

—Vale, jefe.

Irving colgó sin despedirse. Bosch alzó la vista. Chastain y Baker acababan de subir al funicular.

—Sólo existe una cosa peor que trabajar en esto con los de Asuntos Internos —dijo Bosch a Rider—. Que la inspectora general controle todos nuestros movimientos.

—¿Estás bromeando? —preguntó Rider, volviéndose hacia él—. ¿Que Carla Entrenkin participa en la investigación?

La incorporación de la inspectora general, que solía criticar las acciones de los miembros del departamento ante la Comisión de Policía complicaba más el caso.

—Así es —respondió Bosch—. Vamos a tener que bregar también con ella.

9

En lo alto de la colina se encontraron con Edgar y Fuentes, que venían de comunicar la muerte de Catalina Pérez a su familia. Por su parte, Joe Dellacroce había regresado del Parker Center con unas órdenes de registro firmadas y selladas. No siempre era necesaria una orden autorizada por el tribunal para registrar el domicilio y el despacho de la víctima de un homicidio, pero tratándose de un personaje conocido resultaba preferible conseguir una orden firmada por el juez. En ese tipo de sucesos, si se producía una detención solían intervenir abogados defensores de renombre, los cuales habían adquirido fama invariablemente gracias a su celo y brillantez. Se cebaban en los errores de sus rivales, tomaban las costuras deshilachadas y los cabos sueltos del caso y tiraban de ellos hasta que los agujeros eran lo suficientemente grandes como para que sus clientes se escabulleran por ellos. Bosch tenía eso muy en cuenta. Era preciso andarse con pies de plomo.

Además, Bosch juzgaba particularmente imprescindible disponer de una orden de registro para entrar en el despacho de Elias. Allí encontrarían numerosos expedientes sobre detectives y casos pendientes de juicio contra el departamento, casos que seguirían su curso después de que nuevos abogados se hicieran cargo de ellos, y Bosch tenía que compatibilizar la sacrosanta confidencialidad entre abogado y cliente con la necesidad de investigar el asesinato de Howard Elias. Los investigadores debían ir con pies de plomo al manejar los expedientes. Ése era el motivo por el que Bosch había llamado a la oficina del fiscal del distrito y había solicitado a Janis Langwiser que se personará en el despacho de Elias.

Bosch se acercó a Edgar, lo agarró del brazo y lo condujo hacia la balaustrada desde la que contemplaban la empinada cuesta que se extendía hasta Hill Street. Allí nadie podría oír lo que hablaban.

—¿Cómo ha ido?

—Como de costumbre. Preferiría estar en cualquier sitio que no fuera el del tío que ha de darles la noticia, no sé si me entiendes.

—Por supuesto. ¿Te limitaste a comunicarle al marido la noticia o le hiciste algunas preguntas?

—Le hicimos algunas preguntas, pero no obtuvimos muchas respuestas. El tío dijo que su esposa trabajaba de asistenta en unos apartamentos cerca de aquí. Venía en autobús. No pudo darnos direcciones. Dijo que su mujer las tenía anotadas en una pequeña agenda que solía llevar consigo.

Bosch reflexionó un momento. No recordaba haber visto ninguna agenda en el inventario de pruebas. El detective apoyó el maletín sobre la balaustrada, lo abrió y sacó una tabla provista de una pinza que sujetaba todos los papeles con los datos recogidos en la escena del crimen. Encima de todo estaba la copia amarilla del inventario que Hoffman le había dado antes de marcharse. En ella constaban las pertenencias de la víctima número 2, pero no había ninguna agenda.

—Habrá que volver a hablar con él más tarde. No tenemos ninguna agenda.

—Envía a Fuentes. El marido no habla inglés.

—De acuerdo. ¿Alguna otra cosa?

—No. Comprobamos lo de costumbre: si su esposa tenía enemigos, problemas, si alguien le estaba incordiando, acosándola, etcétera. Nada. El marido dijo que su mujer vivía muy tranquila.

—Bien. ¿Qué me dices de él?

—Parecía legal. Tiene cara de fracasado, como si todo le hubiera salido mal en la vida, ¿comprendes?

—Sí.

—Parecía tan afectado como sorprendido por la noticia.

—Muy bien.

Bosch miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Ahora nos separaremos para llevar a cabo los registros. Quiero que te ocupes del apartamento que tenía Elias en The Place. Yo iba…

—¿De modo que se dirigía allí?

—Eso parece. Yo estuve allí con Chastain, para hacer un registro preliminar. Quiero que te tomes todo el tiempo que necesites. Y que empieces por su dormitorio. Saca una agenda telefónica del cajón de la mesita de noche sobre la que está el teléfono. Métela en la bolsa de pruebas y séllala para que nadie pueda husmear en ella hasta que lo traslademos todo a la oficina.

—De acuerdo, pero ¿eso por qué?

—Te lo contaré más tarde. Hazte con la agenda antes de que la encuentre alguien. Llévate también la cinta del contestador automático que hay en la cocina. Tiene un mensaje que quiero conservar.

—De acuerdo.

—Pues andando.

Bosch se apartó de la balaustrada y se dirigió hacia Dellacroce.

—¿Algún problema con la orden?

—No, salvo que he despertado un par de veces al juez.

—¿Qué juez?

—John Houghton.

—Es un tío simpático.

—No me dio esa impresión cuando se dio cuenta de que iba a tener que firmar una segunda orden.

—¿Dijo algo sobre el despacho?

—Me obligó a añadir un párrafo sobre la necesidad de preservar la sacrosanta confidencialidad entre abogado y cliente.

—¿Nada más? Déjame ver.

Dellacroce sacó las órdenes de registro del bolsillo interior de la chaqueta y entregó a Bosch el documento que les autorizaba a entrar en el Bradbury. Bosch leyó por encima la primera hoja del documento, hasta llegar al párrafo que había mencionado Dellacroce. Le pareció correcto. El juez les autorizaba a registrar el despacho y los archivos, puntualizando únicamente que cualquier información confidencial que sacaran de los archivos debía guardar relación con la investigación de asesinato.

—Lo que el juez dice es que no podemos registrar los archivos y entregar lo que consigamos a la oficina del fiscal —dijo Dellacroce—. Todo debe permanecer dentro de los límites de nuestra investigación.

—Puedo soportarlo —repuso Bosch.

Luego llamó al resto del equipo. Bosch observó que Fuentes estaba fumando y trató de no pensar en las ganas que tenía de fumarse un cigarrillo.

—Bien, tenemos las órdenes de registro —dijo—. Vamos a separarnos. Edgar, Fuentes y Baker registrarán el apartamento. Edgar dirigirá la operación. Los demás regresaremos a la oficina. También quiero que los que registréis el apartamento preparéis unas entrevistas con los conserjes del edificio. De todos los turnos. Debemos averiguar cuanto podamos sobre los horarios y los hábitos personales de ese tío. Sospecho que hay una amante involucrada. Otra cosa, en el llavero vi las llaves de un Porsche y de un Volvo. Tengo la impresión de que Elias conducía el Porsche, que probablemente se encuentra en el garaje del edificio. Quiero que lo comprobéis.

—En las órdenes de registro no se menciona ningún coche —protestó Dellacroce—. Nadie me dijo nada de un coche cuando fui a buscar las órdenes.

—De acuerdo, localiza el coche, mira por las ventanillas y si lo crees necesario pediremos una orden de registro.

Al pronunciar esta frase Bosch miró a Edgar. Éste asintió de forma casi imperceptible: había entendido que Bosch le ordenaba localizar el coche, abrirlo y registrar su interior. Si hallaba algo importante para la investigación, pedirían una orden de registro y fingirían que jamás habían abierto una puerta del coche. Era lo habitual.

Bosch miró su reloj y dio por concluida la reunión.

—Son las cinco y treinta y cinco. A las ocho y media, como mucho, tienen que haber finalizado los registros. Recoged todo lo que creáis interesante y más tarde lo analizaremos. El jefe Irving ha instalado el puesto de mando de esta investigación en la sala de conferencias, junto a su despacho del Parker Center. Antes de regresar allí, quiero reunirme con todos vosotros aquí a las ocho y media.

Bosch señaló el alto edificio de apartamentos que se alzaba sobre Angels Flight.

—Entonces visitaremos esos apartamentos. No quiero esperar hasta más tarde, no sea que sus ocupantes ya se hayan marchado y no vuelvan hasta última hora.

—¿Y la reunión con Irving? —preguntó Fuentes.

—Está fijada para las diez. Estaremos allí, puntuales. Y si no, no os preocupéis. Yo despacharé con el jefe mientras vosotros cumplís con lo encomendado. Lo primero es el caso. El jefe se hará cargo.

—Harry —intervino Edgar—. ¿Si terminamos antes de las ocho y media podremos ir a desayunar?

—De acuerdo, pero no quiero que se os escape nada. No os apresuréis con los registros para comeros los donuts.

Rider sonrió.

—¿Sabéis que os digo? —rectificó Bosch—. Que yo mismo me encargaré de que haya aquí unos donuts a las ocho y media. Aguantaos hasta entonces, ¿vale?

Bosch sacó el llavero que había encontrado en el cadáver de Howard Elias.

Extrajo las llaves del apartamento y la del Porsche y se las entregó a Edgar. Pero había otras que no sabían de dónde eran. Bosch supuso que dos o tres pertenecían al despacho y otras tres a su casa de Baldwin Hills. No obstante quedaban cuatro llaves. Bosch recordó la voz que había oído en el contestador automático. Puede que Elias tuviera las llaves del domicilio de su amante.

Bosch volvió a guardar las llaves en el bolsillo y ordenó a Rider y a Dellacroce que se dirigieran en coche al Bradbury. Dijo que Chastain y él tomarían el funicular para bajar y luego darían un paseo para examinar las aceras que había recorrido Elias entre su despacho y la terminal inferior de Angels Flight. Cuando los detectives se separaron para cumplir sus respectivas tareas, Bosch se acercó a la ventana de la estación.

Eldrige Peete estaba sentado en la silla junto a la caja registradora, con los tapones en los oídos y los ojos cerrados. Bosch golpeó suavemente con los nudillos en la ventana, pero no pudo evitar que el anciano se sobresaltara.

—Señor Peete, le agradecería que nos permitiera bajar una última vez. Luego puede usted cerrar y regresar a casa. Su esposa le estará esperando.

—Como usted diga.

Bosch se volvió para dirigirse hacia el coche del funicular, pero se detuvo de golpe.

—Todo está lleno de sangre —dijo a Peete—. ¿Puede avisar a alguien para que limpie el interior del coche antes de que comience a funcionar mañana?

—Descuide, lo haré yo mismo. En el cobertizo hay un cubo y un mocho. Llamé a mi encargado antes de que llegaran ustedes. Me dijo que limpiara *Olivos* para que mañana por la mañana esté preparada. Los sábados empezamos a las ocho.

—De acuerdo, señor Peete —dijo Bosch—. Lamento que tenga que limpiarlo usted mismo.

—Me gusta que los coches estén limpios.

—Otra cosa, el torniquete de la terminal inferior está cubierto de un polvo negro que usamos para recoger huellas. Pone la ropa perdida.

—Lo limpiaré también.

—Disculpe las molestias que le hemos causado esta noche —dijo Bosch—. Ha sido muy amable. Gracias.

—¿Noche? ¡Pero si ya ha amanecido! —replicó Peete sonriendo.

—Tiene usted razón. Buenos días, señor Peete.

—No lo son para esos dos desgraciados que iban en el funicular.

Bosch se alejó unos pasos pero cambió de parecer y regresó junto a Peete.

—Una última cosa. Este caso va a ocupar mucho espacio en la prensa. Y en la televisión. No pretendo decirle lo que debe hacer, pero quizá le convenga descolgar el teléfono, señor Peete. Y no abrir la puerta.

—Ya le entiendo.

—Perfecto.

—De todos modos, voy a pasarme el día durmiendo.

Bosch asintió y subió al funicular. Chastain ya se había instalado en uno de los asientos junto a la puerta.

Bosch pasó ante él y se dirigió hacia la parte inferior del coche, donde había sido abatido Howard Elias. Intentó no pisar la sangre, que ya se había coagulado.

Tan pronto como se hubo sentado, el coche comenzó a descender. Bosch miró por la ventanilla y vio la luz grisácea del amanecer que iluminaba los contornos de los rascacielos comerciales que se alzaban en el este.

Se instaló cómodamente en el asiento y bostezó, sin molestarse en cubrirse la boca. Le entraron ganas de tumbarse en el asiento. Aunque era de madera dura, Bosch sabía que no tardaría en caer dormido y en soñar con Eleanor, la felicidad y los lugares donde uno no tenía que preocuparse por los charcos de sangre.

Bosch desterró ese pensamiento y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, antes de recordar que allí no iba a encontrar ningún cigarrillo.

10

El Bradbury, construido hacía más de un siglo, constituía la polvorienta joya del centro urbano. Su belleza era antigua pero más resplandeciente y seductora que todas las torres de cristal y mármol que se alzaban como gigantes en torno a él, como protegiendo a una hermosa criatura. Su estilo florido y sus superficies de baldosas habían resistido la traición del hombre y de la naturaleza. Había sobrevivido a terremotos y disturbios, épocas de abandono y deterioro, y a una ciudad que con frecuencia no se molestaba en salvaguardar las raíces y la escasa cultura que poseía. Bosch creía que no existía una construcción más bella en la ciudad, pese a los motivos que le habían hecho penetrar en su interior a lo largo de los años.

Aparte de los bufetes de Howard Elias y otros abogados, el Bradbury albergaba en sus cinco plantas varias oficinas estatales y municipales. Las tres grandes oficinas situadas en el tercer piso estaban arrendadas a la División de Asuntos Internos del Departamento de Policía de Los Angeles y eran utilizadas para celebrar en ellas las reuniones convocadas por la Junta de Derechos, los tribunales disciplinarios ante los cuales debían comparecer los policías que habían cometido algún delito. La División de Asuntos Internos había arrendado ese espacio debido a la creciente ola de quejas contra policías que se había producido en la década de los noventa, que había dado lugar a más acciones disciplinarias y más intervenciones de la Junta de Derechos. En los tiempos que corrían se convocaban numerosas reuniones disciplinarias, en ocasiones hasta dos o tres diarias. Puesto que en el Parker Center no había suficiente espacio para este torrente de casos de desmanes policiales, Asuntos Internos había arrendado ese lugar en el cercano edificio Bradbury.

Para Bosch, la División de Asuntos Internos era la única mácula que empañaba la belleza del edificio. Bosch se había visto obligado a comparecer dos veces ante la Junta de Derechos en el Bradbury. En ambos casos había tenido que declarar, escuchar a los testigos y a un investigador de Asuntos Internos —en una ocasión había sido Chastain— exponer los hechos y las pruebas del caso, tras lo cual se había paseado nervioso bajo el gigantesco lucernario del atrio mientras los tres capitanes decidían en privado su suerte. Bosch había sido declarado inocente en ambas ocasiones y, tras sus obligadas visitas al Bradbury, había llegado a enamorarse del edificio con sus suelos de baldosas mexicanas, sus adornos de hierro forjado y pintorescos buzones de correos. En cierta ocasión incluso se había molestado en leer la historia del edificio en las oficinas de Conservación de Edificios Históricos, donde había descubierto uno de los misterios más extraños de Los Angeles: el Bradbury, pese a su esplendor, había sido proyectado por un delineante que cobraba cinco dólares a la semana. George Wyman no estaba licenciado en

arquitectura y no había diseñado ningún edificio cuando esbozó el proyecto del edificio en 1892, pero su diseño se plasmó en una construcción que había de perdurar más de un siglo y despertar la admiración de numerosas generaciones de arquitectos. Lo más curioso del caso era que Wyman no volvió a proyectar ningún edificio importante, ni en Los Angeles ni en ninguna otra ciudad.

Era ese tipo de misterios que le gustaban a Bosch. Le fascinaba la idea de que un hombre dejara su impronta en una sola obra, la única oportunidad que se le había brindado. Bosch se identificaba con George Wyman, pese al siglo que les separaba. El detective creía que todo el mundo tenía una oportunidad en su vida. Desconocía si él ya había tenido la suya; era difícil saberlo hasta que uno era viejo y hacía balance de su vida. Pero le daba la impresión de que la gran ocasión de su vida aún no se le había presentado.

Debido a las numerosas calles de una sola dirección y a los semáforos que impedían a Dellacroce y a Rider circular con rapidez, Bosch y Chastain, que iban a pie, llegaron al Bradbury antes que ellos. Al acercarse a la pesada puerta de cristal de la entrada, vieron a Janis Langwiser apearse de un pequeño deportivo rojo que estaba indebidamente aparcado junto a la acera, frente al edificio. La abogada llevaba un bolso de cuero colgado al hombro y sostenía un vaso de plástico con la etiqueta de una bolsita de té colgando por el borde.

—Creí que habíamos quedado citados para dentro de una hora —dijo en tono jovial.

Bosch consultó su reloj. Había transcurrido una hora y diez minutos desde que habían hablado por teléfono.

—Si quiere me puede demandar por incumplimiento —respondió Bosch sonriendo.

Después de presentarle a Chastain, Bosch ofreció a Langwiser un informe más detallado de la investigación. En el preciso momento en que terminó aparecieron Rider y Dellacroce, quienes aparcaron sus respectivos vehículos delante del de Langwiser. Bosch trató de abrir la puerta del edificio, pero estaba cerrada. Sacó el llavero que había pertenecido a Elias y consiguió abrir al segundo intento. Los cinco penetraron en el atrio del edificio. Al alzar la vista se sintieron sobrecogidos por la belleza del lugar. Por la claraboya se filtraban los primeros rayos violáceos y grises del amanecer. A través de unos altavoces ocultos sonaba música clásica. Era una música subyugante y triste que Bosch no logró identificar.

—El *Adagio* de Barber —dijo Langwiser.

—¿Qué? —preguntó Bosch con los ojos clavados en el techo del edificio.

—La música.

—Ah.

Un helicóptero de la policía pasó por encima del edificio; se dirigía hacia Piper Tech para el cambio de turno. La imagen rompió el hechizo y Bosch bajó la mirada. Un guardia de seguridad vestido de uniforme se dirigió hacia ellos. Era un joven negro con el pelo cortado casi al cero y unos asombrosos ojos verdes.

—¿En qué puedo ayudarles? El edificio está cerrado.

—Policía —respondió Bosch mostrándole la placa—. Tenemos una orden judicial para registrar el despacho 505.

Bosch hizo una señal a Dellacroce, quien sacó la orden judicial del bolsillo de la chaqueta y se la entregó al guardia.

—Ése es el despacho del señor Elias —dijo el guardia.

—Ya lo sabemos —replicó Dellacroce.

—¿Qué ocurre? —preguntó el guardia—. ¿Por qué tienen que registrar el despacho del señor Elias?

—En estos momentos no se lo podemos decir —contestó Bosch—. Pero queremos que usted responda a un par de preguntas. ¿Cuándo comienza su turno? ¿Estaba usted aquí cuando el señor Elias se marchó anoche?

—Sí, estaba aquí. Trabajo de seis a seis. Les vi marcharse hacia las once de la noche.

—¿Se refiere a que al señor Elias le acompañaba alguien?

—Le acompañaban dos hombres. Cuando se hubieron marchado cerré la puerta con llave. El edificio se quedó desierto, sólo estaba yo.

—¿Conoce usted a los hombres que le acompañaban?

—Uno era el ayudante o como se llame del señor Elias.

—¿Secretario? ¿Pasante?

—Sí, el pasante. Un joven estudiante que le ayudaba con los casos.

—¿Sabe cómo se llama?

—No, nunca se lo he preguntado.

—¿Y el otro individuo?

—A ése no lo conozco.

—¿Lo había visto antes por aquí?

—Sí, las dos últimas noches se marcharon juntos. Y en un par de ocasiones lo vi entrar y salir solo.

—¿Ocupa un despacho en el edificio?

—Que yo sepa, no.

—¿Era cliente de Elias?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Es negro, blanco?

—Negro.

—¿Qué aspecto tiene?

—No me fijé en él.

—Pero dijo que le había visto por aquí en otras ocasiones. ¿Qué aspecto tiene?

—Normal.

Bosch estaba perdiendo la paciencia, aunque no sabía muy bien por qué. El guardia parecía esforzarse. Una de las tareas rutinarias de la policía era buscar testigos que a la hora de la verdad eran incapaces de describir a personas a quienes habían tenido ocasión de ver con toda nitidez. Bosch tomó la orden judicial de la mano del guardia y se la devolvió a Dellacroce. Langwiser pidió que se la mostraran y empezó a leerla mientras Bosch continuaba interrogando al guardia.

—¿Cómo se llama?

—Robert Courtland. Estoy en lista de espera para ingresar en la academia.

Bosch asintió. Casi todos los guardias de seguridad de la ciudad esperaban conseguir algún día un puesto en la policía. Bosch pensó que si Courtland, un negro, aún no había ingresado en la

academia, sería porque habría algún problema en su solicitud. El departamento hacía lo posibles por atraer a grupos minoritarios a sus filas. Si Courtland aún estaba en la lista de espera sería por algún motivo. Bosch supuso que quizás habría confesado que había fumado marihuana. O tal vez no reunía los mínimos requisitos en materia de instrucción o tenía antecedentes como delincuente juvenil.

—Cierre los ojos, Robert.

—¿Qué?

—Cierre los ojos y relájese. Piense en el hombre que vio. Dígame qué aspecto tiene.

Courtland obedeció al detective, y unos instantes después le ofreció una mejor descripción del tipo, aunque escueta.

—Tiene aproximadamente la misma estatura que el señor Elias. Pero llevaba la cabeza afeitada. Y lucía una perilla.

—¿Una perilla?

—Sí, una minúscula barbita justo debajo del labio. —El joven abrió los ojos—. Esto es todo.

—¿Seguro? —preguntó Bosch con un tono amistoso y jovial—. ¿Cómo quiere que le admitan en la policía, Robert? Necesitamos algo más. ¿Qué edad tenía ese tipo?

—No sé. Treinta o cuarenta años.

—Eso nos ayuda mucho. Una diferencia de diez años. ¿Era delgado? ¿Gordo?

—Delgado pero musculoso. Un tipo de buena planta.

—Creo que está describiendo a Michael Harris —terció Rider.

Bosch la miró. Harris era el demandante en el caso del Black Warrior.

—Encaja con su descripción —dijo Rider—. El caso comienza el lunes. Probablemente se quedaron trabajando hasta tarde, preparando el caso para presentarlo ante el tribunal.

Bosch asintió.

—Tenemos un problema con esta orden de registro —observó Langwiser mientras seguía leyendo el documento.

Todos se volvieron hacia ella.

—Puede retirarse, Robert —le dijo Bosch a Courtland—. No le necesitamos más. Gracias por su ayuda.

—¿Está seguro? ¿Quiere que suba con ustedes para abrirles la puerta del despacho?

—No, tenemos la llave. Nos las arreglaremos.

—De acuerdo. Si necesitan algo, estoy en el despacho de seguridad, detrás de la escalera.

—Gracias.

Courtland empezó a retirarse, pero de pronto se detuvo y se volvió.

—Es mejor que no suban los cinco en el ascensor al mismo tiempo. Es mucho peso para ese trasto.

—Gracias, Robert —respondió Bosch.

El detective esperó a que el guardia hubiera desaparecido antes de volverse hacia Langwiser.

—Señorita Langwiser, quizá no haya visitado muchas escenas de crímenes —dijo—. Pero permítame un consejo. Jamás diga delante de una persona que no es policía que hay un problema con una orden de registro.

—De verdad que lo siento.

—¿Qué tiene de malo esa orden de registro? —inquirió Dellacroce, molesto de que cuestionaran su profesionalidad—. El juez no vio ningún defecto. Dijo que era correcta.

Langwiser observó el documento de tres páginas que sostenía en la mano y lo agitó, haciendo que las hojas se estremecieran como las alas de una paloma que ha sido abatida.

—Creo que en un caso como éste conviene que estemos muy seguros de lo que hacemos, antes de entrar en ese despacho y ponernos a registrar sus archivos.

—Tenemos que examinar esos archivos —dijo Bosch—. Es ahí donde hallaremos a la mayoría de sospechosos.

—Lo comprendo. Pero son unos archivos confidenciales que se refieren a querellas contra el departamento de policía. Contienen información privilegiada que sólo puede ver un abogado y su cliente. ¿No lo entiende? Si abre un solo archivo, habrá violado los derechos de los clientes de Elias.

—Lo único que pretendemos es dar con el asesino de ese hombre. Los casos que tuviera pendientes nos tienen sin cuidado. Confío en que el nombre del asesino no se encuentre en esos archivos y que no se trate de un policía. Pero ¿y si lo fuera, y Elias conservara copias o notas de sus amenazas en esos archivos? ¿Y si a través de sus pesquisas Elias hubiera averiguado algo sobre una persona que aclare el asesinato? Como verá, es imprescindible que examinemos esos archivos.

—Todo eso es comprensible. Pero si posteriormente un juez dictamina que el registro fue ilegal, usted no podrá utilizar nada de lo que encuentre ahí. ¿Está dispuesto a correr ese riesgo? —Langwiser se volvió hacia la puerta—. Necesito un teléfono para hacer una llamada y solventar este asunto. Aún no puedo permitirle que registre ese despacho. No sería correcto.

Bosch soltó una bocanada de aire, maldiciendo en silencio por haberse precipitado en llamar a la abogada. Debió hacer lo que tenía que hacer y cargar con las consecuencias.

—Tenga. —Bosch abrió su maletín y entregó a Langwiser su móvil.

La abogada llamó a la centralita de la oficina del fiscal del distrito y pidió que la pasaran con un procurador llamado David Scheiman; Bosch sabía que era el supervisor de la unidad de delitos graves. Cuando Scheiman se puso al teléfono, la abogada empezó a resumir la situación mientras Bosch escuchaba atentamente para asegurarse de que Langwiser no se equivocaba en los pormenores.

—Estamos perdiendo mucho tiempo, Harry —murmuró Rider—. ¿Quieres que vaya a buscar a Harris y hable con él sobre lo de anoche?

Bosch estuvo a punto de dar su conformidad, pero dudó al pensar en las posibles consecuencias.

Michael Harris había interpuesto una demanda contra quince miembros de la División de Robos y Homicidios en un caso que había sido muy ventilado por los medios y que debía iniciarse el lunes. Harris, empleado de un taller de lavado de coches con un largo historial de robos y agresiones sexuales, pedía diez millones de dólares en concepto de daños y perjuicios, porque afirmaba que los de Robos y Homicidios habían colado pruebas contra él en el caso de rapto y asesinato de una niña de doce años que pertenecía a una familia conocida y adinerada. Según Harris, los detectives se lo habían llevado por la fuerza y de forma ilegal, lo habían retenido en la comisaría y lo habían torturado por espacio de tres días para arrancarle una confesión y averiguar el lugar donde se hallaba la niña. En su demanda, Harris declaraba que los

detectives, furiosos por su negativa a confesar su participación en el crimen y conducirlos al lugar donde se encontraba la niña, le habían colocado unas bolsas de plástico en la cabeza, y lo habían amenazado con asfixiarlo. Harris afirmaba también que un detective le había metido un objeto punzante en el oído —un lápiz Black Warrior número 2— y le había perforado el tímpano. Pero Harris no confesó y al cuarto día del interrogatorio descubrieron el cadáver de la niña, en estado de descomposición, en un solar situado a una manzana del apartamento de Harris. Había sido violada y estrangulada.

El asesinato pasó a engrosar una larga lista de crímenes que habían estremecido a la opinión pública de Los Angeles. La víctima era una preciosa niña rubia de ojos azules llamada Stacey Kincaid. La habían secuestrado mientras dormía en la elegante mansión familiar en Brentwood, dotada del más sofisticado sistema de seguridad. El crimen supuso para los ciudadanos un angustioso mensaje: nadie estaba seguro.

Los medios habían magnificado el asesinato de la pequeña, ya espantoso de por sí. Ello se debió inicialmente a la identidad de la niña y su familia. Stacey era la hijastra de Sam Kincaid, heredero de una familia que poseía más concesionarios de automóviles en el condado de Los Angeles de lo que se pueden contar con los dedos de las dos manos. Sam era hijo de Jackson Kincaid, el «zar de los automóviles», quien había construido el imperio familiar a partir de un concesionario Ford que su padre le había dejado después de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que Howard Elias, Jack Kincaid había comprendido la importancia de vender su producto a través de la televisión local, y en los años sesenta empezó a anunciarse por televisión, mostrando una simpatía campechana y transmitiendo una imagen de honradez y afabilidad. Parecía tan honesto y fiable como Johnny Carson, y entraba en las salas de estar y en los dormitorios de Los Angeles con tanta asiduidad como éste. Si Los Angeles era considerada una «autotopía», Jack Kincaid era su alcalde oficioso.

Fuera de las cámaras, el zar de los automóviles era un empresario frío y calculador que conocía todas las artimañas políticas y eliminaba despiadadamente a cualquier rival en el negocio. Su dinastía creció rápidamente, a medida que sus concesionarios se extendían por todo el paisaje californiano. A finales de los ochenta, el reino de Jack Kincaid estaba más que consolidado y el apodo de zar de los automóviles pasó a su hijo. Pero el viejo seguía muy presente, aunque en la sombra, como quedó ampliamente demostrado cuando desapareció Stacey Kincaid y el anciano Jack regresó a la televisión, esta vez para aparecer en los informativos y ofrecer un millón de dólares de recompensa a quien devolviera a la niña sana y salva. Fue éste otro episodio surrealista en los anales del crimen en Los Angeles. El anciano que todos estaban acostumbrados a ver desde pequeños en la pantalla de televisión había regresado a ella para suplicar lloroso por la vida de su nieta.

Pero fue en vano. La recompensa y las lágrimas del anciano no impidieron que la niña fuera asesinada. Unos transeúntes descubrieron su cadáver en un solar cercano al apartamento de Michael Harris.

El caso fue juzgado basándose única y exclusivamente en dos pruebas consistentes: las huellas dactilares de Harris halladas en el dormitorio del que se habían llevado a la niña, y el hecho de que el lugar donde habían arrojado su cadáver estuviera próximo a su apartamento. El caso mantuvo en vilo a la ciudad; todos los días pasaban un reportaje en directo del juicio en el programa Court TV y en los informativos locales de televisión. El abogado de Harris, John

Penny, un tipo tan hábil como Elias a la hora de manipular a los jurados, montó una defensa basada en que la proximidad entre el lugar donde había sido arrojado el cadáver y la vivienda de Harris era mera coincidencia, y aseguró que las huellas dactilares —encontradas en los libros de texto de la niña— eran una prueba falsa introducida por el Departamento de Policía de Los Angeles.

Todo el poder y el dinero que los Kincaid habían acumulado durante varias generaciones no consiguieron frenar la corriente de indignación contra la policía y las connotaciones raciales del caso. Harris era negro, en tanto que los Kincaid, los policías y los fiscales eran blancos. El caso contra Harris quedó irremediablemente sentenciado cuando Penny logró arrancar a Jack Kincaid un comentario que muchos consideraron racista durante su declaración sobre sus numerosos concesionarios. Después de que Kincaid hubiera descrito pormenorizadamente sus múltiples negocios, Penny le preguntó por qué no había instalado ninguno de sus concesionarios en el barrio de South Central. Antes de que el fiscal pudiera protestar por considerar la pregunta irrelevante, Kincaid respondió sin vacilar que jamás instalaría ninguno de sus negocios en una zona donde sus habitantes eran unos agitadores. Kincaid declaró que había tomado su decisión a raíz de los disturbios que habían estallado en 1965 por el caso Watts, y que se había reafirmado en ella después de los recientes disturbios de 1992.

La pregunta y la respuesta tenían poco o nada que ver con el asesinato de la niña de doce años, pero dio un giro de noventa grados al proceso. En entrevistas posteriores, los miembros del jurado dijeron que la respuesta de Kincaid simbolizaba la profunda brecha racial abierta en la ciudad. Esa respuesta hizo que la gente cambiara súbitamente de opinión, trasladando sus simpatías a Harris. El caso estaba sentenciado.

El jurado declaró a Harris inocente después de cuatro horas de deliberaciones. Penny entregó entonces el caso a su colega, Howard Elias, para que se hiciera cargo del juicio civil, y Harris pasó a ocupar su lugar junto a Rodney King en el panteón de víctimas de una violación de derechos civiles en el distrito sur de Los Angeles. La mayoría de ellos merecía ese estatus, pero algunos héroes eran creación de los abogados y los medios. En cualquier caso, Harris había decidido sacar tajada en un juicio por violación de los derechos civiles en el que pedía una indemnización de diez millones de dólares.

Pese al veredicto y a toda la retórica que lo acompañó, Bosch no creía en las declaraciones de Harris respecto a su inocencia y a la brutalidad de la policía. Uno de los detectives al que Harris acusaba de haberlo torturado era Frankie Sheehan, el ex compañero de Bosch, y éste sabía que Sheehan era un excelente profesional incapaz de maltratar a sospechosos o detenidos. Bosch consideraba a Harris un embustero y un asesino que se había librado fácilmente de la acusación, por lo que no tendría el menor reparo en despertarlo y llevárselo a la comisaría para interrogarle sobre el asesinato de Howard Elias. Pero mientras permanecía allí charlando con Rider, Bosch comprendió que si llevaba a Harris a la comisaría correría el riesgo de aumentar la lista de desmanes que supuestamente había cometido la policía contra éste, al menos en opinión de buena parte de la opinión pública y los medios. La decisión que debía tomar no sólo era profesional sino política.

—Deja que piense un poco en ello —contestó Bosch a la pregunta de Rider.

El detective echó a andar. El caso era más peligroso de lo que había supuesto. Cualquier torpeza podía desencadenar el desastre para el caso, el departamento y la carrera de mucha gente.

Bosch se preguntó si Irving era consciente de ello al asignarle la investigación y elegir el equipo que debía colaborar con él. Quizá los cumplidos de Irving no fueran sino una cortina de humo que ocultaba el motivo real: dejar a Bosch y a su equipo con el culo al aire. Bosch comprendió que su temor era un tanto paranoico. No era probable que Irving hubiera tenido tiempo de urdir semejante plan ni que se preocupara por el equipo de Bosch, teniendo en cuenta lo que estaba en juego.

Al alzar la vista, el detective se dio cuenta de que el cielo estaba más luminoso. Sería un día soleado y caluroso.

—¿Harry?

Bosch se volvió. Era Rider.

—Ha terminado de hablar.

Bosch regresó junto al grupo.

—Esto no va a gustarle —dijo Langwiser devolviéndole el móvil—. Dave Scheiman quiere nombrar a un abogado independiente para que examine los archivos antes de que lo haga usted.

—¿Un abogado independiente? —repitió Dellacroce.

—Un abogado nombrado por el juez para que examine los archivos, les proporcionen a ustedes lo que necesitan, y al mismo tiempo protejan los derechos de los clientes.

—¡Mierda! —exclamó Bosch; era la gota que desborda el vaso—. ¿Por qué no nos largamos de aquí y abandonamos el caso? Si a la oficina del fiscal del distrito no le interesa aclararlo, a mí menos aún.

—Usted sabe muy bien que eso no es así, detective Bosch. Por supuesto que nos interesa aclararlo. Ese documento que tiene le permite registrar el despacho. Scheiman ha dicho que incluso puede examinar los archivos de los casos resueltos, que también son importantes. Pero no puede examinar los archivos de los casos pendientes hasta que los haya visto un abogado nombrado por el juez. Tenga presente que esa persona no es su adversario, y que le proporcionará todo cuanto usted esté autorizado a examinar.

—¿Y eso cuándo ocurrirá? ¿La semana que viene? ¿El mes que viene?

—No. Scheiman se va a ocupar de eso esta misma mañana. Llamará al juez Houghton, le informará de la situación y le pedirá que designe a un abogado. Con un poco de suerte, el juez lo designará hoy y usted obtendrá lo que necesita de los archivos esta misma tarde. O como mucho, mañana.

—Mañana es demasiado tarde. Tenemos que movernos con rapidez.

—¿Es que no sabe que una investigación es como un tiburón? —apostilló Chastain—. Si no avanza…

—Ya vale, Chastain —le cortó Bosch.

—Mire, Bosch —dijo Langwiser—, me aseguraré de que Dave se haga cargo de la urgencia de la situación. Entretanto, tenga paciencia. ¿Quiere que sigamos aquí plantados hablando del asunto, o subimos a la oficina para agilizar las cosas?

Bosch la miró durante un momento, irritado por el tono de la mujer. En ese instante el móvil de Harry empezó a sonar. Era Edgar, que hablaba en voz casi inaudible. Bosch se cubrió la oreja con la mano para oírle mejor.

—No te oigo. ¿Qué dices?

—Estoy en el dormitorio. En la mesita de noche no hay ninguna agenda telefónica. He mirado en los cajones de las dos mesitas. La agenda no está aquí.

—¿Qué?

—La agenda telefónica no está aquí.

Bosch miró a Chastain, el cual no apartaba la vista del detective. Bosch se alejó unos pasos para que nadie oyera lo que decía.

—¿Estás seguro? —murmuró.

—Naturalmente —respondió Edgar—. De estar aquí la habría visto.

—¿Has sido el primero en entrar en el dormitorio?

—Sí. Nadie ha entrado antes que yo. Te puedo asegurar que no está aquí.

—¿Te encuentras en el dormitorio de la derecha del pasillo?

—Así es, Harry. No me he equivocado de dormitorio. La agenda no está aquí.

—¡Mierda!

—¿Qué quieres que haga?

—Nada. Continúa registrando el apartamento.

Bosch cerró el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Luego regresó junto a los demás, tratando de conservar la calma, como si la llamada apenas le hubiera molestado.

—Bien, subamos a ver si logramos dar con algo interesante.

El grupo se dirigió hacia el ascensor, una reliquia de hierro forjado con adornos barrocos y un acabado de metal bruñido.

—Es mejor que primero subas tú con las señoras —dijo Bosch a Dellacroce—. Nosotros subiremos después. Así distribuiremos el peso.

Bosch sacó del bolsillo el llavero de Howard Elias y se lo entregó a Rider.

—La llave del despacho debe de ser una de ésas —dijo—. De momento olvídate del otro asunto referente a Harris. Vamos a ver primero si encontramos algo interesante en el despacho de Elias.

—De acuerdo, Harry.

Cuando hubieron subido al ascensor, Dellacroce cerró la puerta de acordeón. El viejo ascensor ascendió con movimientos bruscos.

Bosch esperó hasta que sus ocupantes no pudieran verlos, y entonces se volvió hacia Chastain. Estaba que echaba chispas por todos los contratiempos que habían surgido a última hora. Dejó caer el maletín al suelo y agarró a Chastain con ambas manos por el cuello de su chaqueta.

Lo empujó contra la pared y dijo con voz furiosa:

—¡Maldita sea, Chastain! Sólo te lo voy a preguntar una vez. ¿Dónde está la agenda telefónica?

Chastain se puso rojo y miró a Bosch con ojos desorbitados.

—Pero ¿se puede saber de qué coño me estás hablando?

Chastain sujetó las manos de Bosch para obligarle a que le soltara, pero Harry lo sostuvo con fuerza.

—La agenda telefónica que estaba en el apartamento. Sé que te la llevaste tú y quiero que me la devuelvas. Ahora mismo.

Chastain logró liberarse por fin. Se alejó de Bosch como si temiera que le diera otro arrebato y se arregló la ropa.

—¡No te acerques! —gritó apuntándole con el dedo—. ¡Estás loco! No tengo ninguna agenda telefónica. Yo vi como tú la metías en el cajón de la mesita de noche.

Bosch avanzó hacia él.

—Tú te la guardaste cuando salí a la terraza…

—¡Te digo que no te acerques! Yo no la tengo. Si no está allí, eso requiere decir que cuando nos fuimos alguien entró en el dormitorio y se la llevó.

Bosch se detuvo. Era una explicación obvia pero a él ni se le había ocurrido. Había pensado automáticamente en Chastain. Bosch clavó la mirada en el suelo, avergonzado por haber dejado que una vieja enemistad le nublara la razón. Oyó abrirse la puerta del ascensor al llegar al quinto piso. Entonces alzó la vista, miró a Chastain con frialdad y le espetó:

—Si me has mentido, te juro que te hundo.

—¡Yo no me llevé la agenda, joder! Te aseguro que te quitaré la placa por este atropello.

Bosch esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—Adelante. Inténtalo, Chastain. Vamos a ver si eres capaz de quitármela.

11

Los otros ya habían entrado en el bufete de Howard Elias cuando Bosch y Chastain llegaron al quinto piso. El despacho tenía tres habitaciones: una zona de recepción con la mesa de la secretaria, una habitación de tamaño mediano con la mesa del pasante y unos archivos que cubrían dos de las paredes, y una tercera habitación, la más grande, que constituía el despacho de Elias.

Cuando Bosch y Chastain se movieron por las estancias, los otros permanecieron en silencio, evitando mirarles. Era evidente que habían oído el escándalo en el vestíbulo mientras subían en el ascensor. A Bosch le tenía sin cuidado. Había olvidado lo ocurrido y sólo le interesaba registrar a fondo el despacho de Elias. Confiaba en hallar algo que resultara valioso para la investigación, que les marcara el rumbo a seguir. Recorrió las tres habitaciones, realizando observaciones de carácter general. Al llegar a la última habitación se percató de que a través de los ventanales situados detrás del magnífico escritorio de madera barnizada de Elias se divisaba el rostro gigantesco de Anthony Quinn. Formaba parte de un mural en el que aparecía el actor con los brazos extendidos, pintado en la pared de ladrillo de un edificio situado al otro lado de la calle, frente al Bradbury.

Rider entró tras él en el despacho privado de Elias y se detuvo también ante el ventanal.

—Cada vez que vengo aquí y veo el rostro de ese tipo me pregunto quién es.

—¿No lo sabes?

—¿César Chávez?

—Anthony Quinn. El actor.

Rider no hizo ningún comentario.

—Supongo que no es de tu época —comentó Bosch—. El mural se titula «El papa de Broadway», y representa que vela por todos los vagabundos que hay en esta ciudad.

—Ah —dijo Rider cambiando de tema—. ¿Cómo quieres que nos organicemos?

Bosch seguía contemplando el mural. Le gustaba, aunque le resultaba difícil ver a Anthony Quinn como si fuera Cristo. Pero el mural captaba algo de aquel hombre, un poder viril y emotivo. Bosch se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Vio las siluetas de dos vagabundos que dormían arrebujados debajo de unos periódicos en el aparcamiento situado junto al mural. Los brazos de Anthony Quinn se extendían sobre ellos. Bosch pensó que el mural era una de esas pequeñas cosas que hacían que le gustara el centro urbano. Como el Bradbury y Angels Flight. Uno no tenía más que fijarse para ver esos exquisitos detalles por doquier.

Bosch se volvió. Chastain y Langwiser habían entrado en la habitación, detrás de Rider.

—Yo trabajaré aquí —dijo Bosch— Kiz y Janis, ocupaos de la habitación de los archivos.

—¿Y Del y yo qué? —preguntó Chastain—. ¿Registramos la mesa de la secretaria?

—Sí, y de paso a ver si me conseguís el nombre de la secretaria del pasante. Tenemos que interrogarlos hoy mismo.

Chastain asintió con un gesto, pero Bosch notó que le molestaba tener que registrar la parte menos interesante del despacho.

—¿Sabes que? —añadió Bosch—. Sal y mira a ver si encuentras unas cajas. Vamos a tener que llevarnos un montón de archivos.

Chastain salió del despacho sin decir palabra. Bosch se volvió hacia Rider, y ésta le dirigió una mirada de reproche, como indicándole que se estaba comportando como un imbécil.

—¿Qué?

—Nada. —Rider se marchó, dejando a Langwiser y a Bosch a solas.

—¿Todo va bien, detective?

—Estupendamente. Manos a la obra. Haré lo que pueda hasta qué sepamos lo del abogado nombrado por el juez.

—Lo siento. Pero usted me pidió que acudiera aquí para aconsejarle y eso es lo que he hecho. Sigo pensando que es lo correcto.

—Ya veremos.

Durante buena parte de la hora siguiente, Bosch registró metódicamente el escritorio de Elias, examinando sus pertenencias, su calendario de citas y sus documentos. La mayor parte del tiempo lo dedicó a leer una serie de blocs en los que Elias anotaba lo que debía hacer, y había además dibujos a lápiz y notas de llamadas telefónicas. Por lo visto Elias llenaba cada semana un bloc entero con sus numerosas notas y garabatos. Nada de lo que contenían le pareció que guardara relación con el caso. Pero Bosch se daba cuenta de que sabían tan poco sobre las circunstancias del asesinato de Elias que algo aparentemente nimio podía convertirse más tarde en importante.

Antes de empezar a hojear el último bloc, Bosch fue interrumpido por otra llamada de Edgar.

—Harry, ¿no dijiste que había un mensaje en el contestador automático?

—Así es.

—Pues ahora no hay ninguno.

Bosch se inclinó hacia atrás en el sillón de Elias y cerró los ojos.

—¡Maldita sea!

—Lo han borrado. He hurgado un poco en el aparato y he comprobado que no era una cinta. Los mensajes se almacenaban en un microchip. Lo han borrado del microchip.

—Bueno —replicó Bosch enojado—. Sigue registrando. Cuando termines, habla con los de seguridad y averigua quién ha entrado y salido de ese lugar. Pregúntales si tienen vídeos de seguridad en el vestíbulo o en el aparcamiento. Alguien ha tenido que entrar allí después de que yo me marchara.

—¿Y Chastain? Él estaba contigo, ¿no?

—Chastain no me preocupa.

Bosch cerró el móvil y se acercó a la ventana. Le fastidiaba reconocer que el caso se le escapaba de las manos.

Inspiró profundamente y regresó al escritorio para examinar el último bloc de Elias. Al hojearlo vio varias notas sobre alguien a quien Elias se refería como «Parker». Bosch supuso que se trataba de un apodo, de un nombre en clave para referirse a alguien que trabajaba en el Parker Center. Las notas eran en su mayoría listas de preguntas que Elias quería hacer a Parker, aparte de unas notas sobre las conversaciones que había mantenido con esa persona. Por lo general estaban escritas de forma abreviada o en la particular versión taquigráfica del abogado, por lo que resultaban difíciles de descifrar. Pero en otros casos Bosch no tuvo ningún problema en entenderlas. Una nota indicaba que Elias tenía un muy buen informador en el Parker Center:

PARKER:
CONSEGUIR LOS 51 - SIN CORROBORAR
1. SHEEHAN
2. COBLENZ
3. ROOKER
4. STANWICK

Bosch reconoció los nombres de cuatro detectives de Robos y Homicidios que se hallaban entre los acusados en el caso del Black Warrior. Elias quería obtener los 51 expedientes (o demandas presentadas por ciudadanos) contra los detectives. Más concretamente, Elias quería conseguir los expedientes de las denuncias presentadas contra los cuatro policías que habían sido investigados por el Departamento de Asuntos Internos pero que se habían desestimado. De acuerdo con la política del departamento, esos informes desestimados eran retirados de los expedientes de los detectives y por tanto ni siquiera un abogado de la talla de Elias tenía acceso a ellos. Las notas no sólo revelaban que Elias sabía de la existencia de esos expedientes contra los cuatro detectives, sino que daban fe de que el abogado contaba con una fuente en el Parker Center con acceso a esos viejos archivos. La primera suposición no representaba ninguna novedad; a todos los policías se les abrían expedientes que posteriormente eran desestimados. Gajes del oficio. Pero el que Elias tuviera acceso a esos informes era distinto, pues demostraba que el abogado contaba con un contacto en las altas jerarquías del departamento.

Una de las últimas referencias a Parker que figuraba en el bloc eran las notas de una conversación, al parecer de una llamada que alguien había hecho a Elias a su despacho. Por lo visto, Elias estaba perdiendo a su fuente:

PARKER SE NIEGA
RIESGO DE SER DESCUBIERTO

¿FORZAR EL TEMA?

¿A qué se había negado Parker?, se preguntó Bosch. ¿A entregarle a Elias los expedientes que quería obtener? ¿Temía Parker ser descubierto cuando entregara los expedientes a Elias? Bosch no disponía de datos suficientes para llegar a una conclusión. Tampoco comprendía lo que significaba en ese caso «forzar el tema». No estaba seguro de que esas notas tuvieran algo que ver con el asesinato de Howard Elias. No obstante, se sintió intrigado. Uno de los críticos más

implacables y conocidos contra el departamento tenía un topo en el Parker Center. Era importante saber quién era el traidor que tenían en sus filas.

Bosch guardó el último bloc en su maletín, preguntándose si los hallazgos que había hecho a través de las notas, en especial sobre la fuente de Elias, violaban la confidencialidad entre abogado y cliente, como había advertido Janis Langwiser. Después de meditarlo unos instantes, el detective decidió no entrar en la sala de archivos para pedirle una interpretación y continuó registrando el escritorio de Elias.

Bosch se giró en la silla hacia una mesita lateral en la que había un ordenador y una impresora. Los aparatos estaban desconectados. La mesita tenía dos cajones. El superior contenía el teclado del ordenador, y el inferior unos objetos de escritorio y una carpeta. Bosch extrajo la carpeta y la abrió. Dentro había una impresión en color de la fotografía de una mujer semidesnuda. La hoja mostraba dos arrugas que indicaban que había sido doblada. La foto no poseía la calidad de las que publican ciertas revistas para hombres. Había sido tomada por un aficionado y estaba mal iluminada. La mujer que aparecía en la foto era blanca, con cabello rubio y corto. Tan sólo lucía unas botas de cuero hasta los muslos, con unos tacones de diez centímetros, y un tanga. Posaba con el trasero hacia la cámara, un pie apoyado en una silla y el rostro parcialmente oculto. En la parte inferior de la espalda, en el centro, se veía el tatuaje de una cinta y un lazo. Debajo de la fotografía había una nota escrita a mano:

http://www.girlawhirl.com/gina

Bosch no entendía mucho de ordenadores pero sí lo suficiente para comprender que se trataba de una dirección de Internet.

—Kiz —dijo en voz alta.

Rider era la experta del equipo en ordenadores. Antes de trasladarse a la División de Robos y Homicidios de Hollywood había trabajado en una unidad de fraude en la División del Pacífico, donde había realizado buena parte de su trabajo con ordenadores. Rider entró en la habitación y Bosch le indicó que se acercara.

—¿Cómo os va en la sala de los archivos?

—De momento aún los estamos clasificando. Langwiser no me deja examinar nada hasta que nos lo autorice el abogado nombrado por el juez. Espero que Chastain traiga muchas cajas, porque tenemos un montón de… ¿Qué es eso? —preguntó Rider al ver la carpeta abierta y la foto de la rubia.

—Estaba en el cajón. Mira. Tiene una dirección.

La detective rodeó el escritorio para examinar la foto de cerca.

—Es una página *web*.

—Exacto. ¿Cómo podemos echar un vistazo?

—La buscaré aquí mismo.

Bosch se levantó para dejar que Rider se sentara ante el ordenador. El detective se situó detrás de la silla y observó mientras su compañera encendía el aparato.

—Veamos qué proveedor de Internet tenía Elias —dijo Rider—. ¿No has visto ningún membrete?

—¿Un qué?

—Un membrete. Del papel de cartas. A veces la gente pone ahí su dirección de correo electrónico. Si supiéramos la dirección de correo electrónico de Elias tendríamos mucho ganado.

Bosch no había visto ningún membrete al registrar el escritorio del abogado.

—Espera un momento.

El detective se dirigió a la sala de recepción y le preguntó a Chastain, que estaba sentado detrás de la mesa de la secretaria, si había visto el papel de carta de Elias. Chastain abrió uno de los cajones y señaló una caja en la que había papel de carta. Bosch tomó una hoja. Rider no se había equivocado. En el centro superior de la hoja, debajo del código postal, aparecía impresa la dirección de correo electrónico de Elias:

helias@lavvyerlink.net

Bosch regresó con la hoja al despacho de Elias. Al entrar vio que Rider había cerrado la carpeta en la que estaba la foto de la rubia. Bosch supuso que le turbaba contemplar la foto.

—Ya lo tengo —dijo.

Rider echó un vistazo a la hoja que Bosch dejó sobre la mesa junto al ordenador.

—Perfecto. Ése es el nombre del usuario. Ahora necesitamos su contraseña. Tiene la contraseña del ordenador protegida.

—¡Mierda!

—Casi todo el mundo elige una contraseña fácil —dijo Rider mientras empezaba a teclear en el ordenador—, para no olvidarla.

Rider dejó de teclear y contempló la pantalla del ordenador. Mientras se movía, el cursor se convirtió en un reloj de arena. En la pantalla apareció un mensaje informando a Rider de que había utilizado una contraseña incorrecta.

—¿Qué has tecleado?

—Su fecha de nacimiento. Fuiste a hablar con su familia, ¿verdad? ¿Cómo se llama la esposa?

—Millie.

Rider tecleó el nombre y al cabo de unos segundos obtuvo de nuevo el mensaje de rechazo.

—Prueba con el nombre de su hijo —sugirió Bosch—. Se llama Martin.

Rider se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Muchas de esas contraseñas te ofrecen tres oportunidades. Si no lo consigues a la tercera, el sistema se cierra automáticamente.

—¿Para siempre?

—No. Durante el tiempo que hubiera dispuesto Elias. Entre quince minutos y una hora, o más. Pensemos en esto con…

—V-S-L-A-P-D.

Al volverse, Rider y Bosch vieron a Chastain en la puerta del despacho.

—¿Qué?

—Ésa es la contraseña. V-S-L-A-P-D. Elias versus LAPD, el Departamento de Policía de Los Angeles.

—¿Cómo lo sabes?

—La secretaria lo anotó en la parte interna de su cartapacio. Imagino que también utiliza el ordenador.

Bosch observó unos instantes a Chastain.

—¿Qué hago, Harry? —preguntó Rider.

—Inténtalo —respondió Bosch sin dejar de mirar a Chastain.

Luego se volvió mientras su compañera tecleaba la contraseña en el ordenador. El reloj de arena parpadeó, y en la pantalla aparecieron unos iconos sobre un paisaje formado por un cielo azul y unas nubes blancas.

—¡Listo! —exclamó Rider.

—Un punto a tu favor —dijo Bosch mirando a Chastain.

Luego clavó los ojos en la pantalla mientras Rider escribía y manejaba el ratón. A Bosch todo aquello le resultaba incomprensible y le recordaba que se había convertido en un fósil.

—Deberías aprender estas cosas, Harry —dijo Rider, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Es más sencillo de lo que parece.

—¿Por qué voy a molestarme si te tengo a ti? Explícame lo que estás haciendo.

—Echar un vistazo. Tenemos que hablar con Janis sobre esto. Hay muchos nombres de archivos que se corresponden con los casos. No sé si deberíamos abrirlos antes de…

—No te preocupes por eso ahora —le espetó Bosch—. ¿Puedes entrar en Internet?

Rider hizo unos movimientos con el ratón y tecleó el nombre del usuario y la contraseña en unos espacios que aparecían en la pantalla.

—Estoy tratando de acceder a Internet —dijo Rider—. Confío en que funcione la misma contraseña y podamos acceder a la página *web* de esa chica.

—¿Qué chica? —preguntó Chastain.

Bosch tomó la carpeta que reposaba sobre la mesa y se la entregó a Chastain. Éste echó un vistazo a la foto y esbozó una expresiva sonrisa.

Bosch fijó de nuevo la vista en la pantalla. Rider estaba navegando por Internet.

—¿Cuál es la dirección?

Chastain se la leyó y Rider la tecleó.

—Se trata de una página *web* independiente dentro de una *web* más grande —les explicó Rider—. Aquí conseguiremos la página Gina.

—¿Crees que se llama Gina?

—Eso parece —contestó Rider.

En ese momento apareció en la pantalla la fotografía que ya habían visto. Debajo de ella figuraba la información sobre los servicios que proporcionaba la mujer de la foto y la forma de ponerse en contacto con ella:

> *Soy Regina. Un ama de alto standing experta en bondage, humillación, feminización forzada, adiestramiento de esclavos y lluvia dorada. Otros tormentos a petición del cliente. Llámame ahora.*

Debajo del bloque de información había un número de teléfono, el de un busca y una dirección de correo electrónico. Bosch los anotó en un bloc que sacó del bolsillo. Luego miró de nuevo la pantalla y vio un botón azul con la letra A sobre éste. Cuando se disponía a preguntar a Rider qué

significaba aquel botón, Chastain soltó un taco. Bosch se volvió hacia él. El detective de Asuntos Internos meneó la cabeza con expresión de perplejidad.

—Ese cabrón probablemente se corría postrándose de rodillas ante esa tía —comentó Chastain—. Me pregunto si el reverendo Tuggins y sus amiguetes en el AISC estaban enterados de esto.

Chastain se refería a una organización llamada Asociación de las Iglesias de South Central, un grupo presidido por Tuggins que siempre estaba a disposición de Elias cuando éste quería mostrar a los medios una imagen de la indignación de la opinión pública en South Central por los presuntos desmanes de la policía.

—Ni siquiera sabemos si conocía a esa mujer —replicó Bosch.

—Pues claro que la conocía. ¿Por qué iba a tener su foto si no? Si Elias andaba metido en esas prácticas sadomasoquistas, cualquiera sabe adónde pudo haberle conducido. Es un asunto digno de ser investigado y tú lo sabes.

—Descuida, vamos a investigarlo todo.

—Eso espero.

—Hummm —interrumpió Rider—, eso es un botón de audio.

Bosch contempló la pantalla. Rider tenía el puntero situado sobre el botón azul.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que podemos escuchar a Regina.

Rider hizo clic en el ratón y el ordenador descargó un archivo de sonido y empezó a reproducirlo. A través del altavoz sonó una voz: «Soy el ama Regina. Si vienes a mí descubrirás el secreto de tu alma. Juntos revelaremos la auténtica esclavitud a través de la cual averiguarás tu verdadera identidad y obtendrás un placer inimaginable. Te moldearé a mi manera. Te poseeré. Te espero. Llámame ahora».

Los tres guardaron silencio durante unos minutos. Bosch miró a Chastain.

—¿Crees que es ella?

—¿A quién te refieres?

—A la mujer que oíste en la cinta del apartamento.

Chastain reparó de golpe en esa posibilidad y se quedó callado mientras reflexionaba sobre ello.

—¿De qué cinta estáis hablando? —inquirió Rider.

—¿Podemos volver a oírlo? —preguntó Bosch.

Rider pulsó de nuevo el botón de audio y repitió su pregunta sobre la cinta.

Cuando terminó de escuchar de nuevo la voz de Regina, Bosch respondió:

—Una mujer dejó un mensaje en el contestador automático del apartamento de Elias. No era su esposa, pero tampoco creo que fuera esta voz.

Bosch miró de nuevo a Chastain.

—No sé —dijo éste—. Es posible que lo sea. Podemos comparar ambas voces en el laboratorio.

Bosch observó a Chastain, tratando de captar algún gesto facial que indicara que sabía que el mensaje había sido borrado. Pero no vio nada sospechoso.

—¿Qué? —preguntó Chastain, molesto ante la mirada escrutadora de Bosch.

—Nada —contestó éste.

Acto seguido se volvió hacia la pantalla del ordenador.

—Dijiste que esto formaba parte de un sitio *web* más grande —dijo a Rider—. ¿Podemos echarle un vistazo?

Rider se puso a teclear de inmediato. Unos instantes después contemplaron un gráfico que mostraba una pierna femenina embutida en una media, con la rodilla doblada, ocupando toda la pantalla.

El mensaje decía:

> BIENVENIDO A GIRLAWHIRL
> Un directorio de servicios íntimos,
> sensuales y eróticos en el sur de California

Debajo aparecía un índice temático mediante el cual el usuario podía elegir a una de las mujeres incluidas en la lista que ofrecían una variada gama de prestaciones, desde un masaje sensual hasta compañía durante una noche o prácticas de dominación femenina. Rider pulsó el ratón sobre esta última especialidad y apareció una nueva imagen en la pantalla en la que figuraban los nombres de varias amas, seguidos de un código de área telefónico.

—Esto parece una casa de putas de Internet —observó Chastain.

Bosch y Rider no hicieron ningún comentario. Rider situó el puntero sobre el nombre de Ama Regina.

—Aquí tienes —dijo—, eliges la página que quieres y entras en ella.

Rider pulsó de nuevo el ratón y volvió a aparecer la página de Regina.

—Elias la eligió a ella —dijo Rider.

—Una mujer blanca —apostilló Chastain con tono de guasa—. Lluvia dorada a cargo de una mujer blanca. No creo que eso les haga mucha gracia en South Side.

Rider miró a Chastain con expresión de reproche. Abrió la boca para protestar, pero de pronto alzó la vista y se quedó desconcertada. Al observar su reacción, Bosch se volvió. En la puerta del despacho estaba Janis Langwiser. Junto a ella había una mujer que Bosch reconoció por haberla visto retratada en la prensa y en televisión. Era una mujer atractiva con el cutis terso, color café con leche, propio de las mujeres mulatas.

—Alto ahí —protestó Bosch dirigiéndose a Langwiser—. Esto es una investigación de asesinato. Ella no puede entrar aquí…

—Ya lo creo que puede, detective Bosch —repuso Langwiser—. El juez Houghton la ha designado para que revise los archivos.

La mujer a la que Bosch había reconocido entró con paso resuelto en la habitación, sonrió, aunque no de modo afable, y le tendió la mano para que el detective se la estrechara.

—Encantada de conocerle, detective Bosch —dijo la mujer—. Confío en que podamos trabajar juntos en esto. Me llamo Carla Entrenkin.

La mujer aguardó unos instantes pero nadie respondió.

—Lo primero que voy a pedirles es que desalojen este despacho.

12

Los detectives salieron del edificio Bradbury y se dirigieron hacia sus respectivos vehículos sin haber conseguido nada. Si bien había logrado calmarse, Bosch continuaba enfadado. Caminó despacio, para dejar que Chastain y Dellacroce llegaran antes a su coche. Cuando les vio enfilar Bunker Hill en dirección a California Plaza, abrió la puerta del pasajero del sedán de Kiz pero no subió a él. Bosch se agachó mientras su compañera se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Adelántate, Kiz. Yo me reuniré contigo allí arriba.

—¿Vas a ir andando?

Bosch asintió con la cabeza y miró su reloj. Eran las ocho y media.

—Tomaré el funicular de Angels Flight. Supongo que ya estará abierto. Cuando llegues, ya sabes lo que has de hacer: revisar el edificio, apartamento por apartamento.

—De acuerdo, nos veremos allí. ¿Vas a volver para hablar con ella?

—¿Con Entrenkin? Sí, no es mala idea. ¿Aún conservas las llaves de Elias?

—Sí —contestó Rider. Las sacó de su bolso y se las entregó a Bosch—. ¿Quieres decirme alguna cosa?

Bosch vaciló unos segundos.

—Todavía no. Nos veremos allí.

Rider puso el coche en marcha y miró de nuevo a Bosch antes de arrancar.

—¿Estás bien, Harry?

—Sí, claro —respondió Bosch—. Este maldito caso me tiene contento. Primero nos endilgan a Chastain, un tipo que tiene la virtud de sacarme de mis casillas. Y ahora tenemos que apechugar con Carla Entrenkin, que no sólo se va a encargar de vigilarnos, sino que ha pasado a formar parte del caso. No me gustan los politiqueos, Kiz. Lo único que me interesa es resolver los casos.

—No me refiero a eso. Desde esta mañana, cuando nos encontramos para recoger los coches en Hollywood, parece que estés ausente. ¿Quieres que hablemos?

Bosch estuvo a punto de asentir, pero cambió de parecer.

—Quizás en otro momento, Kiz —replicó—. Tenemos mucho trabajo.

—Como quieras, pero me tienes preocupada, Harry. Tienes que centrarte. Si tú no te concentras en tu trabajo, nosotros tampoco podremos hacerlo, y la investigación no irá a ninguna parte. En otras circunstancias eso no tendría mucha importancia, pero como tú mismo has dicho nos van a mirar con lupa.

Bosch asintió de nuevo. El hecho de que Rider se hubiera dado cuenta de que tenía problemas personales demostraba su habilidad como detective; intuir el estado de ánimo de la gente era más importante que descifrar pistas.

—De acuerdo, Kiz. Procuraré centrarme.

—Tomo nota de ello.

—Nos veremos allí arriba.

Bosch dio una palmada en el techo del coche y observó cómo Rider arrancaba. En esos momentos habría encendido un cigarrillo. Pero no lo hizo. Contempló las llaves que tenía en la mano y pensó en el siguiente paso que debían dar y en que tenían que andarse con mucha cautela.

Bosch regresó al Bradbury. Mientras subía lentamente en el ascensor, jugueteando con las llaves, pensó en las tres apariciones de Entrenkin en el caso. Primero en la agenda telefónica de Elias, que había desaparecido, luego en calidad de inspectora general y finalmente en el papel de abogada nombrada por el juez para decidir qué archivos de Elias podían examinar los investigadores.

A Bosch no le gustaban las casualidades. No creía en ellas. Tenía que averiguar qué se llevaba entre manos Entrenkin. El detective creía tener una idea bastante aproximada de ello y quería confirmarlo antes de seguir adelante con el caso.

Cuando llegó a la quinta planta, salió del ascensor y lo reenvió al vestíbulo. La puerta del despacho de Elias estaba cerrada con llave y Bosch golpeó con los nudillos el cristal, justo debajo del nombre del abogado. Unos instantes después abrió Janis Langwiser. Carla Entrenkin iba detrás de ella.

—¿Se ha olvidado algo, detective Bosch? —preguntó Langwiser.

—No. ¿Ese cochecito rojo importado que está aparcado en zona prohibida es suyo? Ha estado a punto de llevárselo la grúa. Les he enseñando mi placa a los de la grúa y les he pedido que me concedan cinco minutos. No tardarán en regresar.

—¡Mierda! —exclamó Langwiser—. Vuelvo enseguida —añadió dirigiéndose a Entrenkin.

Cuando la abogada hubo salido, Bosch entró en el despacho y cerró la puerta con llave. Luego se volvió hacia Entrenkin.

—¿Por qué ha cerrado la puerta con llave? —preguntó—. Haga el favor de dejarla abierta.

—Creo que será mejor que le diga lo que quiero decirle sin que nadie nos interrumpa.

Entrenkin se cruzó de brazos, como dispuesta a aguantar el chaparrón. Al observar su rostro, Bosch obtuvo las mismas vibraciones que antes, cuando la abogada les conminó a todos a que desalojaran el despacho de Elias. Su semblante expresaba cierto estoicismo que le permitía resistir el dolor que también dejaba entrever. A Bosch le recordaba a otra mujer que sólo conocía por haberla visto en televisión: una profesora de la Facultad de Derecho de Oklahoma que hacía unos años había sido vejada por los políticos en Washington con motivo del nombramiento de un juez del supremo.

—Mire, detective Bosch, ésta es la única forma de proceder. Debemos ser prudentes. Tenemos que pensar en el caso y en la comunidad. Es preciso asegurar a los ciudadanos que haremos lo imposible por resolverlo, que no acabará en la papelera como tantas otras veces ha ocurrido. Quiero…

—No me venga con estupideces.

—¿Cómo dice?

—Usted no debería intervenir en este caso, y los dos lo sabemos.

—Aquí el único que dice estupideces es usted. Yo gozo de la confianza de la comunidad. ¿Piensa que van a tragarse todo lo que usted les diga sobre este caso, o lo que les diga Irving o el jefe de la policía?

—Pero no goza de la confianza de los policías. Aparte de que aquí hay un conflicto de intereses, ¿no cree?

—¿A qué se refiere? Considero que el juez Houghton ha estado acertado al elegirme como abogada independiente en este caso. En calidad de inspectora general, dispongo de información. Lo cual facilita las cosas, sin necesidad de añadir otra persona al equipo. Fue el juez quien me llamó. Yo no le llamé a él.

—No me refiero a eso, y usted lo sabe. Me refiero a un conflicto de intereses. Un motivo por el que usted debería abstenerse de intervenir en este caso.

Entrenkin meneó la cabeza como si estuviera sorprendida, pero su rostro mostraba el temor a que Bosch hubiera averiguado algo.

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo Bosch—. A Elias y a usted. Estuve en el apartamento de Elias. Probablemente justo antes de que fuera usted. Es una lástima que no nos encontráramos. Hubiéramos podido resolver el asunto allí mismo.

—No sé de qué está hablando, pero la señorita Langwiser me dijo que ustedes esperaron hasta conseguir unas órdenes judiciales para registrar el apartamento y el despacho de Elias. ¿Acaso no fue así?

Bosch dudó unos instantes el darse cuenta de que había metido la pata. Entrenkin podía utilizar su argumento en contra de él.

—Teníamos que asegurarnos de que en el apartamento no había nadie herido o que precisara ayuda —replicó Bosch.

—Claro. Como los policías que saltaron la tapia de la casa de O. J. Simpson. Sólo querían asegurarse de que todo el mundo estaba bien. —Entrenkin volvió a sacudir la cabeza—. La pertinaz arrogancia de este departamento me asombra. Francamente, detective Bosch, esperaba más de usted.

—¿Quiere que hablemos de arrogancia? Fue usted quien entró en el apartamento y eliminó unas pruebas. La inspectora general del departamento, la encargada de controlar a los policías. Y encima tiene la…

—¿Qué pruebas? ¡Yo no he eliminado ninguna prueba!

—Borró el mensaje que dejó en el contestador automático y se llevó la agenda telefónica en la que figuraban su nombre y sus números de teléfono. Seguro que tiene la llave del apartamento y del garaje. Entró a través del garaje para que no la viera nadie. Después de que Irving la llamara para contarle que habían matado a Elias. Pero Irving no sabía que usted y Elias tenían un asunto.

—Es una historia muy interesante. Me gustaría ver cómo la prueba.

Bosch le mostró las llaves que sostenía en la mano.

—Son las llaves de Elias —dijo—. Hay un par que no corresponden a su casa, ni a su apartamento, ni a su despacho ni a sus automóviles. Voy a pedir al Departamento de Vehículos sus señas para comprobar si las llaves encajan en la puerta de su casa, inspectora.

Entrenkin apartó la vista de las llaves. Luego se volvió y entró en el despacho de Elias, seguida por Bosch. La inspectora se dirigió lentamente hacia el escritorio y se sentó. Parecía a punto de romper a llorar. Bosch sabía que la había hundido con lo de las llaves.

—¿Le amaba? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Amaba usted a…?

—¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta?

—Es mi obligación. Ha habido un asesinato, y usted está implicada.

Entrenkin apartó la cara hacia la derecha. A través de la ventana contempló el mural de Anthony Quinn. Apenas podía contener las lágrimas.

—Mire, inspectora, debe tener presente una cosa. Howard Elias ha muerto. Y lo crea o no, yo quiero detener a la persona que lo mató. ¿Comprende?

Entrenkin asintió con la cabeza. Bosch prosiguió, hablando pausadamente:

—Para detener a esa persona, tengo que averiguar todo lo referente a Elias. No sólo lo que sé por la televisión y la prensa y otros policías. No sólo lo que contienen sus archivos. Debo averiguar…

Oyeron que alguien intentaba abrir la puerta principal. Al no conseguirlo, golpeó con los nudillos en el cristal. Entrenkin se levantó y fue hacia la puerta. Bosch aguardó en el despacho de Elias. Oyó a Entrenkin abrir la puerta y hablar con Langwiser.

—Concédanos unos minutos, por favor.

Entrenkin le dio con la puerta en las narices, sin esperar a que la otra respondiera. Después de cerrar con llave, regresó al despacho de Elias y se sentó detrás del escritorio.

—Tengo que averiguarlo todo —dijo Bosch—. Los dos sabemos que usted puede ayudarme. ¿Por qué no procuramos llegar a una tregua?

Por la mejilla de Entrenkin resbaló la primera lágrima. La inspectora se inclinó hacia adelante y empezó a abrir los cajones del escritorio.

—Abajo, a la izquierda —dijo Bosch, recordando el inventario que había hecho del escritorio.

Entrenkin abrió el cajón y extrajo una caja de pañuelos de papel. La colocó sobre sus rodillas, sacó uno y se secó las mejillas y los ojos.

—Es curioso cómo las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana… —dijo tras un momento.

Se produjo un largo silencio.

—Yo traté a Howard superficialmente durante varios años, cuando ejercía de abogada. Era un trato estrictamente profesional, de saludarnos cuando nos cruzábamos en el vestíbulo del edificio federal.

Luego me nombraron inspectora general. Comprendí que no sólo era importante que yo llegara a conocer a fondo el departamento, sino a las personas que lo criticaban, y decidí entrevistarme con Howard. Nos vimos en este despacho… Él estaba sentado aquí mismo. Así comenzó todo. Sí, yo le amaba…

Esta confesión provocó otro torrente de lágrimas, y Entrenkin sacó varios pañuelos para enjuagarse los ojos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron… juntos? —inquirió Bosch.

—Unos seis meses. Pero él quería a su esposa. No pensaba dejarla.

Las lágrimas cesaron. Entrenkin guardó los pañuelos en el cajón. Se disipó la expresión de tristeza que unos momentos antes había asomado a su rostro. Bosch observó que su talante había cambiado. Entrenkin se inclinó hacia adelante y miró al detective con la seriedad propia del cargo que ostentaba.

—Estoy dispuesta a hacer un trato con usted, detective Bosch. Pero sólo con usted. Pese a todo, creo que si me da su palabra puedo fiarme.

—Gracias. ¿Cuál es el trato?

—Sólo hablaré con usted. A cambio, quiero que me proteja. Es decir, que mantenga en secreto su fuente de información. Descuide, nada de lo que yo le cuente sería aceptado en un tribunal. Puede guardar para sí lo que yo le revele. Quizá le ayude, quizá no.

Bosch reflexionó unos instantes.

—Debería tratarla como una sospechosa, no como una fuente de información.

—Pero en su fuero interno usted sabe que yo no lo maté.

Bosch asintió.

—No fue un asesinato cometido por una mujer —dijo—. Es evidente que lo mató un hombre.

—Un policía, para más señas, ¿no?

—Puede. Eso es lo que pretendo averiguar…, si consigo centrarme en el caso sin tener que preocuparme por la comunidad, Parker Center, los politiqueos y todo ese rollo.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Antes de comprometerme quiero saber una cosa. Elias tenía un contacto en el Parker Center. Alguien con acceso a los archivos antiguos. Alguien que le pasaba los expedientes de casos desestimados por Asuntos Internos. Tengo que…

—No fui yo. Créame, no niego que transgredí ciertas normas cuando inicié mi relación con él. Me dejé llevar por el corazón y no por la cabeza. Pero no transgredí esas normas de las que usted me habla. Se lo juro. Pese a lo que piensa la mayoría de sus compañeros, mi propósito es salvar y mejorar el departamento. No destruirlo.

Bosch la miró sin inmutarse. Ella lo interpretó como un signo de incredulidad.

—¿Cómo iba a pasarle esos archivos? En ese departamento me consideraban el enemigo público número uno. Si hubiera metido la mano en los archivos, la noticia habría corrido como la pólvora.

Bosch observó su expresión desafiante. Sabía que Entrenkin tenía razón. Ella no podía ser el topo.

—¿Trato hecho? —preguntó Entrenkin.

—Sí, pero que quede clara una cosa.

—Usted dirá.

—Si me miente una sola vez y me entero, se acabó el trato.

—Me parece aceptable. Pero ahora no podemos hablar. Quiero examinar los archivos que quedan para que usted y su equipo puedan continuar con sus pesquisas. Ahora ya sabe por qué quiero resolver este caso, no sólo en nombre de la ciudad sino por motivos personales. ¿Le parece que nos reunamos más tarde, cuando haya terminado de examinar los archivos?

—De acuerdo.

Cuando Bosch cruzó Broadway un cuarto de hora más tarde, vio que la puerta del garaje del Mercado Central ya estaba abierta. Hacía años, décadas, que no ponía los pies en él. Decidió dirigirse hacia Hill Street y la terminal de Angels Flight dando un rodeo a través del mercado, un gigantesco conglomerado de puestos de comida preparada, frutas y verduras y carnicerías. Unos vendedores ofrecían baratijas y golosinas de México. Aunque acababan de abrir las puertas y había más vendedores disponiendo sus mercancías que compradores, el aire estaba impregnado de un agobiante olor a aceite y fritos. Al recorrer el mercado captó algunos retazos de conversaciones, con acento español.

Vio cómo un carnicero colocaba las cabezas desolladas de unas cabras sobre el hielo junto a unas rodajas de rabo de buey. En otro extremo observó a unos ancianos sentados en torno a una mesa plegable, bebiendo café bien cargado y comiendo pastelitos mexicanos. Bosch recordó la promesa que le había hecho a Edgar de llevarles unos donuts antes de que comenzaran a investigar el edificio de apartamentos. Echó un vistazo a su alrededor y no vio ningún puesto de donuts, pero compró una bolsa de sabrosos churros con azúcar de canela, una exquisitez mexicana.

Al salir por la puerta del mercado que daba a Hill Street se volvió hacia la derecha y vio a un hombre de pie en el lugar donde horas antes Baker y Chastain habían encontrado unas colillas. Llevaba un mandil manchado de sangre, sujeto a la cintura. Y una redecilla en la cabeza. El hombre metió la mano debajo del mandil y sacó un paquete de tabaco.

—No me equivoqué —dijo Bosch en voz alta.

Atravesó la calle hacia el arco de Angels Flight y aguardó en la cola detrás de dos turistas asiáticos. Los coches del funicular se cruzaron a medio camino. Bosch miró los nombres que estaban pintados sobre las puertas de los coches. En aquel momento ascendía *Sinaí* y descendía *Olivos*.

Unos minutos después montó detrás de los turistas en *Olivos*. Los turistas ocuparon el mismo asiento en el que Catalina Pérez había sido asesinada unas diez horas antes. Alguien había limpiado la sangre; la madera era muy oscura y no revelaba el menor rastro. Bosch no se molestó en contarles lo que había ocurrido hacía poco en el funicular. De todos modos, seguramente no entendían inglés.

Bosch se sentó en el asiento que había ocupado antes. Tan pronto se hubo instalado cómodamente, se puso a bostezar. El coche inició el ascenso con una brusca sacudida. Los turistas comenzaron a tomar fotografías. Unos instantes después pidieron a Bosch, por medio de gestos, que les sacara unas fotos con una de sus cámaras. El detective accedió, satisfecho de poner su granito de arena para impulsar la industria turística. Los turistas recuperaron su cámara y se trasladaron al otro extremo del coche.

Bosch se preguntó si habrían presentido algo raro en él. Un peligro o una enfermedad. Sabía que algunas personas poseían esos poderes, que eran capaces de presentir esas cosas. En su caso no habrían tenido ninguna dificultad. Llevaba veinticuatro horas sin dormir. Al pasarse la mano por la cara se dio cuenta de que tenía un tacto húmedo y rugoso, como el estuco.

Se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, notando el viejo dolor que había confiado en no volver a experimentar en su vida. Hacía mucho que no se sentía tan solo, desde la vez en que tuvo la sensación de ser un forastero en su propia ciudad. Sintió una

profunda opresión en la garganta y el pecho, una sensación de claustrofobia que casi le impedía respirar, pese a que se encontraba al aire libre.

Bosch sacó de nuevo el móvil. Comprobó que la batería estaba casi agotada. Con suerte, lograría hacer una llamada. El detective pulsó el número de su casa y aguardó.

Había un mensaje nuevo. Temiendo que la batería no resistiera, se apresuró a pulsar el código y se llevó de nuevo el teléfono a la oreja. Pero la voz que oyó no era la de Eleanor. Era una voz distorsionada por celofán envuelto alrededor del auricular y perforado con un tenedor.

—Olvídate de este caso, Bosch —dijo la voz—. Cualquiera que acuse a unos policías es un perro y merece morir. Cumple con tu obligación, Bosch. Olvídate del asunto. Déjalo correr.

13

Bosch llegó al Parker Center veinticinco minutos antes de su reunión con Irving para ponerle al corriente de la investigación. Estaba solo. Había confiado a los otros seis miembros del equipo del caso Elias los interrogatorios de los vecinos del edificio de apartamentos que había junto a Angels Flight. Después de detenerse ante la mesa de recepción para mostrar su placa al agente uniformado, le informó de que dentro de una media hora posiblemente llamarían para dejarle un mensaje anónimo en el mostrador de recepción. Bosch solicitó al agente que le transmitiera el mensaje de inmediato a la sala de conferencias privada del subdirector Irving.

Seguidamente tomó el ascensor hasta el tercer piso, y no hasta el sexto, donde estaba ubicado el despacho de Irving. Echó a andar por el pasillo hacia la sala de la División de Robos y Homicidios, en la que sólo se encontraban los cuatro detectives a los que había llamado anteriormente. Se trataba de Bates, O'Toole, Engersol y Rooker, los cuatro detectives que habían acudido a la escena del crimen de Angels Flight en cuanto el encargado del funicular llamó para comunicar lo sucedido. Lógicamente tenían aspecto cansado, pues habían pasado media noche en vela, hasta que Bosch y su equipo se hicieron cargo del caso. Bosch les había despertado y les había dado sólo media hora para que se reunieran con él en el Parker Center. No le había resultado demasiado difícil obligarles a acudir rápidamente. Bosch les había dicho que sus carreras dependían de ello.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo Bosch mientras atravesaba el pasillo central entre los escritorios, mirando a los cuatro.

Tres de los detectives se hallaban de pie en torno a Rooker, que estaba sentado ante su mesa. Esto era un claro indicio de que Rooker era responsable de cualquier decisión que hubieran tomado en la escena del crimen, cuando sólo estaban presentes los cuatro. Él era el jefe del grupo.

Bosch permaneció de pie, a pocos pasos de los cuatro detectives. Comenzó a relatarles la historia, utilizando las manos con espontaneidad, casi como un reportero de televisión, como si simplemente estuviera exponiendo un caso.

—Los cuatro recibís la llamada del encargado del funicular —dijo Bosch—. Os presentáis allí, obligáis a los policías a retirarse y registráis el lugar. Alguien examina los cadáveres y, mira por dónde, el carné de conducir de uno de ellos indica que se trata de Howard Elias. Entonces…

—No encontramos ningún carné de conducir, Bosch —le interrumpió Rooker—. ¿No te lo dijo el capitán?

—Sí, claro que me lo dijo. Pero soy yo el que te está contando la historia. De modo que escúchame y calla, Rooker. Estoy tratando de salvarte el culo y no dispongo de mucho tiempo.

Bosch esperó a ver si alguno quería añadir algo.

—Como iba diciendo —continuó el detective—, el carné de conducir demuestra que uno de los cadáveres es Elias. Así que los cuatro os ponéis a rumiar el asunto y llegáis a la conclusión de que lo hizo un poli. Pensáis que Elias se lo tenía merecido y que el poli que se lo cargó nos hizo un favor a todos. Ése fue vuestro error. Decidisteis echarle una mano al asesino montando lo del robo. Le quitasteis…

—Esto son patrañas, Bosch…

—¡Cállate, Rooker! No tengo tiempo de escuchar tus memeces cuando tú sabes que ocurrió tal como yo lo cuento. Le quitasteis el reloj y la cartera. Pero la cagasteis, Rooker. Al quitarle el reloj le arañasteis en la muñeca. Una herida *post mortem*. Eso lo verificará la autopsia, lo que significa que los cuatro vais a tener serios problemas.

Bosch se detuvo, esperando a que Rooker dijera algo. Pero no lo hizo.

—Bien, me alegro de haber conseguido que me prestéis atención. ¿Alguno de vosotros quiere indicarme dónde están la cartera y el reloj?

Otra pausa mientras Bosch consultaba su reloj. Eran las diez menos cuarto. Los cuatro hombres de Robos y Homicidios guardaron silencio.

—Ya me lo había imaginado —dijo Bosch, mirando a cada uno de los detectives—. Veréis lo que vamos a hacer. Dentro de quince minutos voy a reunirme con Irving para ponerle al corriente de la investigación. A continuación él ofrecerá una rueda de prensa. Si no recibo una llamada en el mostrador de recepción informando del lugar donde se encuentra el sumidero, cubo de basura o cualquier otro sitio donde arrojasteis esos objetos, le diré a Irving que el robo lo montasteis los agentes que acudisteis antes que nosotros a la escena del crimen, y ya veremos lo que pasa entonces. Os deseo buena suerte.

Bosch observó de nuevo sus rostros, que sólo mostraban rabia y obstinación. No esperaba otra cosa.

—Personalmente me importa un bledo lo que os ocurra. Pero me preocupa que esto perjudique la investigación, que represente un obstáculo. Así que por motivos egoístas quiero daros la oportunidad de enmendar vuestra estupidez.

Bosch consultó su reloj.

—Disponéis de catorce minutos.

Dicho esto dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Quién eres tú para juzgarnos, Bosch? —soltó Rooker—. Ese tipo era un perro, y merecía morir como un perro. Me importa una mierda que le hayan matado. Cumple con tu obligación. Déjalo correr.

Bosch le dio la espalda, rodeó una mesa que estaba vacía y regresó por un pasillo más estrecho hacia el lugar donde se hallaban los cuatro detectives. Había reconocido el estilo del mensaje que le había dejado Rooker en el contestador automático. Se acercó al grupo, obligó a los tres hombres que estaban de pie a apartarse y apoyó las palmas de las manos en la mesa de Rooker.

—Escúchame, Rooker. Si vuelves a llamar a mi casa (ya sea para amenazarme o para transmitirme el parte meteorológico) vendré por ti. ¿Te enteras?

Rooker pestañeó y alzó las manos como si no supiera a qué venía todo aquello.

—No sé de qué coño me estás hablando…

—Ahórrate las explicaciones. A mí no me vengas con rollos. Al menos pudiste comportarte como un hombre y ahorrarte el numerito del celofán. Eres un mierda y un cobarde.

Bosch confiaba en que al llegar a la sala de conferencias dispondría de unos pocos minutos para repasar sus notas y poner en orden sus pensamientos, pero halló a Irving sentado ante la mesa circular, con los codos apoyados en la reluciente superficie y las yemas de los dedos unidas frente a la barbilla, como si estuviera rezando.

—Siéntese, detective —dijo cuando Bosch abrió la puerta—. ¿Dónde están los otros?

—Aún no han terminado —respondió Bosch, depositando el maletín sobre la mesa—. Iba a dejar esto aquí e ir a buscar un café. ¿Le apetece uno?

—No, no tenemos tiempo para cafés. La prensa ha empezado a llamar. Saben que se trata de Elias. Alguien les filtró la noticia. Seguramente desde la oficina del forense. Esto va a ser una locura. De modo que quiero que me explique ahora mismo cómo va la investigación. Tengo que informar al jefe de la policía, que va a presidir una rueda de prensa fijada para las once. Siéntese.

Bosch se sentó frente a Irving.

En cierta ocasión había resuelto un caso en esa misma sala de conferencias. Hacía mucho tiempo de eso, pero lo recordaba como el momento en que se había ganado el respeto de Irving, y tanta confianza como el subdirector estaba dispuesto a depositar en cualquiera que llevase una placa. Bosch fijó la vista en el tablero de la mesa y observó la vieja quemadura de una colilla que él mismo había dejado durante la investigación del caso de la Rubia de Hormigón. Había sido un caso complicado pero si lo comparaba con la investigación del asesinato de Elias casi le parecía una cuestión rutinaria.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Irving.

Seguía con las puntas de los dedos unidas, como formando un campanario. Bosch había leído en un manual sobre interrogatorios que ese lenguaje corporal denotaba una sensación de superioridad.

—¿Quién?

—Los miembros de su equipo, detective. Le dije que quería que se reunieran aquí para ponerme al corriente de la investigación y asistir a la rueda de prensa.

Bosch observó que Irving tenía las mejillas encendidas de ira.

—Parece que tenemos un problema de comunicación o que sigue usted sin comprender quién da las órdenes. Le indiqué claramente que reuniera aquí a su equipo.

—No le entendí, jefe —mintió Bosch—. Pensé que lo importante era la investigación. Recuerdo que me dijo que quería que le pusiera al corriente, pero no que reuniera a mi gente aquí. En realidad, dudo de que en este sitio haya suficiente espacio para…

—El caso es que yo quería que estuvieran todos presentes. ¿Sus compañeros tienen móviles?

—¿Se refiere a Edgar y Rider?

—Naturalmente.

—Sí, pero las baterías deben de estar agotadas. Los hemos utilizado toda la noche. El mío tampoco funciona.

—Entonces localícelos con el busca. Ordéneles que se presenten aquí.

Bosch se levantó lentamente y se dirigió hacia el teléfono que descansaba sobre un armario bajo pegado a una pared de la habitación. Llamó a los buscas de Rider y Edgar, pero al pulsar el número al que debían llamar ellos añadió un siete. Era una vieja clave. El siete adicional —como en el caso del «código siete», el término clave para indicar que un policía está fuera de servicio — significaba que no debían apresurarse en devolver la llamada, suponiendo que decidieran hacerlo.

—De acuerdo, jefe —dijo Bosch—. No creo que tarden en llamar. ¿Quiere que avise a Chastain y a sus hombres?

—No, déjelo. Lo que sí quiero es que su equipo esté aquí a las once para asistir a la rueda de prensa.

Bosch volvió a sentarse.

—¿Cómo es eso? —preguntó, aunque conocía perfectamente el motivo—. Me pareció oírle decir que el jefe iba a…

—El jefe presidirá la rueda de prensa, pero queremos demostrar nuestra eficacia. Queremos que el público sepa que hemos encomendado el caso a nuestros mejores investigadores.

—Querrá decir los mejores investigadores negros, ¿no?

Bosch e Irving se miraron durante unos instantes.

—Su obligación es resolver este caso lo antes posible, detective. Despreocúpese de todo lo demás.

—Es un poco difícil, jefe. ¿Cómo quiere que resuelva el caso rápidamente cuando usted obliga a mi gente a abandonar su trabajo para asistir a cada circo que monten para satisfacer a los medios de comunicación?

—Basta, detective.

—Sí, tengo un equipo de investigadores de primera, y quiero utilizarlos precisamente como investigadores, no como carne de cañón para las relaciones públicas del departamento. Ellos tampoco quieren que se les utilice de este modo. Lo cual ya es una…

—¡Silencio! No tengo tiempo para discutir sobre el problema racial, detective Bosch. Estamos hablando de lo que piensa la opinión pública. Si metemos la pata con este caso, o nos equivocamos en cuanto a la reacción de la gente, esta ciudad volverá a estallar en llamas a medianoche. —Irving se detuvo para consultar su reloj—. Dentro de veinte minutos me reúno con el jefe del departamento. Le agradeceré que me informe sobre los pormenores de la investigación hasta el momento.

Bosch extendió la mano y abrió el maletín. Antes de que le diera tiempo a sacar su bloc, empezó a sonar el teléfono que había sobre el armario. Bosch se levantó para contestar.

—Recuerde que los quiero aquí a las once —dijo Irving.

Bosch descolgó el teléfono. Tal como suponía, no era Edgar ni Rider.

—Soy Cormier, le llamo desde el vestíbulo. ¿Es usted Bosch?

—Sí.

—Acaban de dejar un mensaje para usted. El tipo no quiso dar su nombre. Me encargó que le dijera que lo que necesita está en un contenedor de basura en la estación de metro de la Primera y Hill. Dentro de un sobre. Nada más.

—Vale, gracias.

Bosch colgó el teléfono y miró a Irving.

—Era una llamada referente a otro asunto.

Bosch volvió a sentarse, abrió el maletín y sacó el bloc y la tabla con pinza a la que iban sujetos los informes, bocetos de la escena del crimen y los recibos conforme se había llevado pruebas. No necesitaba nada de eso para resumir el caso, pero supuso que a Irving le tranquilizaría ver el montón de papeles que había comenzado a generar el caso.

—Estoy esperando, detective —dijo el subdirector.

Bosch alzó la vista de los papeles.

—Nos encontramos todavía en el punto de partida. Tenemos una idea bastante aproximada de lo que tenemos, pero no sabemos quién ni por qué.

—Entonces ¿qué es lo que tenemos, detective?

—Estamos convencidos de que Elias era el objetivo principal en lo que parece ser un asesinato.

Irving inclinó la cabeza, de forma que sus manos unidas ocultaron su rostro.

—Ya sé que no es lo que desea escuchar, pero si quiere los hechos, éstos son los hechos. Tenemos…

—Según el último parte del capitán Garwood parece que se trata de un robo. Elias llevaba un traje de mil dólares y caminaba por el centro a las once de la noche. Le quitaron el reloj y la cartera. ¿Puede usted excluir la posibilidad de un robo?

Bosch se inclinó hacia atrás y aguardó unos instantes a que Irving terminara de desahogarse. La noticia que acababa de darle el detective le produciría otra úlcera de estómago en cuanto los medios la publicaran.

—Hemos localizado el reloj y la cartera. No se los habían robado.

—¿Dónde?

Bosch dudó en responder, aunque ya había previsto la pregunta. Dudó porque iba a mentir a un superior para hacerles un favor a cuatro hombres que no merecían el riesgo al que se exponía.

—En el cajón de su escritorio. Elias debió olvidarse esos objetos cuando acabó de trabajar y se fue a su apartamento. O quizá los dejara adrede por si le atracaban.

Bosch comprendió que tendría que ofrecer una buena explicación en su informe cuando la autopsia de Elias revelara los rasguños *post mortem* que éste presentaba en la muñeca. Tendría que achacarlos a un accidente mientras los investigadores manipulaban o movían el cadáver.

—Entonces quizá fue un ladrón armado quien disparó contra Elias cuando éste se negó a entregarle la cartera —comentó Irving, ajeno a los apuros que estaba pasando Bosch—. A lo mejor fue un ladrón que primero disparó y luego miró a ver si llevaba algo de valor.

—La secuencia de los disparos y el modo en que fueron efectuados excluye esa hipótesis. La secuencia revela una estrecha relación entre la víctima y el agresor, una profunda rabia contra Elias. La persona que lo mató conocía a Elias.

Irving apoyó las manos en la mesa y se inclinó unos centímetros hacia el centro de la misma.

—Lo único que digo es que no podemos desechar por completo esas posibilidades —afirmó con tono irritado.

—Es posible, pero no investigamos ese tipo de posibilidades. Creo que sería una pérdida de tiempo y no dispongo de la gente suficiente.

—Le dije que quería que investigara el caso a fondo. No deben pasar por alto ningún detalle.

—Bien, ya investigaremos esa posibilidad más adelante. Mire, jefe, si lo que pretende es decirles a los medios de comunicación que fue un robo, allá usted. Yo me limito a informarle sobre lo que hemos conseguido hasta ahora y lo que vamos a investigar.

—De acuerdo. Continúe. —Irving hizo un gesto con la mano para indicar al detective que fuera al grano.

—Tenemos que examinar los archivos de Elias y confeccionar listas de posibles sospechosos. Los policías a quienes Elias crucificó en los tribunales o humilló en los medios de comunicación. O ambos. Los que le guardan rencor. Y los policías que Elias iba a intentar crucificar el lunes próximo.

Irving no mostró ninguna reacción. A Bosch le pareció que ya estaba pensando en la rueda de prensa que iba a celebrarse al cabo de una hora, cuando él y el jefe de la policía se situaran al borde de un precipicio para informar a los medios sobre un caso tan peliagudo como el asesinato de Howard Elias.

—Trabajamos con gran desventaja —continuó Bosch—. Carla Entrenkin ha sido designada por el juez que autorizó los registros para que proteja el derecho de confidencialidad de los clientes de Elias.

—¿No acaba de decirme que encontró la cartera y el reloj de Elias en su despacho?

—Efectivamente, pero eso fue antes de que se presentara Carla y nos echara de allí.

—¿Cómo es que el juez la designó a ella?

—Dice que el juez la llamó porque pensó que era la persona idónea. En estos momentos ella y una ayudante del fiscal del distrito se encuentran en el despacho de Elias. Espero conseguir la primera partida de archivos esta misma tarde.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Hay algo que debe usted saber. Antes de que Carla nos obligara a marcharnos, hallamos un par de cosas interesantes. La primera son unas notas que Elias tenía en su escritorio. Al leerlas llegué a la conclusión de que el abogado tenía una fuente aquí, en el Parker Center. Una excelente fuente, alguien que sabía cómo acceder a los archivos antiguos sobre casos que habían sido desestimados. Y había indicios de una disputa entre ellos. O la fuente no podía, o se había negado a complacer a Elias en algo referente al asunto del Black Warrior.

Irving permaneció en silencio mientras observaba a Bosch, asimilando lo que éste acababa de decir.

—¿Ha podido identificar a esa fuente? —preguntó por fin con un tono de voz aún más distante.

—Por ahora no. Estaba escrito en clave.

—¿Qué pretendía Elias? ¿Puede estar relacionado con los asesinatos?

—No lo sé. Si quiere que dé preferencia a esta vía, lo haré. Creí que había otras prioridades. Los policías que Elias había llevado a los tribunales, los que iba a llevar el próximo lunes. Hallamos una segunda cosa en el despacho, antes de que Carla nos echara de allí.

—¿Qué cosa?

—A decir verdad, abre otras dos vías de investigación.

Bosch explicó escuetamente a Irving lo de la foto del ama Regina y la indicación de que Elias podía estar involucrado en lo que Chastain había denominado asuntos sucios. El

subdirector se mostró interesado en ese aspecto de las pesquisas y preguntó a Bosch cómo se proponía investigarlo.

—Quiero localizar y entrevistar a esa mujer, comprobar si Elias tuvo algún contacto con ella. Luego ya veremos.

—¿Cuál es la otra vía de investigación que abre este asunto?

—La familia. Tanto si tuvo contacto con esa tal Regina como si no, al parecer Elias era un mujeriego. Existen suficientes indicios en su apartamento para afirmarlo. Si su mujer estaba al corriente de esas aventuras, ya tenemos un móvil. Por el momento no tenemos nada que indique que la esposa lo sospechara siquiera, y menos aún que encargara a alguien la ejecución del crimen o que lo cometiera ella misma. Por otro lado, esa tesis desmiente los aspectos psicológicos de los asesinatos.

—Explíquese.

—No parece el trabajo aséptico de un asesino a sueldo. Yo creo que el asesino conocía y odiaba a Elias, al menos en el momento en que éste disparó contra él. También me atrevería a afirmar que se trata de un hombre.

—¿Por qué?

—Por el disparo en el culo. Fue una salvajada, una violación. Los hombres violan, las mujeres no. De modo que mi intuición me dice que la viuda es inocente, aunque a veces mi intuición me ha fallado. Pero no deja de ser una posibilidad que debemos investigar. Luego está el hijo. Ya le dije que reaccionó de forma bastante violenta cuando le comunicamos la noticia. Pero desconocemos qué relación mantenía con su padre. De lo que no cabe duda es de que sabe manejar armas de fuego; vimos una foto suya practicando el tiro al blanco.

—Mucho ojo con esa familia —advirtió Irving a Bosch, apuntándole con el dedo—. Este asunto requiere un gran tacto.

—Descuide.

—No quiero que nos estalle en la cara.

—De acuerdo.

Irving consultó de nuevo su reloj.

—¿Por qué no han respondido sus compañeros a las llamadas?

—Lo ignoro. Yo estaba pensando lo mismo.

—Pues llámelos otra vez. Tengo que reunirme con el jefe de la policía. Quiero verles a usted y su equipo a las once en la sala de conferencias.

—Preferiría continuar trabajando en el caso. Tengo que…

—Es una orden, detective —dijo Irving, levantándose—. No admite discusión. Usted no tendrá que responder a ninguna de las preguntas, pero quiero que su equipo esté presente.

Bosch recogió los papeles y volvió a guardarlos en el maletín.

—Allí estaré —dijo, aunque Irving ya había salido de la habitación.

Bosch permaneció sentado unos minutos, pensando. Sabía que Irving transmitiría al jefe del departamento su propia versión de la información que Bosch le había dado. Luego se pondrían a cavilar y refundirían de nuevo esa información para transmitírsela a los medios de comunicación.

Bosch miró su reloj. Disponía de media hora hasta que se celebrara la rueda de prensa. Se preguntó si podría llegarse a la estación de metro, recoger la cartera y el reloj de Elias y regresar

luego, a tiempo de asistir al acto. Tenía que recuperar las pertenencias del abogado asesinado, sobre todo porque había dicho a Irving que las tenía él.

Al fin comprendió que no disponía de tiempo para ir a buscar las cosas de Elias y decidió utilizar los minutos que le sobraban para ir a buscar un café y hacer una llamada. Volvió a dirigirse al teléfono y llamó a casa. De nuevo le respondió el contestador automático. El detective colgó después de oír su propia voz diciendo que no había nadie en casa.

14

Bosch decidió que se sentiría demasiado nervioso si esperaba hasta después de la rueda de prensa y se dirigió a la estación del metro en la esquina de la Primera y Hill. Estaba a tres minutos de distancia y tenía la seguridad de que le daría tiempo de regresar al Parker Center para cuando comenzara la rueda de prensa. Aparcó en un lugar prohibido, frente a la boca del metro. Una de las ventajas de conducir un sedán de la policía era que no te ponían multas por aparcar en un lugar no autorizado. Antes de apearse sacó la porra que guardaba en la bolsa de la puerta del coche.

Bajó por la escalera mecánica y divisó el primer contenedor de basura junto a la puerta automática en la entrada de la estación. Bosch supuso que Rooker y su compañero habrían abandonado la escena del crimen en Angels Flight con los objetos sustraídos y se habrían detenido en el primer lugar donde sabían que hallarían un contenedor de basura. Seguramente uno aguardó en la calle sentado en el coche, mientras el otro bajaba la escalera apresuradamente para desembarazarse de la cartera y el reloj, y los arrojaría en el primer contenedor que encontrara. Era un receptáculo voluminoso, blanco y rectangular con el símbolo del metro pintado en sus costados. Bosch levantó la tapadera azul y miró en el interior. El contenedor estaba lleno, pero no vio ningún sobre en el montón de desperdicios.

Bosch depositó la tapadera en el suelo y removió con la porra el montón de papeles, envoltorios de comida rápida y basura. El contenedor apestaba como si no lo hubieran vaciado desde hacía muchos días ni lo hubieran limpiado en varios meses. El detective encontró un bolso vacío y un zapato viejo. Mientras utilizaba la porra como un remo para hurgar más profundamente, empezó a temer que alguno de los vagabundos que poblaban la ciudad se le hubiera adelantado y se hubiera apropiado de la cartera y el reloj de Elias.

En el fondo, cuando Bosch estaba a punto de abandonar y ponerse a registrar otro contenedor situado a unos metros, vio un sobre manchado de ketchup y lo pescó con los dedos. Lo abrió apresuradamente, rompiéndolo por la parte manchada de tomate. En su interior había una cartera de cuero marrón y un reloj Cartier de oro.

Bosch subió por la escalera automática, pero esta vez se dejó transportar por ella mientras contemplaba satisfecho el sobre. La cadena del reloj también era de oro, de ésas expandibles. Bosch sacudió el sobre ligeramente para mover el reloj sin tocarlo. Buscaba algún fragmento de piel que hubiera quedado prendido en la cadena del reloj, pero no vio ninguno.

Cuando volvió a montarse en el sedán, Bosch se puso unos guantes, sacó la cartera y el reloj del sobre roto y arrojó éste al suelo de la parte trasera del coche. Luego abrió la cartera y la

registró. Elias llevaba seis tarjetas de crédito, aparte de su documento de identidad y tarjetas de seguros. Había unas fotos pequeñas de estudio de su esposa y su hijo. La división reservada a los billetes de banco contenía tres recibos de compras efectuadas con tarjeta y un cheque personal en blanco. No había dinero.

El maletín de Bosch reposaba en el asiento junto a él. El detective lo abrió y halló el informe de las pertenencias de la víctima en el sujetapapeles. Detallaba todos los objetos hallados en el cuerpo de Elias. Cuando el ayudante del forense registró los bolsillos sólo había hallado una moneda de veinticinco centavos.

—¡Desgraciados! —exclamó en voz alta al percatarse de que se habían quedado con el dinero que contenía la cartera. No era probable que Elias se dirigiera a su apartamento llevando sólo la moneda de veinticinco centavos que le costaba el billete del funicular de Angels Flight.

Bosch se preguntó de nuevo si realmente merecía la pena arriesgarse por semejantes capullos. Trató de desechar ese pensamiento, sabiendo que era demasiado tarde para remediarlo, pero no lo consiguió. Se había convertido en un cómplice. Bosch sacudió la cabeza, enojado consigo mismo, metió el reloj y la cartera en dos bolsas de plástico y las etiquetó, anotando el número del caso, la fecha y la hora, 6.45 de la mañana. A continuación hizo una breve descripción de cada objeto y del cajón del escritorio de Elias donde los había hallado, puso una inicial en la esquina de cada etiqueta y guardó las bolsas en el maletín.

Antes de partir miró la hora. Disponía de diez minutos para llegar a la sala de conferencias. Tiempo más que suficiente.

La sala estaba tan atestada que muchos periodistas habían tenido que quedarse de pie en la puerta. Bosch se abrió paso a codazos, pidiendo disculpas. Al fondo estaban instaladas las cámaras de televisión sobre unos trípodes; los cámaras aguardaban de pie junto a ellas. Bosch contó hasta doce, lo que significaba que el caso sería transmitido por todas las cadenas nacionales. En Los Angeles había ocho cadenas de televisión que emitían las noticias locales, una de ellas en español. Todos los policías sabían que más de ocho cámaras de televisión en la escena de un crimen o en una rueda de prensa quería decir que se trataba de un caso de grandes proporciones, peligroso, que había suscitado el interés de todas las cadenas nacionales.

Todas las sillas plegables instaladas en el centro de la sala estaban ocupadas por periodistas. Había casi cuarenta. Los de televisión eran claramente identificables por sus elegantes trajes y el maquillaje; la gente de la prensa y la radio lucían vaqueros y corbata con el nudo flojo.

Bosch observó una gran actividad en torno al estrado, que ostentaba la divisa del jefe de la policía de Los Angeles. Los técnicos de sonido conectaban sus aparatos al inmenso árbol de micrófonos situado sobre la tarima. Uno de ellos estaba de pie haciendo una prueba de voz. Irving se hallaba en un extremo de la sala, detrás del estrado, charlando en voz baja con dos hombres de uniforme que lucían los galones de teniente. Bosch reconoció a uno de ellos, Tom O’Rourke, que trabajaba en la unidad de relaciones con la prensa. Al segundo no lo conocía pero supuso que era el ayudante de Irving, Michael Tulin, quien le había despertado hacía unas horas. Al otro lado del estrado vio a un cuarto hombre, solo. Vestía un traje gris, y Bosch no tenía ni remota idea de quién era. El jefe del departamento aún no había hecho acto de presencia; no esperaba a que los periodistas y cámaras estuvieran preparados, sino que éstos le aguardaran a él.

Al ver a Bosch, Irving le indicó que se acercara. Bosch subió los tres peldaños e Irving le puso una mano en el hombro para conducirlo a un lado de la tarima, donde no pudieran oírlos.

—¿Dónde están sus hombres?

—No sé nada de ellos.

—Esto es inaceptable, detective. Le dije que les ordenara presentarse aquí.

—Imagino que estarán realizando una entrevista delicada y no querrán interrumpirla para devolver mis llamadas. Han ido a hablar de nuevo con la esposa y el hijo de Elias. Es una situación que requiere mucho tacto, especialmente en un caso como éste…

—No me interesa. Quiero que estén aquí y punto. En la próxima rueda de prensa, o les obliga a asistir o les enviaré a tres divisiones tan alejadas una de otra que tendrán que tomarse unas vacaciones para almorzar juntos.

Bosch observó durante unos momentos el rostro de Irving.

—De acuerdo, jefe.

—Bien. Téngalo presente. Estamos a punto de comenzar la rueda de prensa. O'Rourke irá a buscar al jefe y lo acompañará hasta la tarima. Descuide, detective, no tendrá que responder a ninguna pregunta.

—Entonces ¿qué pinto aquí? ¿Puedo irme?

Irving miró a Bosch como si estuviera a punto de soltar una palabrota por primera vez en su vida. Tenía las mejillas encendidas y los músculos de su poderosa mandíbula completamente tensos.

—Está aquí para responder a las preguntas que le formulemos el jefe o yo. Podrá marcharse cuando yo se lo indique.

Bosch alzó los brazos en un gesto de resignación, dio un paso atrás y se apoyó en la pared mientras aguardaba a que se iniciara la rueda de prensa. Irving se alejó y, tras intercambiar unas palabras con su ayudante, se dirigió hacia el hombre del traje gris. Bosch contempló el público de la sala. Era difícil ver con claridad debido a los potentes focos de la televisión. No obstante logró identificar algunas caras que conocía personalmente o había visto en televisión. Al divisar a Keisha Russell trató de desviar la mirada antes de que la periodista del Times le viera a él, pero fue demasiado tarde. Sus miradas se cruzaron durante unos instantes. Keisha lo saludó con una breve inclinación de la cabeza; Bosch no le devolvió el saludo. Temía que alguien le viera hacerlo. No convenía saludar a un periodista en público. Keisha lo observó durante unos momentos y luego apartó la vista.

Se abrió la puerta lateral de la sala de conferencias y apareció O'Rourke, que mantuvo la puerta abierta para que pasara el jefe de la policía. Lucía un traje gris marengo y su expresión era sombría. O'Rourke subió a la tarima y se inclinó sobre el árbol de micrófonos. Era mucho más alto que el jefe de la policía, a cuya altura habían instalado los micrófonos.

—¿Todos preparados?

Un par de cámaras respondieron desde el fondo «¡no!» y «¡todavía no!», pero O'Rourke no les hizo caso.

—El jefe del Departamento de Policía de Los Angeles desea efectuar una breve declaración sobre los hechos ocurridos hoy, y a continuación responderá a sus preguntas. Sólo se informará sobre los detalles generales del caso, para no entorpecer la investigación. El subdirector Irving

también responderá a unas preguntas. Procuremos que todo vaya discurriendo en orden y sin altercados para que todos puedan hacer su trabajo. ¿Jefe?

O'Rourke se apartó y el jefe de la policía subió al estrado. Era un hombre alto, de raza negra y bien plantado, que imponía respeto. Había trabajado durante treinta años en el cuerpo de policía de la ciudad y tenía una gran habilidad para tratar a los medios de comunicación. No obstante, hacía poco que ocupaba el cargo de jefe del departamento. Había sido nombrado el verano anterior, cuando su predecesor, un hombre de fuera, obeso y sin la menor sensibilidad hacia los problemas del departamento y de la comunidad, fue apartado del cargo y sustituido por un nativo de Los Angeles lo bastante apuesto como para protagonizar una película en Hollywood. El jefe de la policía escrutó en silencio los rostros de los asistentes. Las vibraciones que Bosch captó indicaban que este caso y la forma en que se llevara a cabo la investigación del mismo serían el bautismo de fuego del jefe. Bosch estaba seguro de que éste también había percibido esas vibraciones.

—Buenos días —dijo el jefe—. Hoy tengo malas noticias que darles. Anoche fueron asesinados dos ciudadanos de Los Angeles. Catalina Pérez y Howard Elias viajaban por separado en el funicular de Angels Flight cuando alguien disparó contra ellos. Murieron poco antes de las once. Casi toda la gente de esta ciudad ha oído hablar de Howard Elias. Admirado o denostado, era un hombre que formaba parte de nuestra ciudad y que contribuyó a moldear nuestra cultura. Por otra parte, Catalina Pérez, como muchos de nosotros, no era una persona conocida ni una celebridad. Era simplemente un ama de casa que trataba de ganarse un sueldo para que ella y su familia (un marido y dos niños de corta edad) pudieran vivir y salir adelante. Trabajaba de asistenta durante muchas horas, de día y de noche. Se dirigía a su casa para reunirse con su familia cuando cayó asesinada. Esta mañana comparezco ante ustedes para asegurar a nuestros ciudadanos que estos dos asesinatos no quedarán impunes ni caerán en el olvido. Pueden estar seguros de que trabajaremos sin descanso en esta investigación hasta hacer justicia para Catalina Pérez y Howard Elias.

Bosch no pudo por menos de admirar el estilo del jefe. Había unido los asesinatos de ambas víctimas en un único paquete, haciendo que pareciera poco plausible que Elias fuera el único objetivo del asesino y Catalina Pérez una desdichada viajera en el funicular, que había quedado atrapada en el fuego cruzado. Hábilmente había conseguido presentar a ambos, al margen de las diferencias sociales, como víctimas de la absurda y salvaje violencia que constituía el cáncer de la ciudad.

—En estos momentos no podemos entrar en muchos detalles porque la investigación está en marcha. Pero sí podemos afirmar que estamos siguiendo varias pistas y confiamos en identificar al asesino o a los asesinos y conducirlos ante la justicia. Pedimos entretanto a los ciudadanos de Los Angeles que no perdáis la calma y nos permitáis llevar a cabo nuestro trabajo. En este momento es importante no llegar a conclusiones precipitadas. No queremos que nadie resulte perjudicado. El departamento, a través de mi persona, del subdirector Irving o de la oficina de relaciones con la prensa, os mantendrá informados de la investigación. Dispondréis de toda la información que podamos ofreceros sin que ello entorpezca la investigación o el consiguiente enjuiciamiento de los sospechosos.

El jefe de la policía retrocedió un paso y se volvió hacia O'Rourke, una señal de que había concluido. O'Rourke se acercó a la tarima pero antes de que pudiera alzar un pie se oyó un

sonoro coro de periodistas que gritaban «¡jefe!». Y a través del tumulto llegó la estentórea voz de un reportero, una voz reconocible para Bosch y todos los demás, perteneciente a Harvey Button, del Canal Cuatro.

—¿Mató un policía a Howard Elias?

La pregunta provocó un silencio momentáneo, seguido por el coro de gritos de los periodistas. El jefe de la policía volvió a subir al estrado y alzó las manos como si tratara de aplacar a una jauría de mastines.

—Alto, alto. De uno en uno…

—¿Creen que el asesino es un policía? ¿Puede usted responder a esta pregunta?

Era Button de nuevo. Esta vez los otros periodistas guardaron silencio como si le secundaran, exigiendo que el jefe de la policía respondiera a la pregunta. A fin de cuentas, era una pregunta crucial. Toda la rueda de prensa reducida a una pregunta y una respuesta.

—En estos momentos no puedo responder a esta pregunta. Estamos investigando el caso. Por supuesto, todos conocemos el historial de Howard Elias en este departamento. No ejerceríamos nuestro trabajo de forma responsable si no nos miráramos a nosotros mismos. Y lo haremos. Lo estamos haciendo. Pero en estos momentos…

—Señor, ¿cómo puede este departamento investigarse a sí mismo y seguir manteniendo la credibilidad ante la comunidad?

La pregunta había sido formulada por Button.

—Una buena pregunta, señor Button. En primer lugar, la comunidad puede estar segura de que esta investigación logrará esclarecer el caso, caiga quien caiga. Si el responsable de los asesinatos es un agente de policía, les garantizo que será juzgado. Segundo, el departamento cuenta con la ayuda de la inspectora general, Carla Entrenkin, quien como saben es una observadora civil que informa directamente a la Comisión de Policía, el consejo municipal y el alcalde.

El jefe de la policía alzó la mano para interrumpir a Button, que se disponía a hacer una nueva pregunta.

—Aún no he terminado, señor Button. Por último, deseo presentarles al agente especial Gilbert Spencer, de la oficina del FBI en Los Angeles. El señor Spencer y yo hemos hablado largo y tendido sobre este crimen y esta investigación y nos ha prometido que el FBI nos ayudará. A partir de mañana, agentes del FBI trabajarán con los detectives del Departamento de Policía de Los Angeles en un esfuerzo conjunto para llevar esta investigación a una rápida y satisfactoria conclusión.

Bosch trató de disimular la más mínima reacción al oír al jefe de la policía anunciar la participación del FBI en el caso. No le sorprendió. Comprendía que era un gesto hábil por parte del jefe que le granjearía muchas simpatías entre la comunidad. Quizá se consiguiera con ello resolver el caso, aunque esa consideración seguramente había desempeñado un papel secundario en la decisión del jefe. Su objetivo primordial era apagar el fuego antes de que prendiera, y el FBI constituía una excelente manguera. Lo que más irritó a Bosch fue que le hubieran dejado en la inopia, que se hubiera enterado de la participación del FBI en el caso al mismo tiempo que Harvey Button y el resto de los presentes. Bosch miró a Irving, quien captó la mirada con su radar y se volvió hacia el detective. Los dos hombres se miraron fijamente hasta que Irving

dirigió la vista hacia el estrado en el preciso momento en que Spencer se situaba detrás de los micrófonos.

—Todavía no tengo mucho que decir —dijo el agente del FBI—. Designaremos un equipo para que trabaje en esta investigación. Los agentes colaborarán con los detectives del Departamento de Policía de Los Angeles y creemos que juntos lograremos resolver rápidamente este caso.

—¿Investigarán a todos los agentes implicados en el caso del Black Warrior? —preguntó un periodista.

—Lo investigaremos todo, pero de momento no vamos a informar sobre nuestra estrategia. A partir de ahora, todas las preguntas de los medios y los comunicados de prensa serán competencia del Departamento de Policía de Los Angeles. El FBI…

—¿Con qué autoridad interviene el FBI en el caso? —preguntó Button.

—Según las leyes de los derechos civiles, el FBI está autorizado a abrir una investigación para determinar si los derechos de un individuo han sido violados bajo el color de la ley.

—¿El color de la ley?

—Por un agente de la ley. Dejo esto en manos de…

Spencer se retiró de la tarima sin terminar la frase. Era evidente que no le gustaba ser el centro de atención de los medios. El jefe de la policía ocupó de nuevo su lugar y presentó a Irving, quien se colocó detrás del estrado y empezó a leer un comunicado de prensa que contenía más detalles del crimen y de la investigación. Pero seguía siendo una información escueta. El comunicado mencionaba a Bosch como el detective a cargo de la investigación. Explicaba que un conflicto de intereses con la División de Robos y Homicidios y problemas de personal en la División Central habían hecho necesario que un equipo de la División de Hollywood se ocupara del caso. Irving añadió que estaba dispuesto a responder a algunas preguntas, pero recordó de nuevo a la prensa que no comprometería la investigación revelando datos vitales.

—¿Puede aclararnos algo más sobre el punto central de la investigación? —preguntó un periodista, adelantándose a los demás.

—El foco es muy amplio —contestó Irving—. Lo investigamos todo, desde agentes de policía que pudieran guardar rencor a Howard Elias, hasta la posibilidad de que el móvil de los asesinatos sea el robo. Nosotros…

—A propósito —gritó otro periodista, sabiendo que para hacerse oír en medio de aquel tumulto tenía que hacer la pregunta antes de que el compañero concluyera la última—. ¿Han encontrado algo en la escena del crimen que haga pensar en un robo?

—No vamos a comentar los detalles referentes a la escena del crimen.

—Según mis informaciones, el cadáver no llevaba reloj ni cartera.

Bosch miró al periodista. No era de la televisión, a juzgar por su descuidado atuendo. Y la presencia en la sala de Keisha Russell excluía la posibilidad de que perteneciera a la redacción del Times. Bosch no lo conocía, pero era evidente que alguien le había filtrado la información sobre el reloj y la cartera.

Irving se detuvo, como si estuviera indeciso respecto a lo que debía revelar.

—Su información es correcta pero incompleta. Al parecer, el señor Elias se dejó el reloj y la cartera en su escritorio cuando anoche salió de su despacho. Hoy han sido encontradas esas

pertenencias allí. Esto no excluye la posibilidad de un intento de robo como móvil del crimen, desde luego, pero aún no disponemos de suficientes datos para asegurarlo.

Keisha Russell, que jamás perdía la compostura, no se había unido al coro de gritos reclamando atención. Permanecía sentada tranquilamente, con la mano alzada, esperando a que se acabaran las preguntas e Irving le concediera el turno. Cuando Irving hubo respondido a algunas preguntas reiterativas formuladas por los reporteros de la televisión, concedió a Russell la palabra.

—Usted ha dicho que las pertenencias del señor Howard Elias han sido halladas hoy en su despacho. ¿Significa eso que han registrado su despacho? Y en caso afirmativo, ¿se han tomado las medidas pertinentes para salvaguardar la confidencialidad que el señor Elias compartía con sus clientes, los cuales han presentado una demanda contra el departamento que ha llevado a cabo el registro del despacho?

—Buena pregunta —replicó Irving—. Nosotros no hemos llevado a cabo un registro en toda regla del despacho de la víctima precisamente por la razón que usted acaba de mencionar. Aquí es donde interviene la inspectora general, Carla Entrenkin. Ella misma se está encargando de revisar los archivos que se encuentran en el despacho de la víctima y los entregará a los investigadores después de que haya comprobado que no contienen ninguna información comprometida que pudiera violar la confidencialidad entre el abogado y su cliente. Este proceso de revisión ha sido ordenado hace unas horas por el juez que firmó las órdenes autorizando el registro del despacho de Howard Elias. Según tengo entendido, el reloj y la cartera fueron hallados en el escritorio de la víctima, lo que indica que el señor Elias se los olvidó anoche cuando abandonó su despacho. Bien, creo que con esto podemos dar por concluida esta rueda de prensa. Tenemos que centrarnos en la investigación. Cuando dispongamos de más datos…

—Una última pregunta —dijo Russell—. ¿Por qué ha implantado el departamento turnos de doce horas?

Irving se disponía a responder, pero de pronto miró al jefe del departamento. Éste asintió y subió de nuevo a la tarima.

—Queremos estar preparados para cualquier contingencia —dijo—. Los turnos de doce horas colocan a más policías en las calles. Confiamos en que los ciudadanos de Los Angeles conservarán la calma y nos concederán el tiempo suficiente para llevar a cabo esta investigación, pero como medida de precaución he dispuesto un plan de emergencia que prevé que todos los agentes cumplan turnos de doce horas y descansen otras doce hasta nueva orden.

—¿Es éste el mismo plan de respuesta que implantaron con motivo de los últimos disturbios callejeros, cuando los hechos pillaron al departamento por sorpresa y éste no disponía de un plan para atajar la situación? —preguntó Russell.

—Efectivamente, se trata del mismo plan que fue esbozado en 1992.

El jefe de la policía se disponía a retirarse de la tarima cuando Russell le lanzó otra pregunta envenenada.

—¿Teme por tanto que se produzcan disturbios?

La frase sonaba más como una afirmación que como una pregunta. El jefe volvió a situarse ante los micrófonos.

—No, señorita… Russell. No temo que se produzcan disturbios. Ya he dicho que se trata de una medida de precaución. Confío en que los ciudadanos de esta comunidad se comporten de

forma civilizada y responsable. Al igual que los medios de comunicación.

El jefe de la policía aguardó otra pregunta por parte de Russell pero ésta permaneció en silencio. O'Rourke avanzó unos pasos y se inclinó delante del jefe para hablar por los micrófonos.

—La rueda de prensa ha concluido. Dentro de aproximadamente quince minutos dispondrán de copias de la declaración del subdirector Irving en la sala de relaciones con la prensa.

Mientras los periodistas iban saliendo lentamente de la sala de conferencias, Bosch no apartó la vista del hombre que había formulado la pregunta sobre la cartera y el reloj. Sentía curiosidad por saber quién era y para qué medio trabajaba. Durante el atasco que se produjo en la puerta, el hombre coincidió con Button y ambos se pusieron a charlar. A Bosch le chocó, porque nunca había visto que un periodista de prensa le diera siquiera la hora a uno de la televisión.

—¿Detective?

Bosch se volvió. El jefe de la policía se hallaba frente a él, con la mano extendida. Bosch se la estrechó. Llevaba veinticinco años en el departamento y el jefe treinta, pero jamás habían tenido ocasión de cruzar una sola palabra, y menos aún de saludarse.

—Celebro conocerle. Quiero que sepa que contamos con usted y su equipo. Si necesita algo no dude en ponerse en contacto con mi oficina o acudir al subdirector Irving. Sea lo que fuere.

—De momento no necesitamos nada, pero le agradezco que se me haya informado de la participación del FBI.

El jefe de la policía vaciló unos segundos, pero enseguida respondió al agrio comentario de Bosch restándole importancia.

—Lo lamento. Hasta poco antes de iniciarse la rueda de prensa no tuve la certeza de que el FBI iba a participar en el caso.

Entonces se volvió para buscar con la mirada a los hombres del FBI. En aquellos momentos Spencer hablaba con Irving. El jefe les indicó que se acercaran y presentó a Bosch a Spencer. A Bosch le pareció vislumbrar una leve expresión de desdén en el rostro de Spencer. Bosch no tenía un historial favorable en su relación con el FBI a lo largo de los años. Nunca había tratado directamente con Spencer, pero si éste era el ayudante del agente especial a cargo de la oficina de Los Angeles, seguramente habría oído hablar de Bosch.

—¿Cómo vamos a organizar esto, caballeros? —preguntó el jefe de la policía.

—Si usted quiere, haré que mi gente se presente aquí a las ocho de la mañana —respondió Spencer.

—Estupendo. ¿Irving?

—Sí, estoy de acuerdo. Estaremos trabajando en la sala de conferencias junto a mi despacho. Haré que nuestro equipo esté aquí a las ocho de la mañana. En primer lugar repasaremos los datos con que contamos hasta ahora y luego ya veremos.

Todos asintieron excepto Bosch. Sabía que no tenía poder de decisión.

El grupo se dispersó, y cada uno se dirigió hacia la puerta por la que había entrado el jefe de la policía. Bosch coincidió con O'Rourke y aprovechó para preguntarle quién había formulado la pregunta sobre el reloj y la cartera.

—Tom Chainey.

A Bosch ese nombre le resultaba familiar, pero no recordaba por qué.

—¿Es un periodista?

—No. Trabajó muchos años con el Times pero ahora está en la televisión. Es el productor de Harvey Button. No es lo bastante guapo para aparecer ante las cámaras. De modo que le pagan un montón de pasta para que consiga noticiones para Harvey y le diga lo que debe decir y lo que no debe decir. O sea, para que haga un buen papel. Harvey pone el rostro y la voz. Chainey es el cerebro en la sombra. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te puedo ayudar en algo?

—No. Tenía curiosidad, nada más.

—¿Te choca la pregunta sobre la cartera y el reloj? Bueno, Chainey tiene muchos contactos y fuentes. Más que la mayoría de los periodistas.

Al salir Bosch se encaminó hacia la izquierda, de nuevo a la sala de conferencias de Irving. Deseaba abandonar el edificio, pero no quería bajar en un ascensor repleto de periodistas.

Irving le aguardaba en la sala de conferencias.

Estaba sentado en el mismo lugar que había ocupado antes.

—Lamento lo del trato con el FBI —dijo—. No lo supe hasta poco antes de comenzar la rueda de prensa. Fue idea del jefe.

—Eso he oído. Probablemente ha sido una jugada maestra.

Bosch guardó silencio, esperando a que Irving moviera ficha.

—Pida a su gente que concluya las entrevistas que están llevando a cabo, para que todos puedan irse a dormir, porque mañana comienza de nuevo la función.

Bosch estuvo a punto de protestar, pero se contuvo.

—¿Se refiere a que debemos aparcar la investigación hasta que aparezca el FBI? Se trata de un homicidio, jefe, de un doble asesinato. No podemos suspenderlo todo y empezar mañana de nuevo.

—No le he dicho que suspenda nada. He dicho que ordene a su equipo que termine el trabajo que está realizando ahora. Mañana nos retiraremos a las trincheras y nos reagruparemos para idear un mejor plan de batalla. Quiero que sus hombres estén descansados y dispuestos a lanzarse al ataque.

—Muy bien. Lo que usted diga.

Pero Bosch no tenía la menor intención de esperar a que aparecieran los del FBI, prefería continuar con la investigación, agilizarla y seguir las pistas que ésta les proporcionara. Lo que Irving pudiera decir le traía sin cuidado.

—¿Puede darme la llave de esta sala? —preguntó Bosch—. Dentro de un rato Entrenkin nos enviará la primera partida de archivos. Debemos ponerlos a buen recaudo.

Tras vacilar unos instantes, Irving se metió la mano en el bolsillo. Sacó una de las llaves del llavero y la deslizó por encima de la mesa. Bosch la colocó en su propio llavero.

—¿Cuántas personas tienen una copia de esta llave? —preguntó—. Es para saberlo.

—No se preocupe, detective. Nadie que no forme parte del equipo y no tenga mi autorización entrará en esta sala.

Bosch asintió, aunque Irving no había respondido a su pregunta.

15

Cuando Bosch traspasó la puerta de cristal del Parker Center asistió al comienzo de la fabricación y empaquetado de un acontecimiento mediático. En la plaza se hallaban apostados media docena de equipos de televisión y un montón de periodistas dispuestos a transmitir informes en directo como preámbulo al reportaje sobre la rueda de prensa. Junto a la acera estaban aparcadas numerosas furgonetas de televisión con sus antenas preparadas. Era sábado, por lo general el día menos interesante desde el punto de vista informativo. Pero el asesinato de Howard Elias constituía un asunto de gran envergadura. Una historia que ocuparía los titulares de la prensa durante mucho tiempo. Las cadenas locales iban a transmitir en directo al mediodía. Y entonces empezaría el espectáculo. La noticia del asesinato de Elias recorrería la ciudad como el viento más caluroso de Santa Ana, alterando los nervios de los ciudadanos y transformando frustraciones silenciosas en acciones sonoras y malévolas. El departamento —y la ciudad— confiaba en la forma en que esas personas jóvenes y guapas interpretaran y transmitieran la información que les habían proporcionado. Confiaban en que sus informes no atizaran las brasas de las tensiones de la comunidad. Confiaban en que mostraran prudencia, integridad y sentido común, que se limitaran a informar sobre los hechos conocidos sin aderezarlos con conjeturas ni datos de su propia cosecha. Pero Bosch sabía que esas esperanzas tenían tantas posibilidades de plasmarse en realidad como había tenido Elias de salir con vida al encontrarse con el asesino en Angels Flight, hacía poco más de doce horas.

Bosch dobló hacia la izquierda y se dirigió hacia el aparcamiento de los empleados, evitando que las cámaras detectaran su presencia. No quería aparecer en los informativos a menos que fuera imprescindible.

Consiguió que nadie reparara en su presencia y subió al coche. Diez minutos más tarde aparcó en zona prohibida frente al Bradbury, detrás de otra furgoneta de la televisión. Al apearse echó un vistazo a su alrededor, pero no vio a nadie de la prensa. Supuso que se habían dirigido a la terminal de Angels Flight para filmar un reportaje sobre el caso.

Después de subir en el viejo ascensor hasta el piso superior, Bosch abrió la puerta de hierro forjado y salió al descansillo, donde se topó con Harvey Button, su productor y un cámara. Se produjo un tenso silencio mientras Bosch trataba de esquivarlos.

—¿Detective Bosch? —preguntó el productor—. Soy Tom Chainey, del Canal Cuatro.

—Estupendo.

—¿Podemos hablar unos minutos sobre el…?

—No. Que tengan un buen día. —Bosch logró zafarse y echó a andar hacia el despacho de Elias.

—¿Está seguro? —insistió Chainey a sus espaldas—. Hemos recabado bastante información sobre el caso y creo que resultaría conveniente para ambos que pudiéramos confirmarla. No queremos causar ningún problema. Siempre es mejor trabajar en equipo, ¿no cree?

Bosch se detuvo y se volvió para mirarlo.

—No —respondió—. Si quiere transmitir una información que no ha sido confirmada, allá usted. Pero yo no voy a confirmar nada. Y ya tengo un equipo.

Bosch se volvió sin esperar respuesta y se dirigió hacia la puerta en la que aparecía el nombre de Howard Elias. No volvió a oír una palabra de Chainey ni Button.

Cuando entró en el despacho, Bosch vio a Janis Langwiser sentada ante la mesa de la secretaria, examinando un expediente. Junto a la mesa había tres cajas llenas de archivos que Bosch no había visto anteriormente.

—Hola, detective Bosch —dijo Langwiser, alzando la vista.

—¿Esas cajas son para mí?

—Es la primera partida —respondió Langwiser—. Oiga, lo que hizo antes no tuvo ninguna gracia.

—¿A qué se refiere?

—Cuando me dijo que la grúa se iba a llevar mi coche. Fue una mentira, ¿no?

Bosch se había olvidado de aquello.

—No era mentira —replicó—. Había aparcado en lugar prohibido. Más pronto o más tarde la grúa se le habría llevado el coche. —Bosch sonrió pese a darse cuenta de que a Langwiser no le gustaba la broma—. Tenía que hablar a solas con la inspectora Entrenkin —agregó, sonrojándose —. Lo siento.

Antes de que Langwiser pudiera responder, Carla Entrenkin entró en la habitación con un expediente en la mano. Bosch señaló las tres cajas que estaban en el suelo.

—Parece que el trabajo está muy adelantado —observó.

—Eso espero. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Desde luego. Pero primero quisiera saber si los del Canal Cuatro se han presentado por aquí y han tratado de sonsacarles información.

—En efecto —respondió Langwiser—. Y antes que ellos aparecieron los del Canal Nueve.

—¿Hablaron con ellos?

Langwiser miró brevemente a Entrenkin y luego clavó la vista en el suelo, sin responder.

—Hice una breve declaración —respondió Entrenkin—. Una declaración aséptica, explicando mi papel en el caso. ¿Podemos hablar ahí dentro?

Entrenkin se apartó de la puerta y Bosch entró en la sala de los archivos. Sobre la mesa había otra caja de cartón con expedientes. Entrenkin cerró la puerta. Luego arrojó el expediente sobre la mesa del pasante, cruzó los brazos y adoptó una expresión seria.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bosch.

—Tom Chainey acaba de comunicarme que en la rueda de prensa anunciaron que How…, que el señor Elias se había dejado la cartera y el reloj en su despacho, en el escritorio. Supuse que cuando esta mañana les pedí que desalojaran el despacho había quedado claro que…

—Lo lamento. Lo olvidé.

Bosch depositó su maletín sobre la mesa, lo abrió y sacó las bolsas que contenían la cartera y el reloj.

—Ya los había guardado en las bolsas y en mi maletín antes de que usted llegara esta mañana. Me olvidé de ese asunto y al marcharme me lo llevé. ¿Quiere que vuelva a dejar esos objetos donde los encontré?

—No. Sólo quiero una explicación. No sé si creerme la historia que acaba de contarme.

Se produjo un largo silencio, durante el cual ambos se miraron directamente a los ojos.

—¿Era eso de lo que quería hablarme? —preguntó Bosch.

Entrenkin se volvió hacia la mesa y el expediente que había estado examinando.

—Pensé que nuestra relación sería más fluida.

—Mire —respondió Bosch cerrando su maletín—, usted tiene sus secretos. Permita que tenga los míos. El caso es que a Howard Elias no le robaron la cartera y el reloj. A partir de ahí podemos hacer todas las deducciones que usted quiera, ¿de acuerdo?

—Si lo que pretende decirme es que había gente implicada en esta investigación que trataba de manipular las pruebas, yo…

—Yo no pretendo decirle nada.

Bosch observó una expresión de rabia en los ojos de Entrenkin.

—Usted no debería formar parte de este departamento. Lo sabe tan bien como yo.

—Ésa es otra historia. En estos momento tengo cosas más impor…

—Sabe que hay gente que piensa que no existe nada más importante que un departamento de policía en el que la integridad de sus miembros está fuera de toda duda.

—Parece que estuviera dando una rueda de prensa, inspectora. Voy a llevarme estos expedientes. Más tarde regresaré para recoger la próxima partida.

Bosch se dirigió hacia la puerta que comunicaba con recepción.

—Creí que era usted distinto —comentó Entrenkin.

Bosch se volvió hacia ella.

—No puede saber si soy distinto porque no sabe nada de mí. Más tarde hablaremos.

—Falta otra cosa.

Bosch se detuvo y la miró.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Howard Elias tomaba notas de todo. En su escritorio guardaba un bloc de espiral donde anotaba todo lo que tenía que hacer. Ese bloc ha desaparecido. ¿Sabe usted dónde está?

Bosch regresó junto a la mesa y volvió a abrir su maletín. Sacó el bloc y lo arrojó sobre la mesa.

—Aunque no me crea, ya lo había guardado en mi maletín cuando apareció usted y nos echó de aquí.

—Le creo. ¿Lo ha leído?

—Una parte. Antes de que usted llegara. —Entrenkin observó a Bosch durante un buen rato.

—Lo examinaré, y si no contiene material comprometido se lo devolveré más tarde. Gracias por entregármelo.

—De nada.

Cuando Bosch llegó al local de Philippe el Original, los otros ya estaban allí y habían empezado a comer. Se hallaban sentados ante una de las mesas largas situadas al fondo. Estaban solos. Bosch decidió resolver el asunto antes de ponerse en la cola ante el mostrador para pedir la comida.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Rider cuando Bosch se sentó en el banco junto a ella.

—Me parece que tengo la piel demasiado clara para el gusto de Irving.

—Que le den por el culo —replicó Edgar—. Yo no ingresé en el cuerpo para participar en esos tejemanejes.

—Ni yo tampoco —apostilló Rider.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Chastain.

—De relaciones raciales —contestó Rider—. Es lógico que no te hayas enterado.

—Oye, yo…

—Dejadlo estar, chicos —terció Bosch—. Hablemos del caso, ¿vale? Tú primero, Chastain. ¿Has terminado con el edificio de apartamentos?

—Sí. No encontramos nada.

—Pero averiguamos ciertos datos sobre la mujer —intervino Fuentes.

—Ah, sí, es verdad.

—¿Qué mujer?

—La otra víctima. Catalina Pérez. Un momento.

Chastain tomó una agenda que había junto a él sobre el banco. La abrió por la segunda página y echó un vistazo a las notas.

—Apartamento 909. Pérez era la asistenta. Iba los viernes por la noche, o sea que había salido de allí.

—Pero ella subía en el funicular —observó Bosch—. ¿No trabajaba hasta las once?

—No. Trabajaba de seis a diez y media, luego tomaba el funicular hasta la parada del autobús, subía en él y se iba a casa. Sólo que al salir debió de mirar en el bolso y se dio cuenta de que se había olvidado la agenda, donde anotaba su horario de trabajo y números de teléfono. Sabemos que anoche la sacó en el apartamento porque su patrono, un tal señor D. H. Reilly, cambió su número de teléfono y le dio el nuevo. Pero Catalina Pérez se dejó la agenda en la mesa de la cocina. Tenía que regresar por ella para consultar su horario de trabajo. Esa señora…

Chastain tomó de nuevo la agenda, que estaba metida en una bolsa de plástico y catalogada como prueba.

—Fíjate en su horario de trabajo. Trabajaba como una mula. Echaba horas en las casas todos los días y muchas noches. Ese tal Reilly dijo que Catalina Pérez sólo disponía del viernes por la noche para ir a limpiar a su casa. Era muy trabajadora…

—De modo que se dirigía a recoger su agenda cuando se la cargaron —dijo Edgar.

—Eso parece.

—La vieja canción —comentó Rider con un tono que no pretendía ser burlón.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chastain.

—Déjalo.

Todos permanecieron en silencio durante un rato. Bosch pensó que a Catalina Pérez le había costado la vida el haberse olvidado la agenda. Sabía que Rider se estaba refiriendo a lo injusta que es la vida. Una frase que la detective empezó a utilizar después de un año de trabajar en el

Departamento de Homicidios para resumir las malas jugadas, coincidencias y caprichos del destino que a menudo le costaban la vida a uno.

—Bien —dijo Bosch—. Ahora ya sabemos lo que hacían las víctimas en el funicular. ¿No habéis hallado nada más en el edificio?

—Nadie vio ni oyó nada —respondió Chastain.

—¿Habéis hablado con todos los inquilinos?

—En cuatro apartamentos no contestaron. Pero todos se encontraban al otro lado de la ciudad, lejos de Angels Flight.

—De momento los dejaremos aparcados —dijo Bosch—. Kiz, ¿has hablado con la esposa y el hijo?

Rider estaba masticando el último bocado de un *sandwich* y alzó el dedo hasta que hubo tragado.

—Sí, con los dos juntos y por separado. No he averiguado nada de interés. Los dos están convencidos de que lo hizo un policía. Yo no…

—Eso ya lo sabemos —terció Chastain.

—Déjala hablar —dijo Bosch.

—No me ha dado la impresión de que sepan gran cosa sobre los casos de Elias ni las posibles amenazas que hubiera recibido. Elias no trabajaba en su casa. Cuando abordé el tema de la fidelidad, Millie me dijo que creía que su marido le era fiel. Así fue como se expresó. Dijo «creo que me era fiel». Lo cual me chocó. Si no hubiera dudado, habría dicho «me era fiel», no «creo que me era fiel», ¿comprendes?

—¿Piensas que Millie estaba al corriente de las aventuras de su marido?

—Es posible. Pero también pienso que lo consentiría, en el caso de que lo supiera. El hecho de ser la esposa de Howard Elias conllevaba un gran prestigio social. Muchas esposas en esa situación optan por hacerse las ciegas para mantener intacta la imagen, la vida que llevan.

—¿Y el hijo?

—Está convencido de que su padre era un buen hombre. Su muerte le ha afectado mucho.

Bosch asintió. Admiraba la habilidad de Rider para entrevistar a la gente. La había visto en acción y sabía que no se dejaba amedrentar por nada ni nadie. Él la había utilizado en una forma parecida a como había pretendido utilizarla Irving durante la rueda de prensa. Bosch la había enviado a entrevistar de nuevo a la esposa y al hijo de Elias porque sabía que lo haría bien. Pero también porque era negra.

—¿Les has hecho la pregunta A?

—Sí. Los dos estaban en casa anoche. Ninguno de ellos salió. Uno es la coartada del otro.

—Estupendo —observó Chastain.

—Bien, Kiz —dijo Bosch—. ¿Alguien quiere añadir algún comentario?

Bosch se inclinó sobre la mesa para observar los rostros de sus compañeros. Nadie dijo nada. Todos habían terminado de comerse sus sándwiches.

—No sé si os habéis enterado de lo que se ha dicho en la rueda de prensa, pero el jefe ha llamado a la caballería. Mañana por la mañana el FBI intervendrá en el caso. Tenemos una reunión a las ocho en la sala de conferencias privada de Irving.

—¡Mierda! —exclamó Chastain.

—¿Qué coño van a hacer ellos que no podamos hacer nosotros? —preguntó Edgar.

—Tal vez nada —respondió Bosch—. Pero el hecho de que el jefe lo anunciara durante la rueda de prensa seguramente contribuirá a mantener la paz. Al menos de momento. En todo caso, esperemos hasta mañana para ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Todavía disponemos del resto del día. Irving me ordenó oficiosamente que suspendiera toda investigación hasta que se presenten los agentes del FBI, pero no pienso hacerle caso. Así que sigamos trabajando.

—Sí, no podemos dejar que el tiburón se ahogue, ¿verdad? —comentó Chastain.

—Así es, Chastain. Ninguno de nosotros ha podido dormir mucho esta noche. Creo que lo mejor será que algunos sigamos trabajando y nos vayamos a casa temprano, mientras los otros se van a casa a echar un sueñecito para regresar esta noche descansados. ¿Estáis conformes?

Todos guardaron silencio.

—De acuerdo, vamos a distribuir el trabajo. En el maletero de mi coche hay tres cajas con expedientes de Elias. Quiero que vosotros, los de Asuntos Internos, os los llevéis a la sala de conferencias de Irving, los examinéis detenidamente y anotéis los nombres de policías y cualquier otra persona que haya que investigar. Quiero que preparéis una lista. En cuanto hayamos obtenido una coartada válida, tacharemos de la lista el nombre de la persona. Quiero que todo esto esté a punto para cuando lleguen mañana los agentes del FBI. Una vez que lo hayáis terminado, podéis iros a casa.

—¿Tú qué vas a hacer? —preguntó Chastain.

—Nosotros iremos a hablar con la secretaria y el pasante de Elias. Luego me iré a casa a dormir un rato. Si puedo. Esta noche hablaremos con Harris e investigaremos el asunto de Internet. Quiero averiguar de qué se trata antes de que aparezcan los del FBI.

—Ándate con cuidado con Harris.

—Lo haré. Ése es uno de los motivos por los que esperaremos hasta esta noche. Si no metemos la pata, los medios de comunicación ni siquiera se enterarán de que hemos hablado con ese tío.

Chastain asintió.

—¿Esos expedientes que tenemos que examinar son nuevos o antiguos?

—Antiguos. Entrenkin comenzó por los casos cerrados.

—¿Cuándo podremos echar una ojeada al expediente del Black Warrior? Es el más importante. Los otros no sirven para nada.

—Confío en poder recogerlo hoy mismo. Pero te equivocas, los otros también son importantes. Es preciso examinar todos los expedientes que haya en ese despacho. Basta que nos saltemos un expediente para que un abogado nos lo meta por el culo durante el juicio. ¿Entendido? De modo que hay que revisarlos todos.

—De acuerdo.

—Además, ¿por qué te interesa tanto el expediente del Black Warrior? ¿No investigaste a los tipos implicados en el caso?

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué vas a averiguar en ese expediente que no sepas ya? ¿Crees que puedes haber pasado algo por alto?

—No, pero…

—Pero ¿qué?

—Es el caso del momento. Creo que ese expediente tiene que contener algo importante.

—Bien, ya veremos. Vayamos por partes. De momento dedícate a examinar los expedientes antiguos y procura que no se te escape nada.

—Descuida. Es que me jode perder el tiempo de esta forma.

—Bienvenido a Homicidios.

—Vale, vale.

Bosch sacó del bolsillo una pequeña bolsa marrón con varias copias de la llave que le había dado Irving, y que el detective había mandado hacer en Chinatown antes de ir al restaurante. Bosch volcó sobre la mesa las llaves que contenía la bolsa.

—Que cada uno se lleve una llave. Son de la puerta de la sala de conferencias de Irving. Una vez que hayáis guardado los expedientes allí, quiero que esa puerta permanezca siempre cerrada con llave.

Cada uno fue tomando una llave salvo Bosch, que había metido la original en su llavero. Acto seguido se levantó y miró a Chastain.

—Vamos a buscar los expedientes que tengo en el coche.

16

Las entrevistas con la secretaria y el pasante de Elias resultaron tan insulsas que Bosch lamentó que sus compañeros y él mismo no hubieran utilizado ese tiempo en recuperar el sueño perdido. Tyla Quimby, la secretaria, estaba con gripe y había permanecido toda la semana encerrada en su casa, en el distrito de Crenshaw. No conocía las actividades de Howard Elias durante los días anteriores a su muerte. Aparte de la posibilidad de contagiarles la gripe, les proporcionó muy poca información. La mujer les explicó que Elias no solía comentar con ella ni con el pasante las estrategias que utilizaba en sus casos, ni tampoco otros aspectos de su trabajo. La tarea de ella consistía principalmente en abrir el correo, atender el teléfono, tratar con las visitas y clientes poco importantes y abonar los gastos de la oficina a través de una pequeña cuenta en la que Elias hacía unos depósitos todos los meses. En cuanto a las comunicaciones por teléfono, la mujer les dijo que Elias tenía una línea privada en su despacho, cuyo número conocían sus amigos y asociados, así como algunos periodistas e incluso enemigos. De modo que la secretaria no había podido informarles de si Elias había recibido alguna amenaza durante las semanas anteriores a su asesinato. Los investigadores le dieron las gracias y abandonaron su casa, confiando en que no les hubiera contagiado la gripe.

El pasante, John Babineux, tampoco fue capaz de aclararles ninguna cuestión importante de la investigación. Les confirmó que él y Michael Harris se habían quedado el viernes trabajando hasta tarde con Elias. Pero Babineux añadió que Harris y Elias habían permanecido encerrados en el despacho privado de éste durante buena parte de la tarde. Babineux les contó que se había licenciado en la Facultad de Derecho de la Universidad del Sur de California hacía tres meses y que estudiaba por las noches, puesto que de día trabajaba de pasante para Elias, con el fin de obtener el título de abogado. Les explicó que estudiaba por las noches en el despacho de Elias porque así podía acceder a libros de derecho que necesitaba consultar para memorizar casos y códigos penales. Obviamente le resultaba más cómodo estudiar allí que en el apartamento cercano a la universidad que compartía con otros dos estudiantes de derecho. Poco antes de las once, Babineux se había marchado con Elias y Harris porque estaba cansado de trabajar. Dijo que él y Harris se dirigieron hacia sus respectivos coches, que se hallaban aparcados en una zona azul próxima al despacho, mientras Elias echaba a andar solo por la Tercera hacia Hill Street y Angels Flight.

Al igual que Quimby, Babineux describió a Elias como un hombre reservado que no solía comentar los casos en los que trabajaba ni los preparativos para un juicio. Les explicó que durante la última semana se había dedicado sobre todo a disponer las transcripciones de las

numerosas declaraciones previas al juicio del caso Black Warrior. Su tarea consistía en volcar las transcripciones y demás material referente al caso en un ordenador portátil que llevarían al tribunal para que Elias pudiera consultarlo cuando tuviera que utilizar una determinada referencia o prueba durante el juicio.

Babineux no pudo proporcionar a los detectives información alguna sobre las posibles amenazas que hubiera recibido Elias; en todo caso ninguna amenaza que el abogado se hubiera tomado en serio. El pasante comentó que durante los últimos días había observado que Elias se mostraba muy optimista, pues estaba plenamente convencido de que iba a ganar el juicio del Black Warrior.

—Dijo que era pan comido —les explicó Babineux.

Mientras Bosch circulaba por la avenida Woodrow Wilson hacia su casa pensó en las dos entrevistas y se preguntó por qué Elias se había mostrado tan reservado sobre el caso que iba a presentar ante los tribunales. Eso no concordaba con su estrategia habitual de filtrar noticias a los medios o convocar ruedas de prensa multitudinarias. No dejaba de ser extraño que mantuviera tanta discreción sobre un caso que estaba convencido de que iba a ganar.

Bosch confiaba en descubrir la razón cuando Entrenkin le entregara al cabo de unas horas el expediente del Black Warrior. Hasta entonces decidió archivar el asunto.

Inmediatamente se puso a pensar en el armario ropero que había en su dormitorio. Aún no le había echado un vistazo, pues no estaba seguro de cómo iba a reaccionar si comprobaba que Eleanor se había llevado su ropa. Bosch decidió hacerlo en cuanto llegara a casa, para salir de dudas. Era el momento idóneo, pues al margen de lo que descubriera estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que caer rendido en la cama.

Pero al doblar la última curva vio el destartalado Taurus de Eleanor, aparcado frente a la casa. Había dejado el garaje abierto para que él pudiera meter su automóvil. Bosch sintió que los músculos del cuello y de los hombros se relajaban y suspiró aliviado.

La casa estaba en silencio. Dejó su maletín sobre una de las sillas del comedor y se quitó la corbata al entrar en la sala de estar. Luego avanzó por el pequeño pasillo y miró en el dormitorio. Las cortinas estaban corridas y la habitación a oscuras, salvo por un tenue resplandor de las farolas que penetraba por la ventana. Bosch contempló la silueta de Eleanor debajo de las sábanas. Su cabello castaño estaba desparramado por la almohada.

Bosch entró en la habitación, se desnudó sin hacer ruido y colocó la ropa sobre una silla. Luego, para no despertarla, fue a darse una ducha en el baño del cuarto de invitados. Diez minutos más tarde se acostó en la cama junto a su mujer. Se tumbó de espaldas y contempló la oscuridad del techo. Notó que Eleanor no respiraba de forma lenta y acompasada como cuando dormía.

—¿Estás despierta? —preguntó Bosch.

—Mmmhumm.

Bosch aguardó un momento.

—¿Dónde has estado, Eleanor?

—En Hollywood Park.

Bosch no dijo nada. No quería acusarla de mentirosa. Tal vez Jardine, el guardia de seguridad, no hubiera reparado en ella cuando contempló la sala de juego a través de los monitores de vídeo. Bosch se quedó mirando el techo, sin saber qué hacer.

—Ya sé que llamaste para averiguar si yo estaba allí —dijo Eleanor—. Conocí a Tom Jardine en Las Vegas. Trabajaba en el Flamingo. Te mintió. Me dijo que habías llamado.

Bosch cerró los ojos y guardó silencio.

—Lo siento, Harry. No me apetecía discutir contigo en aquellos momentos.

—¿Discutir?

—Ya me entiendes.

—No, no te entiendo, Eleanor. ¿Por qué no respondiste a mi mensaje cuando llegaste a casa?

—¿Qué mensaje?

Bosch recordó que él mismo había escuchado el mensaje hacía un rato. La luz del contestador no debía de estar parpadeando cuando ella llegó a casa, y no había oído el mensaje.

—No tiene importancia. ¿Cuándo has regresado?

Eleanor alzó la cabeza de la almohada para mirar los dígitos luminosos del reloj que había en la mesilla.

—Hace un par de horas.

—¿Qué tal te ha ido?

En realidad a Bosch le tenía sin cuidado. Lo había dicho por decir.

—Bien. Gané algún dinero, pero luego metí la pata.

—¿Qué ocurrió?

—Me arriesgué en vez de ir a lo seguro.

—¿A qué te refieres?

—Me sirvieron un par de ases y además tenía cuatro tréboles, el as, el tres, el cuatro y el cinco. De modo que me descarté del as de corazones y fui a por el dos de tréboles para formar una escalera de color. Con una escalera de color puedes llevarte un bote especial, que en aquel momento ascendía a unos tres mil dólares. Eso era lo que yo pretendía.

—¿Y qué pasó?

—No conseguí el dos de trébol. No pude formar una escalera de color. Me dieron el as de picas.

—Mala suerte.

—Sí. Me descarté de un as y me dieron otro. Me quedé con la pareja de ases, pero me ganó un jugador que tenía tres dieces. El bote ascendía a unos trescientos dólares. De modo que si me hubiera quedado con el as de corazones habría formado un trío y habría ganado. Pero me equivoqué. Entonces dejé la partida.

Bosch no dijo nada. Pensó en la historia que acababa de contarle Eleanor y se preguntó si con ella trataba de decirle otra cosa. Había descartado el as de corazones para conseguir el bote especial, pero había fallado.

Tras un breve silencio, Eleanor preguntó:

—¿Te ha llamado el jefe para que te ocupes de un caso? Cuando llegué vi que no te habías acostado.

—Así es.

—Creí que no estabas en la rotación de guardia.

—Es una larga historia y no tengo ganas de hablar de ella ahora. Quiero hablar sobre nosotros. ¿Qué ocurre, Eleanor? No podemos seguir así, esto no va bien. Algunas noches ni siquiera sé dónde estás o si te ha pasado algo. Hay algo que no funciona, que no encaja, pero no sé qué es.

Eleanor se deslizó bajo las sábanas. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Bosch y le acarició la cicatriz que tenía en el hombro.

—Harry…

Él aguardó sin decir nada. Eleanor se colocó sobre él y empezó a mover las caderas lentamente.

—Tenemos que hablar de esto, Eleanor.

Ella deslizó un dedo sobre sus labios, indicándole que guardara silencio. Hicieron el amor despacio. En la mente de Bosch bullían unos pensamientos ambivalentes. Él la amaba más de lo que nunca había amado a nadie. Sabía que ella le amaba a su manera. El hecho de que Eleanor formara parte de su vida le hacía sentirse plenamente satisfecho. Pero en cierto momento se había dado cuenta de que ella no sentía lo mismo que él. Era como si le faltara algo, como si su relación no acabara de llenarla, y la sensación de que iban en barcos separados hizo que Bosch se sintiera peor que nunca.

A partir de entonces su matrimonio había comenzado a ir a la deriva. Durante el verano, Bosch había estado ocupado con unas investigaciones muy complicadas, entre ellas un caso que le había exigido desplazarse durante una semana a Nueva York. Durante su ausencia Eleanor había visitado por primera vez la sala de póquer del Hollywood Park. Por aburrimiento, porque se sentía sola y no lograba un trabajo aceptable en Los Angeles. Había regresado a los naipes, a hacer lo mismo que hacía cuando Bosch la había encontrado, y por lo visto en la mesa de juego había hallado lo que andaba buscando.

—Te quiero, Eleanor —dijo Bosch cuando terminaron de hacer el amor, abrazándola con fuerza—. No quiero perderte.

Ella le besó en los labios, y luego murmuró:

—Duerme, cariño. Descansa.

—Quédate a mi lado. No te muevas hasta que me haya dormido.

—No me moveré.

Eleanor lo abrazó. Él procuró olvidarse de todo. Al menos de momento. Ya pensaría más tarde en ello. Entonces lo único que le apetecía era dormir.

Unos minutos después soñó que subía en el funicular de Angels Flight hasta la colina. Cuando el otro coche pasó junto a él, Bosch miró por la ventanilla y vio a Eleanor sentada sola. Ella no lo miró.

Bosch se despertó una hora después. La habitación estaba más oscura, pues la luz del exterior se había desplazado de la ventana. Miró a su alrededor y comprobó que Eleanor ya se había levantado. Se incorporó en el lecho y la llamó.

—Estoy aquí —respondió ella desde la sala de estar.

Bosch se vistió y salió del dormitorio. Eleanor estaba sentada en el sofá, envuelta en el albornoz que él le había comprado en el hotel de Hawai donde habían pasado la luna de miel después de casarse en Las Vegas.

—Oye —dijo Bosch—, he pensado que… No sé.

—Estabas hablando en sueños y por eso me he venido aquí.

—¿Qué decía?

—Mi nombre y unas cosas que no tenían sentido. Algo sobre unos ángeles que volaban.

Bosch sonrió y se sentó en un sillón situado al otro lado de la mesa de café.

—¿Has tomado alguna vez el funicular de Angels Flight para venir al centro?

—No.

—Hay dos coches. Cuando uno sube, el otro baja. Se cruzan a medio camino. He soñado que yo subía en un coche y que tú bajabas en el otro. Nos cruzamos a medio camino, pero tú ni me miraste… ¿Qué crees que significa? ¿Que hemos tomado caminos distintos?

Eleanor sonrió con tristeza.

—Supongo que significa que eres un ángel. Tú subías.

Bosch no sonrió.

—Tengo que regresar —dijo—. Este caso va a tenerme muy ocupado durante un tiempo. Al menos eso creo.

—¿Por qué te han llamado precisamente a ti?

Bosch tardó diez minutos en resumirle el asunto. Le gustaba hablar de sus casos con Eleanor. Además de satisfacer su ego, a veces ella hacía una sugerencia que resultaba útil o un comentario que ponía de relieve algún aspecto en el que él no había reparado. Hacía muchos años que ella había trabajado de agente del FBI. Era una etapa de su vida muy lejana, pero Bosch seguía respetando su lógica y sus dotes de investigadora.

—Harry, Harry… —dijo ella cuando él terminó de relatarle la historia—. ¿Por qué siempre te toca a ti?

—No siempre me toca a mí.

—Pues yo creo que sí. ¿Qué vas a hacer?

—Lo de siempre. Trabajar en el caso. Como todos los del equipo. Hay mucho que hacer. Tendrán que concedernos el tiempo necesario. Es un caso peliagudo.

—Te conozco. Te pondrán todos los obstáculos habidos y por haber. Seguro que es uno de esos casos en los que no conviene atrapar al culpable y llevarlo ante la justicia. Pero tú lo harás. Tú darás con el culpable aunque eso te granjee el odio de los policías de todas las divisiones.

—Todos los casos son importantes, Eleanor. Desprecio a la gente como Elias. Era un miserable que se ganaba la vida denunciando a policías que a fin de cuentas sólo cumplían con su obligación. Al menos en su mayor parte. De vez en cuando tenía un caso legítimo. En última instancia, si eres culpable de un delito debes pagar por él. Sea quien sea. Aunque se trate de un policía.

—Lo sé, Harry.

Eleanor apartó la vista y miró a través de los ventanales. El cielo se había teñido de rojo. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse.

—¿Cuántos cigarrillos te has fumado? —preguntó él por decir algo.

—Un par. ¿Y tú?

—Ninguno.

Bosch le había notado olor a tabaco. Se alegró de que no le mintiera.

—¿Cómo te ha ido en Stocks and Bonds?

Bosch había dudado en preguntárselo. Sabía que el resultado de esa entrevista era lo que la había llevado a la sala de póquer.

—Como en las otras. Dijeron que si les interesaba ya me llamarían.

—Cuando regrese a la comisaría hablaré con Charlie.

Stocks and Bonds era una empresa situada en Wilcox, frente a la comisaría de Hollywood, que se dedicaba a perseguir a los que se fugaban estando bajo fianza. Bosch había oído decir que buscaban a un agente preferiblemente femenino, pues buena parte de los imputados que desaparecían tras depositar una fianza en la comisaría de Hollywood eran prostitutas, y una mujer tenía más probabilidades de dar con ellas. Bosch había hablado del tema con el propietario de la empresa, Charlie Scott, y éste había accedido a tener en cuenta a Eleanor para el puesto. Bosch no le había mentido sobre su historial, y le había expuesto tanto los aspectos positivos como los negativos. Por el lado positivo, Eleanor era una ex agente del FBI, y por el negativo, había estado en prisión. Scott dijo que su historial delictivo no constituía un problema, ya que el cargo no requería una licencia estatal de investigador privado, algo que Eleanor no habría podido conseguir. El problema era que él quería que sus agentes fueran armados —sobre todo tratándose de una mujer— cuando perseguían a alguien que se había fugado estando bajo fianza. A Bosch eso no le preocupaba. Sabía que la mayor parte de los agentes de la empresa no tenían licencia para llevar armas. El arte de esa profesión consistía en no aproximarse demasiado a la presa para no tener que usar el arma. Los mejores agentes localizaban la pieza desde una distancia prudencial y luego avisaban a la policía para que la detuviera.

—No te molestes en hablar con él, Harry. Supongo que quiso hacerte un favor, pero cuando me presenté se le impuso la realidad y decidió no contratarme. Déjalo correr.

—Tú lo harías estupendamente.

—Eso es lo de menos.

Bosch se levantó.

—Tengo que arreglarme —dijo.

Se dirigió al dormitorio, y después de darse otra ducha se puso un traje limpio. Cuando regresó a la sala de estar, Eleanor seguía sentada en el sofá.

—No sé a qué hora volveré —dijo, sin mirarla—. Tenemos mucho que hacer. Además, mañana llegan los del FBI.

—¿El FBI?

—Ya se sabe, los derechos civiles y todo eso. Los ha llamado el jefe.

—¿Para mantener la paz y el orden en el distrito sur?

—Al menos eso espera.

—¿Conoces los nombres de los agentes que se ocuparán del caso?

—No. En la rueda de prensa que se ha celebrado hoy había un agente especial.

—¿Cómo se llama?

—Gilbert Spencer. Pero dudo de que se ocupe directamente del caso.

Eleanor meneó la cabeza.

—No lo conozco, debe de ser posterior a mí. Seguramente ha acudido para presenciar el espectáculo.

—Sí. Ha dicho que mañana enviará a un equipo.

—Suerte.

Bosch la miró y asintió con la cabeza.

—Aún no sé el número. Si me necesitas, utiliza el busca.

—De acuerdo, Harry.

Bosch vaciló unos instantes antes de formularle la pregunta.

—¿Vas a volver allí?

Eleanor miró de nuevo a través de los ventanales.

—No lo sé. Quizá.

—Eleanor…

—Tú tienes tu vicio, Harry, y yo el mío.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Recuerdas lo que sientes cuando empiezas la investigación de un nuevo caso? ¿Recuerdas ese cosquilleo que te produce la caza? Pues yo ya no lo siento. La sensación más parecida es la que me produce el recoger esas cinco cartas de la mesa y ver lo que tengo. Es difícil de explicar y más aún de comprender, pero me hace sentir viva de nuevo. Todos estamos enganchados a alguna droga, Harry. Yo quisiera estar enganchada a la tuya, pero no es así.

Bosch se la quedó mirando. No sabía si podría decir algo sin que su voz le traicionara. Se dirigió hacia la puerta y al abrirla se volvió. Luego salió de la habitación, pero unos segundos después regresó de nuevo.

—Me has hecho mucho daño, Eleanor. Siempre confié en conseguir que volvieras a sentirte viva.

Eleanor cerró los ojos, como si estuviera a punto de llorar.

—Lo siento mucho, Harry. No debería haberte dicho eso.

Bosch salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

17

Bosch aún se sentía dolido cuando media hora más tarde llegó al despacho de Elias. La puerta estaba cerrada con llave y llamó con los nudillos. Cuando se disponía a utilizar la suya para abrirla observó un movimiento tras el cristal esmerilado. Al cabo de unos instantes Carla Entrenkin abrió la puerta y le hizo pasar. Por la forma con que lo miró, Bosch dedujo que ella había reparado en su cambio de traje.

—Tenía que tomarme un pequeño respiro —dijo Bosch—. Calculo que me pasaré buena parte de la noche trabajando. ¿Dónde está la señorita Langwiser?

—Cuando terminamos la mandé a casa. Le dije que me quedaría para esperarle a usted. Se ha ido hace unos minutos.

Carla Entrenkin lo condujo de nuevo al despacho de Elias y se sentó detrás del enorme escritorio. Aunque había oscurecido, Bosch divisó a Anthony Quinn a través de la ventana. También vio seis cajas llenas de expedientes colocadas en el suelo, frente al escritorio.

—Lamento que haya tenido que esperarme —se disculpó Bosch—. Supuse que cuando terminara me localizaría a través del busca.

—Eso iba a hacer. Estaba sentada aquí pensando…

Bosch contempló las cajas.

—¿Esto es el resto?

—Sí. Esas seis cajas contienen los expedientes de más casos cerrados. En esas otras están los expedientes de casos en curso.

Carla se giró en el sillón y señaló el suelo detrás del escritorio. Bosch se acercó y vio que había otras dos cajas llenas.

—Se trata principalmente del caso Michael Harris. Contiene el expediente de la policía y transcripciones de las declaraciones de testigos. También están los expedientes de unos casos que no prosperaron tras los cargos iniciales. Hay otro con amenazas y cartas de chalados, que no se hallan relacionadas específicamente con el caso Harris. En su mayor parte se trata de amenazas anónimas de racistas demasiado cobardes para dar la cara.

—De acuerdo. ¿Cuáles son los expedientes que no me va a dar?

—Sólo uno. El expediente de trabajo de Elias. Contiene unas notas sobre la estrategia del caso Harris. Creo que no debe verlo porque vulneraría la confidencialidad entre abogado y cliente.

—¿Estrategia?

—Básicamente es un plano del juicio. A Howard le gustaba confeccionar gráficos de los casos que llevaba a juicio. En cierta ocasión me dijo que se sentía como un entrenador de fútbol americano que diseña la jugadas y el orden de las mismas antes del partido. Howard siempre sabía con exactitud cómo quería conducir el juicio. El plano del juicio muestra su estrategia, el orden de los testigos, de las pruebas que iba a presentar, etcétera. Ya tenía preparadas las primeras preguntas que iba a formular a cada uno de los testigos. Y el borrador de su exposición inicial.

—Bien.

—No puedo dárselo. Constituye el núcleo del caso e imagino que el abogado que lo herede querrá seguir ese plano. Era un plano brillante. Considero por tanto que el Departamento de Policía de Los Angeles no debe verlo.

—¿Cree usted que Elias iba a ganar el caso?

—Desde luego. ¿Usted no?

Bosch se sentó en una de las sillas frente al escritorio. Pese a haber dormido un rato, aún estaba cansado.

—No conozco los pormenores del caso —respondió—. Pero conozco a Frankie Sheehan. Harris le acusó de algunas cosas…, ya sabe, lo de la bolsa de plástico. Y sé que Frankie no lo hizo.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—No podemos. Pero retrocedamos. Sheehan y yo fuimos compañeros durante un tiempo. De eso hace mucho, pero lo conozco bien. Es incapaz de hacer esas cosas. Y tampoco consentiría que otros las hicieran en su presencia.

—La gente cambia.

—Es cierto —asintió Bosch—. Pero no en el fondo.

—¿El fondo?

—Deje que le cuente una historia. Un día Frankie y yo detuvimos a un chico. Un ladrón de coches. Se lo montaba de forma que primero robaba un coche, el primer cacharro con el que se topaba, con él circulaba por las calles en busca de otro más lujoso que pudiera proporcionarle una buena suma. Cuando divisaba el coche que andaba buscando se detenía detrás de él en un semáforo y golpeaba ligeramente el parachoques trasero. El dueño del Mercedes, del Porsche o del coche que fuera se apeaba para comprobar los daños, y el ladrón aprovechaba para subir al automóvil y largarse a toda velocidad, dejando el cacharro que había robado y al dueño del segundo automóvil con un palmo de narices.

—Recuerdo que durante una época se puso muy de moda robar coches.

—Sí, menuda moda. Ese chico llevaba unos tres meses sacando un buen dinero de los robos. Pero un día embistió con demasiada fuerza a un Jaguar XJ6. La anciana que lo conducía no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Pesaba unos cuarenta kilos y se estampó contra el volante. El coche no tenía airbag. Debido al golpe la mujer se lesiona un pulmón y se parte una costilla, que le atraviesa el otro pulmón. Mientras la anciana se ahoga con su propia sangre el chico abre la puerta, la saca del coche, la deja tendida en la calzada y se larga con el Jaguar.

—Recuerdo el caso. Ocurrió hace unos diez años, ¿verdad? Todos los medios de comunicación se hicieron eco de lo ocurrido.

—En efecto. Fue uno de los primeros homicidios provocados por un ladrón de coches. Y ahí es donde intervinimos Frankie y yo. Fue un caso sonado y trabajábamos bajo una tensión enorme. Por fin conseguimos dar con el chico a través de un taller de desguace que había localizado el departamento de robos de automóviles. El chico vivía en Venice y nos vio llegar. Cuando Frankie llamó al timbre, el chico disparó tres balas del cincuenta y siete a través de la puerta. No le dio de milagro. En aquella época Frankie llevaba el pelo largo y la bala le pasó a través del cabello. El chico huyó por la puerta trasera y nosotros le perseguimos por todo el barrio. Mientras corríamos, llamamos para pedir refuerzos. Las llamadas que hicimos por radio atrajeron a los medios de comunicación. Aquello se llenó de helicópteros, reporteros y demás.

—Pero al final lograron atraparlo, según creo recordar.

—Le perseguimos casi hasta Oakwood. Por fin dimos con él en una casa abandonada, que usaban los yonquis. Sabíamos que tenía una pistola porque ya había disparado contra nosotros. Hubiéramos podido entrar en la casa y cargárnoslo sin más problemas. Pero Frankie entró antes que yo y logró convencer al chico para que se rindiera. Allí dentro sólo estábamos Frankie, el chico y yo. Nadie se habría enterado de lo ocurrido. Pero Frankie no tenía esa mentalidad. Le dijo al chico que sabía que no había matado aposta a la ancianita del Jaguar, que aún tenía la oportunidad de salvarse. Aunque quince minutos antes el chico había tratado de matar a Frankie, éste estaba intentando salvarle la vida.

Bosch se detuvo un instante, recordando aquellos momentos dentro de la casa abandonada.

—Por fin el chico salió de un armario, con las manos en alto, sosteniendo todavía la pistola. Habría sido muy fácil… Pero la situación estaba en manos de Frankie, que casi había muerto de un balazo. Total, que Frankie se acercó al chico, le quitó la pistola y le puso las esposas. Fin de la historia.

Antes de responder, Entrenkin reflexionó unos instantes sobre lo que Bosch acababa de contarle.

—O sea que lo que pretende decir es que puesto que Frankie no mató a ese chico negro al que pudo haberse cargado sin que nadie le condenara por ello, no es lógico que diez años más tarde tratara de asfixiar a otro negro con una bolsa de plástico.

Bosch sacudió la cabeza y arrugó el ceño.

—No, no pretendo decir eso. Lo que sí digo es que ésa fue una de las ocasiones en que pude ver cómo era Frankie Sheehan. Entonces comprendí de qué pasta estaba hecho. Por eso sé que las acusaciones de Harris son puras patrañas. Frankie jamás habría plantado pruebas contra ese tío, y menos aún habría tratado de asfixiarlo metiéndole una bolsa de plástico en la cabeza.

Bosch esperó a que Entrenkin dijera algo, pero ésta no lo hizo.

—Y no dije que el ladrón de coches fuera negro. Eso no tuvo nada que ver. Es algo que ha añadido usted.

—Creo que es un aspecto que ha obviado adrede. Quizá si ese chico hubiera sido blanco, usted no habría pensado en que podían haberlo matado sin que nadie les condenara por ello.

Bosch se la quedó mirando.

—No estoy de acuerdo.

—En fin, no vale la pena discutir sobre eso. Pero además ha omitido otro aspecto relacionado con el caso.

—¿A qué se refiere?

—Al cabo de unos años, su amigo Sheehan sí utilizó la pistola. Cosió a balazos a un negro llamado Wilbert Dobbs. También recuerdo ese caso.

—Fue una historia distinta y la reacción de Sheehan estuvo justificada. Dobbs era un asesino y disparó contra él. Sheehan fue declarado inocente de los cargos por el departamento, por el fiscal del distrito, por todo el mundo.

—Pero no por un jurado compuesto por sus conciudadanos. Fue uno de los casos de Howard. Puso un pleito a su amigo Sheehan y lo ganó.

—Es lógico. El caso fue juzgado unos meses después del asunto Rodney King. En aquel momento era prácticamente imposible que un policía blanco que había matado a un negro consiguiera un veredicto de inocencia en esta ciudad.

—Cuidado, detective, se está descubriendo demasiado.

—No digo más que la verdad. Usted sabe tan bien como yo que es cierto. Me pregunto por qué la gente recurre al tema del racismo cada vez que la verdad amenaza con levantar ampollas.

—Dejémoslo, detective Bosch. Usted cree en su amigo y yo le respeto por ello. Ya veremos qué ocurre cuando el abogado que herede este caso de Howard lo lleve ante los tribunales.

Bosch asintió, aliviado de que Entrenkin le ofreciera una tregua. La discusión le había hecho sentirse incómodo.

—¿Qué más se reserva? —preguntó Bosch para cambiar de tema.

—Nada más. Me he pasado todo el día en este despacho pero sólo he encontrado un expediente con información comprometida.

Entrenkin soltó una bocanada de aire, como si se sintiera cansada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Bosch.

—Sí. Me ha venido bien estar ocupada. Apenas he tenido tiempo de pensar en lo ocurrido. Esta noche no tendré más remedio que hacerlo.

Bosch asintió.

—¿Se han presentado más periodistas?

—Un par. Les he proporcionado algunos datos y se han ido tan contentos. Todo el mundo cree que este asunto va a revolucionar la ciudad.

—¿Y usted qué opina?

—Yo creo que si lo hizo un policía, las consecuencias son imprevisibles. Y si no lo hizo un policía, algunos no lo creerán. Pero usted eso ya lo sabe.

El detective asintió de nuevo.

—Debo decirle una cosa sobre el plano del juicio.

—¿De qué se trata?

—Pese a lo que me contó hace un momento sobre Frankie Sheehan, Howard estaba empeñado en demostrar que Harris es inocente.

Bosch se encogió de hombros.

—Pensé que ya había sido procesado.

—Fue declarado no culpable. Howard iba a demostrar su inocencia probando quién lo hizo.

Bosch se quedó mirando a Entrenkin, sin saber exactamente por dónde tirar.

—¿El plano del juicio incluye el nombre del culpable?

—No. Ya le he dicho que tan sólo contiene el borrador de su exposición inicial. Pero está ahí. Howard iba a decirle al jurado que él mismo les descubriría al asesino. Ésas eran sus palabras:

«Yo mismo les descubriré al asesino». Pero no escribió su nombre. Habría sido una mala táctica inicial, puesto que habría descubierto su juego a la defensa y habría desperdiciado la ocasión de crear posteriormente unos instantes de tensión cuando llegara el momento de revelar la identidad del asesino.

Bosch guardó silencio mientras reflexionaba sobre el asunto. No sabía qué importancia tenía lo que acababa de decirle Entrenkin. Elias era muy dado a montar un show, tanto dentro como fuera de la sala del tribunal. Revelar el nombre de un asesino ante el tribunal era bastante insólito, más propio de Perry Mason.

—Lo lamento, quizá no debí decírselo —dijo Entrenkin.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Porque si otros averiguan que ésa era la estrategia que iba a emplear Elias, podrían interpretarlo como un motivo.

—O sea que el asesino de esa chica decidió matar a Elias.

—Es una posibilidad.

Bosch asintió.

—¿Ha leído las declaraciones de los testigos? —preguntó.

—No he tenido tiempo. Le entregaré todas las declaraciones porque de todos modos la defensa (en este caso la oficina del fiscal) habría mandado hacer copias. De modo que no le entrego un material al que usted no habría tenido acceso.

—¿Y el ordenador?

—Lo examiné apresuradamente. Contiene declaraciones y datos pertenecientes al expediente público. Nada confidencial.

—De acuerdo.

Bosch hizo ademán de levantarse. Pensaba en el número de viajes que tendría que hacer para trasladar todas las cajas al coche.

—Ah, otra cosa.

Entrenkin sacó una carpeta de una caja que descansaba en el suelo y la abrió sobre el escritorio. Bosch vio que contenía dos sobres.

—Esto estaba en el expediente del caso Harris. No sé lo que significa —dijo Entrenkin.

Los dos sobres iban dirigidos a Elias, a su despacho. No llevaban remite. Habían sido echados al correo en Hollywood, uno hacía cinco semanas y el otro tres.

—Cada uno contiene una sola hoja con una línea impresa. No tiene sentido.

Entrenkin empezó a abrir uno de los sobres.

—Esto… —dijo Bosch.

Entrenkin se detuvo, sosteniendo el sobre en la mano.

—¿Qué ocurre?

—No sé. Pensaba en las huellas dactilares.

—Ya me he ocupado de eso. Lo siento —respondió Entrenkin.

—De acuerdo, ábralo.

Entrenkin abrió el sobre, desdobló la hoja sobre el escritorio y la giró para que Bosch pudiera leer la línea impresa que aparecía en la parte superior:

pon el punto sobre la i humbert humbert

—Humbert humbert… —dijo Bosch.

—Es el nombre de un personaje de la literatura, o lo que algunos consideran literatura —aclaró Entrenkin—. *Lolita*, de Nabokov.

—Así es.

Bosch vio una anotación a lápiz en la parte inferior de la hoja:

#2 - 3/12

—Seguramente lo anotó Howard —comentó Entrenkin—. O un empleado de su oficina.

Abrió el segundo sobre, el que habían enviado con posterioridad al otro, y desdobló la hoja. Bosch se inclinó para examinarla.

las matrículas demuestran su inosencia

—Parece escrito por la misma persona —dijo Entrenkin—. Fíjese que la palabra «inocencia» está mal escrita.

—En efecto.

En la parte inferior de la hoja aparecía también una nota escrita a lápiz:

#3 - 4/5

Bosch se colocó el maletín sobre las rodillas y lo abrió. Seguidamente sacó el sobre con la carta que llevaba Elias en el bolsillo interior de la chaqueta cuando lo asesinaron.

—Elias llevaba esta carta cuando… cuando subió al funicular de Angels Flight. Olvidé que los policías que examinaron la escena del crimen me la habían entregado. Prefiero abrirla aquí, en su presencia. Lleva también el matasellos de Hollywood. Fue echada al correo el miércoles. Quiero conservarla para que analicen las huellas.

Bosch extrajo unos guantes de un estuche de cartón que llevaba en el maletín y se los puso. Luego sacó la carta del sobre. Se trataba de una hoja semejante a las otras dos, con una sola línea impresa:

Él sabe que tú lo sabes

Al observar la hoja, Bosch sintió que se le aceleraba el pulso y que un torrente de adrenalina fluía por sus venas.

—¿Qué significa esto, detective Bosch?

—No lo sé. Pero lamento no haber abierto el sobre antes.

En la parte inferior de la tercera hoja no aparecía ninguna anotación a lápiz. Quizás Elias no había tenido tiempo de hacerla.

—Creo que nos falta una —dijo Bosch—. Esas hojas están señaladas con los números dos y tres, y ésta llegó después…, ésta sería la cuarta.

—Lo sé. Pero no he encontrado nada que pueda clasificarse como la número uno, al menos en los archivos. Quizás Elias no pensó que fuera importante hasta que llegó la segunda nota, y la arrojó a la papelera.

—Es posible.

Bosch pensó unos instantes en las cartas. Se dejaba guiar sobre todo por su intuición, pero seguía sintiendo el torrente de adrenalina en su sangre. Había hallado el factor en el que centrarse. Esto le satisfizo pero al mismo tiempo se sintió como un idiota por haber guardado una pieza clave del caso en su maletín durante unas doce horas.

—¿Le comentó Howard algo sobre este caso? —preguntó Bosch.

—No, nunca hablábamos de nuestros respectivos trabajos —contestó Entrenkin—. Por norma. Sabíamos que lo que hacíamos era… algo que nadie comprendería…, la inspectora general con uno de los más encarnizados críticos del departamento.

—Sin olvidar que estaba casado.

La expresión del rostro de Entrenkin se endureció.

—¿Qué le ocurre, detective? Hace unos minutos hablábamos cordialmente y habíamos empezado a hacer progresos en el caso, y de pronto se pone en este plan.

—Guárdese el discursito de sabíamos-que-lo-que-hacíamos-estaba-mal para otra persona. Me cuesta creer que usted y Elias no hablaran del Departamento de Policía de Los Angeles cuando estaban a solas en su apartamento.

Entrenkin lo fulminó con la mirada.

—Me importa un pimiento lo que crea o deje de creer, detective.

—Oiga, hicimos un trato. No se lo contaré a nadie. Si yo le causo problemas, usted me los causará a mí. ¿Sabe lo que dirían mis compañeros si les contara lo de usted y Elias? Que estoy loco por no tratarla como a una sospechosa. Eso es lo que debería hacer, pero no lo hago. Me dejo guiar por mi intuición, lo cual es muy arriesgado. De modo que permita que lo compense buscando algún detalle o elemento que pueda ayudarme en la investigación.

Entrenkin guardó un momento de silencio antes de responder.

—Le agradezco ese gesto, detective. Pero no le miento. Howard y yo nunca comentábamos con detalle sus casos ni mi trabajo en el departamento. Jamás. Lo único que recuerdo que me dijo sobre el caso Harris es tan vago que ni siquiera sé cómo interpretarlo. Pero si se empeña usted se lo contaré. Howard me dijo que me preparara porque este caso iba a suponer un duro golpe para el departamento y para varios peces gordos de la ciudad. No le pregunté a qué se refería.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El martes por la noche.

—Gracias, inspectora.

Bosch se levantó y dio unas vueltas por la habitación. Se detuvo ante la ventana y contempló a Anthony Quinn en sombras. Consultó su reloj y vio que eran casi las seis. Había quedado en reunirse a las siete con Edgar y Rider en la comisaría de Hollywood.

—Usted sabe lo que eso significa, ¿no? —preguntó a Entrenkin sin volverse.

—¿Qué significa?

Bosch se volvió hacia ella.

—Que si Elias había averiguado la identidad del asesino, el auténtico asesino, e iba a revelarla, no fue un policía quien lo mató.

—Contempla el caso bajo un solo prisma —dijo Entrenkin tras reflexionar unos instantes.

—¿Cuál es el otro?

—Decir que iba a presentarse ante el tribunal y sacarse al asesino del sombrero. De forma concluyente. Eso desmentiría las pruebas de la policía, ¿no? Al demostrar que Harris era inocente, al mismo tiempo demostraría que los policías le habían preparado una encerrona. Si el auténtico asesino sabía que Howard había descubierto su identidad, habría tratado de matarlo. Pero si un policía sabía que Howard iba a demostrar que ese policía había preparado una encerrona a Harris, también era posible que fuera también a por él.

Bosch meneó la cabeza.

—Usted siempre sospecha de los policías. Quizás alguien le había tendido la trampa antes de que los polis entraran en escena.

Bosch meneó de nuevo la cabeza, con más fuerza, como si quisiera desterrar un pensamiento que le agobiaba.

—No sé lo que digo. No hubo tal encerrona. Es una conjetura disparatada.

Entrenkin lo observó unos instantes.

—Lo que usted diga, detective. Pero no se queje de que no le avisé. —Bosch no hizo caso del comentario. Miró las cajas que había en el suelo. Por primera vez observó una carretilla de dos ruedas apoyada en la pared, cerca de la puerta. Entrenkin se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—Llamé al agente de seguridad para decirle que teníamos que trasladar unas cajas —dijo—. Las subió él.

Bosch se acercó a la carretilla. De pronto se acordó de algo y se volvió hacia Entrenkin.

—¿Y la carpeta que estábamos revisando esta mañana cuando apareció usted? La de la fotografía.

—Nada, está en esa caja.

—Quiero decir… esto…, ¿qué opina usted?

—No sé qué pensar. Si lo que me pregunta es si creo que Howard Elias estaba liado con esa mujer, la respuesta es no.

—Cuando hoy hemos entrevistado a su esposa, le hemos preguntado si creía posible que Howard tuviera una historia con otra mujer, y ha dicho que no, que era imposible.

—Ya sé adónde quiere ir a parar, detective. Pero sigo pensando que es imposible. Howard era un hombre muy conocido en esta ciudad. En primer lugar, no necesitaba pagar para tener sexo con una mujer. Y en segundo, era lo suficientemente inteligente para saber que si esa gente lo reconocía, estaba expuesto a que lo chantajearan.

—¿Qué hacía entonces esa carpeta en su escritorio?

—Ya le he dicho que no lo sé. Supongo que formaba parte de un caso, pero no sé cuál. He examinado todos los expedientes que hay en su despacho y no he encontrado ninguno relacionado con eso.

Bosch asintió distraídamente. Estaba pensando en las cartas misteriosas, sobre todo en la última. Su intuición le decía que era una advertencia dirigida a Elias. Alguien había descubierto que el abogado poseía una información peligrosa. Bosch estaba cada vez más convencido de que la investigación, la auténtica investigación, partiría de esa nota.

—¿Le importa que encienda la televisión? —preguntó Entrenkin—. Quiero ver las noticias de las seis.

La pregunta de la inspectora arrancó a Bosch de sus reflexiones.

—A mí no me molesta —se apresuró a responder—. Enciéndala si quiere.

Entrenkin se dirigió hacia un armario de roble adosado a la pared, frente al escritorio, y abrió la puerta. En el interior había dos estantes, cada uno de ellos con un televisor. Por lo visto a Elias le gustaba mirar más de una cadena a la vez. De este modo, según dedujo Bosch, podía contemplar todas sus apariciones en los informativos.

Entrenkin pulsó el botón de encendido de los dos televisores. Cuando apareció la imagen en la pantalla superior, Bosch vio a un reportero en una zona donde había varios clubes de *strip-tease*. Tres o cuatro locales estaban en llamas. Detrás del reportero, a pocos metros de él, los bomberos trabajaban denodadamente para contener el fuego, pero todo indicaba que no lograrían salvar los edificios, que parecían a punto de derrumbarse.

—Ya ha empezado —comentó Bosch.

—Otra vez no —dijo Entrenkin, horrorizada.

18

Bosch sintonizó la emisora KFWB en la radio del coche mientras se dirigía hacia Hollywood. Las noticias eran menos sensacionalistas que el informativo de las seis que emitía la televisión, porque en las noticias de la radio sólo había palabras, sin imágenes.

La noticia del día era que se había declarado un incendio en una zona comercial en Normandie, a pocas manzanas del cruce de Florence, que había sido el punto neurálgico de las manifestaciones de 1992. En aquel momento era el único incendio declarado en el sur de Los Angeles, y aún no se había confirmado que hubiera sido provocado como protesta por el asesinato de Howard Elias. Pero todos los canales de noticias que Bosch y Entrenkin habían sintonizado en la oficina transmitían reportajes en directo desde el lugar de los incendios.

Las llamas llenaban las pantallas de los televisores y el mensaje era bien claro: Los Angeles ardía de nuevo.

—¡Puta televisión! —exclamó Bosch—. Disculpe el lenguaje.

—¿Qué tiene contra la televisión? —le preguntó Carla Entrenkin.

La inspectora había convencido a Bosch de que le permitiera estar presente cuando entrevistara a Harris. Bosch no había puesto muchas objeciones. Imaginaba que su presencia tranquilizaría a Harris, en el caso de que éste supiera el cargo que ella ocupaba. Bosch consideraba muy importante que Harris estuviera dispuesto a hablar con ellos. Quizá fuera la única persona a quien Howard Elias había confiado la identidad del asesino de Stacey Kincaid.

—Una reacción desorbitada, como de costumbre —respondió Bosch—. Se produce un incendio, y todos acuden a filmar las llamas. ¿Sabe qué consiguen con esto? Es como si arrojaran gasolina sobre el fuego para que se propague. Cuando la gente vea las imágenes en sus televisores se lanzará a la calle para presenciar lo que ocurre. Se formarán grupos, se dirán cosas que no deberían decirse y la gente no podrá contener su rabia. Una cosa lleva a otra, y dentro de poco nos encontraremos con otro caos originado por los medios de comunicación.

—Yo tengo mejor opinión que usted de los ciudadanos de Los Angeles —le espetó Entrenkin —. Saben que no pueden fiarse de la televisión. El malestar social se produce cuando ciertos grupos marginados se hartan de la situación. No tiene nada que ver con la televisión, sino con el hecho de que la sociedad no resuelve las necesidades básicas de esos grupos.

Bosch observó que Entrenkin había utilizado el término «malestar social» en lugar de disturbios. Se preguntó si era políticamente incorrecto llamar disturbios a los disturbios.

—La palabra clave es «esperanza», detective —continuó Entrenkin—. La mayor parte de la gente que pertenece a las comunidades minoritarias de Los Angeles no tiene poder, ni dinero, ni

voz. Subsisten de la esperanza de conseguir esas cosas. Howard Elias constituía para muchos esa esperanza. Simbolizaba la esperanza de que un día las cosas cambiarían, de que todos serían iguales y ellos dejarían oír su voz, de que un día no tendrían que temer a la policía de su comunidad. Si les arrebatas la esperanza, dejas un vacío que algunos llenan con ira y violencia. Las cosas no se arreglan echándole la culpa a la prensa. El problema es mucho más profundo que eso.

Bosch asintió.

—Lo comprendo —dijo—. O eso es lo que creo. Pero insisto en que la prensa empeora la situación sacando las cosas de quicio.

Entrenkin asintió para demostrar que estaba de acuerdo.

—Alguien llamó una vez a los medios «los mercaderes del caos».

—No le faltó razón.

—Fue Spiro Agnew. Poco antes de dimitir.

Como no sabía qué responder a eso, Bosch decidió cortar la conversación. Sacó su móvil del cargador que descansaba en el suelo, entre los asientos, y telefoneó a su casa. Le respondió el contestador automático, y Bosch dejó un mensaje pidiendo a Eleanor que lo llamara, procurando disimular su mal humor. Luego llamó a información y obtuvo de nuevo el número de la sala de póquer de Hollywood Park. Llamó allí y pidió que le pasaran a Jardine, el guardia de seguridad, y unos instantes después se puso al teléfono.

—Habla Jardine.

—Hola, le habla el detective Bosch. Anoche llamé y…

—Esa señora no ha aparecido por aquí, colega. Al menos mientras yo…

—Ahórrese las explicaciones…, colega —le cortó—. Ella me dijo que ustedes se conocen del Flamingo. Me parece maravilloso que le quiera hacer un favor, pero sé que esa señora está ahí en estos momentos y quiero que le transmita un mensaje. Dígale que me llame a mi móvil en cuanto pueda. Dígale que es urgente. ¿Lo ha captado, señor Jardine?

Bosch recalcó la palabra «señor» para que Jardine comprendiera que no era conveniente bromear con el Departamento de Policía de Los Angeles.

—Se lo diré —contestó Jardine.

—Bien.

Bosch colgó.

—¿Sabe lo que recuerdo con más claridad de las manifestaciones del noventa y dos? —preguntó Entrenkin—. Una imagen publicada en el Times. El pie de foto decía algo así como «Padre e hijo dedicados al pillaje». La fotografía mostraba a un hombre y a su hijo de cuatro o cinco años, tomados de la mano y saliendo por la puerta destrozada de un Kmart. ¿Y sabe lo que habían robado?

—No.

—Pues habían robado uno de esos *Thigh-Master*, esos ridículos artilugios para hacer ejercicio que vendía por la tele un artista de los ochenta.

Bosch meneó la cabeza ante lo absurdo de la imagen que Entrenkin acababa de describir.

—Lo vieron por televisión y creyeron que era valioso —observó el detective—. Igual que Howard Elias.

La inspectora no replicó y Bosch se dio cuenta de que había metido la pata, aunque pensara que su comentario había sido acertado.

—Lo siento…

Ambos guardaron silencio.

—¿Sabe qué imagen me impactó más de los disturbios del noventa y dos? —dijo Bosch finalmente.

—No.

—Me habían asignado a Hollywood Boulevard. Teníamos orden de no intervenir, a menos que viéramos a alguien en peligro. Eso significaba básicamente que si los saqueadores se comportaban de forma ordenada no debíamos detenerlos. Bueno, el caso es que yo estaba en el bulevar. Y recuerdo que presencié muchas cosas extrañas. Vi a los miembros de la iglesia de la Cienciología rodeando sus edificios, hombro con hombro y portando escobas, dispuestos a enfrentarse a quien fuera. Y vi al tío que regentaba la tienda de objetos excedentes del Ejército, cerca de Highland, vestido con uniforme de combate y un rifle al hombro. Marchaba de un lado a otro, frente a su tienda, como si se hallara a las puertas de Benning… La gente se vuelve loca, los buenos y los malos. Pero la imagen que se me ha quedado grabada del noventa y dos es la de Frederick's of Hollywood.

—¿La tienda de ropa interior?

Bosch asintió.

—Al llegar allí vi que el lugar estaba atestado de gente de todas las razas y edades. Habían perdido el control. Tardaron quince minutos en limpiar la tienda. Cuando terminaron, entré y vi que no quedaba nada. Incluso se habían llevado los maniquíes. Sólo quedaban los colgadores tirados por el suelo y las estanterías metálicas… Lo curioso del caso es que era ropa interior. Cuatro policías son absueltos tras haber apaleado a Rodney King, como se vio en el vídeo que pasaron por la tele, y la gente reacciona perdiendo la chaveta y robando ropa. Era una escena tan surrealista que eso es lo que recuerdo cuando la gente saca a colación el tema de los disturbios. Recuerdo haberme paseado por aquella tienda vacía… Lo de menos es lo que se llevaron. Actuaron movidos por la rabia. Es como lo del *Thigh-Master*. A aquel padre y a su hijo no les importaba lo que se llevaran. Lo importante era llevarse algo, manifestar su protesta. Esos objetos no les servían de nada, pero al llevárselos demostraban que eran Hombres. Ésa fue la lección que el padre enseñó a su hijo.

—Pero no tiene sentido…

De pronto sonó el móvil de Bosch.

—¿Estás ganando? —preguntó él con tono alegre.

Inmediatamente se dio cuenta de que había empleado ese tono para que Entrenkin no sospechara que tenía problemas en su matrimonio.

Bosch se sintió avergonzado y enseguida lamentó haber permitido que lo que pudiera pensar o interpretar Entrenkin incidiera de algún modo en su relación con Eleanor.

—Aún no. Acabo de llegar.

—Quiero que te vayas a casa, Eleanor.

—Harry, ahora no quiero hablar de esto. Yo…

—No me refiero a lo que piensas. Creo que la ciudad… ¿Has visto las noticias por televisión?

—No. Estaba aquí.

—Las cosas tienen mal aspecto. Los medios de comunicación han prendido la mecha. Y si ocurre algo grave y la situación se desmadra, no quiero que te pille allí.

Bosch miró a Entrenkin por el rabillo del ojo. Sabía que estaba dando el espectáculo delante de ella.

Hollywood Park estaba en Inglewood, una comunidad mayoritariamente negra. Quería que Eleanor regresara a la casa en las colinas, donde estaría a salvo.

—No exageres, Harry. No me pasará nada.

—No merece la pena correr el riesgo de…

—Tengo que colgar, Harry. Me están esperando. Te llamaré más tarde.

Eleanor colgó el teléfono y Bosch se despidió de un interlocutor inexistente. Dejó caer el móvil en su regazo.

—Si quiere conocer mi opinión —dijo Entrenkin—, creo que exagera.

—Eso es lo que ha dicho ella.

—Hay tantos negros como blancos, quizá más de los que imaginamos, que no quieren que se repita aquello. Confíe en ellos, detective.

—Supongo que no tengo más remedio.

Cuando Bosch y Entrenkin llegaron a la comisaría de Hollywood descubrieron que estaba desierta. En el aparcamiento no había ningún coche patrulla, y al entrar por la puerta trasera comprobaron que el vestíbulo posterior, por lo general abarrotado, se hallaba vacío. Bosch asomó la cabeza por la puerta abierta del despacho de los policías de guardia y vio a un sargento sentado ante su mesa. El televisor adosado a la pared estaba encendido. En la pantalla no aparecían llamas, sino un locutor de los informativos sentado en el estudio. El gráfico que colgaba sobre su hombro mostraba una fotografía de Howard Elias. El volumen estaba tan bajo que Bosch no pudo oír lo que decía el locutor.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Bosch al sargento.

—Tranquilas. De momento.

Bosch golpeó dos veces la puerta, como si tocara madera, y se dirigió por el pasillo hacia el despacho de los detectives, seguido por Entrenkin. Rider y Edgar habían sacado el televisor del despacho del teniente y estaban viendo las noticias. Al descubrir a Bosch y a Entrenkin se quedaron sorprendidos.

Bosch presentó a Entrenkin a Edgar, que no había estado aquella mañana en el despacho de Elias. Luego preguntó si se había producido alguna novedad.

—La ciudad está aguantando —respondió Edgar—. Ha habido un par de incendios, eso es todo. Entretanto han convertido a Elias en san Howard. Nadie dice que era un cabrón y un oportunista.

Bosch miró a Entrenkin, pero ésta permaneció impasible.

—Apaga la tele —dijo Bosch—. Tenemos que hablar.

Bosch informó a sus compañeros de los últimos avances en la investigación y les mostró las tres notas anónimas que había recibido Elias. Les aclaró la presencia de Entrenkin y dijo que

quería conseguir la cooperación de Harris y al mismo tiempo eliminarlo como posible sospechoso de los asesinatos.

—¿Sabemos dónde está Harris? —preguntó Edgar—. Yo no le he visto aparecer en televisión. Quizá ni siquiera conociera a Elias.

—Ya lo averiguaremos. En los archivos de Elias encontramos su dirección actual y su número de teléfono. Parece ser que Elias se encargó de buscarle alojamiento, para evitar que se metiera en problemas antes del juicio. Está cerca de aquí, suponiendo que se encuentre en casa.

Bosch sacó su agenda y buscó el número de teléfono. Luego llamó desde su mesa. Un hombre atendió la llamada.

—¿Puedo hablar con Harry? —le preguntó Bosch con tono amable.

—Aquí no hay ningún Harry. —El hombre colgó.

—Ya sabemos que hay alguien en casa —dijo Bosch a los otros. Andando.

Subieron todos a un coche. A la sazón Harris vivía en un apartamento en Beverly Boulevard, cerca del complejo de la CBS. Elias le había alojado en un apartamento que sin ser lujoso sí era amplio y confortable.

Y Beverly quedaba a muy poca distancia del centro.

Había una puerta de seguridad, pero el nombre de Harris no figuraba en la lista de ocupantes junto al interfono. Bosch tenía el número del apartamento, pero eso no significaba nada. Por razones de seguridad, los códigos que seguían a los nombres de los ocupantes no se correspondían con los números de los apartamentos. Bosch pulsó el número del conserje del edificio, pero nadie respondió.

—Mira —dijo Rider, señalando un código que correspondía a un tal E. Howard.

Bosch se encogió de hombros para indicar que merecía la pena intentarlo y pulsó el número. Respondió una voz masculina, que a Bosch le pareció la misma que había atendido a su llamada desde la comisaría.

—¿Michael Harris?

—¿Quién es?

—Departamento de Policía de Los Angeles. Queremos hacerle unas preguntas. Yo…

—¡Y una mierda! No diré ni una palabra si no está presente mi abogado. —Harris colgó.

Bosch volvió a llamarle.

—¿Qué coño quiere?

—Por si no estuviera enterado, su abogado ha muerto. Por eso estamos aquí. Escuche y no cuelgue. La inspectora general Carla Entrenkin ha venido conmigo. ¿Sabe quién es? Ella se asegurará de que le tratamos bien. Sólo queremos…

—¿La tía que vigila para que los polis no se pasen de la raya?

—Sí. Espere un momento.

Bosch se apartó un poco y pasó el teléfono a Entrenkin.

—Dígale que no tiene nada que temer.

Entrenkin tomó el auricular y dirigió a Bosch una mirada. Ya sabía por qué él le había permitido acompañarlo.

—Michael, soy Carla Entrenkin —dijo sin apartar la vista de Bosch—. No se preocupe. Nadie va a hacerle ningún daño. Tenemos que interrogarle sobre Howard Elias. Eso es todo.

Si Harris respondió algo, Bosch no alcanzó a oírlo. Sonó el dispositivo de la cerradura y Edgar abrió la puerta. Entrenkin colgó el teléfono y entró seguida de los detectives.

—Ese tipo es un sinvergüenza —comentó Edgar—. No sé por qué lo tratamos como si fuera un santo.

Entrenkin se volvió hacia Edgar.

—Por supuesto que lo sabe, detective Edgar —le espetó.

Edgar guardó silencio, cohibido por el tono de la inspectora.

Harris abrió la puerta de su apartamento situado en la cuarta planta del edificio. En la mano empuñaba una pistola, aunque no les apuntó con ella.

—Ésta es mi casa —dijo—. No pretendo amenazar a nadie, pero necesito esta pistola para protegerme y sentirme seguro. O acceden o no les dejo pasar, ¿vale?

Bosch se volvió hacia los otros, pero éstos le miraron impasibles. Bosch hizo un esfuerzo por controlarse. Pese a lo que Entrenkin le había explicado hacía un rato, estaba convencido de que Harris era el asesino de la niña. No obstante, sabía que en aquel momento lo importante era la investigación. Tenía que dejar a un lado la antipatía que le inspiraba aquel hombre y sonsacarle la mayor información posible.

—De acuerdo —dijo—. Pero no se le ocurra apuntarnos con ese arma, o tendrá problemas serios. ¿Entendido?

—Entendido.

Harris se apartó a un lado y les invitó a pasar, señalando la sala de estar con la pistola.

—Recuerde, no levante el arma —le repitió Bosch con cara de pocos amigos.

Harris bajó la pistola y todos entraron. Era un apartamento con muebles de alquiler: un mullido sofá y unos sillones a juego tapizados en azul celeste, unas mesas y estanterías de madera contrachapada. De las paredes colgaban unos grabados de lo más bucólico. Un mueble con un televisor. Estaban dando las noticias.

—Siéntense, hagan el favor.

Harris se hundió en uno de los sillones; el respaldo sobresalía sobre su cabeza como si estuviera sentado en un trono. Bosch apagó la televisión, presentó a sus compañeros y sacó la placa.

—Es lógico que el jefe sea un blanco —observó Harris.

Bosch pasó por alto el comentario.

—¿Sabía usted que Howard Elias fue asesinado anoche? —le preguntó.

—Claro. Me he pasado todo el día sentado aquí, mirando la tele.

—¿Por qué dijo que se negaba a hablar con nosotros a menos que estuviera presente su abogado, si sabía que había muerto?

—Tengo más de un abogado, espabilado. Tengo un abogado criminalista y un abogado de representación. Me sobran los abogados. Contrataré a otro para que sustituya a Howie. Lo necesitaré, sobre todo cuando empiece el espectáculo en South Central. Yo tendré mis propios disturbios como Rodney. Me pondrán a la cabeza de la lista.

A Bosch le costaba seguir a Harris y dedujo que éste había pillado un buen viaje a expensas de la comunidad.

—Hablemos sobre su ex abogado, Howard Elias. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anoche, pero eso usted ya lo sabe, ¿verdad, jefe?

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que salimos por la puta puerta. ¿Me estás acosando, tío?

—¿Cómo dice?

—¿Me está interrogando?

—Trato de averiguar quién mató a Elias.

—Lo mataron ustedes. Los polis.

—Es una posibilidad. Eso es lo que queremos averiguar.

Harris soltó una carcajada, como si lo que acababa de decir Bosch fuera lo más absurdo que había oído en su vida.

—Ya sabe aquello de la viga y la paja.

—Esto, bueno, ya veremos. ¿Cuándo se separaron usted y Howard Elias?

—Cuando él se fue a su apartamento y yo volví a casa.

—¿A qué hora?

—¡Yo qué sé! Hacia las once o las once menos cuarto. No llevo reloj. Cuando quiero enterarme de la hora se lo pregunto a alguien. En los informativos dijeron que le metieron una bala en el culo a las once, de modo que nosotros nos despedimos hacia las once menos cuarto.

—¿Le dijo Elias si había recibido amenazas? ¿Temía que alguien le hiciera daño?

—Él no le temía a nada, pero sabía que era hombre muerto.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a ustedes. Howie sabía que algún día se lo cargaría un poli. Y así ha sido. Y el día menos pensado vendrán también por mí. Por eso en cuanto reciba la pasta me largo. Que les den por el culo a todos los polis. Y esto es todo lo que voy a decir, jefe.

—¿Por qué me llama así?

—Porque eso es lo que eres, ¿no? Eres un jefe.

La sonrisa de Harris era un reto. Tras mirarle unos momentos a los ojos, Bosch se volvió hacia Entrenkin y le indicó que siguiera ella.

—¿Sabe usted quién soy, Michael?

—Claro, la he visto en la tele. Como al señor Elias. La conozco.

—Entonces sabe que no soy policía. Mi tarea consiste en velar por el cumplimiento del deber por parte de los policías, porque sean honrados.

Harris soltó una risotada despectiva.

—Pues creo que va a estar usted muy ocupada, señora.

—Ya lo sé, Michael. Pero he venido aquí para decirle que creo que estos tres detectives quieren cumplir con su deber. Quieren dar con la persona que mató a Howard Elias, tanto si se trata de un policía como si no. Y yo deseo ayudarles. Usted también debería ayudarles. Se lo debe a Howard. Así que le ruego que responda a algunas preguntas.

Harris echó un vistazo a su alrededor y miró la pistola que tenía en la mano. Era una Smith & Wesson de nueve milímetros con un acabado satinado.

Bosch se preguntó si Harris la habría esgrimido ante ellos de haber sabido que el arma con que se había cometido el crimen era también del nueve. Harris metió la pistola entre el cojín del asiento y el brazo del sillón.

—Vale. Pero no quiero que las preguntas me las haga el jefe. No quiero hablar con polis blancos. Hágamelas usted.

Entrenkin miró a Bosch y luego a Harris.

—Michael, quiero que las preguntas se las hagan los detectives. Tienen más práctica que yo. Y creo que usted debe responderlas.

Harris mostró su disconformidad meneando la cabeza.

—No lo entiende, señora —añadió—. ¿Por qué habría yo de ayudar a esos hijos de puta? Estos tíos me torturaron simplemente porque les salió de los cojones. He perdido el cuarenta por ciento de audición gracias al Departamento de Policía de Los Angeles. No pienso cooperar con ellos. Si quiere hacerme alguna pregunta, hágamela usted.

—De acuerdo, Michael —contestó Entrenkin—. Háblame de anoche. ¿Qué hicieron Howard y usted?

—Repasamos mi testimonio. Supongo que sabrá que los polis lo llaman «testimentira», porque ellos nunca dicen la verdad cuando se trata de defender a un hermano. Y yo lo llamo «testimoney» porque el Departamento de Policía de Los Angeles me va a pagar un pastón por la encerrona en la que me metieron y por joderme.

Bosch intervino en el interrogatorio fingiendo no haberse enterado de que Harris se negaba a responder a sus preguntas.

—¿Le dijo eso Howard?

—Así es, jefe.

—¿Dijo Howard que podía demostrar que había sido una encerrona?

—Pues claro, porque él sabía quién había asesinado a esa chica blanca y luego había arrojado su cadáver en un solar cerca de mi casa. No fui yo. Howard iba a presentarse el lunes ante el tribunal para exonerarme y obligarles a soltarme la pasta.

Bosch aguardó unos instantes. La siguiente pregunta era crucial.

—¿Quién fue?

—¿A qué se refiere?

—¿Quién asesinó a la niña? ¿Se lo dijo Howard?

—No. Dijo que yo no tenía por qué saberlo. Que era peligroso que lo supiera. Pero seguro que el nombre del asesino está en sus archivos. Esta vez no se escapará.

Bosch miró a Entrenkin.

—Me he pasado el día revisando esos archivos, Michael. Sí, existen indicios de que Howard sabía quién mató a Stacey Kincaid, pero el nombre del asesino no figura en ninguna parte. ¿Está seguro de que Howard no le dio ningún nombre ni ninguna indicación de quién era esa persona?

Harris se quedó desconcertado. De golpe comprendió que si Elias había muerto sin revelar a nadie el nombre del asesino, su caso se ponía feo.

Siempre llevaría el estigma de ser un asesino que se había librado de ser condenado porque un hábil abogado había sabido manipular al jurado.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Bosch se sentó en la esquina de la mesa de café para estar cerca de Harris.

—Piense —dijo—. Usted pasó muchos ratos con él. ¿Quién puede ser esa persona?

—No lo sé —respondió Harris, poniéndose a la defensiva—. ¿Por qué no se lo pregunta a Pelfry?

—¿Quién es Pelfry?

—Su investigador.

—¿Sabe su nombre completo?

—Creo que se llama Jenks o algo parecido.

—¿Jenks?

—Así le llamaba Howard.

Bosch notó que alguien le tocaba en el hombro. Al volverse, Entrenkin le dirigió una mirada indicándole que ella sabía quién era Pelfry. Bosch se levantó y miró a Harris.

—¿Regresó aquí anoche después de separarse de Elias?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Le acompañaba alguien? ¿Llamó usted a alguien?

—¿A qué viene esto? Me estás acosando de nuevo, tío.

—Tranquilo, es mera rutina. Siempre preguntamos a la gente dónde estuvo. ¿Dónde estuvo usted?

—Aquí. Estaba rendido. Vine a casa y me acosté. No me acompañaba nadie.

—De acuerdo. ¿Me permite examinar un momento su pistola?

—¡Ya sabía yo que esto era una encerrona! ¡Malditos polis!

Harris sacó la pistola del lugar donde la había metido y se la entregó a Bosch. Bosch no apartó los ojos de Harris hasta que tuvo la pistola en sus manos. Entonces la examinó y olió el cañón. No olía a grasa ni a pólvora quemada. Sacó el cargador y extrajo la primera bala. Era un proyectil Federal, con un revestimiento enteramente metálico. Una marca de municiones muy conocida. La misma que habían utilizado en los asesinatos de Angels Flight. Bosch miró de nuevo a Harris.

—Tiene antecedentes penales, señor Harris. ¿No sabe que no puede llevar armas?

—Pero puedo tenerla en mi casa. Necesito protegerme.

—No puede llevar armas en ningún sitio. Esto podría costarle otra temporadita en la cárcel. Harris le sonrió.

Bosch observó que uno de sus incisivos era de oro con una estrellita grabada en la parte delantera.

—Ande, deténgame.

Harris alzó los brazos para que Bosch le esposara.

—Deténgame y observe cómo arde esta jodida ciudad.

—No. En realidad estaba pensando en darle una oportunidad para agradecerle su colaboración. Pero tengo que requisar su pistola. Si se la dejara cometería un delito.

—Haga lo que le dé la gana, jefe. Siempre puedo sacar lo que necesito de mi coche. ¿Capta?

Harris pronunciaba la palabra «jefe» como algunos dicen «negrata».

—Sí.

Aguardaron en silencio a que llegara el ascensor. Cuando empezaron a descender, Entrenkin preguntó:

—¿Es el mismo tipo de pistola?

—Sí. Y el proyectil también. Haremos que la analicen en el laboratorio, pero dudo de que Harris la conservara si hubiera matado a Elias con ella. No es tan idiota.

—¿Y su coche? Dijo que podía sacar lo que quisiera del coche.

—No se refería a un automóvil. Se refería a su pandilla. A su gente. Juntos constituyen un «coche», todos se dirigen al mismo lugar. Es una palabra de argot que procede de la cárcel del condado. Ocho presos en una celda. Ellos las llaman coches. ¿Qué me dice de Pelfry? ¿Lo conoce?

—Jenkins Pelfry. Es un investigador privado, independiente. Creo que tiene su oficina en el Union Law Center. Le contratan muchos abogados especializados en casos de derechos civiles. Howard lo había contratado para que le ayudara con este caso.

—Entonces hay que hablar con él. Muchas gracias por informarnos.

El tono de Bosch denotaba que estaba enojado. Miró su reloj. Era demasiado tarde para tratar de localizar a Pelfry.

—Consta en los expedientes que le entregué —replicó Entrenkin—. No me preguntó nada al respecto. ¿Cómo quiere que adivine que debía decírselo?

—Tiene razón. No podía adivinarlo.

—Si quiere, puedo llamar a…

—No, ya nos ocuparemos nosotros. Gracias por echarnos una mano con Harris. Probablemente no habríamos entrado en su apartamento si usted no nos hubiera acompañado.

—¿Cree que tuvo algo que ver con los asesinatos?

—Aún no creo nada.

—Dudo mucho de que esté implicado.

Bosch miró a Entrenkin, confiando en que sus ojos le transmitieran que se estaba adentrando en un terreno que no conocía ni tenía por qué meterse en él.

—La acercaremos en el coche —dijo Bosch—. ¿Ha dejado el suyo en el Bradbury?

Entrenkin asintió.

—Quiero que me mantenga informada sobre el caso y cualquier novedad importante, detective Bosch —dijo mientras atravesaban el vestíbulo hacia la puerta de entrada.

—De acuerdo. Mañana por la mañana hablaré con Irving y le preguntaré cómo quiere que hagamos esto. Quizá prefiera informarla él mismo.

—No quiero una versión manipulada. Quiero que me informe usted directamente.

—¿Manipulada? Le agradezco que me considere incapaz de manipular una información, inspectora.

—Quizá no me haya expresado bien. Lo que quiero decir es que deseo que me informe usted antes de que la información haya sido procesada por los peces gordos del departamento.

Bosch abrió la puerta y la sostuvo para dejarla pasar.

—Lo tendré presente.

19

Kiz Rider buscó el número de teléfono de la página *web* del Ama Regina en el directorio contenido en un CD-ROM en el ordenador de la sala de patrulla. El teléfono estaba asignado a una dirección en North Kings Road, West Hollywood. Eso no significaba que fueran a encontrar a la mujer en esa dirección, pues la mayoría de prostitutas, masajistas que trabajaban de noche y otras mujeres con exóticas profesiones utilizaban un sofisticado sistema de contacto para impedir que la ley les echara el guante.

Bosch, Rider y Edgar aparcaron el coche en el cruce de Melrose y Kings, y Bosch llamó con su móvil a ese número. Al cabo de cuatro tonos respondió una mujer.

—¿El Ama Regina? —preguntó Bosch, haciéndose pasar por un posible cliente.

—Sí, ¿quién es?

—Me llamo Harry. ¿Está usted disponible esta noche?

—¿Hemos tenido alguna sesión?

—No. He visto su página *web* y he pensado…

—¿Qué ha pensado?

—Me gustaría tener una sesión con usted.

—¿Sabe de qué va el tema?

—No compren…

—¿Qué es lo que le gusta?

—Pues no sé. Quisiera probarlo.

—Supongo que sabe que no hay sexo, ningún contacto físico. Yo estimulo la imaginación de la gente con jueguecitos mentales. Nada ilegal.

—Ya.

—¿Dispone de un número de teléfono seguro al que yo pueda llamarle?

—¿Seguro?

—Que no sea un teléfono público —respondió la mujer bruscamente—. Tiene que ser el número de un titular.

Bosch le dio el número de su móvil.

—Vale. Le llamaré dentro de un minuto.

—De acuerdo.

—Preguntaré por tres-seis-siete. Ése es usted. Usted para mí no es una persona. No tiene un nombre. Es simplemente un número.

—Tres-seis-siete. Entendido.

Bosch cerró el móvil y miró a sus compañeros.

—Dentro de un minuto sabremos si ha funcionado.

—Te felicito, Harry. Has utilizado un tono amable y sumiso —observó Rider.

—Gracias. He hecho lo que he podido.

—Yo creo que has hablado como un poli —terció Edgar.

—Ya veremos qué pasa.

Bosch puso el coche en marcha para hacer algo. Rider bostezó, y él hizo lo propio. Al cabo de unos segundos, Edgar se unió al coro de bostezos.

Sonó el teléfono. Ama Regina preguntó por el número que había asignado a Bosch.

—Puede venir a verme dentro de una hora. Tendrá que hacerme una donación de doscientos dólares por una sesión de una hora. En efectivo y por adelantado. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, Ama Regina.

—Muy bien.

Bosch miró a Rider, que ocupaba el asiento del pasajero, y le guiñó el ojo. Ella sonrió.

Regina dio a Bosch la dirección y número de apartamento. Bosch encendió la luz del interior del coche y examinó las notas de Rider. La dirección que le había facilitado Regina coincidía con la que tenía Rider, pero el número de apartamento era distinto. Bosch aseguró a Regina que acudiría puntualmente y colgó.

—Hemos quedado citados para dentro de una hora. Esa tía utiliza un apartamento distinto dentro del mismo edificio.

—¿Qué vamos a hacer hasta entonces? —preguntó Edgar.

—Quiero ir a casa y dormir un rato.

Bosch enfiló Kings Road y recorrió media manzana hasta que dieron con la dirección. Se trataba de un pequeño bloque de apartamentos de madera y estuco. Como no vio ningún aparcamiento, dejó el coche en una zona roja situada frente a una boca de incendio y se apeó. No le importaba que el apartamento de Regina diera a la fachada y que ésta viera el sedán de la policía aparcado enfrente. No iban a arrestarla. Lo único que querían de ella era información.

Los apartamentos seis y siete, con puertas contiguas, estaban situados en la parte posterior del edificio. Bosch supuso que la mujer que se hacía llamar Ama Regina vivía en un apartamento y trabajaba en el otro. Llamaron a la puerta del apartamento de trabajo pero nadie respondió.

Edgar llamó de nuevo, más fuerte, y propinó un par de patadas a la puerta. Por fin oyeron una voz procedente del interior.

—¿Quién es?

—La policía. Abra la puerta.

Nada.

—Vamos, Regina, queremos hacerle unas preguntas. Eso es todo. Abra la puerta o romperemos la cerradura. ¿Y entonces qué va a hacer?

Era una amenaza absurda. No tenía ningún poder legal para irrumpir en el apartamento si la mujer se negaba a abrir la puerta.

Bosch oyó por fin que descorría unos cerrojos. Cuando se abrió la puerta contempló el airado rostro de la mujer que aparecía en la foto que había hallado en el despacho de Elias.

—¿Qué quiere? Enséñeme alguna identificación.

Bosch le mostró su placa.

—¿Podemos pasar?

—¿Son del Departamento de Policía de Los Angeles? Esto es West Hollywood, guapo. Están fuera de su jurisdicción.

La mujer trató de cerrar la puerta, pero Edgar se lo impidió con su musculoso brazo. Luego abrió la puerta de par en par y entró en el apartamento con cara de pocos amigos.

—No me gusta que me den con la puerta en las narices, Ama Regina.

Edgar pronunció su nombre con el tono de quien no está dispuesto a someterse ante nadie. Regina retrocedió para dejarle pasar. Bosch y Rider siguieron a Edgar. Entraron en un recibidor tenuemente iluminado en el que había una escalera que conducía a un nivel superior y descendía hacia otro inferior. Bosch se acercó a la escalera y miró hacia abajo a la izquierda, pero estaba oscuro. El tramo de escalera que ascendía daba acceso a una habitación iluminada. Bosch comenzó a subir.

—Oiga, no pueden irrumpir en mi casa sin más ni más —protestó la mujer, aunque con poca convicción—. Necesitan una orden de registro.

—No necesitamos nada, Ama Regina, usted nos ha invitado a pasar. Yo soy Harry, el cliente tres-seis-siete. Acabamos de hablar por teléfono, ¿lo recuerda?

La mujer los siguió escaleras arriba. Bosch se volvió para contemplarla detenidamente. Llevaba una bata negra transparente sobre un corsé de cuero y ropa interior de seda negra. Lucía unas medias negras y zapatos con unos tacones vertiginosos. Llevaba los ojos exageradamente delineados con lápiz negro y unos labios pintados de escarlata. Era la triste caricatura de una deprimente fantasía masculina.

—Hace mucho que fue carnaval —comentó Bosch—. ¿De qué va disfrazada?

Regina hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Qué quieren?

—Hemos venido a hacerle unas preguntas. Siéntese. Quiero enseñarle una fotografía.

Bosch señaló un sofá de cuero negro y la mujer se sentó en él a regañadientes. El detective depositó su maletín sobre la mesa de café y lo abrió. Luego hizo un gesto con la cabeza a Edgar y se puso a buscar la foto de Elias.

—¿Y ése dónde va? —protestó Regina.

Edgar se había dirigido a otra escalera que conducía a un ático.

—A asegurarse de que usted no oculta a alguien en un armario que pueda atacarnos —respondió Bosch—. Haga el favor de mirar esta fotografía.

Bosch deslizó la foto sobre la mesa y la mujer la observó sin tocarla.

—¿Reconoce a ese hombre?

—¿A qué viene esto?

—¿Lo reconoce?

—Por supuesto.

—¿Es un cliente?

—Mire, yo no tengo que decirle nada sobre…

—¿Es UN CLIENTE? —gritó Bosch, haciéndola callar.

Edgar bajó del ático y atravesó la sala de estar. Echó un vistazo a la pequeña cocina, pero no vio nada de interés y bajó hasta el recibidor. Bosch le oyó descender hacia el nivel inferior que estaba a oscuras.

—No es un cliente, ¿vale? Ya he respondido a su pregunta. ¿Quieren hacer el favor de marcharse?

—Si no es un cliente, ¿cómo es que lo ha reconocido?

—¿De qué coño está hablando? ¿No ha visto hoy los informativos de la tele?

—¿Quién es ese hombre?

—Es el tipo al que asesinaron en…

—Harry —dijo Edgar desde el nivel inferior.

—¿Qué?

—Baja un segundo.

Bosch se volvió hacia Rider.

—Ocúpate tú. Habla con ella.

Bosch bajó la escalera, y al llegar al recibidor se dirigió hacia la izquierda. De la habitación inferior emanaba un resplandor rojo. Cuando se reunió con Edgar éste lo miró con ojos como platos.

—¿Qué pasa? —preguntó Bosch.

—Echa un vistazo.

Al atravesar la habitación, Bosch vio que se trataba de una alcoba. Una de las paredes estaba totalmente cubierta por un espejo. Enfrente había una cama de hospital cubierta con unas sábanas que parecían de plástico y provista de unas correas. Junto a la cama había un sillón y una lámpara de pie con una bombilla roja.

Edgar condujo a Bosch hacia un vestidor. Del techo pendía otra bombilla roja. A ambos lados del vestidor se veían unas barras para colgar ropa, que estaban vacías. Pero en un extremo del vestidor había un hombre de pie, desnudo, y con las piernas separadas, los brazos alzados y esposado por las muñecas a una de las barras. Las esposas estaban chapadas en oro y ostentaban unos artísticos dibujos. El hombre tenía los ojos vendados y un pañuelo rojo metido en la boca para amordazarle. En su pecho se veían unos arañazos causados por unas uñas largas y afiladas. Y entre las piernas una botella de Coca-Cola de litro llena que colgaba de una correa de cuero sujeta con un nudo corredizo a la punta del pene.

—¡Joder! —exclamó Bosch.

—Le he preguntado si necesita ayuda pero me ha respondido que no con la cabeza. Supongo que es un cliente.

—Quítale la mordaza.

Bosch retiró la venda que cubría los ojos del individuo mientras Edgar le quitaba la mordaza. El hombre volvió inmediatamente el rostro hacia la derecha y trató de ocultarlo con el brazo, pero no pudo moverlo porque estaba esposado. Tenía treinta y tantos años y un cuerpo atlético. Daba la impresión de ser más que capaz de defenderse de la mujer que estaba arriba. Suponiendo que quisiera hacerlo.

—Por favor —dijo el hombre con desesperación—. Déjenme en paz. Estoy bien. Déjenme solo.

—Somos policías —contestó Bosch—. ¿Seguro que está bien?

—Pues claro que estoy bien. ¿Cree que si necesitara ayuda no la pediría? No les necesito. Esto es algo completamente consensuado y no sexual. Déjenme en paz.

—Harry —dijo Edgar—, creo que deberíamos largarnos de aquí y olvidar que hemos visto a este tipo.

Bosch asintió con la cabeza y salieron del vestidor. Al mirar a su alrededor, Bosch vio que las ropas del hombre reposaban sobre el sillón. Se acercó y miró en los bolsillos del pantalón. Luego sacó la cartera, la abrió y examinó el carné de conducir a la luz de la bombilla roja. Edgar se acercó a él por detrás y miró sobre el hombro de Bosch.

—¿Reconoces el nombre?

—No, ¿y tú?

Bosch negó con la cabeza y cerró la cartera. Luego volvió a meterla en el bolsillo del pantalón.

Cuando volvieron al ático, Rider y Regina los miraron en silencio. Bosch creyó observar en Regina una expresión de orgullo y una leve sonrisa en sus labios, como si supiera que lo que habían visto abajo les había dejado impresionados. Al mirar a Rider, Bosch comprendió que también ella se había percatado de la expresión que mostraban sus compañeros.

—¿Todo en orden? —preguntó Rider.

—Sí —respondió Bosch.

—¿Qué ocurre? —insistió ella.

Bosch eludió la pregunta y se volvió hacia la otra mujer.

—¿Dónde están las llaves?

Regina hizo un pequeño mohín y se sacó del sujetador una diminuta llave que correspondía a las esposas, que entregó a Bosch. Bosch se la dio a Edgar.

—Suelta a ese hombre. Si luego decide quedarse aquí, allá él.

—Pero él dijo…

—Me tiene sin cuidado lo que dijera o dejara de decir. Quítale las esposas. No vamos a marcharnos de aquí dejando a un tío esposado.

Edgar bajó la escalera mientras Bosch observaba a Regina.

—¿Por eso cobra usted doscientos dólares por hora? —preguntó.

—Mis clientes quedan más que satisfechos, se lo aseguro. Siempre repiten. ¡Qué raros son los hombres! Le aconsejo que pruebe alguna vez, detective. Quizá se divierta.

Bosch miró a la mujer durante un buen rato antes de volverse hacia Rider.

—¿Qué has conseguido, Kiz?

—Su nombre verdadero es Virginia Lampley. Dice que conocía a Elias de verlo en televisión, no por ser un cliente. Me ha explicado que hace unas semanas se presentó el investigador de Elias y le hizo unas preguntas.

—¿Pelfry? ¿Qué le preguntó?

—Estupideces —replicó Regina antes de que Rider pudiera contestar—. Me preguntó si sabía algo sobre la chica a la que asesinaron el año pasado. La hija del zar de los coches que aparecía en la tele. Le dije que qué coño iba yo a saber de ese asunto. El tipo se puso pesado pero yo le paré los pies. No permito que ningún hombre se pase. Al final el tío se marchó. Ustedes también están muy confundidos con respecto a mí.

—Es posible —repuso Bosch.

Durante algunos momentos nadie dijo nada. Bosch estaba todavía impresionado por lo que había visto en el vestidor y no se le ocurría ninguna otra pregunta.

—Dice que se queda.

Era Edgar, que acababa de subir de la habitación en penumbra. Devolvió la llave a Regina y ésta se la guardó de nuevo en el sujetador con unos gestos aparatosos, sin dejar de mirar a Bosch.

—Bien, vámonos —dijo éste.

—¿No le apetece quedarse para tomarse una Coca-Cola, detective? —preguntó Virginia Lampley con una sonrisa entre picara y perversa.

—Nos vamos —contestó Bosch.

Los tres detectives bajaron la escalera en silencio, con Bosch cerrando la comitiva. Al llegar al recibidor miró hacia la habitación que estaba en penumbra. Distinguió el resplandor de la bombilla roja y la silueta del hombre sentado en el sillón en una esquina de la estancia. Aunque tenía el rostro en la sombra, Bosch se percató de que le estaba mirando.

—No se preocupe, detective —dijo Regina a sus espaldas—. Le trataré bien.

Al llegar a la puerta, Bosch se volvió para mirarla. La mujer seguía sonriendo de aquella forma tan peculiar.

20

De regreso hacia la comisaría, Rider preguntó una y otra vez qué habían visto exactamente en la habitación de abajo, pero Bosch y Edgar se limitaron a contarle escuetamente que uno de los clientes del Ama Regina se hallaba esposado en un vestidor. Rider sabía que debía de haber algo más, pero por más que insistió no consiguió que le revelaran ningún otro detalle.

—El hombre que estaba allí no es importante —dijo al fin Bosch para zanjar el asunto—. Aún no sabemos por qué Elias tenía la fotografía y la dirección de la *web* de esa mujer. Ni por qué envió a Pelfry a entrevistarla.

—Yo creo que esa tal Regina mintió —intervino Edgar—. Ella conoce toda la historia.

—Es posible —respondió Bosch—. Pero si conoce la historia, ¿qué necesidad tenía de mantenerla en secreto una vez muerto Elias?

—La clave de este enigma es Pelfry —apostilló Rider—. Deberíamos ir a verlo inmediatamente.

—No —replicó Bosch—. Esta noche no. Es muy tarde y no quiero hablar con Pelfry hasta que hayamos examinado los expedientes de Elias y sepamos lo que contienen. Entonces iremos a hablar con él sobre el Ama Regina y todo lo demás. Mañana por la mañana.

—¿Y el FBI?

—Nos reuniremos con los agentes del FBI a las ocho. Para entonces ya se me ocurrirá algo.

Durante el resto del trayecto permanecieron en silencio. Bosch les dejó en el aparcamiento de Hollywood, donde tenían sus respectivos automóviles, y les recordó que a la mañana siguiente debían presentarse a las ocho en el Parker Center. Luego aparcó su sedán. Los expedientes del despacho de Elias aún estaban en el maletero: Después de cerrar el vehículo, fue a recoger su propio coche.

Al enfilar Wilcox, el detective miró el reloj del coche y vio que eran las diez y media. Sabía que era tarde, pero decidió efectuar una última llamada antes de dirigirse a su casa. Mientras atravesaba Laurel Canyon no dejó de pensar en el hombre que había visto en el vestidor y en los desesperados intentos de éste por ocultar su rostro para que no descubrieran su identidad. Después de tantos años de trabajar en homicidios, a Bosch ya no le sorprendían los horrores que unas personas perpetraban contra otras. Pero los horrores que algunos se reservaban para sí mismos, eso era otra historia.

Bosch tomó por Ventura Boulevard en dirección oeste, hacia Sherman Oaks. Era sábado por la noche y había mucho tráfico. Tal vez la ciudad se había convertido en un polvorín al otro lado de la colina, pero en las calles del valle de San Fernando los bares y cafeterías estaban llenos de

gente. Los botones con chaquetillas rojas se apresuraban en buscar los automóviles de los clientes del Bistrot Pinot y otros lujosos restaurantes del bulevar. Numerosos adolescentes circulaban en descapotables. Todo el mundo parecía ajeno al odio y la rabia que bullían en otros sectores de la ciudad, debajo de la superficie, como una falla a punto de abrirse y engullir a todo bicho viviente.

Al llegar a Kester dobló hacia el norte y se metió en un barrio lleno de casas prefabricadas ubicado entre el bulevar y la autopista de Ventura. Eran unas casas pequeñas y adocenadas. El rumor de la autopista estaba siempre presente. Eran viviendas de policías pero costaban entre cuatro y cinco mil[1] dólares, y pocos se podían permitir el lujo de poseer una. Frankie Sheehan, el ex compañero de Bosch, había comprado una de esas casas a buen precio. Estaba sentado sobre un capital que ascendía a un cuarto de millón de dólares. Su plan de pensiones, en el caso de que llegara a la edad de la jubilación.

Bosch aparcó junto a la acera, frente a la casa de Sheehan, y dejó el coche en marcha. Sacó el móvil y marcó el número de Sheehan después de consultar su agenda. Sheehan atendió la llamada. Su voz sonaba alerta. Estaba despierto.

—¿Frankie? Soy Harry.

—Hombre, cuánto tiempo sin vernos.

—Estoy aparcado frente a tu casa. ¿Por qué no sales y nos damos una vuelta en el coche?

—¿Adónde vamos?

—Da lo mismo.

Silencio.

—¿Estás ahí, Frankie?

—De acuerdo. Espera un par de minutos.

Bosch cerró el móvil y se llevó la mano al bolsillo en busca de un cigarrillo. Nada.

—Maldita sea —masculló.

Mientras aguardaba, Bosch pensó en los días en que Sheehan y él andaban a la caza de un traficante sospechoso de haber hundido el negocio de un rival. El tipo había irrumpido con una Uzi en un garito de drogadictos y había matado a seis personas entre clientes y traficantes.

Bosch y Sheehan habían llamado reiteradamente a la puerta del apartamento del sospechoso, pero nadie abrió. Mientras reflexionaban sobre el siguiente paso, Sheehan oyó una vocecilla dentro del apartamento que decía: «Adelante, adelante». Los dos detectives habían vuelto a llamar a la puerta diciendo que eran de la policía. Acto seguido aguardaron. La vocecilla repitió: «Adelante, adelante».

Bosch hizo girar la manecilla y la puerta se abrió. No estaba cerrada con llave. Él y su compañero entraron en actitud de combate, pero el apartamento estaba vacío a excepción de un enorme loro verde instalado en una jaula en el cuarto de estar. Sobre la mesa de la cocina reposaba una metralleta Uzi, desmontada para limpiarla. Bosch se acercó a la puerta y llamó de nuevo. El loro dijo: «Adelante, adelante».

Al cabo de unos minutos, cuando el sospechoso regresó de la ferretería con el aceite para engrasar la Uzi, Bosch y Sheehan lo detuvieron. En balística comprobaron que la metralleta era el arma con la que el traficante había cometido los asesinatos. El individuo fue condenado por un juez que se negó a desaprovechar los resultados del registro. Aunque el acusado declaró que los detectives habían entrado en su apartamento sin una orden de registro y que por tanto era ilegal,

el juez dictaminó que Bosch y Sheehan habían obrado de buena fe al entrar después de que el loro les invitara a pasar. El caso aún se hallaba en los tribunales de apelación, pero el asesino permanecía en la cárcel.

Se abrió la puerta del conductor y Sheehan subió al coche de Bosch.

—¿Cuándo te compraste este trasto? —preguntó.

—Cuando me obligaron a conducir un sedán.

—Ah, sí, lo había olvidado.

—Los peces gordos de Robos y Homicidios no tenéis que preocuparos de esas cosas.

—¿Cómo estás? He oído decir que te han asignado el caso Elias. Ojo no te vayas a pillar los dedos.

—Ya. ¿Cómo están Margaret y los chicos?

—Estupendamente. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Pasear, charlar o qué?

—No lo sé. ¿Todavía está abierto aquel local irlandés en Van Nuys?

—No, ya no existe. Pero podemos ir a un barecito que hay en Oxnard.

Bosch arrancó y fue siguiendo las indicaciones de su amigo.

—Estaba pensando en el caso del loro y la Uzi —dijo.

Sheehan soltó una carcajada.

—Aún me río cuando lo recuerdo. Me parece increíble que el caso todavía circule por los tribunales de apelación. Sólo le falta llegar al Supremo.

—Descuida, llegará. Ese sinvergüenza es capaz de irse de rositas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Ocho años? Aunque lo suelten, ya se habrá tirado lo suyo entre rejas.

—Seis asesinatos, ocho años. No está mal.

—Seis ratas de alcantarilla.

—¿Aún utilizas esa expresión?

—Sí, me recuerda a los viejos tiempos. Pero no creo que hayas venido hasta aquí para hablar sobre loros, ratas de alcantarilla y los viejos tiempos, ¿verdad?

—No, Frankie. Quiero hacerte unas preguntas sobre el asunto Kincaid.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¡Por qué va a ser! Porque eras el detective encargado del caso.

—Todo cuanto sé está en los expedientes. No te será difícil conseguirlos. Eres el detective encargado del caso Elias.

—Ya los tengo. Pero los expedientes no siempre contienen todos los datos.

Sheehan señaló un letrero luminoso rojo y Bosch se dirigió hacia él. Había un aparcamiento junto a la puerta del bar.

—Este local siempre está vacío —dijo Sheehan—. Incluso los sábados por la noche. No sé cómo se gana la vida el dueño. Debe de ser con las máquinas o vendiendo hierba.

—Esto es entre tú y yo, Frankie —dijo Bosch—, pero debo averiguar a quién pertenecían las huellas dactilares. No quiero dar palos de ciego. No tengo motivos para dudar de ti, pero quiero saber si oíste algo, ya sabes a lo que me refiero.

Sheehan se apeó del Cherokee sin decir palabra y se encaminó hacia la puerta del bar. Cuando hubo entrado, Bosch se bajó del vehículo. El bar se hallaba prácticamente desierto.

Sheehan se había sentado a la barra. El barman estaba sirviendo una cerveza. Bosch se sentó en el taburete junto a su ex compañero.

—Que sean dos —dijo.

Bosch sacó un billete de veinte y lo puso sobre la barra. Sheehan aún no lo había mirado desde que Harry le había formulado la pregunta.

El barman depositó las copas heladas sobre unos posavasos que anunciaban una fiesta organizada tres meses atrás. Tomó el billete de veinte dólares y se acercó a la caja registradora. Bosch y Sheehan alzaron al unísono las copas y bebieron un largo trago de cerveza.

—Desde lo de O. J… —comentó Sheehan.

—¿Qué?

—Ya sabes a qué me refiero. Desde ese caso, ya nada ofrece garantías. Ni pruebas, ni la actuación de la policía, nada. Presentes lo que presentes ante un tribunal, siempre habrá alguien que lo rompa en mil pedazos, lo tire al suelo y se mee encima. Todo el mundo lo cuestiona todo. Incluso los policías, incluso un compañero.

Bosch bebió otro trago antes de responder.

—Lo siento, Frankie. No tengo motivos para dudar de ti ni de las huellas. Pero al examinar los expedientes y otras cosas del despacho de Elias, me dio la impresión de que estaba preparado para comparecer la semana que viene ante el tribunal con la idea de demostrar quién había asesinado a esa niña. Y no se refería a Harris. Alguien…

—¿Quién?

—No lo sé. Trato de ver las cosas desde el punto de vista de Elias. Si él había descubierto al asesino y no era Harris, ¿cómo es posible que encontraran esas huellas…?

—Elias era un cabrón. Y en cuanto lo hayan enterrado iré una noche al cementerio y me pondré a bailar sobre su tumba. Luego me mearé sobre ella y no volveré a pensar en Elias. Lamento que Harris no estuviera con él en el funicular. Es un asesino de mierda. Si alguien se los hubiera cargado a los dos, eso sería como acertar la quiniela.

Sheehan alzó su copa y bebió un largo trago. Destilaba tal odio hacia el abogado que casi era tangible.

—De modo que nadie manipuló la escena del crimen —dijo Bosch—. Las huellas son legítimas.

—Totalmente legítimas. La patrulla precintó la habitación. Nadie entró en ella hasta que yo llegué. Luego yo mismo me ocupé de que todo se hiciera correctamente. Se trataba de la familia Kincaid y sabía a lo que nos exponíamos: el zar de los automóviles es uno de los mayores contribuyentes a las arcas políticas locales. No pasamos por alto ni el más mínimo detalle. Las huellas estaban en el libro de texto de la niña, un libro de geografía. El laboratorio identificó cuatro dedos en un lado y un pulgar en el otro, como si el asesino hubiera tomado el libro por el lomo. Las huellas eran tan perfectas que deduzco que el tío debía de sudar como un cerdo cuando las dejó impresas.

Sheehan apuró su copa e indicó al barman que volviera a llenarla.

—Es increíble que no se pueda fumar en ningún bar de esta ciudad —observó Sheehan—. Malditas ratas de alcantarilla.

—Sí.

—El caso es que examinamos minuciosamente todas las pruebas y dimos con Harris. Un ex presidiario que había sido condenado por agresión y robo a mano armada. Tenía tantos motivos legítimos para haber dejado sus huellas en la habitación de la niña como yo tengo posibilidades de ganar la lotería, y ni siquiera juego. De modo que atrapamos a nuestro hombre. En aquellos momentos aún no habíamos descubierto el cadáver de la niña. Pensábamos que aún podía estar viva. Nos equivocamos, pero no lo sabíamos. De modo que arrestamos a Harris, lo llevamos a la comisaría y lo encerramos en una habitación. Pero ese hijo de puta no quiso decirnos ni la hora. Se pasó tres días encerrado allí, pero no soltó prenda. Ni siquiera lo metíamos en una celda por las noches. Se pasó setenta y dos horas seguidas en aquella habitación. Trabajábamos en equipo y por turnos, pero no logramos arrancarle ninguna información. No nos dijo nada. Aunque es un hijo de puta, tengo que reconocer que aguantó como un jabato. Jamás me había encontrado con un tipo como él.

Sheehan bebió dos tragos de la cerveza que el barman acababa de dejar ante él. Bosch aún no se había terminado la primera. Decidió dejar que Sheehan le contara la historia a su aire, sin interrumpir su relato con preguntas.

—El último día, algunos chicos perdieron los estribos. Hicieron cosas.

Bosch cerró los ojos. Se había equivocado respecto a Sheehan.

—Yo fui uno de ellos, Harry.

Lo dijo con frialdad, como si se quitara un peso de encima. Bebió otro trago de cerveza, se giró sobre el taburete y echó un vistazo a su alrededor como si fuera la primera vez que ponía los pies en aquel bar. En una esquina había un televisor adosado a la pared. Tenía sintonizada la cadena ESPN.

—Supongo que lo que estamos comentando aquí es *confidencial*, ¿verdad, Harry?

—Desde luego.

Sheehan se volvió, se inclinó hacia Bosch y dijo en voz baja:

—Lo que Harris dijo que ocurrió… ocurrió. Pero eso no justifica lo que él hizo. Violó y estranguló a una niña. Vale, nosotros le metimos un lápiz en el oído. ¿Y qué? Él se sale de rositas y yo me convierto en el nuevo Mark Fuhrman, un policía racista que se dedica a colocar pruebas falsas. Me gustaría que alguien me dijera cómo coño pude colocar esas huellas en la casa.

Sheehan estaba alzando la voz, cada vez más excitado. Por fortuna, el único que podía oírles era el barman.

—Lo siento —se excusó Bosch—. No debí preguntártelo.

Sheehan continuó como si no le hubiera oído.

—Supongo que llevaba siempre encima una copia de las huellas de un cabrón al que se la tenía jurada y las planté en ese libro «no me preguntes cómo» para poder echarle el guante. Pero ¿por qué iba a elegir precisamente a Harris? No conocía a ese tipo ni jamás tuve nada que ver con él. Y no existe nadie en este planeta que pueda demostrar que lo hice, porque no lo hice.

—Tienes razón.

Sheehan meneó la cabeza con aire de perplejidad y contempló su cerveza.

—Dejé de preocuparme por toda esa mierda cuando el jurado entró en la sala y dijo que Harris era inocente. Cuando dijeron que yo era culpable…, cuando prefirieron creer a ese tipo en lugar de fiarse de nosotros.

Bosch guardó silencio. Sabía que Sheehan tenía necesidad de desahogarse.

—Estamos perdiendo la batalla, Harry. Está claro. Se trata de un juego. Esos malditos abogados pueden joderte. Y manipular las pruebas. Me rindo. Te lo juro. Lo tengo decidido. No puedo más. Me quedan ocho meses para salir de aquí, trasladarme a Blue Heaven y dejar esta mierda para que se revuelquen en ella todos esos cabrones.

—Es una buena idea, Frankie —respondió Bosch con voz queda.

No sabía qué decir. Estaba dolido y asombrado ante el odio y el cinismo de que había hecho gala su amigo. Comprendía sus motivos, pero le sorprendió el inesperado giro que había tomado la conversación. Por otra parte estaba disgustado consigo mismo por haber caído en la ingenuidad de defender a Sheehan ante Carla Entrenkin.

—Recuerdo el último día —dijo Sheehan—. Yo estaba en la habitación con él. Me cabreé tanto que me entraron ganas de sacar la pistola y pegarle dos tiros a ese cabrón. Pero no podía hacerlo porque él sabía dónde estaba esa niña. ¡La tenía secuestrada!

Bosch se limitó a asentir.

—Lo habíamos intentado todo sin resultado. Estábamos más cansados que él. Llegó un momento en que le supliqué que nos dijera dónde estaba la niña. Fue penoso, Harry.

—¿Y él qué hizo?

—Me miró como si yo no estuviera allí. No dijo nada. No movió un músculo. Entonces… me enfurecí… Me dio un ataque de rabia como… No sé explicártelo. Era como si me hubiera atragantado con un hueso. Jamás había experimentado nada parecido. En un rincón de la habitación había un cubo de basura. Saqué la bolsa del cubo y se la metí en la cabeza. Luego le agarré del cuello y empecé a apretar… —Sheehan se echó a llorar y trató de terminar su relato—: Y los otros… tuvieron que separarme de él.

Sheehan apoyó los codos en la barra y se tapó los ojos con las manos. Durante unos minutos permaneció quieto, sin moverse. Bosch observó una lágrima que fue deslizándose por su barbilla hasta caer en la cerveza.

—Tranquilo, Frankie —dijo apoyando una mano en el hombro de su amigo.

Sin apartar las manos del rostro, Sheehan prosiguió:

—Aquel día me convertí en uno de esos tipos a los que había perseguido durante años. Quise matar a Harris allí mismo. Y lo habría hecho si los otros no me hubieran apartado de él. Jamás podré olvidarlo.

—Tranquilo, hombre.

Sheehan bebió otro trago de cerveza y recuperó un poco la compostura.

—Después de hacer lo que hice, la situación cambió. Los otros le metieron un lápiz en el oído y le perforaron el tímpano. Nos convertimos en monstruos. Nos comportamos como los soldados en Vietnam, como unos tipos enloquecidos que se dedican a quemar aldeas. Estuvimos a punto de matar a ese cabrón. ¿Sabes qué le salvó? La niña. Le salvó Stacey Kincaid.

—¿Qué quieres decir?

—Hallaron su cadáver. Cuando nos enteramos, nos dirigimos a la escena del crimen. Dejamos a Harris en una celda. Lo dejamos vivo. Tuvo suerte de que nos enteráramos justamente en aquellos momentos de que habían descubierto el cadáver de la niña.

Sheehan hizo una pausa y bebió otro trago.

—Fui allí… Estaba a una manzana del apartamento de Harris. El cadáver se encontraba bastante descompuesto, los niños se descomponen rápidamente. Pero recuerdo el aspecto que

tenía. Parecía un angelito, con los brazos extendidos como si volara…

Bosch recordaba las fotografías que había publicado la prensa. Stacey Kincaid era una chiquilla preciosa.

—Déjame solo, Harry —dijo Sheehan suavemente—. Regresaré andando.

—No, te acercaré en el coche.

—No, de veras. Prefiero andar.

—¿Te sientes bien?

—Sí, sí. Estoy un poco alterado. No pasa nada. Esto quedará entre tú y yo, ¿verdad, Harry?

—Soy una tumba.

Sheehan esbozó una débil sonrisa. Pero no miró a Bosch.

—Hazme un favor, Hyeronimus.

Bosch recordó los tiempos en que formaban un equipo. Sólo utilizaban sus nombres formales, Hyeronimus y Francis, cuando hablaban en serio y sinceramente.

—Claro, Francis. ¿De qué se trata?

—Cuando atrapes al tipo que mató a Elias, no me importa si es un policía o no, felicítale de mi parte. Dile que lo considero un héroe. Pero dile que lamento que no se cargara también a Harris.

Media hora más tarde Bosch abrió la puerta de su casa. Su cama estaba vacía. Pero en esta ocasión se encontraba demasiado cansado para esperar a Eleanor despierto. Empezó a desnudarse pensando en lo que debía hacer al día siguiente. Luego se sentó en la cama y estiró el brazo para apagar la luz y acostarse. Apenas acababa de apagar la luz cuando sonó el teléfono.

Volvió a encenderla y descolgó el aparato.

—Cerdo.

Era una voz femenina que le resultaba familiar, pero no lograba identificarla.

—¿Quién es?

—Carla Entrenkin. ¿Supuso que no iba a enterarme de lo que hizo?

—No sé de qué me habla. ¿Qué ha ocurrido?

—Acabo de ver las noticias en el Canal Cuatro. Su amigo Harvey Button.

—¿Qué ha dicho?

—Se ha explayado a gusto. Trataré de repetir lo que dijo lo más exactamente que pueda: «La policía ha descubierto en el despacho de Elias pruebas que lo vinculan con una red de prostitución en Internet, según informes de una fuente cercana a la investigación. Esta fuente cree que Elias pudo haber mantenido una relación con una de las mujeres que anuncia sus servicios de sadomasoquismo en la página *web* de esa red de prostitución». Eso es lo que dijo más o menos. Imagino que estará satisfecho.

—Yo no…

—No se moleste.

Carla Entrenkin colgó el teléfono. Bosch se quedó un buen rato pensando en lo que acababa de decirle.

—Chastain, el muy imbécil —dijo Bosch en voz alta.

Apagó de nuevo la luz y se acostó. A los pocos minutos se quedó dormido y volvió a tener el mismo sueño. Subía por la colina en el funicular de Angels Flight. Pero esta vez había una niña rubia sentada frente a él observándolo con ojos tristes y vacuos.

21

Cuando Bosch entró en el despacho de Irving empujando el carrito cargado con las cajas de los expedientes, se llevó una sorpresa. Eran las ocho menos cuarto del domingo por la mañana. En la habitación había seis agentes del FBI, sentados y esperando. La sorpresa era el jefe del equipo, quien se dirigió hacia Bosch y le tendió la mano sonriendo.

—Harry Bosch —dijo.

—Roy Lindell —respondió Bosch.

Bosch acercó el carrito a la mesa y estrechó la mano del agente del FBI.

—¿Te han asignado este caso? Pero ¿no estabas en Crimen Organizado?

—El crimen organizado se ha vuelto muy aburrido. Sobre todo después del caso de Tony Aliso. ¿Te acuerdas? Todos los demás resultan sosos comparados con ése.

—Ya.

Hacía un par de años habían trabajado juntos en el asesinato de Aliso. Bosch y Lindell habían comenzado como adversarios, pero cuando el caso concluyó en Las Vegas ambos habían llegado a respetarse mutuamente, un respeto que no compartían los dos organismos para los cuales trabajaban. Bosch interpretó como una buena señal el hecho de que hubieran asignado a Lindell el caso Elias.

—Escucha —dijo Lindell—, disponemos de unos minutos. ¿Quieres que nos tomemos un café y cambiemos impresiones?

—Buena idea.

Mientras se dirigían por el pasillo hacia el ascensor se toparon con Chastain, que iba a la sala de conferencias. Bosch le presentó a Lindell.

—¿Vais a tomar café? Os acompaño.

—Mejor que no —replicó Bosch—. Vamos a hablar de ciertas cosas y no quiero que más tarde Harvey Button las suelte en el informativo de la tele, ¿comprendes?

—No sé de qué coño hablas, Bosch.

Bosch guardó silencio. Chastain miró a Lindell y luego a Bosch.

—Vale, en realidad será mejor que no tome un café —dijo—. Me altera los nervios.

Una vez a solas, mientras esperaban el ascensor, Bosch previno a Lindell sobre Chastain.

—Es un bocazas —dijo—. ¿Viste anoche las noticias en Canal Cuatro?

—¿Lo de la red de prostitución en Internet?

—Sí. Sólo lo sabíamos seis personas. Mis dos compañeros, Chastain, Carla Entrenkin, Irving y yo. Estoy dispuesto a poner la mano en el fuego por mis compañeros y dudo de que Entrenkin

filtrara a la prensa un dato negativo sobre Elias. De modo que Harvey Button debió de enterarse a través de Irving o de Chastain. Yo más bien me inclino a pensar que fue este último. Irving ha puesto todo su empeño desde un principio para que no se filtre información a la prensa.

—Pero ¿es cierta esa historia?

—Eso parece. No hemos podido hallar el vínculo entre Elias y esa red. Quienquiera que filtrara la noticia a Button lo hizo para manchar el buen nombre de Elias, para vengarse de él.

Lindell subió al ascensor en cuanto se abrió la puerta. Bosch se quedó allí plantado, pensando en Irving y en la posibilidad de que fuera él quien hubiera filtrado la noticia.

—¿Vienes o no? —preguntó Lindell.

Bosch entró en el ascensor y pulsó el botón del tercer piso.

—¿Has leído las noticias esta mañana? —preguntó Lindell—. ¿Cómo está la situación?

—Bastante tranquila. Anoche se produjeron un par de incendios, pero nada grave. No hubo saqueos. Dicen que mañana lloverá. Esperemos que eso contribuya a calmar los ánimos.

Bosch y Lindell entraron en la cafetería y se sentaron a una mesa para tomar café. Bosch consultó su reloj y vio que eran las ocho menos cinco.

—¿Y bien? —preguntó a Lindell.

Éste se echó a reír.

—Pero bueno, ¿es que vamos a pelearnos para ver quién lleva este caso?

—Mira, te propongo un trato, Roy. Un trato justo.

—Veamos.

—Te lo cedo. Me mantendré en un discreto segundo plano y dejaré que dirijas el espectáculo. Sólo te pido una cosa. Quiero que mi equipo se ocupe del caso original. Stacey Kincaid. Nos llevaremos el expediente y revisaremos todo lo que hicieron los de Robos y Homicidios.

Lindell achicó los ojos mientras meditaba sobre lo que eso suponía.

—Por lo visto Elias planeaba comparecer esta semana ante el tribunal y demostrar que Michael Harris no mató a la niña —continuó Bosch—. Iba a revelar la identidad del asesino y…

—¿Quién fue?

—Ésa es la pregunta del millón de dólares. No lo sabemos. En los expedientes no encontramos nada. Elias guardaba celosamente el nombre del asesino en su cabeza. Por eso quiero ocuparme del caso. Porque si Elias había logrado descubrir al culpable, ése es precisamente el principal sospechoso de los asesinatos que han sido cometidos en Angels Flight.

Lindell clavó la vista en su humeante taza de café y permaneció en silencio.

—A mí me suena a los típicos tejemanejes de los abogados —dijo por fin—. Para darse importancia. ¿Cómo iba a descubrir al asesino cuando vosotros no lo habíais conseguido? Esto suponiendo que el asesino no sea Michael Harris, como creen todos los policías y personas de raza blanca en esta ciudad.

Bosch se encogió de hombros.

—Aunque estuviera equivocado, aunque fuera a revelar la identidad de alguien a modo de cortina de humo, el asesino iría a por él.

Decidió no contarle todos los detalles a Lindell, en especial lo de las notas misteriosas. Quería que el agente del FBI pensara que el equipo de Bosch iría dando palos de ciego mientras él dirigía la auténtica investigación.

—De modo que tú te ocupas de ese caso mientras yo me dedico a perseguir a policías corruptos, ¿no?

—Más o menos. Chastain te será de gran ayuda. Conoce bien el asunto del Black Warrior. Él se encargó de la investigación que llevó a cabo Asuntos Internos. Y…

—Sí, pero los exculpó a todos.

—Quizá le ordenaron que lo hiciera. O tal vez se equivocó.

Lindell asintió para indicar que lo había captado.

—Por otra parte, ayer su equipo examinó los expedientes de Elias y confeccionaron una lista. Yo he traído otras cinco cajas llenas de expedientes. Ese material te proporcionará una relación de tipos a los que debes entrevistar. Es pan comido.

—Si es pan comido, ¿por qué me endilgas a mí esta parte de la investigación?

—Porque me caes bien.

—Tú me ocultas algo, Bosch.

—No, es que tengo una corazonada.

—¿De que a Harris le montaron una encerrona?

—No lo sé. Pero hay algo aquí que no encaja y quiero averiguar qué es.

—Y entretanto yo tendré que bregar con Chastain y su equipo.

—Sí. Ése es el trato.

—¿Y se puede saber qué tengo que hacer con ellos? Acabas de decirme que Chastain es un bocazas.

—Mándalos a por café y sal corriendo. Lindell se echó a reír.

—Te diré lo que haría yo —agregó Bosch, poniéndose serio—. Encargaría a dos de ellos que se ocupen de Elias y a otros dos que investiguen a Pérez. Ya sabes, el papeleo, las pruebas, el resultado de las autopsias; probablemente las harán hoy. Eso los mantendrá ocupados y te quedarán las manos libres. Al margen de si fueron ellos o no, tendrás que encomendar a un policía que investigue a Pérez. Hasta ahora la hemos tratado como una víctima accidental. Pero si no nos esmeramos en investigar todos los aspectos del caso y éste llega a los tribunales, el abogado nos preguntará por qué no consideramos a Pérez el objetivo principal del asesino.

—De acuerdo. Lo investigaremos a fondo.

—Bien.

Lindell asintió pero no dijo nada más.

—Entonces, ¿trato hecho? —preguntó Bosch.

—Sí. Me parece una buena idea. Pero quiero saber en todo momento lo que tú y tu equipo estáis haciendo. Mantenme informado.

—Vale. A propósito, uno de los chicos de Asuntos Internos habla español. Se llama Fuentes. Encárgale que investigue a Pérez.

Lindell hizo un gesto afirmativo y se levantó dejando su café sobre la mesa, sin probar. Bosch se lo llevó consigo.

Al entrar en la sala de conferencias de Irving, Bosch observó que el ayudante del subdirector no estaba sentado a su mesa en la antesala. Al pasar frente a ella vio un bloc para anotar los mensajes telefónicos y se lo guardó apresuradamente en el bolsillo. Luego entró en la sala de conferencias.

Los compañeros de Bosch y los hombres de Asuntos Internos ya estaban esperando, al igual que Irving. Después de una breve introducción, el subdirector cedió la palabra a Bosch, quien informó a los recién llegados y a Irving del desarrollo de la investigación. Omitió algunos detalles sobre la visita al apartamento del Ama Regina, para dar la impresión de que el asunto no tenía demasiada importancia. También se abstuvo de mencionar la conversación que había mantenido con Frankie Sheehan en el bar. Cuando hubo terminado hizo un gesto con la cabeza a Irving, el cual tomó la palabra. Bosch se fue acercando a la pared hasta situarse junto a un tablero de anuncios que Irving había mandado instalar para uso de los investigadores.

Irving empezó por referirse a las tensiones políticas que rodeaban el caso como una tormenta a punto de estallar. Aludió a las manifestaciones de protesta que iban a producirse aquel día frente a tres comisarías en el distrito sur y en el Parker Center Dijo que el concejal Royal Sparks y el reverendo Preston Tuggins iban a aparecer aquella mañana en un programa local de televisión llamado *Talk of L. A.* en el que se comentaban las noticias más relevantes del día. Dijo que el jefe de la policía se había entrevistado con Tuggins y con otros líderes religiosos en South Central la noche anterior para rogarles que pidieran calma y serenidad a los ciudadanos desde los pulpitos durante los oficios matutinos.

—Señores, estamos sentados sobre un polvorín —dijo Irving—. Y la forma de desactivar la situación es resolviendo este caso de un modo u otro…, rápidamente.

Mientras Irving se dirigía a los presentes, Bosch sacó el bloc de mensajes telefónicos y escribió algo en él. Luego echó un vistazo alrededor de la sala para cerciorarse de que todos tenían los ojos puestos en Irving y arrancó la primera hoja. A continuación la clavó en el tablón de anuncios y se alejó poco a poco de la pared. En la nota que había clavado en la tabla aparecía el nombre de Chastain. El mensaje decía: «Harvey Button ha llamado para darte las gracias por la información. Volverá a llamar más tarde».

Irving concluyó su alocución refiriéndose a la historia emitida por Canal Cuatro.

—Alguien de esta sala filtró ayer información a un reportero de la televisión. Os advierto que no lo toleraré. Si vuelve a producirse otra filtración a la prensa, seréis vosotros los que estaréis sometidos a investigación.

Irving escrutó los rostros de los policías para cerciorarse de que habían captado el mensaje.

—Bien, esto es todo —dijo—. Seguid con vuestra labor. ¿Detective Bosch, agente Lindell? Quiero que esta tarde me informen sobre el desarrollo de la investigación.

—Muy bien, subdirector —contestó Lindell antes de que Bosch pudiera responder—. Nos veremos entonces.

Quince minutos más tarde Bosch se dirigió de nuevo por el pasillo hacia el ascensor, seguido por Edgar y Rider.

—¿Dónde vamos, Harry? —preguntó Edgar.

—Trabajaremos desde la comisaría de Hollywood.

—¿Cómo? ¿Trabajar en qué? ¿Quién dirige esto?

—Lindell. Hice un trato con él. Él dirigirá el cotarro. Nosotros nos ocuparemos de otra cosa.

—Me parece bien —dijo Edgar—. Aquí sobran agentes y mandamases.

Al llegar a los ascensores, Bosch pulsó el botón.

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer, Harry? —preguntó Rider.

Bosch se volvió para mirar a sus compañeros.

—Empezar de cero —respondió.

22

La comisaría estaba desierta, un hecho insólito, incluso en domingo. Según el plan de los turnos de doce horas de trabajo y doce de descanso, todos los detectives no asignados a investigaciones urgentes debían ir de uniforme y estar en la calle. La última vez que se estableció ese plan fue a raíz de un grave terremoto que sacudió la ciudad en 1994. El asesinato de Elias había sido un cataclismo social más que geológico, pero su magnitud no era inferior.

Bosch transportó la caja con los expedientes de Elias sobre el caso del Black Warrior hasta lo que llamaban la mesa de homicidios, una agrupación de mesas con la que habían formado otra mucho más grande parecida a la de una sala de juntas. La sección que correspondía al equipo número uno, el de Bosch, se hallaba en un extremo, junto a unos archivadores. Bosch depositó la caja en el centro, donde estaban agrupadas las tres mesas de su equipo.

—Aquí tienes —dijo.

—Harry… —Rider estaba disgustada porque su jefe había cedido el mando a otro.

—Tú serás el patrón del barco, Kiz. Jerry y yo haremos el trabajo de campo.

Rider soltó una exclamación de protesta. Lo de patrón de barco suponía ocuparse de todos los datos referentes al caso. Tendría que familiarizarse con todas las facetas de los expedientes, convertirse en un compendio andante de todos los detalles de la investigación. Puesto que iban a comenzar examinando una caja llena de expedientes, eso representaba un montón de trabajo. También significaba que apenas participaría en los tareas a pie de calle de la investigación. A ningún detective le gusta permanecer todo el día encerrado en una oficina sin ventanas.

—Ya sé lo que piensas —dijo Bosch—. Pero tú eres la persona más indicada para ese puesto. Aquí tenemos una tonelada de material y tu ordenador es el más idóneo para almacenarlo.

—La próxima vez haré el trabajo de campo.

—Puede que no exista una próxima vez si no logramos esclarecer este caso. Veamos qué tenemos aquí.

Bosch y Rider dedicaron la hora y media siguiente a examinar los expedientes de Elias sobre el caso Harris, señalando los datos que parecían más relevantes y arrojando los expedientes de nuevo en la caja cuando éstos no ofrecían ninguna información importante.

Bosch examinó los expedientes de investigación que Elias había conseguido mediante una orden judicial del Departamento de Policía de Los Angeles. Tenía una copia del expediente del asesinato de Stacey Kincaid facilitado por Robos y Homicidios. Al leer los informes diarios presentados por Sheehan y otros detectives de Robos y Homicidios, Bosch observó que los datos iniciales del caso eran un tanto dispersos. Stacey Kincaid había sido raptada una noche de su

habitación; su secuestrador había abierto la cerradura de la ventana del dormitorio con un destornillador y había raptado a la niña cuando dormía. Los detectives, que al principio sospecharon que el criminal pertenecía al entorno de la niña, interrogaron a los jardineros, al empleado que se ocupaba de la piscina, a un electricista, a un fontanero y a los carteros que cubrían la zona en la que estaba la mansión de los Kincaid en Brentwood. Entrevistaron a maestros, conserjes e incluso compañeros de estudios de la escuela privada a la que asistía Stacey. Pero la amplia red tendida por Sheehan y sus compañeros fue desmantelada cuando el laboratorio determinó que las huellas del libro de texto de la niña pertenecían a Michael Harris. La cuestión se centró entonces en localizar a Harris, detenerlo e intentar que confesara lo que había hecho con la niña.

La segunda parte del expediente se ocupaba de la investigación de la escena del crimen y los intentos de relacionar a Harris con el cadáver mediante análisis científicos y medios tecnológicos. Pero no consiguieron nada. El cadáver de la niña había sido hallado por dos vagabundos en un solar, cuatro días después del asesinato. El cuerpo aparecía desnudo y en avanzado estado de descomposición. Al parecer el asesino lo había lavado después de matar a la niña, por lo que no presentaba pruebas microscópicas importantes que pudieran ser analizadas y relacionadas con el apartamento o el coche de Harris. Aunque todo indicaba que la niña había sido violada, no encontraron fluidos corporales pertenecientes al agresor. Tampoco habían recuperado la ropa de la niña. La cuerda utilizada para estrangularla había sido cortada por el asesino y tampoco habían logrado dar con ella. En definitiva, la única prueba que relacionaba a Harris con el crimen eran sus huellas dactilares en el libro de texto que hallaron en el dormitorio de Stacey y el hecho de que su cadáver fuera descubierto en un solar situado a menos de dos manzanas del apartamento de Harris.

Bosch sabía que eso solía ser suficiente para condenar a un presunto culpable. Había trabajado en casos en los que se había obtenido una condena basándose en pruebas menos contundentes. Pero eso había sido antes del caso O. J. Simpson, antes de que los jurados escrutaran a la policía de Los Angeles con mirada crítica y recelosa.

Bosch estaba escribiendo una lista de cosas que debía hacer y de personas a las que debía entrevistar cuando Edgar exclamó de pronto:

—¡Caramba!

Bosch y Rider lo miraron, esperando una explicación.

—¿Recordáis las notas misteriosas? —preguntó Edgar—. ¿Recordáis que en la segunda o tercera se decía que las matrículas demostrarían su inocencia?

—Un segundo —respondió Bosch.

Abrió su maletín y sacó el expediente que contenía las notas.

—Es la tercera. «Las matrículas demuestran su inosencia». Se recibió el 5 de abril. La palabra inocencia está mal escrita.

—Bien, pues aquí tengo el expediente de Elias sobre los informes del caso Harris facilitados por Robos y Homicidios. Aquí hay uno fechado el 15 de abril referente a Hollywood Wax and Shine, la empresa donde trabajaba Harris antes de que le arrestaran. Elias exige que le faciliten, y cito textualmente, «copias de todos los documentos, recibos de encargos de clientes y facturas que contengan los números de matrículas de dichos clientes entre el primero de abril y el 15 de junio del año pasado». La nota debía referirse a eso.

Bosch se acomodó en su silla.

—Son informes conseguidos mediante una orden judicial, ¿no?

—Exacto.

—Bien, entre el primero de abril y el 15 de junio hay setenta y cinco días. Hay…

—Setenta y seis —le corrigió Rider.

—Setenta y seis días. Eso generaría muchos recibos. Aquí no tenemos ninguno, y tampoco he visto ninguno en el despacho. Debería haber cajas llenas de recibos.

—Puede que Elias los devolviera —observó Edgar.

—Pero tú dijiste que consiguió unas copias mediante una orden judicial.

Edgar se encogió de hombros.

—Otra cosa, ¿por qué precisamente esas fechas? —inquirió Bosch—. La niña fue asesinada el 12 de julio. ¿Por qué no pidió Elias que le entregaran los recibos hasta esa fecha?

—Porque sabía lo que andaba buscando —contestó Rider—. O sabía que se hallaba dentro de los parámetros de esas fechas.

—¿Qué es lo que sabía?

Todos guardaron silencio. Por más vueltas que Bosch le daba a ese enigma, no lograba encontrar la solución. La pista de las matrículas seguía siendo tan misteriosa como la del Ama Regina. De golpe, al unir los dos misterios, se le ocurrió una idea.

—Pelfry —dijo Bosch—. Debemos hablar en seguida con él. —Se levantó apresuradamente y añadió—: Jerry, trata de localizar a Pelfry por teléfono y concierta una entrevista con él lo antes posible. Voy a ausentarme unos minutos.

Por lo general, cuando Bosch les decía a sus compañeros que iba a ausentarse, lo que en realidad les estaba diciendo era que salía a fumarse un cigarrillo.

—No lo hagas, Harry —le aconsejó Rider cuando Bosch se dirigió hacia la puerta trasera.

Bosch agitó la mano sin volverse.

—Descuida, no lo haré.

Al llegar al aparcamiento se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Sabía que algunas de sus mejores ideas, fruto de un concienzudo análisis, se le habían ocurrido mientras se fumaba un cigarrillo frente al edificio. Esta vez confiaba en conseguirlo sin la ayuda del tabaco. Al contemplar el recipiente de arena que utilizaban los fumadores de la comisaría, Bosch vio una colilla que asomaba entre la arena. Estaba manchada de carmín. Decidió controlarse.

Pensó en las notas misteriosas. Por el matasellos y las anotaciones hechas por Elias sabía que eran la dos, tres y cuatro, pero faltaba la primera. El significado de la cuarta nota —la advertencia que llevaba Elias en el bolsillo cuando lo asesinaron— era evidente. Con respecto a la tercera, tenían ciertos indicios gracias a los informes obtenidos por Elias mediante una orden judicial. Pero la segunda nota —pon el punto sobre la i humbert humbert— no tenía ningún sentido para Bosch.

El detective observó de nuevo la colilla que asomaba entre la arena pero volvió a reprimirse. De todos modos, no llevaba cerillas ni encendedor.

De pronto se le ocurrió que la otra pieza del rompecabezas que no parecía tener ningún sentido, al menos hasta ese momento, era la posible relación de Elias con el Ama Regina.

Bosch se volvió y entró apresuradamente en la comisaría. Edgar y Rider estaban examinando el montón de informes y documentos. Bosch se acercó a la mesa.

—¿Quién tiene el expediente del Ama Regina? —preguntó.

—Está ahí —respondió Edgar.

El detective entregó el expediente a Bosch, quien extrajo la foto del Ama Regina. Acto seguido la colocó junto a una de las notas misteriosas y comparó lo que aparecía escrito en la parte inferior de la nota con lo que estaba escrito debajo de la foto, la dirección de la página *web*. Le resultaba imposible determinar si ambas notas habían sido escritas por la misma mano. Él no era un experto en el tema y no apreció ninguna anomalía que le facilitara la tarea.

Cuando Bosch retiró la mano de la foto, los bordes superiores e inferiores se alzaron levemente, lo que indicaba que la hoja había sido doblada por arriba y por abajo, como para introducirla en un sobre.

—Creo que ésta es la primera nota —dijo.

Bosch había constatado a menudo que llegar a una conclusión lógica era como desatascar una cañería. Tan pronto como ésta quedaba desatascada, todo fluía. Bosch se percató de algo que quizá debería haber visto desde un principio.

—Llama a la secretaria de Elias, Jerry. Ahora mismo. Pregúntale si Elias tenía una impresora en color en el despacho. Hubiéramos debido reparar en esto. Tenía que haberme fijado.

—¿A qué te refieres?

—Llama a la secretaria.

Edgar buscó el número de teléfono en la agenda. Rider se acercó a Bosch y contempló la foto impresa en la hoja. De pronto captó lo que estaba pensando Bosch, adonde quería ir a parar.

—Ésta es la primera nota —dijo Bosch—. Pero Elias no conservó el sobre porque supuso que se la había enviado un chiflado.

—Y seguramente así fue —apostilló Edgar, sosteniendo el auricular junto a la oreja—. Nosotros estuvimos allí, esa mujer no lo conocía y no sabía por qué…

De pronto se detuvo y preguntó a través del auricular:

—¿La señora Quimby? Soy el detective Edgar. Ayer hablé con usted. Quisiera hacerle otra pregunta. ¿Sabe si en el despacho había una impresora en color?

Edgar esperó en silencio sin apartar la vista de Bosch y de Rider.

—Gracias, señora Quimby.

Tras despedirse de la secretaria colgó.

—No hay una impresora en color.

Bosch contempló la foto del Ama Regina.

—Deberíamos habernos percatado de esto ayer —observó Rider.

Cuando Bosch se disponía a preguntar a Edgar si había logrado localizar a Pelfry, el investigador privado, sonó su busca. Bosch comprobó que era el número de su casa. Eleanor.

—Sí, he hablado con él —respondió Edgar—. Nos recibirá esta tarde en su oficina. No le dije nada sobre los recibos ni sobre Regina. Sólo le comenté que queríamos hablar con él.

—De acuerdo.

Bosch descolgó el teléfono y marcó el número de su casa. Eleanor atendió la llamada al cabo de tres tonos. Su voz denotaba que tenía sueño o que estaba triste.

—Eleanor.

—Harry.

—¿Estás bien?

Bosch se sentó de nuevo en su silla, y Rider hizo lo propio.

—Perfectamente… Acabo de…

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato.

—¿Has ganado?

—No he jugado. Después de que me llamaras allí anoche… Me marché.

Bosch se inclinó hacia adelante, apoyó un codo en la mesa y la frente en la mano.

—¿Dónde… fuiste?

—A un hotel… He vuelto para recoger mi ropa y algunas cosas. Yo…

—¿Eleanor?

Se produjo un largo silencio a través del teléfono. Bosch oyó decir a Edgar que iba a tomarse un café en la sala de guardia. Rider también se apuntó, aunque Bosch sabía que no tomaba café. Era aficionada a una serie de infusiones de hierbas que guardaba en un cajón de su mesa.

—Esto no va bien, Harry —dijo Eleanor.

—¿A qué te refieres?

Se produjo otro largo silencio antes de que Eleanor respondiera.

—He estado pensando en la película que vimos el año pasado. *Titanic*.

—La recuerdo.

—Y la chica de la película. Se enamoró del chico, al que había conocido en el barco. Y fue… Estaba tan enamorada de él que al final no quiso abandonar el barco. Ella se negó a subirse en el bote salvavidas para permanecer con él.

—Lo recuerdo, Eleanor.

Bosch recordó que su mujer no había dejado de llorar y que él había sonreído, incapaz de comprender que una película la afectara tanto.

—Lloraste como una Magdalena.

—Sí, porque a todos nos gustaría tener un amor como ése. Tú mereces que yo te ame así, Harry, pero…

—No, Eleanor, lo que tú me das es más de lo que…

—La chica abandona el bote salvavidas para subir de nuevo a bordo del *Titanic*, Harry. —Eleanor se rió, pero era una risa triste—. Nadie puede superar eso.

—Tienes razón. Pero es una película. Escucha…, tú eres lo que más quiero en el mundo, Eleanor. No tienes que hacer nada por mí.

—Sí, sí… Te amo, Harry. Pero no lo suficiente. Tú mereces más que eso.

—No, Eleanor… Por favor, yo…

—Me marcho durante un tiempo. Para reflexionar.

—Espérame en casa. Dentro de quince minutos estoy ahí. Hablemos con calma…

—No, no. Por eso te he llamado al busca. No puedo despedirme de ti cara a cara.

Bosch se dio cuenta de que Eleanor estaba llorando.

—Voy para casa.

—No me encontrarás aquí —insistió ella—. Antes de llamarte he metido el equipaje en el coche. Sabía que querrías venir para disuadirme.

Bosch se cubrió los ojos con la mano. Deseaba estar a oscuras.

—¿Adónde irás?

—No lo he decidido.

—¿Me llamarás?

—Sí.

—¿Te sientes bien?

—Sí…, muy bien.

—Te quiero, Eleanor. Sé que no te lo he dicho las suficientes veces pero yo…

Eleanor hizo un ruidito como para indicar que se callara, y Bosch se detuvo.

—Te quiero, Harry. Pero tengo que hacerlo.

Bosch sintió como si se hubiera roto algo en su interior.

—De acuerdo, Eleanor —dijo.

A continuación se produjo un silencio oscuro como el interior de un ataúd. El de Bosch.

—Adiós, Harry —dijo ella—. Nos veremos.

Eleanor colgó el teléfono. Bosch retiró la mano de su rostro y el auricular del oído. En su mente vio una piscina con la superficie lisa como una manta sobre un lecho. Recordó un episodio ocurrido hacía muchos años, cuando le dijeron que su madre había muerto y que se había quedado solo en el mundo. Él echó a correr hacia la piscina y se tiró de cabeza, sumergiéndose debajo de aquella superficie en calma, en el agua templada. Al llegar al fondo comenzó a gritar hasta que se quedó sin aire y sintió un dolor agudo en el pecho. Al final tuvo que elegir entre quedarse allí abajo y morir, o subir hacia la superficie y salvar la vida.

Bosch hubiera dado cualquier cosa por sumergirse otra vez en aquella piscina de agua templada.

Sentía deseos de gritar hasta que le estallaran los pulmones.

—¿Todo bien?

Eran Rider y Edgar. Edgar sostenía en la mano una humeante taza de café. Rider parecía preocupada o tal vez asustada por la expresión del rostro de Bosch.

—Sí —respondió Bosch—. De maravilla.

23

Disponían de hora y media antes de reunirse con Pelfry. Bosch dijo a Edgar que enfilara hacia Hollywood Wax and Shine, la empresa en la que Harris había trabajado. Estaba en Sunset, relativamente cerca de la comisaría. Edgar aparcó junto a la acera y los dos detectives observaron en silencio. Había pocos clientes. La mayoría de los empleados, que iban vestidos con unos monos naranja y que secaban y lustraban los coches por un sueldo irrisorio y una pequeña propina, se hallaban sentados, con el trapo al hombro, aguardando a que apareciera algún cliente. Observaron el sedán como si la policía tuviera la culpa de su situación.

—La gente está expuesta a que le vuelquen el coche y le prendan fuego. ¿Para qué van a llevarlo a lavar? —dijo Edgar.

Bosch no respondió.

—Pero quisieran estar en el lugar de Michael Harris —continuó Edgar sin quitar ojo a los empleados de Wax and Shine—. Hasta yo estaría dispuesto a pasar tres días en la sala de interrogatorios y que me metieran un lápiz en el oído con tal de llegar a millonario.

—O sea que le crees —dijo Bosch.

Bosch no le había contado la confesión que le había hecho Frankie Sheehan en el bar. Edgar asintió con la cabeza.

—Sí, Harry, le creo.

Bosch se preguntó cómo había sido capaz de no darse cuenta de que la policía podía torturar a un sospechoso. ¿Por qué estaba dispuesto Edgar a aceptar la historia de un sospechoso en lugar de la versión de la policía? ¿Se debía a su experiencia como policía o a que era negro? Bosch supuso que era por esta última circunstancia, lo cual hizo que se sintiera deprimido porque daba a Edgar un punto de vista que él jamás tendría.

—Voy a ir a hablar con el gerente —le dijo Bosch—. Será mejor que no salgas del coche.

—Venga, hombre. No se atreverán a tocarlo.

Los dos detectives se apearon del sedán y lo cerraron con llave.

Mientras se dirigían hacia el taller, Bosch pensó en los monos de color naranja y se preguntó si sería una coincidencia. Supuso que la mayoría de los hombres que trabajaban en un taller de lavado de coches eran ex presidiarios recién salidos de la cárcel del condado, una institución donde también llevaban monos de color naranja.

Una vez en el taller, Bosch compró una taza de café y dijo que quería hablar con el gerente. La cajera señaló una puerta abierta al final de un pasillo.

—Me apetece una Coca-Cola —dijo Edgar mientras recorrían el pasillo—, pero creo que no sería capaz de bebérmela después de lo que vi anoche en casa de esa puta.

En el despacho, un espacio reducido y desprovisto de ventanas, había un hombre sentado ante el escritorio con los pies apoyados en un cajón abierto.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles, agentes?

Bosch sonrió ante la perspicacia del gerente del taller, que tenía que comportarse como un hombre de negocios y al mismo tiempo como un agente encargado de vigilar a presos en libertad condicional. Si los empleados eran ex presidiarios, ése era el único trabajo que podían conseguir. Eso significaba que el gerente había visto a un montón de policías y los distinguía de lejos. O bien los había visto llegar en el sedán.

—Estamos trabajando en un caso —le explicó Bosch—. El caso de Howard Elias.

El gerente lanzó un silbido de admiración.

—Hace unas semanas el señor Elias consiguió mediante una orden judicial unos papeles de esta empresa —prosiguió Bosch—. Unos recibos en los que figuran los números de matrículas de sus clientes. ¿Sabe algo de ese tema?

El gerente reflexionó unos instantes antes de responder.

—Lo único que sé es que yo mismo tuve que revisar todos mis papeles y hacer unas copias para facilitárselos a su ayudante.

—¿Su ayudante? —preguntó Edgar.

—Claro, ¿o es que piensa que un tipo como Elias habría venido a buscar él mismo los recibos? Envió a un hombre. Guardo su tarjeta.

El gerente apoyó los pies en el suelo y abrió un cajón del escritorio en el que había un montón de tarjetas de visita sujetas con una goma elástica. El hombre le mostró una a Bosch.

—¿Pelfry? —inquirió Edgar.

Bosch asintió.

—¿Les dijo ese tipo qué era lo que andaban buscando exactamente? —preguntó al gerente.

—No lo sé. Tendrían que preguntárselo a ellos. Mejor dicho, a Pelfry.

—¿Ha regresado Pelfry para devolverle los recibos?

—No. Eran copias. Es decir, regresó, pero no los devolvió.

—Entonces ¿para qué regresó? —inquirió Edgar.

—Quería ver una de las viejas tarjetas de fichar de Michael Harris. De cuando trabajaba aquí.

—¿Cuál? —preguntó Edgar con tono impaciente.

—No me acuerdo. Le di una copia. Vayan a hablar con él y quizá…

—¿Le mostró una orden judicial para llevarse la tarjeta de fichar?

—No, me la pidió y ya está. Yo se la entregué sin mayores problemas. Pero me dijo la fecha, cosa que usted no ha hecho. No la recuerdo. Miren, si quieren averiguar más detalles sobre este asunto, será mejor que se pongan en contacto con nuestro abogado. No quiero seguir hablando de un tema que no…

—Olvídese de la tarjeta y de los recibos —le cortó Bosch—. Háble me de Michael Harris.

—¿Qué quiere que le diga? Nunca me causó problemas. Era un buen tipo, y de repente vienen y me dicen que ha matado a una niña. Y que la había violado. Me costó creer que fuera el mismo tipo al que yo conocía. Pero no estuvo trabajando aquí mucho tiempo. Sólo unos cinco meses.

—¿Sabe usted dónde estuvo antes? —preguntó Edgar.

—Sí. En Corcoran.

Corcoran era una penitenciaría cercana a Bakersfield. Bosch dio las gracias al gerente del taller y se marcharon. Bebió unos sorbos de café antes de arrojar el vaso a un contenedor de basura y dirigirse hacia el coche.

Mientras Bosch esperaba a que su compañero le abriera la puerta del pasajero, Edgar se dirigió hacia el lado del conductor.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa?

—Han escrito una burrada en la puerta.

Bosch se acercó a echar un vistazo. Alguien había utilizado tiza azul celeste —con la que se anotaban las instrucciones de lavado en el parabrisas de los coches de los clientes— para tachar las palabras «Para servir y proteger» en el guardabarros delantero del lado del conductor y escribir en su lugar, con letras bien grandes, las palabras «Para asesinar y lisiar».

—Muy original —comentó Bosch.

—Vamos a pegarles una patada en el culo.

—No, Jerry, déjalo estar. No vale la pena empezar un follón que luego cuesta tres días acabarlo. Como la última vez. Como el de Florence y Normandie.

Edgar abrió la puerta del conductor y luego la del pasajero, con cara de pocos amigos.

—Estamos cerca de la comisaría —dijo Bosch, después de subir al coche—. Podemos volver allí y borrarlo. O utilizar mi coche.

—Me gustaría limpiarla con los morros de uno de esos mamones.

Después de limpiar el coche aún les quedaba tiempo para ir al solar donde habían hallado el cadáver de Stacey Kincaid. Estaba cerca de Western y les pillaba de camino al centro, donde tenían que reunirse con Pelfry.

Edgar no despegó los labios durante todo el trayecto. Se había tomado la gamberrada contra el coche como un asunto personal. Bosch aprovechó el silencio para reflexionar sobre Eleanor. Se sentía culpable porque en el fondo, pese a su amor por ella, se alegraba de que su relación hubiera llegado a un punto crítico. Faltaba por ver hacia qué lado se inclinaba la balanza.

—Es aquí —dijo Edgar.

Aparcó junto a la acera y contempló el solar. Tenía una extensión aproximada de media hectárea y estaba rodeado por unos edificios de apartamentos que ostentaban unos letreros en los que se ofrecía toda una serie de incentivos y sistemas de financiación a los futuros inquilinos. No parecían viviendas en las que la gente se instalara por gusto sino por necesidad. Todo el barrio tenía un aspecto mísero y destartalado.

Bosch se fijó en dos ancianos negros que estaban sentados sobre unas cajas en una esquina del solar, bajo un gigantesco eucalipto. Abrió el expediente que había traído consigo y observó el plano que indicaba la ubicación del cadáver. Bosch calculó que se hallaba a menos de quince metros de donde estaban sentados los dos hombres. Volvió las hojas del expediente hasta encontrar el informe sobre el incidente, donde aparecían los nombres de los dos testigos que habían hallado el cuerpo.

—Voy a hablar con esos dos —dijo.

Los dos detectives descendieron del coche, atravesaron el solar sin apresurarse y se dirigieron hacia los ancianos. Al aproximarse, Bosch reparó en unos sacos de dormir y un viejo infiernillo. Junto al tronco del eucalipto había dos carros de supermercado con ropa, bolsas llenas de latas de aluminio y otros trastos.

—¿Son ustedes Rufus Gundy y Andy Mercer?

—Depende de quién quiera saberlo.

Bosch les mostró la placa.

—Quiero hacerles unas preguntas sobre el cadáver que el año pasado encontraron aquí.

—¿Ah, sí? ¡Ya iba siendo hora!

—¿Es usted el señor Gundy o el señor Mercer?

—Yo soy Mercer.

Bosch asintió con la cabeza.

—¿Por qué dice que ya iba siendo hora? ¿No fueron interrogados por los detectives cuando hallaron el cadáver?

—No nos interrogó ningún detective, sino un policía de patrulla, un jovenzuelo que nos preguntó si sabíamos algo.

Bosch asintió. Señaló los sacos de dormir y el infiernillo.

—¿Viven ustedes aquí?

—Hemos tenido una mala racha. Nos quedaremos aquí hasta que podamos encontrar otra cosa.

Bosch sabía que el informe no especificaba que los dos ancianos vivieran en el solar. Decía que cuando pasaban por allí, buscando latas vacías, descubrieron el cadáver.

Tras reflexionar unos instantes, Bosch dedujo el motivo de la confusión.

—Ustedes vivían entonces aquí, ¿no es cierto?

Ninguno de los ancianos respondió.

—No se lo dijeron a los policías porque temieron que les obligaran a marcharse.

Silencio.

—De modo que ocultaron los sacos de dormir y el infiernillo y dijeron al agente de patrulla que pasaban por aquí.

—Si tan listo es —replicó por fin Mercer—, ¿cómo es que no le han nombrado jefe de la policía?

Bosch se rió.

—Porque son lo suficientemente inteligentes para no darme ese cargo. Díganme una cosa. Si en aquella época ustedes dormían aquí por las noches, es probable que hubieran descubierto el cadáver mucho antes si éste hubiera estado aquí desde el mismo día en que la niña fue raptada, ¿no es así?

—Probablemente —respondió Gundy.

—De modo que todo indica que alguien arrojó el cadáver aquí la noche antes de que ustedes lo encontraran.

—Es posible —contestó Gundy.

—Supongo que sí —apostilló Mercer.

—¿Ustedes dormían a unos diez o quince metros de donde se hallaba el cuerpo?

Esta vez los ancianos se abstuvieron de contestar. Bosch se acuclilló ante ellos para mirarlos a los ojos.

—Cuéntenme lo que vieron aquella noche.

—No vimos nada —afirmó Gundy con firmeza.

—Pero oímos cosas —dijo Mercer.

—¿Qué cosas?

—Se detuvo un coche —respondió Mercer—. Se abrió una puerta y luego el maletero. Oímos que algo pesado caía al suelo. Luego se cerraron el maletero y la puerta y el coche arrancó.

—¿No miraron para comprobar de qué se trataba? —se apresuró a preguntar Edgar. Luego se agachó y apoyó las manos en las rodillas—. ¿Alguien arroja un cadáver a menos de quince metros de donde se hallan ustedes y no miran a ver qué ocurre?

—Pues no —replicó Mercer—. La gente arroja basura y trastos en este solar cada noche. Pero nosotros no nos movemos. Seguimos acostados. Por la mañana echamos un vistazo. De vez en cuando encontramos alguna cosa que nos resulta útil. Pero siempre esperamos a que amanezca antes de buscar.

Bosch asintió para indicar que lo comprendía y confió en que Edgar dejara a los ancianos en paz.

—¿Y ustedes no les dijeron nada de esto a los policías?

—No —respondieron Mercer y Gundy al unísono.

—¿Ni a ninguna otra persona? ¿No se lo contaron a alguien que pueda confirmar que lo que dicen es cierto?

Después de reflexionar unos instantes, Mercer meneó la cabeza en sentido negativo mientras Gundy lo hizo afirmativamente.

—Sólo se lo contamos al hombre que envió Elias.

Bosch miró a Edgar y luego a Gundy.

—¿A quién se refiere? —preguntó a éste.

—Al investigador. Le dijimos lo que les hemos contado a ustedes. Dijo que el señor Elias nos pediría que compareciéramos un día ante el tribunal. Nos aseguró que el señor Elias se portaría bien con nosotros.

—¿Pelfry? —preguntó Edgar—. ¿Se llama Pelfry?

—Es posible —contestó Gundy—. No lo sé. —Mercer guardó silencio.

—¿Han leído hoy algún periódico? —inquirió Bosch—. ¿Han visto la televisión?

—¿En qué aparato vamos a ver la tele? —replicó Mercer.

Bosch se incorporó. Ni siquiera sabían que Elias había muerto.

—¿Cuánto hace que el investigador vino a hablarles?

—Más o menos un mes —respondió Mercer.

Bosch miró a Edgar e hizo un gesto con la cabeza para indicar que había terminado de interrogar a los ancianos. Edgar asintió.

—Les agradezco su ayuda —dijo Bosch—. ¿Me permiten que les invite a cenar?

Metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y entregó a cada uno de los ancianos un billete de diez dólares. Éstos le dieron las gracias y los detectives se marcharon.

Mientras circulaban por la autovía del oeste hacia Wiltshire, Bosch empezó a analizar la información que los dos hombres les habían proporcionado.

—Harris es inocente —dijo satisfecho—. Elias lo supo al averiguar que habían movido el cadáver. Lo arrojaron allí tres días después de que la niña fuera asesinada. Harris estaba detenido cuando eso ocurrió. La mejor coartada del mundo. Elias iba a presentar a esos dos ancianos ante el tribunal para desmentir al Departamento de Policía de Los Angeles.

—Un momento, Harry —dijo Edgar—. Eso no prueba de forma concluyente la inocencia de Harris. Quizá tenía un cómplice que se encargó de mover el cadáver de la niña mientras él permanecía detenido.

—Pero ¿por qué iban a arrojar el cadáver tan cerca del apartamento de Harris? Yo no creo que tuviera un cómplice sino que fue el asesino quien arrojó el cadáver de la niña en el solar. Leyó en el periódico o vio en la tele que habían detenido a Harris como sospechoso y trasladó el cadáver al barrio de éste, para añadir otra prueba en su contra.

—¿Y qué me dices de las huellas dactilares? ¿Cómo llegaron las huellas de Harris a esa lujosa mansión de Brentwood? ¿Te has tragado la historia de que las colocaron tu amigo Sheehan y sus hombres?

—No. Debe de haber una explicación, aunque todavía no la conozcamos. Cuando interroguemos a Pel…

De pronto se produjo una detonación y la ventanilla trasera del coche estalló en pedazos. Edgar perdió momentáneamente el control del vehículo, que derrapó y cruzó las líneas amarillas de la autovía. Se oyó un coro de airados bocinazos mientras Bosch se echaba sobre el volante para enderezar la trayectoria del coche.

—¡Joder! —exclamó Edgar cuando logró recuperar el control del vehículo y frenó.

—¡No! —gritó Bosch—. ¡Sigue, no te pares!

Bosch sacó la radio del espacio de recarga que había en el suelo y apretó el botón de transmisión.

—¡Han disparado contra nosotros! Estamos en Western y Olympic.

Mientras mantenía oprimido el botón de la radio, Bosch echó un vistazo al asiento posterior y al maletero. Luego escrutó el tejado y las ventanas de los edificios de apartamentos a dos manzanas de distancia. Pero no vio nada que le llamara la atención.

—Desconocemos la identidad del sospechoso. Un francotirador ha disparado contra una unidad identificable de servicios de investigación. Solicitamos el envío inmediato de refuerzos. Solicitamos vigilancia desde el aire de los tejados situados al este y al oeste de Western. Conviene extremar la precaución.

Bosch cortó la comunicación. Mientras el agente que había recibido el mensaje repetía la mayor parte de lo que había dicho el detective a las otras unidades, Bosch ordenó a Edgar que detuviera el coche.

—Creo que los disparos procedían del lado este —comentó Bosch—. De esos apartamentos con el tejado liso. Creo que primero los he percibido con el oído derecho.

Edgar exhaló profundamente. Sostenía el volante con las manos crispadas y tenía los nudillos tan blancos como los de Bosch.

—¿Sabes qué te digo? —soltó volviéndose hacia su jefe—. Que no vuelvo a montarme en uno de estos malditos coches.

24

—Llegan con retraso. Estaba a punto de marcharme a casa.

Jenkins Pelfry era un hombre alto y corpulento, con el torso musculoso y la piel tan oscura que era difícil distinguir los rasgos de su rostro. Estaba sentado sobre la pequeña mesa de la secretaria en la antesala de sus oficinas, ubicadas en el edificio de Union Law Center. A su izquierda, en un anaquel, había un pequeño televisor sintonizado a un canal informativo. La imagen que aparecía en la pantalla estaba tomada desde un helicóptero que sobrevolaba un sector de la ciudad.

Bosch y Edgar habían llegado con cuarenta minutos de retraso a su cita.

—Lo lamento, señor Pelfry —dijo Bosch—. Hemos tenido un pequeño problema de camino hacia aquí. Le agradezco que nos haya esperado.

—Por suerte para ustedes, no me di cuenta de lo tarde que era. Estaba mirando la televisión. Las cosas tienen mal aspecto. Parece que allí se ha organizado un pequeño tumulto.

Pelfry señaló el televisor con una de sus manazas. Al contemplar la pantalla, Bosch se percató de que la escena que filmaba el helicóptero correspondía al lugar donde el francotirador había disparado contra ellos. Bosch observó que las aceras de Western estaban atestadas de curiosos que contemplaban las idas y venidas de los policías que registraban cada uno de los edificios del barrio. Momentos después llegaron más agentes de policía con cascos antidisturbios.

—Ésos no deberían estar ahí. Están provocando a la gente. ¡Largaos de ahí, tíos, que os van a machacar!

—Eso ya se intentó la última vez —comentó Edgar—. Pero no funcionó.

Los tres hombres siguieron contemplando la televisión en silencio. Al cabo de unos minutos Pelfry extendió la mano y apagó el aparato.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, volviéndose hacia los detectives.

Bosch se identificó y le presentó a su compañero.

—Supongo que ya sabe por qué estamos aquí. Trabajamos en el caso de Howard Elias y sabemos que usted hizo algunas indagaciones por encargo suyo en relación con el asunto del Black Warrior. Queremos que nos ayude, señor Pelfry. Si averiguamos quién lo hizo, quizá logremos calmar los ánimos de la gente.

Bosch señaló la pantalla apagada del televisor para subrayar sus palabras.

—Quieren mi ayuda —dijo Pelfry—. Sí, yo trabajaba para Eli, siempre le llamé Eli. Pero no sé en qué puedo ayudarles.

Bosch miró a Edgar, y su compañero asintió con un leve gesto de cabeza.

—Señor Pelfry, lo que hablemos aquí debe ser confidencial. Mi compañero y yo estamos siguiendo una pista que indica que la persona que mató a Stacey Kincaid también asesinó a Elias. Es posible que éste descubriera la verdad. Si usted sabe lo que sabía él, quizás esté en peligro.

Pelfry soltó una breve y sonora carcajada. Bosch miró a Edgar y luego a Pelfry.

—No se ofenda, pero ésta es la mentira más burda que he oído en mi vida —dijo Pelfry.

—¿Cómo dice?

Pelfry señaló de nuevo el televisor. Bosch observó que la parte inferior de su mano era muy blanca.

—Mire, según Canal Cuatro han empezado a tomar medidas de una celda para meter en ella a un poli, a uno de sus compañeros.

—¿A qué se refiere?

—En estos momentos están interrogando a un sospechoso en Parker.

—¿Han dicho su nombre?

—No, pero lo saben. Han informado de que es uno de los policías que intervino en el caso del Black Warrior. El jefe del equipo, para más detalles.

Bosch se quedó estupefacto. El jefe del equipo era Frankie Sheehan.

—Esto es impo… ¿Puedo usar su teléfono?

—Por supuesto. A propósito, ¿sabe que tiene unos trozos de cristal en el pelo?

Bosch se pasó la mano por el cabello y se acercó a la mesa sobre la que reposaba el teléfono. Mientras marcaba el número de la sala de conferencias de Irving, Pelfry no le quitó el ojo de encima.

—Quiero hablar con Lindell.

—Yo soy Lindell.

—Soy Bosch. ¿Qué es lo que han dicho por el Canal Cuatro sobre un sospechoso?

—Estoy en ello. Alguien se ha ido de la lengua. Sólo puedo decirte que yo informé a Irving y de pronto me entero de que lo han dicho por televisión. Creo que fue él mismo quien filtró la noticia, no Chas…

—Me tiene sin cuidado. ¿Qué insinúas, que lo hizo Sheehan? Esto es im…

—Yo no digo eso. Lo dice la persona que ha filtrado la noticia, y creo que esa persona es el subdirector.

—¿Habéis detenido a Sheehan?

—Sí, lo tenemos aquí y estamos hablando con él. Una declaración estrictamente voluntaria. Sheehan piensa que va a librarse. Pero de momento disponemos de todo el día para interrogarle. Ya veremos.

—¿Por qué Sheehan? ¿Por qué lo habéis detenido a él?

—Creí que lo sabías. Esta mañana era el primero en la lista de sospechosos de Chastain. Hace cinco años, Elias lo acusó. Sheehan se cargó a un tío cuando fue a detenerlo por asesinato. Le metió cinco balas. La viuda se querelló contra él y le dieron cien mil dólares de indemnización, aunque yo creo que Sheehan disparó contra él para defenderse. Tu amigo Chastain investigó el hecho y lo exculpó.

—Recuerdo el caso. Sí, Sheehan disparó contra él para defenderse. Pero eso el jurado no lo tuvo en cuenta. Fue poco después de lo de Rodney King.

—Mucho antes de que el caso fuera juzgado, Sheehan amenazó a Elias. Durante una declaración, delante de los abogados, de la viuda y, lo más importante, de la secretaria, que la transcribió palabra por palabra. Esa declaración estaba en uno de los expedientes que Chastain y su equipo revisaron ayer. Sheehan amenazó a Elias de que el día menos pensado, alguien se le acercaría por detrás y lo mataría como a un perro. O algo por el estilo. Sus palabras se ajustan con bastante precisión a lo que ocurrió en Angels Flight.

—Pero hombre, si eso ocurrió hace cinco años…

Bosch observó que tanto Edgar como Pelfry no le quitaban ojo.

—Ya lo sé, Bosch. Pero ¿quién era el detective que investigó el caso del Black Warrior, que Elias iba a llevar ante los tribunales? Frank Sheehan. Aparte de eso, utiliza una Smith and Wesson de nueve milímetros. Y otra cosa, examinamos su expediente. Durante once años Sheehan ha obtenido la máxima puntuación como tirador. Y los disparos en Angels Flight eran obra de un tirador experto. De modo que teniendo en cuenta todos esos datos, Sheehan es el principal sospechoso. Así que lo estamos interrogando.

—Eso de la máxima puntuación como tirador no prueba nada. Dan esos premios como rosquillas. Ocho de cada diez policías lo han obtenido. Y ocho de cada diez policías usan una Smith and Wesson de nueve milímetros. A todo esto, Irving, o quienquiera que haya filtrado las noticias a la prensa, lo arroja a los lobos, sacrificándolo como pasto para los medios a fin de impedir que arda la ciudad.

—Sólo es un sacrificio si Sheehan no lo hizo.

A Bosch le sentó muy mal el tono cínico de Lindell.

—Tómatelo con calma —le espetó—, porque te garantizo que Frankie no es el asesino.

—Tú y Frankie sois amigos, ¿no?

—Fuimos compañeros. Hace mucho.

—Es curioso, porque Frankie no parece sentir un gran afecto por ti. Mis chicos me han informado de que lo primero que ha dicho cuando lo han detenido ha sido «Me cago en Harry Bosch». Por lo visto piensa que lo has traicionado. No sabe que hemos leído su declaración. O no recuerda haberla hecho.

Bosch colgó el teléfono. Estaba estupefacto. Frankie Sheehan creía que Bosch había utilizado en contra de él la conversación que habían mantenido la noche anterior. Creía que Harry le había entregado a los federales. Eso a Bosch le sentó peor que enterarse de que su viejo compañero y amigo estaba siendo interrogado por un caso de asesinato.

—Tengo la impresión de que usted no está de acuerdo con Canal Cuatro —observó Pelfry.

—En efecto, no estoy de acuerdo.

—¿Sabe una cosa? Quizá me equivoque, pero esos trozos de cristal que tiene en el pelo me dicen que ustedes son los tipos que fueron tiroteados en Western.

—¿Y qué? —inquirió Edgar.

—Eso está a pocas manzanas de donde asesinaron a Stacey Kincaid.

—¿Y?

—Si ustedes venían de allí, me pregunto si se encontraron con mis amigos Rufus y Andy.

—Sí, nos encontramos con ellos y averiguamos que el cadáver fue arrojado en el solar tres días después de que la niña fuera asesinada.

—De modo que están siguiendo mis pasos…

—En efecto. Algunos. Anoche visitamos al Ama Regina.

Bosch había salido de su estupor, pero dejó que Edgar conversara con Pelfry mientras él se mantenía en un discreto segundo plano.

—Entonces ¿no es una pura mentira lo que han dicho acerca de quién mató a Eli?

—Por eso estamos aquí.

—¿Qué más quieren saber? Eli no solía mostrar sus cartas. Era muy reservado. Yo nunca sabía en qué esquina del rompecabezas estaba trabajando, no sé si me entienden.

—Háblenos de las matrículas —terció Bosch, poniendo fin a su silencio—. Sabemos que Elias y usted consiguieron que el gerente de Hollywood Wax les entregara los recibos correspondientes a setenta y cinco días. ¿Por qué?

Pelfry observó a los detectives durante unos instantes, como para ganar tiempo.

—Acompáñenme —dijo por fin.

Pelfry los condujo a un despacho situado al fondo.

—No quería enseñarles esto —dijo—, pero ahora…

Pelfry alzó las manos para señalar las cajas que cubrían todas las superficies horizontales del despacho. Eran bajas como las que contienen cuatro paquetes de seis refrescos. Dentro había unos montones de recibos separados por unas cartulinas y fechados.

—¿Son los recibos de Hollywood Wax? —preguntó Bosch.

—Así es. Eli iba a presentarlos en el tribunal como prueba. Me pidió que los guardara aquí hasta que los necesitara.

—¿Qué es lo que Elias pretendía demostrar con ellos?

—Creí que ya lo sabían.

—No estamos tan bien informados como usted, Pelfry.

—Jenkins. O Jenks. Casi todo el mundo me llama Jenks. No sé exactamente qué significan esos recibos, ya les he dicho que Eli no solía enseñarme sus cartas, aunque me lo imagino. Cuando Eli consiguió una orden judicial para examinar esos recibos, me entregó una lista de números de matrículas y me dijo que examinara estos recibos para comprobar si en algunos de ellos figuraban los números de esas matrículas.

—¿Los examinó?

—Sí, me llevó casi una semana.

—¿Y?

—En uno de ellos figura el número de una de esas matrículas.

Pelfry se acercó a una de las cajas y señaló un grupo de recibos clasificados con una cartulina que indicaba la fecha del 12 de junio.

—Es éste.

Pelfry sacó el recibo y se lo mostró a Bosch. Edgar se acercó para echarle un vistazo. El recibo correspondía a un servicio especial. Indicaba que el coche que había que lavar era un Volvo blanco, el número de la matrícula y el precio del servicio, 14,95 dólares.

—¿El número de la matrícula constaba en la lista que le dio Elias? —preguntó Bosch.

—Sí.

—¿Es la única matrícula que se correspondía con uno de los números de los recibos?

—En efecto.

—¿Sabe a quién pertenece ese coche?

—No estoy seguro. Eli no me dijo que lo investigara. Pero me lo imagino.

—A los Kincaid.

—Efectivamente.

Bosch miró a Edgar. Por la expresión de su compañero, Bosch dedujo que no lo había captado.

—Las huellas dactilares. Para demostrar que Harris era inocente más allá de toda duda razonable, Elias tenía que explicar por qué razón las huellas de su cliente se hallaban en el libro de texto de la víctima. Si no existía ningún motivo ni explicación lógica para justificar el que Harris hubiera entrado en casa de los Kincaid y hubiera tocado el libro, podía aducir dos motivos alternativos: Uno, que las huellas habían sido colocadas por la policía. Dos, que Harris tocó el libro cuando éste se hallaba en otro lugar, fuera del dormitorio de la niña.

Edgar asintió para indicar que lo había comprendido.

—Los Kincaid enviaban su coche a lavar al taller de Hollywood Wax and Shine, donde trabajaba Harris. El recibo lo demuestra.

—Exacto. Y Elias sólo tenía que situar el libro en el coche.

Bosch se volvió hacia las cajas que reposaban en el escritorio de Pelfry y golpeó con un dedo la cartulina que ostentaba la fecha.

—El 12 de junio —dijo—. Coincide con la fecha en que comienzan las vacaciones escolares. Los niños sacan sus cosas de las taquillas y se llevan los libros a casa. Como la niña ya no tenía deberes, es posible que dejara sus libros en la parte posterior del Volvo.

—Mandan el Volvo al taller de lavado —intervino Edgar—. Imagino que el servicio especial comprende pasar el aspirador y limpiar el interior del coche.

—El empleado del taller toca el libro mientras limpia el Volvo —añadió Bosch—. Y deja sus huellas dactilares.

—El empleado era Harris —dijo Edgar. Luego miró a Pelfry y agregó—: El gerente del taller dijo que usted regresó para echar un vistazo a las tarjetas de fichar.

—Es cierto. Conseguí una copia de una tarjeta que demuestra que Harris se encontraba trabajando cuando el Volvo blanco llegó al taller de lavado. Eli me pidió que comprobara el dato sin solicitar una orden judicial. Supongo que la tarjeta de fichar era su baza principal, y Eli no quería que nadie lo supiera.

—Ni siquiera el juez que firmó las órdenes —dijo Bosch—. Parece que no se fiaba de nadie.

—Y con razón —apostilló Pelfry.

Mientras Edgar pedía a Pelfry que le mostrara la tarjeta de fichar, Bosch se enfrascó en sus pensamientos, analizando la información. Recordó que Sheehan le había dicho la noche anterior que las huellas dactilares eran muy claras porque la persona que las había dejado allí estaba sudando.

Bosch comprendió que Harris no sudaba debido al nerviosismo por haber cometido un crimen, sino porque estaba trabajando en el taller de lavado, pasando el aspirador en el momento en que dejó las huellas impresas en el libro. Michael Harris era inocente. Sin duda.

Bosch no había estado convencido de ello hasta ese momento. Y estaba perplejo. No era un iluso. Sabía que los policías cometían errores y que personas inocentes acababan en la cárcel. Pero era un error colosal. Un hombre inocente torturado por la policía, que quería obligarle a confesarse culpable de un crimen que no había cometido. La policía, convencida de que había

atrapado al culpable, había abandonado la investigación del caso dejando que el verdadero asesino escapara, hasta que un abogado especializado en derechos civiles había descubierto su identidad, lo cual le había costado la vida. Las reacciones en cadena no habían terminado ahí, pues el asesinato del abogado había llevado de nuevo la ciudad al borde de la autodestrucción.

—¿Quién mató a Stacey Kincaid, señor Pelfry? —inquirió Bosch.

—No lo sé. Sé que no fue Michael Harris, de eso no cabe la menor duda. Pero Eli no me contó el resto, suponiendo que lo hubiera averiguado antes de que ellos lo mataran.

—¿Ellos? ¿Cree que fue más de una persona? —preguntó Bosch.

—¡Yo qué sé!

—Háblenos de Ama Regina —dijo Edgar.

—¿Qué quiere que les diga? Eli dio con una pista y me la pasó. Fui a ver a esa mujer, pero no conseguí relacionarla con el caso. Es una tía rara, pero no creo que tenga nada que ver en el asunto. Ustedes mismos lo habrán comprobado si fueron a hablar con ella. Supongo que Eli dejó de investigar esa pista cuando le dije que no hallé nada que relacionara a esa mujer con el caso.

Tras reflexionar unos momentos, Bosch meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Allí hay algo.

—Pues si Eli lo sabía, no me lo dijo.

Al subir al coche, Bosch llamó a Rider para que le informara sobre las últimas novedades.

La detective le dijo que había terminado de revisar los expedientes y no había encontrado nada que le llamara la atención y requiriera una investigación más a fondo.

—Vamos a hablar con los Kincaid —le dijo Bosch.

—¿Tan pronto?

—Uno de ellos es la coartada de Harris.

—¿Qué?

Bosch le explicó lo del descubrimiento de la matrícula que habían hecho Pelfry y Elias.

—O sea que una de ellas está clara —dijo Rider.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabemos lo que significa una de las cuatro notas misteriosas.

—Sí, supongo que sí.

—Estaba pensando en las dos primeras. Creo que están relacionadas y tengo una idea. Voy a verificarlo en el ordenador. ¿Sabes lo que es un enlace de hipertexto?

—No domino ese lenguaje, Kiz. Aún tecleo con dos dedos.

—Lo sé. Ya te lo explicaré cuando llegues. Quizás haya descubierto algo.

—De acuerdo. Suerte.

Cuando Bosch se disponía a colgar, Rider añadió de pronto:

—A propósito, Harry, te ha llamado Carla Entrenkin. Dijo que tenía que hablar contigo. Pensé en darle el número de tu busca, pero supuse que no querrás que te llame cada vez que se le ocurra algo.

—Bien. ¿Dejó algún número de teléfono?

Rider se lo dio y ambos colgaron.

—¿Vamos a casa de los Kincaid? —preguntó Edgar.

—Sí, acabo de decidirlo. Pide por radio que verifiquen la matrícula del Volvo blanco. Quiero saber a qué nombre está registrado. Yo tengo que hacer una llamada.

Bosch marcó el número que Carla Entrenkin había dejado, y ella misma atendió la llamada al cabo de dos tonos.

—Soy Bosch.

—Detective…

—¿Me ha llamado?

—Sí, quería disculparme por lo de anoche. Me disgustó lo que oí por televisión y…, creo que me pasé de la raya. He hecho algunas indagaciones y creo que estaba equivocada.

—Lo estaba.

—Lo siento.

—Le agradezco que me llamara. Tengo que…

—¿Cómo va la investigación?

—Bien. ¿Ha hablado usted con Irving?

—Sí. Me ha dicho que están interrogando al detective Sheehan.

—No se precipite en sacar conclusiones.

—No lo haré. ¿Y la pista que seguía? Me han dicho que ha decidido volver a investigar el caso original. El asesinato de Stacey Kincaid.

—Podemos demostrar que Harris no la mató. Usted llevaba razón. Elias iba a probar su inocencia ante el tribunal. Harris no es culpable. Ahora tenemos que demostrar que la asesinó otra persona. Sigo pensando que fue la misma persona que mató a Elias. Lo siento, inspectora, pero tengo que colgar.

—¿Me llamará si averigua algo importante?

Bosch reflexionó unos instantes antes de responder. Cuando trataba con Carla Entrenkin le parecía que estuviera conspirando con el enemigo.

—De acuerdo —respondió por fin—. La llamaré si averiguo algo importante.

—Gracias, detective.

—De nada.

25

El zar de los automóviles de Los Angeles y su esposa se habían mudado a una lujosa urbanización cerca de Mulholland Drive llamada The Summit. Estaba rodeada por una verja electrónica y habitada por millonarios que vivían puerta con puerta en unas espectaculares mansiones con vistas desde las colinas de Santa Mónica sobre la cuenca septentrional del valle de San Fernando. Los Kincaid se habían trasladado desde Brentwood a estas colinas custodiadas por una verja electrónica después del asesinato de su hija, una medida demasiado tardía para la pequeña.

Bosch y Edgar habían llamado para anunciar su visita y al llegar a la caseta del guarda, éste los dejó pasar. Después de subir por la serpenteante carretera llegaron a una mansión construida al estilo francés provenzal en unos terrenos situados en lo alto de la urbanización. Una sirvienta latina abrió la puerta y los condujo a un salón más grande que la casa de Bosch. Había dos chimeneas y tres ambientes, amueblados de distinta forma. Bosch no alcanzaba a comprender el motivo de tanta ostentación. La pared norte del salón era prácticamente una cristalera a través de la cual se divisaba una amplia vista del valle. Bosch también tenía una casa en la colina, pero la diferencia en el panorama era de unos quinientos metros de altitud y unos diez millones de dólares de capital. La sirvienta les comunicó que los Kincaid se reunirían con ellos enseguida.

Bosch y Edgar se acercaron a la ventana, tal como se suponía que debían hacer. Los ricos te hacen esperar para que tengas tiempo de admirar todo lo que poseen.

—Vistas de avión —comentó Edgar.

—¿Qué?

—Así llaman a las vistas que contemplas desde una mansión en lo alto de una colina.

Bosch asintió. Unos años atrás, Edgar y su mujer se habían dedicado a vender terrenos para completar los ingresos del matrimonio, hasta que su trabajo de policía corrió el riesgo de convertirse en una actividad secundaria.

Bosch contempló las colinas de Santa Susana, al otro lado del valle. Distinguió Oaks Mountain, que se alzaba sobre Chatsworth. Recordó que hacía muchos años había ido allí con sus compañeros de la academia de policía. Pero no era una hermosa vista pues el valle estaba cubierto por una espesa capa de *smog*. Desde la casa de los Kincaid, debido a la altura, se divisaba justamente ese panorama.

—Ya sé lo que estás pensando. Una fantástica panorámica del *smog*.

Bosch se volvió. Un hombre risueño y una mujer de semblante inexpresivo habían entrado en el salón. Detrás de ellos aparecía otro hombre vestido con un traje oscuro. Bosch reconoció al

primero por haberlo visto en televisión. Sam Kincaid, el de los automóviles. Era más bajo de lo que el detective había supuesto. Más sólido. Su intenso bronceado era natural, no fruto de un hábil maquillaje y su mata de pelo negro también parecía auténtica. En televisión daba la impresión de que era un peluquín. Lucía una camisa de jugar al golf, como las que llevaba siempre en sus espacios publicitarios. Como las que solía lucir su padre hacía una década cuando era él quien aparecía en la televisión.

La mujer tenía unos cuarenta años, algo más joven que Kincaid, y se conservaba estupendamente gracias a las sesiones semanales de masaje y a las visitas a los salones de belleza de Rodeo Drive. Fijó la vista en el panorama, sin mirar a Bosch ni a Edgar. Tenía una mirada como ausente y Bosch supuso que Katherine Kincaid aún no se había recuperado de la trágica muerte de su hija.

—Pero ¿saben lo que les digo? —dijo Sam Kincaid sin dejar de sonreír—. No me importa ver el *smog*. Mi familia lleva tres generaciones vendiendo coches en esta ciudad. Desde 1928. Eso representa muchos años y muchos coches. Ese *smog* me lo recuerda continuamente.

Parecía una frase ensayada, como si la utilizara con todos sus visitantes para romper el hielo. El zar de los automóviles avanzó con la mano tendida.

—Sam Kincaid. Ésta es mi esposa, Kate.

Bosch le estrechó la mano, se identificó y luego presentó a Edgar. Por la forma en que Kincaid observó a Edgar antes de estrecharle la mano, Bosch dedujo que su compañero era el primer negro que ponía los pies en aquel salón, sin contar a los que se encargaban de servir los canapés y las bebidas.

Bosch miró al hombre que permanecía de pie debajo del arco de la entrada. Kincaid se apresuró a presentarlo:

—D. C. Richter, mi jefe de seguridad. Le pedí que se reuniera con nosotros. Espero que no le moleste.

A Bosch le chocó la presencia del jefe de seguridad, pero no dijo nada. Saludó a Richter con una breve inclinación de cabeza, y el hombre le devolvió el gesto. Era alto y delgado, aproximadamente de la edad de Bosch, con el pelo corto y canoso y peinado con gel. También lucía un pequeño pendiente, un aro de oro, en la oreja izquierda.

—¿Qué podemos hacer por ustedes, caballeros? —inquirió Kincaid—. Debo reconocer que no me esperaba esta visita. Suponía que con lo que está pasando ustedes estarían en la calle, tratando de controlar a esos animales.

Se produjo un tenso silencio. Kate Kincaid clavó la vista en la alfombra.

—Estamos investigando la muerte de Howard Elias —dijo Edgar—. Y la de su hija.

—¿La de mi hija? No le comprendo.

—¿Podemos sentarnos, señor Kincaid? —preguntó Bosch.

—Desde luego.

Kincaid los condujo hacia una zona del salón presidida por dos sofás situados en torno a una mesa de café, con superficie de cristal. A un lado había una chimenea en la que casi cabía un hombre de pie; al otro estaba la cristalera, a través de la cual se divisaba una espléndida vista del valle. Los Kincaid se sentaron en uno de los sofás, y Bosch y Edgar ocuparon el otro. Richter permaneció de pie, detrás del sofá en el que estaban los Kincaid.

—Hemos venido para informarles de que hemos reabierto la investigación de la muerte de Stacey —les explicó Bosch—. Debemos comenzar de nuevo.

Los Kincaid se quedaron con la boca levemente abierta en un gesto de perplejidad.

—Mientras investigábamos el asesinato de Howard Elias, ocurrido la noche del viernes —continuó Bosch—, descubrimos cierta información que creemos que exonera a Michael Harris. Nosotros…

—¡Imposible! —bramó Sam Kincaid—. Harris es el asesino. Hallaron sus huellas en la casa, en nuestra antigua casa. ¿Va a decirme que el Departamento de Policía de Los Angeles cree ahora que su propia gente colocó las pruebas?

—No, señor. Lo que digo es que ahora tenemos una explicación razonable de esas pruebas.

—Pues me encantaría oírla.

Bosch sacó papeles doblados del bolsillo de la chaqueta y los abrió. Uno era una fotocopia del recibo del lavado de coche que había hallado Pelfry. El otro era una fotocopia de la tarjeta de fichar de Harris, proporcionada también por Pelfry.

—Señora Kincaid, usted conduce un automóvil blanco de la marca Volvo cuyo número de matrícula es uno-B-H-seis-seis-ocho, ¿de acuerdo?

—No —intervino Richter.

Bosch lo miró un momento y luego observó de nuevo a la mujer.

—¿Condujo ese vehículo este verano?

—Conduje un automóvil blanco Volvo, sí —respondió la señora Kincaid—. No recuerdo la matrícula.

—Mi familia es propietaria de once concesionarios y tiene participación en otras seis en este condado —aclaró su esposo—. Chevrolet, Cadillac, Mazda, un montón de marcas. Incluso tenemos un concesionario Porsche. Pero no poseemos ninguna franquicia de Volvo. Y ya ve, ése es precisamente el coche preferido de mi esposa. Decía que era más seguro para Stacey y luego termina… ya qué más da.

Sam Kincaid se cubrió la boca con la mano y guardó silencio. Bosch esperó unos momentos antes de proseguir.

—Les aseguro que ése es el número de la matrícula. El coche estaba registrado a su nombre, señora Kincaid. El 12 de junio del año pasado ese coche, el Volvo, fue lavado en Hollywood Wax and Shine, en Sunset Boulevard. La persona que lo conducía pidió un servicio especial, que comprendía pasar el aspirador y limpiar el interior del coche. Éste es el recibo.

Bosch lo depositó en la mesa de café, delante de los Kincaid. Ambos se inclinaron para mirarlo. Richter también se acercó a echar un vistazo.

—¿Alguno de ustedes recuerda haber llevado el coche allí?

—Nosotros no lavamos nuestros coches —contestó Sam Kincaid—. Y no acudimos a talleres públicos de lavado. Cuando quiero que me laven un coche lo llevo a uno de nuestros concesionarios. No tengo que pagar para que…

—Ya recuerdo —le interrumpió su mujer—. Lo llevé yo. Llevé a Stacey al cine, a El Capitán. Cerca del aparcamiento donde dejamos el automóvil estaban haciendo obras, estaban instalando un tejado nuevo en el edificio junto al garaje. Cuando salimos del cine observé que el coche tenía algunas manchas que parecían de alquitrán. Como era blanco, las manchas

destacaban mucho. Así que cuando pagué el tíquet pregunté al empleado del aparcamiento dónde podía llevarlo para que me lo lavaran, y él me indicó el taller de Sunset Boulevard.

Kincaid observó a su esposa como si ésta acabara de soltar un eructo en el baile de beneficencia.

—De modo que lo llevó allí —dijo Bosch.

—Sí. Ahora lo recuerdo.

La señora Kincaid miró a su esposo y luego a Bosch.

—El recibo indica el doce de junio —dijo Bosch—. ¿Cuántos días hacía que su hija había comenzado las vacaciones de la escuela?

—Fuimos al cine al día siguiente de que empezaran las vacaciones, para celebrarlo. Llevé a mi hija a comer y al cine. Era una película sobre dos hombres que no logran dar con un ratón que tienen en casa. Era divertida… El ratón resulta ser más listo que ellos.

Los ojos de la señora Kincaid expresaban los recuerdos que guardaba de la película y de su hija. Luego volvió a fijarlos en Bosch.

—De modo que la escuela ya había cerrado —observó el detective—. ¿Es posible que su hija se dejara los libros de la escuela en el Volvo, en la parte posterior del coche?

Kate Kincaid asintió lentamente.

—Sí. Recuerdo que un día, durante el verano, le dije que sacara los libros del coche porque se deslizaban sobre el asiento mientras yo conducía. Pero no lo hizo. Por fin los saqué yo misma y los llevé a su habitación.

Bosch se inclinó de nuevo hacia adelante y depositó la otra fotocopia sobre la mesa.

—Michael Harris trabajaba el verano pasado en Hollywood Wax and Shine. Ésta es la tarjeta de fichar correspondiente a la semana que comprende el 12 de junio. El día que usted llevó el Volvo para que lo lavaran trabajó la jornada completa.

Sam Kincaid se inclinó hacia adelante y examinó la fotocopia.

—¿De modo que durante todo este tiempo nosotros…? —empezó a decir Kincaid, pero se detuvo—. ¿Insinúa usted que ese hombre, Harris, al pasar el aspirador por el interior del Volvo debió de tocar el libro de mi hijastra, lo tomó o tocó sin querer? Posteriormente mi esposa trasladó el libro a la habitación de Stacey, y cuando la raptaron…

—La policía encontró las huellas en el libro —concluye Bosch—. Sí, eso es lo que pensamos.

—¿Porqué no dijeron eso durante el juicio? ¿Por qué…?

—Porque existían unas pruebas que vinculaban a Harris con el asesinato —respondió Edgar —. Stacey fue hallada a menos de dos manzanas del apartamento de Harris. Eso le apuntaba directamente. Su abogado decidió que la mejor defensa era ir a por los policías que habían investigado el caso. Arrojar dudas sobre la autenticidad de las huellas, poniendo en entredicho la honestidad de los policías No se molestó en investigar la verdad.

—Y los policías tampoco —apostilló Bosch—. Tenían las huellas dactilares. Así que cuando hallaron el cadáver en el barrio donde vivía Harris, fue un caso cerrado. La opinión pública quedó muy impresionada desde el principio, y esto incidió en la investigación. A partir del momento en que hallaron el cadáver y relacionaron el crimen con Harris, la investigación dio un giro. La policía dejó de centrarse en la búsqueda de la niña para perseguir un objetivo específico. Pero no investigaron la verdad de lo ocurrido.

Sam Kincaid se quedó estupefacto.

—¿Se imagina el odio que he acumulado durante este tiempo? —preguntó a Bosch—. Odio, rencor…, ésas han sido las únicas emociones que he sentido durante estos últimos nueve meses…

—Le comprendo bien, señor Kincaid —dijo Bosch—. Pero debemos partir de cero. Tenemos que volver a investigar el caso. Eso fue lo que había comenzado a hacer Howard Elias. Hay motivos fundados para creer que él sabía lo que acabo de contarles. Pero además sabía o sospechaba quién era el asesino de la niña. Creemos que por eso lo mataron.

Sam Kincaid lo miró perplejo.

—Pero hace un rato dijeron en televisión…

—La televisión se equivoca, señor Kincaid. Los de la televisión se equivocan y nosotros estamos en lo cierto.

Kincaid asintió. Luego alzó los ojos para contemplar la vista y el *smog*.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Kate Kincaid.

—Su ayuda. Su cooperación. Comprendo que esto les ha pillado por sorpresa, y no les pedimos que lo dejen todo para colaborar con nosotros. Pero como habrán podido comprobar si ven la televisión, el tiempo apremia.

—Cuente con nuestra colaboración —dijo Sam Kincaid—. Y D. C. hará lo que ustedes le ordenen.

Bosch miró al guarda de seguridad y de nuevo a Kincaid.

—Creo que no será necesario. Sólo queremos hacerles unas cuantas preguntas más y mañana volveremos para examinar de nuevo todos los detalles del caso.

—De acuerdo. ¿Qué desea saber?

—Howard Elias averiguó lo que acabo de contarles por medio de una nota anónima que recibió por correo. ¿Sabe usted o su esposa quién pudo haberla enviado? ¿Sabía alguien que habían llevado el Volvo a lavar a Hollywood Wax and Shine?

—Sólo lo sabía yo —dijo Kate Kincaid tras un breve silencio—. No creo que lo supiera nadie más. No recuerdo haberle dicho a nadie que había llevado a lavar el coche allí. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Envió usted la nota a Howard Elias?

—No, claro que no. ¿Por qué iba a ayudar a Michael Harris? Yo creía que él era… el que se llevó a mi hija. Ahora usted me dice que es inocente, y yo le creo. Pero antes no, no habría movido un dedo para ayudarle.

Bosch observó detenidamente a la señora Kincaid, que tenía los ojos clavados en la mesa de café mientras hablaba. Luego los alzó para contemplar el valle durante unos segundos y por fin los fijó en sus manos, que tenía crispadas sobre el regazo. En ningún momento miró a su interrogador. Bosch llevaba muchos años tratando de adivinar los pensamientos de las personas a las que entrevistaba e interrogaba. En aquel momento comprendió que Kate Kincaid había enviado la nota a Elias. Pero no se explicaba el motivo. Bosch miró a Richter y comprobó que no le quitaba ojo de encima a la señora Kincaid. El detective se preguntó si el guarda de seguridad también habría adivinado que ella había enviado la nota.

—¿Quiénes son ahora los propietarios de la casa de Brentwood donde se cometió el crimen? —preguntó Bosch.

—Nosotros seguimos siendo los propietarios —contestó Sam Kincaid—. Aún no hemos decidido qué hacer con ella. En parte queremos venderla para no volver a pensar en ella. Pero en parte… Stacey vivió la mitad de su vida allí…

—Lo comprendo. Nos gustaría…

De pronto sonó el busca del detective. Bosch lo desconectó y prosiguió con el interrogatorio.

—Me gustaría echar un vistazo a la habitación de la niña. Mañana, a ser posible. Para entonces habré obtenido una orden del juez. Imagino que anda usted siempre muy atareado, señor Kincaid. Quizá su esposa podría reunirse conmigo allí y mostrarme la casa. La habitación de Stacey. Si no le importa.

Por la expresión de Kate Kincaid era evidente que le aterrorizaba la idea de volver a poner los pies en la casa de Brentwood. Pero asintió de mala gana.

—D. C. la llevará en el coche —declaró Sam Kincaid—. Puede recorrer la casa a su gusto. No necesita una orden de registro. Le damos nuestra autorización. No tenemos nada que ocultar.

—No pretendía insinuar eso, señor Kincaid. La orden de registro es necesaria para evitar posibles complicaciones. Es más bien una protección para nosotros. Si encontramos en la casa nuevas pruebas que nos conduzcan al asesino, no queremos que puedan cuestionarse los métodos empleados para conseguir esas pruebas.

—Comprendo.

—Le agradezco que me ofrezca la ayuda del señor Richter, pero creo que no será necesaria. —Bosch miró a Kate Kincaid—. Preferiría que viniera usted sola, señora Kincaid. ¿A qué hora le va bien que nos reunamos allí?

Mientras Kate Kincaid reflexionaba sobre el particular, Bosch miró el busca. La llamada procedía de una de las líneas de Homicidios. Pero después del número de teléfono aparecía un 911. Era un código de Kiz Rider: Llama inmediatamente.

—Discúlpenme —dijo Bosch—. Al parecer es una llamada importante. ¿Puedo utilizar su teléfono? Tengo el móvil en el coche, pero en estas colinas no sé si habrá cobertura…

—No faltaba más —respondió Sam Kincaid—. Puede usar el teléfono de mi despacho. Diríjase hacia el vestíbulo de entrada y tuerza a la izquierda. Es la segunda puerta a la izquierda. Allí no le molestará nadie. Nosotros le esperaremos aquí con el detective Edwards.

Bosch se levantó.

—Me llamo Edgar —dijo Edgar.

Mientras Bosch se dirigía hacia el vestíbulo de entrada sonó el busca de Edgar. Imaginó que era Rider, que le enviaba el mismo mensaje. Miró su busca y luego a los Kincaid.

—Será mejor que vaya con el detective Bosch.

—Parece que es algo muy urgente —observó Sam Kincaid—. Confío en que no se trate de un disturbio.

—Yo también —dijo Edgar.

El despacho de Kincaid podía alojar a todo el departamento de Homicidios de Hollywood. Era una habitación inmensa con unas estanterías adosadas a dos de las paredes que llegaban hasta el elevado techo. El centro de la estancia estaba ocupado por un escritorio en el que cabía otro pequeño despacho. En comparación con aquél, el de Howard Elias parecía una miniatura.

Bosch se acercó al escritorio y descolgó el teléfono que reposaba sobre él. Unos instantes después entró Edgar.

—¿Has recibido una llamada de Kiz? —preguntó Bosch.

—Sí. Debe de haber ocurrido algo.

Bosch marcó el número y esperó. Sobre el escritorio había una fotografía colocada en un marco de oro, en la que se veía a Kincaid con su hijastra en las rodillas. La niña era una preciosidad. Bosch pensó en el comentario de Frankie Sheehan, de que parecía un ángel, incluso muerta. Bosch apartó la vista y se fijó en el ordenador, que estaba instalado en una mesita a la derecha del escritorio. En la pantalla, cubierta por un filtro, vio una serie de coches circulando a través de la misma. Edgar también se fijó en ese detalle.

—El zar de los automóviles —murmuró Edgar—. Yo lo llamaría más bien el rey del *smog*.

Rider atendió la llamada antes de que sonara el segundo tono.

—Soy Bosch.

—Harry, ¿has hablado ya con los Kincaid?

—En estos momentos estamos en su casa, interrogándoles. ¿Qué ocurre?

—¿Se lo has dicho?

Bosch guardó un momento de silencio.

—¿Decirles qué? —preguntó en voz baja.

—Sal de ahí y vuelve enseguida a la comisaría, Harry.

Bosch nunca había oído expresarse a Rider en un tono tan serio. Miró a Edgar, que enarcó las cejas en un gesto de perplejidad.

—De acuerdo, Kiz, vamos para allá. ¿Puedes explicarme el motivo?

—No. Es mejor que te lo enseñe. He encontrado a Stacey Kincaid en el más allá.

26

Bosch no hubiera sabido describir la expresión que observó en el rostro de Kizmin Rider cuando regresó con Edgar a la sala de patrullas. La detective estaba sentada ante la mesa de Homicidios, con su ordenador portátil ante ella; el resplandor de la pantalla se reflejaba sobre su rostro de piel oscura. Parecía tan horrorizada como resuelta. Bosch conocía esa expresión pero no sabía cómo describirla. Al parecer había visto algo espantoso, pero estaba decidida a resolverlo.

—Hola, Kiz —dijo Bosch.

—Siéntate. Espero que no os hayáis dejado pelos en la tarta que hayáis compartido con los Kincaid.

Bosch y Edgar tomaron asiento. Rider se refería a una metedura de pata que pudiera perjudicar el caso debido a un error constitucional o de procedimiento. Si un sospechoso pide hablar con su abogado pero confiesa su delito antes de que aparezca el abogado, hay pelos en la tarta. La confesión no es válida. Asimismo, si la policía no informa a un sospechoso de sus derechos antes de interrogarle, nada de lo que éste diga podrá ser utilizado en el juicio.

—Ninguno de ellos era sospechoso cuando llegamos allí —dijo Bosch—. No había motivo para informarles de sus derechos. Les dijimos que habíamos reabierto el caso y les formulamos unas preguntas rutinarias. De todos modos, no nos revelaron nada importante. Les informamos de que se había demostrado la inocencia de Harris y eso fue todo. ¿Qué has averiguado, Kiz? Venga, enséñanoslo.

—De acuerdo, acercaos.

Bosch y Edgar se situaron con sus sillas a ambos lados de Rider. En el monitor aparecía la página *web* del Ama Regina.

—Vayamos por partes. ¿Alguno de vosotros conoce a Lisa o a Stacey O’Connor que trabajan en Fraudes en la Central?

Bosch y Edgar negaron con la cabeza.

—Aunque tienen el mismo apellido no son hermanas. Trabajan con Sloane Inglert. Sabéis quién es, ¿no?

Esta vez los dos detectives asintieron. Inglert pertenecía a una nueva unidad de fraudes informáticos instalada en el Parker Center. Meses atrás, el equipo, y en particular Inglert, habían dado mucho juego a la prensa al conseguir atrapar a Brian Fielder, un pirata informático de reputación internacional que dirigía un grupo conocido como «Los Picaros Bromistas». Las hazañas de Fielder y la persecución de su presa que Inglert había emprendido a través de Internet

había alimentado a la prensa durante muchas semanas, e incluso iban a filmar una película sobre el asunto en Hollywood.

—Vale —dijo Rider—, son amigas mías de cuando yo trabajaba en Fraudes. Las he llamado y han accedido encantadas a trabajar en este caso, porque así no tienen que ponerse el uniforme y trabajar doce horas cada noche.

—¿Han venido aquí? —preguntó Bosch.

—No, trabajarán desde el Parker. Allí tienen unos ordenadores como Dios manda. Hemos hablado por teléfono y les he dicho lo que habíamos averiguado, esta dirección en Internet que intuimos que es importante pero que no tiene ningún sentido. Les he contado lo del apartamento del Ama Regina y se han quedado horrorizadas. Ellas creen que lo que buscamos no tiene nada que ver con la propia Regina, sino con su página *web*. Han dicho que la página podía haber sido manipulada y que busquemos un enlace oculto en alguna parte de la imagen.

Bosch alzó las manos en señal de que no entendía pero antes de que pudiera decir algo, Rider prosiguió:

—Ya lo sé, que hable en cristiano. Vale. Sólo pretendo explicaros el asunto paso a paso. ¿Alguno de vosotros sabe algo sobre páginas *web*? ¿Pilláis de lo que estoy hablando?

—No —contestó Bosch.

—Nada —dijo Edgar.

—De acuerdo, trataré de explicároslo de forma sencilla. Empecemos con Internet. Internet es una superautopista de información, ¿vale? Miles y miles de ordenadores conectados. Es un sistema mundial. En esa autopista hay millones de desvíos, de lugares adonde ir. Redes informáticas, páginas *web*, etcétera.

Rider señaló al Ama Regina en la pantalla del ordenador.

—Ésta es una página situada en una *web* donde hay muchas otras páginas. Podéis verlo en mi ordenador, pero su casa, por así decirlo, es una *web* más grande. Y esa *web* está en un aparato tangible, un ordenador que llamamos servidor. ¿Me seguís?

Bosch y Edgar asintieron.

—Al menos hasta ahora —respondió Bosch—, creo que sí.

—Bien. El servidor puede controlar muchas *webs*. Por ejemplo, si quisieras abrir una página de Harry Bosch acudirías a un administrador y le pedirías que alojara tu página. ¿Tienes alguna *web* de detectives ariscos que apenas despegan los labios?

Bosch sonrió ante la ocurrencia de Rider.

—Pues así es como funciona —continuó la detective—. Con frecuencia aparecen agrupados en una misma *web* multitud de negocios y empresas afines. Por eso, cuando buscas esa *web* en Internet te parece Sodoma y Gomorra. Porque los anunciantes de un determinado tema siempre buscan las mismas *webs*.

—De acuerdo —dijo Bosch.

—La misión principal de quien controla el servidor es proteger una *web* de la posibilidad de que entre un pirata informático y comprometa tu página, alterándola o destruyéndola. El problema es que nadie puede ofrecer una seguridad absoluta. Y si un pirata informático logra entrar en un servidor puede cargarse cualquier página.

—¿Qué es exactamente lo que hace un pirata informático? —preguntó Edgar.

—Entrar en una página *web* y usarla como fachada para sus propósitos. Por ejemplo, podría introducirse detrás de la imagen que veis en mi monitor y añadir todo tipo de puertas y órdenes ocultas. Puede utilizar la página como vía de acceso a lo que quiera.

—¿Y eso es lo que hicieron con la página del Ama Regina? —inquirió Bosch.

—Exactamente. Pedí a O'Connor/O'Connor que investigaran y han localizado esta página en el servidor. Han comprobado que existen algunos cortafuegos (eso son sistemas de seguridad), pero las contraseñas de protección siguen siendo válidas. De hecho, hacen que los cortafuegos sean inoperantes.

—Me he perdido —comentó Bosch.

—Cuando se crea un sitio *web* es preciso utilizar unas determinadas contraseñas para colocar la página en Internet. Dicho de otro modo, unos nombres y contraseñas de identificación. Invitado/Invitado, por ejemplo. O Administrador/Administrador. Una vez que la página está colgada de la Red es preciso eliminar estos nombres y contraseñas para evitar riesgos, aunque a veces a uno se le olvida y esas contraseñas se convierten en puertas traseras, lugares por donde colarse. En este caso se les olvidó. Lisa consiguió entrar utilizando Administrador/Administrador. Y si ella pudo hacerlo, cualquier pirata informático que se precie podría entrar y manipular la página del Ama Regina. Que es justamente lo que alguien hizo.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Bosch.

—Colocaron un enlace de hipertexto oculto. Cuando lo localizas y lo pulsas, lleva al usuario a otra *web*.

—En cristiano —dijo Edgar.

Rider reflexionó unos instantes.

—Imagínate un rascacielos, el Empire State. Te encuentras en un piso. El piso del Ama Regina. Y descubres un botón oculto en la pared. Lo pulsas y la puerta de un ascensor que ni siquiera habías visto se abre. Te montas en el ascensor y éste te lleva a otro piso. Se abre la puerta y sales del ascensor. Te das cuenta de que estás en un lugar que no conoces. Pero no habrías llegado allí de no haber estado en el piso del Ama Regina y haber descubierto el botón oculto.

—O que alguien me informara de dónde estaba —apuntó Bosch.

—Exacto —convino Rider—. Alguien que está enterado de cómo funciona esto.

—Haznos una demostración —dijo Bosch señalando el ordenador.

—Bien, recuerda, la primera nota que enviaron a Elias era la página *web* y la imagen de Regina. La segunda decía «pon el punto sobre la i humbert humbert». El misterioso autor de la nota le explicaba a Elias lo que tenía que hacer con la página *web*.

—¿Poner el punto sobre la i de Regina? —preguntó Edgar—. ¿Hacer clic con el ratón sobre la i?

—Eso supuse, pero O'Connor/O'Connor me han dicho que el enlace estaría oculto detrás de una imagen.

—¿De modo que no se trata de la i sino del ojo[2]? —preguntó Bosch.

—Exacto.

Rider se volvió hacia su ordenador portátil y el ratón. Bosch observó que la flecha en la pantalla se situaba sobre el ojo izquierdo del Ama Regina. Rider hizo doble clic con el botón del ratón y la imagen de la pantalla se borró.

—Ahora estamos en el ascensor.

Al cabo de unos segundos apareció en la pantalla un cielo azul y unas nubes. Seguidamente surgieron unos angelitos con unas alas y unos halos sentados sobre las nubes. Por último apareció una contraseña.

—Humbert humbert —dijo Bosch.

—¿Ves lo fácil que es, Harry? No me digas que no lo entiendes.

Rider tecleó y la pantalla volvió a borrarse. Unos instantes después apareció un mensaje de bienvenida:

BIENVENIDO A LA *web* DE CHARLOTTE

Debajo del mensaje se formó el dibujo de una araña que se deslizó por la parte inferior de la pantalla y comenzó a tejer una tela que se fue extendiendo hasta llenar por completo el monitor. Acto seguido aparecieron unas pequeñas fotos de los rostros de unas niñas, como si estuvieran aprisionadas en la telaraña. Una vez completada la imagen de la telaraña y las niñas atrapadas en ella, la araña se situó en la parte superior de la telaraña.

—Esto no me gusta —comentó Edgar—. Empiezo a tener un mal presentimiento.

—Es una *web* de pedófilos —dijo Rider—. Y ésta es Stacey Kincaid —añadió golpeando con una uña una de las fotos de la telaraña—. Haces clic sobre la foto que te gusta y aparecen una serie de imágenes y vídeos. Es repugnante. Pobre ángel, quizás el que la mató le hizo un favor.

Rider movió el puntero sobre la pantalla y se detuvo sobre la foto de una niña rubia. La imagen era tan pequeña que Bosch no pudo identificar a Stacey Kincaid. Hubiera preferido dar por cierto lo que Rider le había dicho.

—¿Estáis listos para lo que vais a ver? —preguntó Rider—. No puedo mostraros vídeos en mi ordenador portátil, pero las fotos os darán una idea.

Rider no esperó a que sus compañeros le respondieran. Accionó el ratón y apareció una nueva imagen en la pantalla. La fotografía de una niña de pie, desnuda, frente a un seto. Sonreía de manera forzada. Pese a la sonrisa mostraba una expresión ingenua. Tenía las manos apoyadas en las caderas. Bosch la identificó como Stacey Kincaid. El detective trató de aspirar aire, pero sintió una opresión en el pecho que se lo impedía. Rider hizo un *scroll* y aparecieron numerosas imágenes de la niña en diversas poses, sola y por último acompañada de un hombre. Sólo se veía el torso desnudo del hombre, nunca su rostro. Las últimas fotos mostraban a la niña y al hombre en diferentes posturas de contenido sexual. Luego apareció la última imagen de Stacey Kincaid, ataviada con un vestido blanco y un estampado de banderitas. Saludando a la cámara. Paradójicamente resultaba la imagen más siniestra, pese a ser la más inocente.

—Retrocede o ve hacia adelante o haz lo que tengas que hacer para salir de ahí —dijo Bosch.

Rider movió el cursor hasta situarlo sobre un botón debajo de la última foto que decía HOME. A Bosch le pareció una triste ironía que para salir tuviera que hacer clic en la palabra HOME, casa. Rider hizo clic con el ratón y en la pantalla apareció de nuevo la telaraña. Bosch se levantó, trasladó su silla hasta el lugar que ocupaba en la mesa de Homicidios y se dejó caer en ella. De pronto se sentía deprimido y agotado. Deseaba irse a casa, dormir y olvidar todo cuanto había averiguado.

—No hay animales más salvajes que las personas —observó Rider—. Somos capaces de cualquier barbaridad con tal de satisfacer nuestras fantasías.

Bosch se dirigió a una de las mesas situada junto a la suya. Pertenecía a un detective de robos llamado McGrath. Bosch abrió los cajones y empezó a rebuscar en ellos.

—¿Qué buscas Harry? —preguntó Rider.

—Un cigarrillo. Me parece que Paul guarda un paquete de tabaco en su mesa.

—Eso era antes. Le aconsejé que cuando se fuera a casa se lo llevara.

Bosch miró a Rider.

—¿Le dijiste eso?

—No quería que tuvieras ocasión de caer en la tentación, Harry.

Bosch cerró el cajón y volvió a sentarse en su silla.

—Muchas gracias. Gracias, Kizmin. Me has salvado.

El tono de su voz no contenía el menor asomo de agradecimiento.

—Lo superarás, Harry.

Bosch fulminó a Rider con la mirada.

—Nada menos que tú, que no te has fumado un cigarrillo en toda tu vida, vas a darme consejos sobre la forma de abandonar el vicio y encima me aseguras que lo superaré…

—Lo siento, sólo trataba de ayudarte.

—Repito, muchas gracias.

Bosch señaló el ordenador y preguntó:

—¿Qué más? ¿En qué estás pensando? ¿Qué tiene eso que ver con que debimos haber informado a Sam y a Kate Kincaid de sus derechos?

—Ellos tenían que estar enterados —contestó Rider, asombrada de que Bosch no hubiera caído en la cuenta—. El hombre que aparece en las fotos debe de ser Kincaid.

—¡Joder! —exclamó Edgar—. ¿Cómo puedes asegurarlo? No se ve la cara de ese tipo. Estuvimos hablando con Kincaid y tanto él como su esposa se mostraron lógicamente dolidos e indignados por la muerte de su hija.

Entonces Bosch lo comprendió. Al contemplar las fotos de la niña en el ordenador había deducido que las había tomado su secuestrador.

—¿Insinúas que esas fotos son antiguas? —preguntó a Rider—. ¿Que ese hombre abusó de la niña antes de que la secuestraran?

—Lo que digo es que probablemente no la secuestraron. Un hombre abusó de Stacey Kincaid. Yo creo que su padrastro la violó y luego la asesinó. Y eso no ocurre sin el conocimiento tácito de la madre, cuando no con su consentimiento.

Bosch guardó silencio. Rider se había expresado con tal vehemencia y rabia que el detective se preguntó si también ella habría sufrido alguna experiencia de ese tipo.

—Mirad —dijo Rider, que al parecer no se había percatado del escepticismo de sus compañeros—. Durante un tiempo pensé en pedir un puesto en el departamento de delitos sexuales contra niños, antes de solicitar una plaza en Homicidios. Acababan de crear un equipo en la División del Pacífico, encargado de proteger a los niños contra esos abusos y me habrían dado el puesto sin mayores problemas. Me enviaron a Quantico para asistir a un cursillo sobre delitos sexuales contra niños que el FBI organiza una vez al año. Un cursillo de dos semanas de duración. Sólo duré ocho días. Comprendí que no valía para eso. De modo que volví y solicité una plaza en Homicidios.

Rider se detuvo, pero ni Bosch ni Edgar dijeron una palabra. Sabían que había más.

—Pero antes de irme —continuó Rider— averigüé lo suficiente para saber que la mayoría de abusos sexuales contra niños se producen en el seno de la familia y que los cometen parientes o allegados. La historia del monstruo que entra por una ventana y se lleva a un niño es muy poco frecuente.

—Pero eso no prueba nada, Kiz —observó Bosch con tacto—. Siempre existe la excepción a la regla. El que entró por la ventana no fue Harris sino el tipo de las fotos.

Bosch señaló el ordenador, aunque por fortuna las imágenes del hombre sin cabeza que había violado a Stacey Kincaid habían desaparecido de la pantalla.

—Nadie entró por la ventana —dijo Rider.

A continuación sacó una carpeta y la abrió. Bosch vio que contenía una copia del informe de la autopsia que le habían practicado a Stacey Kincaid. Rider pasó las hojas hasta dar con las fotografías que buscaba. Sacó una y se la entregó a Bosch. Mientras el detective la observaba, Rider se puso a leer el informe.

La foto que Bosch sostenía en la mano era del cadáver de Stacey Kincaid *in situ*, es decir, en la posición y el lugar en que lo habían hallado. Tenía los brazos extendidos. Sheehan estaba en lo cierto. La pigmentación de su cuerpo había empezado a oscurecerse debido al avanzado estado de descomposición, y aunque tenía el rostro demacrado ofrecía un aspecto angelical. Al contemplar las imágenes de aquel cuerpecito torturado y asesinado, Bosch sintió una punzada en el corazón.

—Observa la rodilla izquierda —dijo Rider.

Bosch hizo lo que le pedía su compañera y vio una mancha oscura y redonda que parecía una costra.

—¿Una costra?

—Exacto. Según el protocolo se trata de una lesión que Stacey se produjo unos cinco o seis días antes de ser secuestrada. De modo que durante los días que estuvo con su secuestrador, suponiendo que éste exista, la niña tenía la costra en la rodilla. Si quieres puedo volver a entrar en la *web* y te lo enseño.

—No es necesario, te creo —respondió Bosch.

—Yo también —coincidió Edgar.

—De modo que esas fotos de la *web* fueron tomadas mucho antes de que fuera supuestamente secuestrada, antes de que la asesinaran.

Bosch asintió, pero de golpe cambió de opinión y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Rider.

—Es que… no lo sé. Hace veinticuatro horas trabajábamos en el caso Elias pensando que quizá se lo había cargado un policía. Y ahora…

—Sí, eso lo cambia todo —comentó Edgar.

—Un momento, si el tipo que aparece en las fotos es Sam Kincaid, ¿por qué siguen en esa *web*? Corre el riesgo de que alguien las vea.

—Ya he pensado en eso —respondió Rider—. Existen dos posibles explicaciones: Una, que no puede editar la página *web*. Dicho de otro modo, que no puede eliminar esas fotos sin acudir al administrador del servidor, lo cual levantaría sospechas. La segunda posibilidad, que puede ser una combinación de ambas, es que Kincaid se creía seguro. Harris había sido acusado del crimen y, tanto si lo condenaban como si no, ése era el fin de la historia.

—Pero no deja de ser arriesgado dejar esas fotos ahí para que las pueda ver cualquiera —objetó Edgar.

—¿Y quién va a verlas? —preguntó Rider—. ¿Quién va a delatarle?

Al darse cuenta de que su tono era demasiado exaltado, la detective continuó en un tono más sosegado:

—¿No lo comprendéis? Los tipos con acceso a esta *web* son unos pedófilos. Aunque alguien reconociera a Stacey, cosa que no es probable, ¿qué iba a hacer? ¿Llamar a la policía y decir «miren, a mí me gusta follarme a niños pero no estoy de acuerdo con que los maten, así que podían quitar esas fotos de nuestra página *web*»? ¡Ni loco! A lo mejor dejar las fotos ahí es una forma de jactarse. Ni siquiera sabemos lo que tenemos aquí. Quizá todas las niñas que aparecen en esa *web* estén muertas.

La voz de Rider iba adquiriendo mayor dureza a medida que intentaba convencer a sus compañeros.

—Vale, vale —respondió Bosch—. Tus argumentos son razonables, Kiz. De momento sigamos con nuestro caso. ¿Qué opinas? ¿Crees que Elias llegó hasta aquí y por eso lo mataron?

—Por supuesto. Sabemos que eso es lo que ocurrió. La cuarta nota. «Él sabe que tú lo sabes». Elias se metió en la *web* secreta y lo descubrieron.

—¿Cómo averiguaron que se había metido en esa *web* si utilizó las contraseñas que le enviaron con la tercera nota?

—Buena pregunta —contestó Rider—. Eso es justamente lo que les he preguntado a las O'Connor. Después de acceder al servidor y llevar a cabo algunas pesquisas concluyeron que utiliza un sistema de *cookies*, es decir, que determinan quién ha accedido al sitio *web*. También comprueban la dirección IP de los visitantes de la página. Aunque no disponga de la contraseña, su entrada queda registrada por la *cookie* y la dirección IP. Es como las huellas dactilares. Verifican que las direcciones IP se correspondan con las de una lista de usuarios conocidos. Si uno no concuerda salta la alarma y el administrador de la *web* puede seguir la pista al intruso y determinar quién es. Si le parece que es un policía, cierra el ascensor y busca otra página para utilizarla como nueva puerta secreta. Pero en este caso no era un policía. Era un abogado.

—Y enviaron a alguien a que lo asesinara —dijo Bosch.

—Exacto.

—De modo que crees que eso fue lo que hizo Elias —continuó Bosch—. Al recibir esas notas por correo siguió las pistas que le indicaban. Tropezó con esta *web* y se disparó la alarma. Se levantó la bandera roja. Y ellos lo mataron.

—Sí, ésa es mi interpretación de los datos que hemos reunido hasta ahora, sobre todo teniendo en cuenta el contenido de la cuarta nota: «Él sabe que tú lo sabes».

Bosch meneó la cabeza, confundido por sus propias extrapolaciones de la historia.

—No acabo de entenderlo. ¿Quiénes son esos «ellos» a los que acabamos de acusar de asesinato?

—El grupo. Los usuarios de la *web*. El administrador de la *web* (que quizá fuera Kincaid) descubrió al intruso, comprobó que se trataba de Elias y envió a alguien para que solventara el problema. Si compartió sus intenciones con todos los miembros del grupo es lo de menos. Todos son culpables porque visitar esa página *web* es un delito.

Bosch alzó la mano para aplacar a Rider.

—Cálmate. Dejemos el grupo y esa historia para que lo analice el fiscal del distrito. Concentrémonos en el asesino y en Kincaid. Partimos del supuesto de que estaba implicado en el asunto, de que alguien lo averiguó y decidió informar a Elias en lugar de acudir a la policía. ¿Correcto?

—Sí, correcto. Todavía no conocemos todos los pormenores, pero las notas hablan por sí mismas. Indican con toda claridad que alguien puso a Elias al corriente de esa página *web* y luego le advirtió que lo habían descubierto.

Bosch se quedó pensativo unos instantes.

—Un momento… Si Elias hizo que se disparara la alarma, ¿no hiciste tú lo mismo hace un rato?

—No, gracias a las O'Connor. Cuando entraron en el administrador de la *web* añadieron mi dirección IP y la suya a la lista. No se ha disparado ninguna alarma. Los operadores y usuarios de la página no sabrán que hemos entrado en ella a menos que examinen la lista y observen que ha sido alterada. Creo que disponemos del tiempo necesario para hacer lo que tenemos que hacer.

Bosch asintió. Quería preguntar si lo que las O'Connor habían hecho era legal, pero prefirió no conocer la respuesta.

—¿Quién crees que envió las notas a Elias? —preguntó.

—La esposa —respondió Edgar—. Le remordió la conciencia y decidió echar una mano a Elias para que destruyera al cabrón de Sam, el zar de los automóviles. Ella le envió las notas.

—Eso cuadra —observó Rider—. La persona que envió las notas, fuera quien fuese, estaba enterada de dos cosas: la *web* de Charlotte y los recibos del taller de lavado de coches. Y de otra más: que Elias había hecho que se disparara la alarma. De modo que yo también apuesto por la esposa. ¿Qué os ha parecido?

Bosch dedicó diez minutos a informar a Rider de las actividades que él y Edgar habían llevado a cabo durante el día.

—Y eso se refiere sólo a nuestro trabajo en el caso —agregó Edgar—. Harry ha olvidado decirte que dispararon contra nosotros y se cargaron el cristal de atrás del coche.

—¿Qué?

Edgar le relató la historia mientras Rider le escuchaba fascinada.

—¿Han pillado al que disparó?

—No que sepamos. No nos quedamos para averiguarlo.

—¿Sabéis una cosa? Nadie ha disparado nunca contra mí —dijo Rider—. Esto de tirotear a la gente se está convirtiendo en una epidemia.

—Bastante peligrosa, por cierto —convino Bosch—. Kiz, quisiera hacerte algunas preguntas sobre ese endiablado jeroglífico de Internet.

—Adelante —contestó Rider—. Si yo no soy capaz de responder a ellas, seguro que las O'Connor podrán hacerlo.

—No se trata de preguntas técnicas, sino lógicas. Sigue extrañándome que podamos acceder a esa página *web*. Entiendo lo que has dicho de que los usuarios son unos pedófilos y que justamente por eso se sienten seguros, pero Elias ha muerto. Si ellos lo mataron, ¿por qué no cambiaron al menos el acceso?

—Quizás estén tratando de hacerlo. No hace ni cuarenta y ocho horas que Elias ha muerto.

—Pero ¿y Kincaid? Le dijimos que habíamos vuelto a abrir el caso. Al margen de que tema o no que le descubramos, lo lógico sería que en cuanto Edgar y yo nos marchamos encendiera el ordenador y se pusiera manos a la obra para tratar de destruir la *web* junto con esas imágenes.

—También es posible que esté intentando hacerlo ahora mismo. En cualquier caso, es demasiado tarde. Las O'Connor lo han copiado todo en un zip. Esa gente podrá destruir la página *web*, pero nosotros tenemos todos los datos. Podemos investigar todas las direcciones IP y detener a todas esas personas, si es que se les puede llamar personas.

La vehemencia y la rabia con la que se expresaba su compañera llevó a Bosch a preguntarse de nuevo si no habría visto algo en esa página *web* que le había tocado una fibra sensible, si no le habría evocado alguna dolorosa experiencia personal.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Solicitar unas órdenes de registro?

—Sí —contestó Rider—. Y haremos que vengan los Kincaid. Me importa una mierda su lujosa mansión en la colina. Tenemos lo suficiente para interrogarlos sobre los abusos contra la niña. Lo haremos por separado, para ponerlos nerviosos. Conseguiremos que la esposa confiese, que renuncie al derecho a no acusar a su marido y nos entregue a ese cerdo.

—Estás hablando de una familia muy poderosa y relacionada con destacados políticos.

—No me digas que temes al zar de los automóviles.

Bosch miró a Rider para comprobar si se estaba burlando.

—Temo precipitarme y meter la pata. No tenemos nada que relacione directamente a nadie con Stacey Kincaid o Howard Elias. Si traemos aquí a la madre y no logramos convencerla, el zar de los automóviles se largará en su elegante limusina y nos dejará con dos palmos de narices. Eso es lo que me da miedo, ¿comprendes?

Rider asintió.

—La esposa se muere de ganas de dejarse convencer —dijo Edgar—. ¿Por qué si no iba a enviar esas notas a Elias?

Bosch apoyó los codos en la mesa, se frotó la cara con las manos y reflexionó sobre el asunto. Tenía que tomar una decisión.

—¿Qué me decís de la *web* de Charlotte? —preguntó sin apartar las manos del rostro—. ¿Qué hacemos con eso?

—Se lo daremos a Inglert y a las O'Connor —respondió Rider—. Les encantará ocuparse de ese asunto. Ya te he dicho que pueden investigar la lista de usuarios. Los identificarán y tomarán nota de sus datos. Conseguiremos arrestar a una red de pedófilos usuarios de Internet. Eso para empezar. Luego el fiscal del distrito quizás intentará relacionarlos con los homicidios.

—Deben de estar repartidos por todo el país —comentó Edgar—, no sólo en Los Angeles.

—Aunque estuvieran en todo el mundo, eso es lo de menos. Nuestra gente trabajará respaldada por el FBI.

Se produjo otro silencio, hasta que por fin Bosch dejó caer las manos y las apoyó sobre la mesa. Había tomado una decisión.

—Bien, vosotros quedaos aquí y redactad las órdenes de registro —dijo Bosch—. Las quiero para esta noche, por si decidimos seguir adelante. Quiero que comprendan todas las armas, los ordenadores…, en fin, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Quiero unas órdenes de registro para la antigua casa de los Kincaid, que todavía les pertenece, y la nueva, todos los coches y el despacho

de Kincaid. Y ya puestos quiero que tú, Jerry, averigües lo que puedas sobre el guarda de seguridad.

—D. C. Richter. De acuerdo. ¿Qué…?

—Incluye una orden para registrar su coche.

—¿Cuál es la causa probable?

Bosch reflexionó unos instantes. Sabía lo que quería pero necesitaba un medio legal para conseguirlo.

—Di que como jefe de seguridad de Kincaid, creemos que utilizaron su vehículo para cometer delitos relacionados con el asesinato de Stacey Kincaid.

—Ésa no es una causa probable, Harry.

—Pediremos la orden junto con las otras —contestó Bosch—. Quizás el juez no hilará tan fino después de leer lo que contienen. Comprobad la lista de jueces. Prefiero que sea una jueza.

—Muy sagaz —dijo Rider sonriendo.

—¿Y tú qué vas a hacer, Harry? —preguntó Edgar.

—Iré a la Central para hablar con Irving y Lindell. Les contaré lo que hemos averiguado y les preguntaré qué quieren que hagamos.

—No te conozco, Harry —dijo la detective, decepcionada—. Sabes que si lo consultas con Irving optará por la vía conservadora. No nos dejará mover un dedo hasta que hayamos verificado todas las posibilidades.

Bosch asintió.

—En circunstancias normales estarías en lo cierto. Pero éstas no son unas circunstancias normales. Irving quiere evitar a toda costa que arda la ciudad. Puede que la manera de evitarlo sea resolviendo rápidamente este caso. Irving es lo suficientemente inteligente para haberse dado cuenta.

—Tienes demasiada fe en la naturaleza humana —dijo Rider.

—¿A qué te refieres?

—El mejor método de calmar los ánimos de esta ciudad es arrestar a un policía. Irving ya tiene a Sheehan en la sala de interrogatorios. No querrá oír lo que vas a contarle, Harry.

—Piensas que si arrestas al zar de los automóviles y dices que mató a Elias todo el mundo te creerá y te aclamará —terció Edgar—. Pero creo que te equivocas. Hay gente ahí afuera que necesita que el culpable sea un policía y todo lo demás les tiene sin cuidado. Irving también es lo suficientemente inteligente para saber eso.

Bosch pensó en Sheehan retenido en el Parker Center, encerrado en una habitación. Iban a sacrificarlo como chivo expiatorio para lavar los pecados del departamento.

—Vosotros ocupaos de las órdenes de registro, y yo me ocuparé del resto —dijo.

27

Bosch contempló a través de la ventana a los numerosos manifestantes agrupados frente al Parker Center y en Los Angeles Street. Se movían en una hilera ordenada, portando pancartas que decían «Justicia ya» en un lado y «Justicia para Howard Elias» en el otro.

La escena mostraba la esmerada orquestación de la protesta en beneficio de los medios de comunicación. Bosch vio al reverendo Preston Tuggins entre los manifestantes. Echó a andar hacia las oficinas seguido por un enjambre de reporteros con micrófonos y cámaras en ristre. Bosch no vio ninguna pancarta que pidiera justicia para Catalina Pérez.

—Detective Bosch —dijo Irving a sus espaldas—. Háganos un resumen. Ya nos ha relatado la información que ha recabado. Ahora resúmala y explíquenos lo que significa.

Bosch se volvió. Miró a Irving y luego a Lindell. Se hallaban en el despacho de Irving. El subdirector estaba sentado detrás de su mesa, tieso como un palo y vestido de uniforme, lo que indicaba que más tarde comparecería en una rueda de prensa. Lindell ocupaba una de las sillas situadas frente al escritorio. Bosch acababa de relatarles lo que había descubierto Rider y los pasos que habían dado hasta el momento. Irving no quería oír su interpretación de los hechos.

Bosch puso en orden sus pensamientos mientras se dirigía hacia la mesa y se sentaba junto a Lindell.

—Creo que Sam Kincaid mató a su hijastra o tuvo algo que ver con el crimen. No hubo ningún secuestro. Ésa fue una historia que él se inventó. Luego tuvo la suerte de que la policía encontrara unas huellas pertenecientes a Harris. A partir de ahí Kincaid quedó libre de toda sospecha.

—Empiece por el principio.

—De acuerdo. En primer lugar, Kincaid es un pedófilo. Hace seis años se casó con Kate, probablemente para presentar una fachada respetable y para tener acceso a la hija. El cadáver de la niña estaba en un estado de descomposición demasiado avanzado para que el forense pudiera determinar si había sufrido abusos sexuales durante años. Pero yo digo que sí. Y en…

—¿La madre lo sabía?

—Deduzco que debió de averiguarlo, aunque ignoro en qué momento.

—Siga. Siento haberle interrumpido.

—El verano pasado ocurrió algo. Quizá la niña amenazó con contárselo a alguien, tal vez a su madre, si ésta aún no lo sabía, o con acudir a las autoridades. O quizá Kincaid se cansó de ella. A los pedófilos les atraen los niños de una determinada edad, no les interesan mayores. Stacey Kincaid iba a cumplir los doce años. Quizás era demasiado mayor para los gustos de su

padrastro. Cuando dejó de serle útil para satisfacer sus aberrantes caprichos, empezó a representar una amenaza.

—Esta conversación me produce náuseas, detective. Estamos hablando de una niña de once años.

—¿Qué quiere que haga, jefe? A mí también me produce náuseas. Yo he visto las fotos.

—Entonces acabemos cuanto antes.

—Quedamos en que ocurrió algo y él la mató. Ocultó el cuerpo y forzó la cerradura de la ventana. Luego dejó que los acontecimientos siguieran su curso. La historia del secuestro comienza a cobrar forma.

—El tipo tuvo suerte —comentó Lindell.

—Efectivamente —asintió—. Mucha suerte. Con todas las huellas recogidas en la habitación de la niña y el resto de la casa, el ordenador llegó a la conclusión de que correspondían a un tal Michael Harris, ex presidiario y delincuente impenitente. Los de Robos y Homicidios se lanzaron en persecución de Harris, como si llevaran una venda en los ojos. Abandonaron las otras pistas y se concentraron única y exclusivamente en Harris. Lo atraparon y trataron de obligarle a confesar. Pero ocurrió algo muy curioso. Harris se negó a confesar, y la única prueba que existía eran esas huellas. A todo esto, alguien filtró el nombre de Harris a la prensa. Los medios difundieron la noticia de que la policía tenía un sospechoso. Kincaid averiguó dónde vivía Harris, quizás obtuvo la información de un solícito policía que mantuvo bien informados a los padres de la víctima. El caso es que Kincaid se enteró de dónde vivía Harris. Deduzco que fue al lugar donde había ocultado el cadáver y lo sacó de allí. Probablemente lo había metido en el maletero de uno de los coches de sus concesionarios. A continuación trasladó el cadáver al barrio de Harris y lo arrojó en el solar, a un par de manzanas de donde vivía el sospechoso. Cuando a la mañana siguiente hallaron el cuerpo de la niña, la policía ya tuvo otra prueba, aunque fuera circunstancial, además de las huellas dactilares. Pero Harris era inocente.

—Dejó sus huellas cuando lavó el coche de la señora Kincaid —dijo Irving.

—Exacto.

—¿Y Elias? —preguntó Lindell—. ¿Por qué lo mataron?

—Creo que lo mató la señora Kincaid. Por error. Supongo que en cierto momento, atormentada por la participación en el crimen de su hija, empezó a ver fantasmas. Se sintió culpable y trató de enmendar su error. Sabía de lo que su marido era capaz, quizás él la había amenazado, y trató de hacerlo sin que él lo averiguara. Empezó a enviar notas anónimas a Elias, para ayudarle en su investigación. Y consiguió su propósito. Elias logró introducirse en una *web* secreta, la *web* de Charlotte. Cuando vio las imágenes de la niña, Elias sospechó quién la había matado. Obró con cautela. Iba a solicitar una citación judicial para obligar a Kincaid a comparecer en el juicio. Pero cometió el error de mostrar sus cartas. Dejó una pista en la página *web*. Kincaid o los operadores de la *web* se dieron cuenta de que corrían peligro.

—Y enviaron a alguien para que lo matara —dijo Lindell.

—Dudo mucho de que fuera el propio Kincaid. Seguramente fue alguien que trabajaba para él. Tiene contratado a un guarda de seguridad. Vamos a investigar a ese tipo.

Todos mantuvieron silencio. Irving juntó las manos y las apoyó en la mesa, en la que no había ningún objeto. Era tan sólo una superficie de madera pulida.

—Tienen que soltar a Sheehan —dijo Bosch—. Él no lo hizo.

—No se preocupe por Sheehan —repuso Irving—. Si es inocente lo enviaremos a casa. No sé qué hacer con Kincaid. Todo esto parece tan…

Bosch hizo caso omiso del escepticismo del subdirector.

—Haremos lo que debemos hacer —dijo—. Conseguiremos unas órdenes de registro y nos pondremos en marcha. He quedado citado mañana por la mañana con la señora Kincaid en la casa que ocupaban anteriormente. Trataré de congraciarme con ella y espero arrancarle una confesión. Creo que es una mujer frágil, quizás esté a punto de caer. En cualquier caso, obtendremos los mandatos judiciales. Utilizaremos a todo el equipo y nos presentaremos en todos los lugares que debamos registrar simultáneamente: los domicilios, los coches, las oficinas. Ya veremos qué sacamos en limpio. También investigaremos los archivos de los concesionarios de Kincaid, para averiguar qué coches utilizó en julio. Y Richter también.

—¿Richter?

—El jefe de seguridad personal de Kincaid.

Irving se levantó y se acercó a la ventana.

—Está hablando del miembro de una familia que ha ayudado a construir esta ciudad —dijo —. El hijo de Jackson Kincaid.

—Ya lo sé —replicó Bosch—. Ese tipo procede de una familia poderosa. Incluso se considera el creador del *smog*. Lo considera un logro de la familia. Pero no importa, jefe. No después de lo que ha hecho.

Irving bajó la mirada y Bosch supuso que estaba observando a los manifestantes.

—La ciudad ha resistido…

Irving no terminó la frase. Bosch adivinó lo que estaba pensando. Que esos manifestantes que llenaban las aceras esperaban la noticia de que habían arrestado a un policía acusado de haber cometido el asesinato.

—¿Qué hemos averiguado del detective Sheehan? —preguntó Irving.

—Llevamos seis horas hablando con él —respondió Lindell tras consultar su reloj—. Cuando me marché no había pronunciado ni una palabra que lo incriminara en el asesinato de Howard Elias.

—Pero amenazó a Elias, advirtiéndole que moriría justamente de la forma en que lo asesinaron.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Además, lo dijo públicamente, delante de testigos. Según mi experiencia, la gente que profiere ese tipo de amenazas no suele llevarlas a cabo. Por lo general sólo es una forma de desahogarse.

Irving asintió, sin apartar el rostro de la ventana.

—¿Y los análisis de balística?

—Aún no sabemos nada. Iban a practicar la autopsia del cadáver de Elias esta tarde. Envié al detective Chastain. Extraerán las balas y Chastain las llevará a los expertos en armas de fuego. Pero recuerde, jefe, que Sheehan entregó su pistola voluntariamente. Dijo: «Que la analicen en balística». Sí, lleva una del nueve, pero no creo que hubiera entregado la pistola de no haber estado seguro de que las balas no habían sido disparadas con su arma.

—¿Y su domicilio?

—Lo registramos de arriba abajo, con la autorización de Sheehan. Nada. No hallamos armas, ni notas sobre Elias, nada en absoluto.

—¿Coartada?

—Es el único punto débil. El viernes por la noche había estado en casa.

—¿Y su esposa? —inquirió Bosch.

—La esposa y los niños estaban en Bakersfield —respondió Lindell—. Por lo visto llevaban bastante tiempo allí.

Ésa fue otra sorpresa. Bosch se preguntó por qué Sheehan no se lo dijo cuando Bosch le preguntó por su familia.

Irving guardó silencio y Lindell continuó:

—Me refiero a que podemos retenerlo y esperar a mañana, cuando hayamos conseguido el informe de balística. O podemos seguir el consejo de Harry y enviarlo ya a casa. Pero, en caso de que lo retengamos esta noche, alimentaremos las esperanzas de la gente y…

—Y si lo soltamos sin más explicaciones podríamos desencadenar disturbios —dijo Irving.

El subdirector siguió mirando por la ventana con gesto hosco. Lindell aguardó en silencio.

—Soltadlo a las seis —dijo por fin Irving—. Durante la rueda de prensa de las cinco anunciaré que lo hemos dejado en libertad, en espera, si bien la investigación continúa. Ya me parece oír los alaridos de indignación de Preston Tuggins y su gente.

—Eso no basta, jefe —terció Bosch—. Tiene que afirmar que es inocente. ¿Cómo va a decir que lo sueltan, pero continúa la investigación? Es como decir que Sheehan es culpable pero que aún no disponemos de las pruebas suficientes para acusarlo.

Irving se volvió hacia Bosch.

—No se atreva a decirme qué debo hacer, detective. —Y añadió—: Usted cumpla con su obligación y yo cumpliré con la mía. A propósito, la rueda de prensa es dentro de una hora. Quiero que sus dos compañeros estén presentes. No voy a tomar la palabra con una partida de blancos sentados detrás de mí y anunciar que hemos soltado a un policía blanco hasta que hayamos investigado todos los datos. Quiero que sus compañeros estén ahí. Y no voy a aceptar ninguna excusa.

—Allí estarán.

—Bien. Ahora pongámonos de acuerdo sobre lo que vamos a comunicar a la prensa respecto a la investigación.

La rueda de prensa fue corta. Esta vez no apareció el jefe de la policía. Irving explicó que la investigación seguía en marcha y que disponían de varias pistas. También dijo que iban a poner en libertad al detective al que habían interrogado durante varias horas. Esto provocó un coro de exaltadas preguntas por parte de los periodistas. Irving levantó las manos en un intento de controlar la situación.

—No voy a permitir que esto se convierta en un tumulto —bramó—. Sólo responderé a unas pocas preguntas. Tenemos que proseguir con la investigación. Nosotros…

—¿A qué se refiere cuando dice que lo han dejado en libertad, jefe? —preguntó Harvey Button—. ¿Que es inocente o que no tienen pruebas para detenerlo?

Irving miró a Button unos segundos antes de responder.

—Me refiero a que la investigación nos ha llevado a otras áreas.

—Entonces el detective Sheehan es inocente, ¿no es así?

—Prefiero no citar los nombres de las personas a las que entrevistamos.

—Todos conocemos su nombre, jefe. ¿Puede responder a mi pregunta?

A Bosch le pareció divertido y un tanto cínico aquel pulso dialéctico entre Irving y Button porque Lindell le había convencido de que había sido Irving quien había filtrado el nombre de Frankie Sheehan a la prensa, por más que en ese momento el subdirector se hiciera el ofendido.

—Sólo diré que el detective al que hemos entrevistado nos ha ofrecido respuestas satisfactorias. Se ha ido a casa y esto es todo lo que…

—¿Qué otras pistas tienen? —preguntó otro reportero.

—No voy a entrar en detalles —contestó Irving—. Sólo puedo decirles que estamos investigando a fondo todos los aspectos del caso.

—¿Podemos hacer unas preguntas al agente del FBI?

Irving miró a Lindell, que se hallaba al fondo del estrado, junto a Bosch, Edgar y Rider.

Luego contempló de nuevo al grupo de periodistas, cámaras y focos.

—El FBI y la policía de Los Angeles han decidido que toda la información se canalice a través del departamento de policía. Si tienen alguna pregunta, háganmela a mí.

—¿Han interrogado a otros policías? —preguntó Button.

Irving se detuvo unos momentos para medir bien sus palabras.

—Sí, hemos interrogado a otros policías de modo rutinario. En estos momentos no hay ningún policía al que consideremos sospechoso.

—Entonces eso quiere decir que Sheehan no es sospechoso.

Irving se dio cuenta de que Button lo tenía acorralado. Él mismo había caído en una encerrona lógica. Pero se las ingenió para escabullirse por la vía fácil.

—Sin comentarios.

—Jefe —continuó Button alzando la voz para hacerse oír sobre el guirigay organizado por los reporteros—, han pasado casi cuarenta y ocho horas desde que se cometieron los asesinatos. ¿Pretende decir que todavía no tienen a ningún sospechoso?

—No quiero entrar en si tenemos o no algún sospechoso. Otra pregunta.

Irving se apresuró a señalar a otro reportero para librarse del acoso de Button. Las preguntas continuaron durante unos diez minutos. En cierto momento Bosch miró a Rider y ésta le dirigió una mirada como preguntando: «¿Qué demonios hacemos aquí?». Bosch le respondió con otra mirada: «Perder miserablemente el tiempo».

Cuando la rueda de prensa hubo concluido, Bosch se quedó charlando en el estrado con Edgar y Rider. Habían llegado de la comisaría de Hollywood poco después de iniciarse la conferencia de prensa y Bosch no había tenido tiempo de conversar con ellos.

—¿Cómo va lo de las órdenes de registro? —preguntó.

—Están casi terminadas —respondió Edgar—. Venir a presenciar el espectáculo no nos ha ayudado mucho.

—Lo sé.

—Harry, creí que ibas a impedir que asistiéramos a estas cosas —dijo Rider.

—Lo he hecho por egoísmo. Frankie Sheehan era amigo mío. Me revienta que filtraran su nombre a la prensa. He supuesto que vuestra presencia aquí otorgaría credibilidad al anuncio de que iban a soltarlo.

—¿De modo que nos has utilizado, como pretendió hacer Irving ayer tarde? —protestó Rider —. Tú se lo impediste, pero no te has cortado a la hora de hacerlo tú.

Bosch miró a su compañera. La expresión de su rostro revelaba que estaba furiosa por haber sido utilizada de aquel modo. Bosch comprendía que se sintiera traicionada, aunque fuera sólo una pequeña traición.

—Mira, Kiz, ya hablaremos de esto más tarde. Frankie es amigo mío. Y ahora también es amigo vuestro. Lo cual podría resultaros muy útil algún día.

Bosch esperó hasta que Rider movió brevemente la cabeza en señal de asentimiento. La discusión había terminado, por el momento.

—¿Cuánto tiempo necesitáis? —les preguntó Bosch.

—Una hora —respondió Edgar—. Luego tenemos que buscar un juez.

—¿Por qué? —preguntó Rider—. ¿Qué te ha dicho Irving?

—Irving está a la espera de cómo se desarrollen los acontecimientos, así que quiero que lo tengáis todo preparado. Mañana nos pondremos en marcha. A primera hora.

—No hay ningún problema —dijo Edgar.

—Bien, pues ya podéis volver a vuestra tarea. Localizad al juez esta noche. Mañana…

—¿Detective Bosch?

Al volverse, Bosch se topó con Harvey Button y su productor, Tom Chainey.

—No puedo hablar con ustedes —dijo Bosch.

—Tenemos entendido que han abierto de nuevo el caso de Stacey Kincaid —dijo Chainey—. Nos gustaría hablar sobre…

—¿Quién les ha informado? —espetó Bosch, totalmente furioso.

—Tenemos una fuente que…

—Que le den por el saco a su fuente. Sin comentarios.

En ese momento se acercó un cámara y apuntó el objetivo sobre el hombro de Button. Éste alzó el micrófono y preguntó:

—¿Han exonerado a Michael Harris?

—Sin comentarios —repitió Bosch—. Saque esto de aquí.

Bosch extendió el brazo y tapó el objetivo con la mano.

—¡No toque la cámara! —gritó el operador—. Es propiedad privada.

—Mi cara también, así que lárguese. La rueda de prensa ha terminado.

Bosch apoyó la mano sobre el hombro de Button y le obligó a abandonar el estrado, seguido por el cámara. Chainey hizo otro tanto, pero moviéndose con paso lento, como desafiando a Bosch a empujarle como había hecho con Button. Los dos hombres se miraron a los ojos.

—Le aconsejo que no se pierda el informativo de esta noche, detective —dijo Chainey—. Creo que le interesará.

—Lo dudo —replicó Bosch.

Veinte minutos más tarde, Bosch estaba sentado sobre una mesa vacía en la entrada de un pasillo que conducía a la sala de interrogatorios de Robos y Homicidios, en la tercera planta. Pensaba en la discusión que había tenido con Button y Chainey y se preguntó qué sabrían. Frankie Sheehan apareció por el pasillo con Lindell. El antiguo compañero de Bosch parecía agotado, tenía el pelo

revuelto y sus ropas —la mismas que llevaba la noche anterior en el bar— estaban arrugadas. Bosch se levantó de la mesa, dispuesto a encajar una agresión física en caso necesario. Pero Sheehan debió de adivinar su lenguaje corporal, pues alzó ambas manos, con las palmas hacia arriba, y sonrió.

—Tranquilo, Harry —dijo Sheehan; tenía la voz cansada y ronca—. El agente Lindell me lo ha contado. Al menos, en parte. No fuiste tú quien… El culpable fui yo. Olvidé que había amenazado a esa rata de alcantarilla.

Bosch asintió.

—Vamos, Frankie —dijo—. Te llevo a casa.

Bosch condujo a su ex compañero hacia los ascensores y descendieron al vestíbulo.

Ambos permanecieron en silencio, observando los números iluminados sobre la puerta del ascensor.

—Siento haber dudado de ti —dijo Sheehan suavemente.

—No te preocupes. Así estamos en paz. —¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo de anoche, cuanto te pregunté por las huellas.

—¿Todavía dudas de que fueran legítimas?

—No. Ya no.

Al llegar al vestíbulo salieron por una puerta lateral y se dirigieron al aparcamiento de los empleados. A medio camino, Bosch oyó un griterío y al volverse vio a varios reporteros y cámaras que corrían hacia ellos.

—No digas nada —advirtió Bosch a Sheehan—. No les digas una sola palabra.

La primera avalancha de reporteros no tardó en caer sobre ellos. Les seguía una segunda.

—Sin comentarios —dijo Bosch—. Sin comentarios.

Pero los reporteros no estaban interesados en Bosch. Acercaron sus micrófonos y cámaras al rostro de Sheehan. Los fatigados ojos del policía reflejaban pavor. Bosch trató de conducir a su amigo a través de la muchedumbre hacia el coche. Los reporteros no cesaban de ametrallarle con sus preguntas.

—Detective Sheehan, ¿mató usted a Howard Elias? —preguntó una mujer, alzando la voz por encima de las de sus colegas.

—No —respondió Sheehan—. Yo no… yo no hice nada.

—¿Había amenazado con anterioridad a la víctima?

—Sin comentarios —repitió Bosch antes de que Sheehan reaccionara ante la pregunta—. ¿Es que no lo entienden? No vamos a hacer comentarios. Déjennos…

—¿Por qué le han interrogado?

—Díganos por qué le han interrogado, detective.

Casi habían alcanzado el coche. Algunos reporteros habían cejado en su intento de interrogar a Sheehan, pero la mayoría de las cámaras continuaba persiguiéndolos. Siempre podían utilizar el vídeo. De pronto, Sheehan se zafó de Bosch y se encaró con los reporteros.

—¿Queréis saber por qué me han interrogado? Pues porque el departamento necesita un chivo expiatorio para mantener la paz en esta ciudad. Les importa un rábano quién sea, mientras consigan su propósito. Por eso me han interrogado. Yo encajo con…

Bosch agarró a Sheehan y lo apartó de los micrófonos.

—Vamos, Frankie, no les digas nada.

Los dos hombres pasaron entre dos coches aparcados, logrando deshacerse de la nube de reporteros y cámaras que se había formado a su alrededor. Bosch empujó a Sheehan hacia el sedán y abrió la puerta. Los reporteros les siguieron en fila india por el angosto espacio. Pero cuando los alcanzaron, Sheehan ya estaba instalado en el coche, a salvo de los micrófonos. Bosch se sentó en el asiento del conductor.

Circularon en silencio hasta enfilar la autopista 101 que conducía al norte. Bosch miró a Sheehan, que tenía los ojos fijos en la carretera.

—No debiste decir eso, Frankie. Así no haces más que atizar el fuego.

—Me importa un carajo.

Volvió a producirse el silencio. Circulaban por la autopista que atravesaba Hollywood; había poco tráfico. Bosch vio una humareda que se alzaba hacia el suroeste y se le ocurrió sintonizar la KFWB, aunque en el fondo no quería saber lo que aquel humo significaba.

—¿Te han dejado llamar a Margaret? —preguntó al cabo de un rato.

—No. Estaban empeñados en que confesara. Me alegro de que aparecieras, Harry. No me contaron lo que les dijiste, pero en cualquier caso me has salvado del aprieto.

Bosch comprendió qué era lo que le preguntaba Sheehan, pero aún no estaba dispuesto a decírselo.

—Probablemente nos encontraremos a la prensa frente a tu casa —comentó—. Imagino que Margaret debe de estar sorprendidísima.

—Margaret me dejó hace ocho meses, Harry. Se llevó a las niñas y se trasladó a Bakersfield con sus padres. En mi casa no hay nadie.

—Lo siento, Frankie.

—Debí decírtelo anoche, cuando me preguntaste por ellas.

Bosch condujo en silencio durante un rato, reflexionando sobre la situación.

—¿Por qué no recoges tus cosas y te instalas en mi casa? Así te librarás de la prensa. Hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

—No sé, Harry. Tu casa es más pequeña que una caja de galletas. Después de haber estado encerrado en aquella habitación, aún tengo claustrofobia. Además, no conozco a tu mujer. No creo que le haga gracia que un extraño duerma en el sofá.

Bosch contempló el edificio de Capitol Records al pasar frente a él. Evocaba la imagen de una pila de discos rematada por una aguja fonográfica. Pero como la mayoría de cosas en Hollywood, con el tiempo se había quedado anticuado. Ya no se fabricaban elepés, sólo vendían discos de vinilo en los comercios de segunda mano. A veces a Bosch se le antojaba que todo Hollywood parecía un comercio de segunda mano.

—Mi casa quedó destruida por el terremoto —comentó Bosch—. Tuvimos que reconstruirla. Hasta tenemos un cuarto de invitados. Y mi mujer también me ha abandonado, Frankie.

Sonaba extraño dicho en voz alta, como si estuviera confirmando la muerte de su matrimonio.

—Pero si os casasteis hace un año. ¿Cuándo ocurrió, Harry?

Bosch miró unos instantes a Sheehan y enseguida volvió a fijar los ojos en la carretera.

—Hace poco.

Cuando llegaron a casa de Sheehan, veinte minutos más tarde, no vieron a ningún periodista en la puerta. Bosch dijo que aguardaría en el coche para hacer unas llamadas mientras Sheehan

recogía sus cosas. Cuando se quedó a solas llamó a su casa para comprobar si había mensajes en el contestador automático, para no reproducirlos delante de Sheehan. Pero no había ningún mensaje. Bosch colgó el teléfono y esperó. Se preguntó si la propuesta que le había hecho a Sheehan para que se alojara con él no habría sido un acto subconsciente para no encontrar la casa vacía. Pero había vivido solo buena parte de su vida, estaba acostumbrado a casas vacías. Sabía que el refugio que ofrece un hogar es algo que uno lleva en su interior.

Bosch se fijó en un resplandor que se reflejaba en los retrovisores.

Al mirar el retrovisor que tenía a su lado vio los faros de un coche aparcado junto a la acera, a una manzana de distancia. No creía que fuera un reportero, pues en tal caso se habría instalado frente a la casa de Sheehan sin molestarse en disimular su presencia. Bosch empezó a pensar en lo que quería preguntar a Sheehan.

Al cabo de unos minutos su antiguo compañero salió de la casa con una bolsa del supermercado. Abrió la puerta trasera del coche, depositó la bolsa en el asiento y luego se sentó junto a Bosch.

—Margie se llevó todas las maletas —dijo sonriendo—. No me he dado cuenta hasta ahora.

Enfilaron por Beverly Glen colina arriba hasta Mulholland y luego doblaron hacia el este, en dirección a Woodrow Wilson. A Bosch le gustaba conducir por Mulholland cuando era de noche. La sinuosa carretera, los faros que aparecían y desaparecían súbitamente… Al cabo de un rato pasaron frente a The Summit. Al contemplar la verja electrónica, Bosch pensó en los Kincaid atrincherados en su lujosa mansión con sus vistas de avión.

—Quiero preguntarte una cosa, Frankie —dijo Bosch.

—Adelante.

—Volviendo al tema de los Kincaid, ¿tuviste ocasión de hablar a fondo con él durante la investigación? Me refiero a Sam Kincaid.

—Claro. Había que tratarlos con guantes de seda, a él y al viejo Kincaid, para evitar problemas.

—Ya. O sea que le mantuviste informado sobre la investigación.

—Sí. ¿Y qué? Pareces uno de esos tíos del FBI que me han estado interrogando.

—Lo siento, no pretendía molestarte. ¿Te llamó él en repetidas ocasiones o le llamaste tú?

—Las dos cosas. También nos mantuvimos en contacto con el guarda de seguridad de Kincaid.

—¿D. C. Richter?

—Sí, ése. ¿Quieres decirme de una puñetera vez a qué viene todo esto, Harry?

—Dentro de un minuto. Pero primero quiero hacerte otra pregunta. ¿Recuerdas qué les contaste a Kincaid o a Richter sobre Michael Harris?

—¿A qué te refieres?

—Oye, no pretendo insinuar que cometieras una falta ni nada de eso. En un caso así es lógico que mantuvieras informados a los familiares. ¿Les dijiste que habíais detenido a Harris por haber hallado sus huellas y que le estabais interrogando?

—Claro. Es lo normal en estos casos.

—Ya. ¿Les contaste quién era Harris y cuál era su historial?

—Supongo que sí.

Bosch guardó silencio. Dobló por Woodrow Wilson y avanzó a lo largo de la serpenteante calle hasta su casa. Aparcó el coche en el *parking*.

—Esto tiene buen aspecto —observó Sheehan.

Bosch apagó el motor pero no se apeó inmediatamente del coche.

—¿Dijiste a los Kincaid o a Richter dónde vivía Harris?

Sheehan miró a Bosch.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Haz un poco de memoria. ¿Le dijiste a alguno de ellos dónde vivía Harris?

—Es posible. No lo recuerdo.

Bosch bajó del coche y se dirigió hacia la puerta de la cocina. Sheehan sacó sus cosas del asiento trasero y le siguió.

—Háblame, Hyeronimus.

Bosch abrió la puerta.

—Creo que cometiste un error.

Luego entró en la casa.

—Háblame, Hyeronimus.

Bosch condujo a Sheehan al cuarto de invitados y éste arrojó la bolsa sobre la cama.

Al salir al pasillo, Bosch señaló la puerta del baño y regresó a la sala de estar. Sheehan se mantuvo callado, esperando que el otro rompiera el silencio.

—El tirador del *water* está roto —dijo Bosch sin mirarle—. Tienes que sostenerlo hasta que se haya vaciado el depósito.

Acto seguido se volvió hacia su ex compañero.

—Podemos explicar lo de las huellas de Harris. Él no secuestró ni mató a Stacey Kincaid. En realidad, no creemos que la secuestrara nadie. Kincaid asesinó a su hijastra. Llevaba tiempo abusando sexualmente de ella y la mató. Luego montó la escena del secuestro. Tuvo la suerte de que encontrarais las huellas de Harris en el libro de la niña y se aprovechó de esa circunstancia. Creemos que fue él, o Richter, quien arrojó el cadáver cerca de la casa de Harris porque sabía dónde vivía. De modo que piénsalo con calma, Francis. No quiero probabilidades. Necesito saber si le dijiste a Kincaid o a su guarda de seguridad dónde vivía Harris.

Sheehan se quedó estupefacto y clavó la vista en el suelo.

—O sea que estábamos equivocados al pensar que Harris…

—Estabais ciegos. Cuando encontrasteis las huellas de Harris disteis el caso por resuelto.

Sheehan asintió sin alzar la vista del suelo.

—Todos cometemos errores, Frankie. Siéntate y reflexiona sobre lo que te estoy preguntando. ¿Qué le dijiste exactamente a Kincaid y cuándo se lo dijiste? Volveré dentro de unos minutos.

Mientras Sheehan meditaba sobre lo que acababa de decirle su antiguo compañero, Bosch echó a andar por el pasillo hacia su habitación. Entró en ella y echó un vistazo a su alrededor. Todo parecía intacto. Abrió la puerta del vestidor de Eleanor y encendió la luz.

Su ropa había desaparecido. Al bajar la vista, Bosch comprobó que también se había llevado los zapatos. De pronto vio sobre la moqueta una bolsita sujeta con una cinta azul. Se agachó a recogerla.

La bolsita contenía un puñado de arroz. El detective recordó que en la capilla de Las Vegas les habían suministrado el arroz para que los asistentes lo arrojaran sobre la feliz pareja. Formaba parte del paquete de la boda. Eleanor había conservado una bolsita de recuerdo. Bosch se preguntó si se la habría olvidado o si la habría desechado.

El detective se guardó la bolsita en el bolsillo y apagó la luz.

28

Cuando Bosch entró en la sala de patrullas se encontró a Edgar y a Rider contemplando las noticias en el televisor que habían trasladado del despacho de la teniente. Ni siquiera levantaron la vista para saludarlo.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Da la impresión de que a la gente no le ha gustado que soltáramos a Sheehan —respondió Edgar.

—Saqueos y robos esporádicos —dijo Rider—. La situación no es tan grave como la última vez. Creo que pasaremos la noche tranquilos. Las patrullas tienen orden de detener a cualquier bicho viviente que se mueva.

—Sin contemplaciones, no como la otra vez —apostilló Edgar.

Bosch fijó la vista en la televisión. La pantalla mostraba bomberos apuntando unas gruesas mangueras hacia las llamas que surgían del tejado de un edificio en otra zona comercial. Era demasiado tarde para salvarlo. Casi parecía un espectáculo montado para los medios de comunicación.

—Demoler esas zonas comerciales de los barrios modestos —comentó Edgar— forma parte del proyecto de reurbanización.

—Lo malo es que vuelven a construirlas —replicó Rider.

—Pero tienen mejor aspecto que antes —dijo Edgar—. El problema son las tiendas de bebidas. Desde que hemos puesto a una patrulla frente a cada uno de estos establecimientos, se acabó la jarana.

—¿Y qué me dices de las órdenes de registro? —preguntó Bosch.

—Están listas —contestó Rider—. Sólo tenemos que llevárselas al juez.

—¿Has pensado en alguien?

—Terry Baker. La llamé y dijo que estaría allí.

—Bien. Enséñamelas.

Rider se dirigió a la mesa de homicidios, mientras Edgar seguía viendo la televisión. Las órdenes de registro se hallaban apiladas en la sección de la mesa que le correspondía a ella. Rider se las entregó a Bosch.

—Hemos mencionado los dos domicilios, todos los coches y todas las oficinas. También hemos incluido el coche que utilizaba Richter por la época del asesinato y su apartamento —añadió Rider.

Cada solicitud constaba de varias páginas grapadas. Las dos primeras contenían una serie de disposiciones legales de rigor, de modo que Bosch las pasó por alto y se centró en las causas probables indicadas en cada solicitud. Edgar había hecho un buen trabajo, aunque Bosch supuso que seguramente era obra de Rider. Ella era la que estaba más versada en tecnicismos legales. Incluso las causas probables aducidas en la solicitud de registro del apartamento de Richter eran impecables. En el documento, redactado en los términos adecuados, se exponían algunos de los hechos descubiertos en el curso de la investigación y se afirmaba que todas las pruebas indicaban que dos sospechosos se habían encargado de desembarazarse del cadáver de Stacey Kincaid. Y en virtud de la estrecha relación existente en aquella época entre Sam Kincaid y D. C. Richter —patrono y empleado respectivamente—, consideraban que este último podía ser el segundo sospechoso. El documento solicitaba autorización para registrar todos los vehículos que los dos hombres habían utilizado o a los que habían tenido acceso por la época en que se había cometido el crimen.

Bosch vio que todo estaba con alfileres, pero funcionaría. La precisión de todos los vehículos «a los que habían tenido acceso» los dos sospechosos era un auténtico hallazgo por parte de Rider. Si la jueza lo aceptaba, ello les permitiría registrar todos los coches que hubiera en los concesionarios de Kincaid, dado que éste tenía acceso a todos ellos.

—Me parece bien —dijo Bosch, devolviendo a Rider las solicitudes después de haberlas leído con atención—. Procurad que la jueza las firme esta misma noche para que mañana podamos iniciar los registros.

Después de haber sido firmada por el juez, una orden de registro tenía una vigencia de veinticuatro horas. En la mayoría de los casos bastaba una simple llamada al juez que la había autorizado para prorrogar su vigencia otras veinticuatro horas.

—¿Qué sabemos de ese Richter? —preguntó Bosch a sus compañeros—. ¿Habéis podido averiguar algo?

—Muy poco —contestó Edgar.

Se levantó para bajar el volumen del televisor y se acercó a la mesa.

—El tío fracasó en la academia. De eso hace mucho, en el otoño del ochenta y uno. Luego asistió a una de esas academias privadas en el valle de San Fernando y consiguió su licencia estatal en el ochenta y cuatro. Poco después entró a trabajar para los Kincaid y fue escalando puestos hasta llegar a jefe de seguridad.

—¿Por qué dices que fracasó?

—No lo sabemos con certeza. Es domingo por la noche, Harry. No hay nadie en la academia. Mañana investigaremos su expediente.

Bosch asintió.

—¿Habéis comprobado en el ordenador si tiene licencia de armas?

—Sí, y lleva una pistola oculta debajo de la chaqueta.

—Dime que es una del nueve.

—Lo siento, Harry. El ATF estaba cerrado esta noche —dijo Edgar refiriéndose a la agencia federal de control del alcohol, tabaco y armas de fuego—. Mañana comprobaremos también ese dato. De momento lo único que sabemos es que tiene una licencia para llevar un arma oculta.

—De acuerdo. Tenedlo presente. Recordad la puntería del asesino de Angels Flight.

Rider y Edgar asintieron.

—¿Así que crees que Richter hace todo lo que le ordena Kincaid? —dijo Rider.

—Probablemente. Los ricos nunca se ensucian las manos. Dan las órdenes, pero no las ejecutan. Ahora mismo me inclino por Richter.

Bosch observó a sus compañeros durante unos instantes. Tenía el convencimiento de que estaban a punto de resolver el caso. Dentro de veinticuatro horas lo sabrían. Bosch confiaba en que la ciudad resistiera hasta entonces.

—¿Qué más? —preguntó.

—¿Tienes a Sheehan bien arropado en la camita? —preguntó Rider.

Bosch se percató del tono burlón.

—Sí. Por cierto, lamento lo de la rueda de prensa. Irving se empeñó en que estuvierais presentes pero supongo que yo hubiera podido impedirlo. Pero no lo hice. Me equivoqué. Os pido disculpas.

—Vale, Harry —dijo Rider.

Edgar asintió.

—¿Algo más?

Edgar negó con la cabeza, pero luego dijo:

—Se me olvidaba. Esta mañana han llamado los de balística para darnos un informe. Examinaron la pistola de Harris esta mañana y parece que está limpia. Han dicho que a juzgar por el polvo acumulado en el cañón parece que no ha sido disparada ni limpiada desde hace meses. De modo que parece que ese tipo es inocente.

—Pero ¿van a analizarla?

—Por eso han llamado. Han recibido una orden urgente de analizar la pistola de Sheehan mañana por la mañana, tan pronto como consigan las balas extraídas en la autopsia. Les interesaba saber si querías que analizaran la pistola de Harris. Les he dicho que también la analicen.

—Bien. ¿Qué más?

Edgar y Rider menearon la cabeza para indicar que no había más asuntos.

—Bueno —prosiguió Bosch—. Vamos a ver a la jueza Baker y luego nos iremos a casa. Tengo la impresión de que mañana será un día muy largo.

29

Había comenzado a llover. Bosch se metió en el aparcamiento de su casa y paró el motor. Le apetecía tomarse un par de cervezas para contrarrestar los efectos de la cafeína. La jueza Baker les había servido un café mientras revisaba las órdenes de registro. Las había examinado tan minuciosamente que a Bosch le había dado tiempo de tomarse dos cafés. La jueza había firmado por fin todas las órdenes y Bosch ya no necesitaba la cafeína. A la mañana siguiente él y su equipo se dedicarían a «cazar y contrastar», según palabras de Kiz, una frase para designar la fase de la investigación en que las teorías y corazonadas de un caso culminan en pruebas contundentes y cargos contra uno o varios sospechosos, o bien se desintegran.

Bosch entró por la puerta de la cocina en busca de la cerveza. Pensaba en Kate Kincaid y en la táctica que emplearía con ella al día siguiente. Enfocaba su encuentro con la mujer con la confianza del jugador de fútbol americano que ha asimilado todos los documentales y las estrategias de su rival y espera impaciente medirse con él al día siguiente en el terreno de juego.

La luz de la cocina estaba encendida. Bosch dejó su maletín sobre la encimera y abrió el frigorífico. No quedaba ni una cerveza.

—¡Mierda! —masculló.

Sabía que había dejado cinco botellines de Anchor Steam en el frigorífico. Al volverse vio cinco chapas de botellines sobre la encimera.

—¡Frankie! —gritó mientras se dirigía hacia el fondo de la casa—. ¡No me digas que te has bebido todas las cervezas!

Nadie respondió. Bosch atravesó la sala de estar y el comedor. La casa estaba tal cual la había dejado un rato antes, como si Sheehan no se hubiera instalado en ella. Bosch observó la terraza trasera a través de la puerta de cristal. La luz de la terraza estaba apagada y no había señal de su antiguo compañero. Bosch recorrió el pasillo y se acercó a la puerta del cuarto de invitados. No oyó nada. Al consultar su reloj comprobó que aún no eran las once.

—¿Frankie? —murmuró Bosch.

Pero sólo oyó el ruido de la lluvia batiendo sobre el tejado. Golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Frankie? —preguntó alzando la voz.

Nada. Bosch giró el pomo de la puerta y la abrió. Las luces de la habitación estaban apagadas, pero la luz del pasillo iluminó la cama y Bosch vio que no estaba ocupada. El detective accionó el interruptor de la pared y encendió la lámpara de una de las mesillas de noche. La bolsa en la que Sheehan había metido sus cosas se hallaba en el suelo, vacía. Su ropa aparecía en un montón sobre la cama.

Su curiosidad dio paso a una ligera inquietud. Retrocedió por el pasillo y echó un vistazo a su habitación y a los baños. No había ni rastro de Sheehan.

De regreso a la sala de estar, comenzó a pasear arriba y abajo pensando en lo que habría hecho Sheehan. No tenía coche. No era probable que hubiera bajado la colina andando para dirigirse al centro de la ciudad. ¿Adónde habría podido ir a aquellas horas? Bosch descolgó el teléfono y pulsó el botón de rellamada para comprobar si Sheehan había pedido un taxi. A Bosch le pareció que sonaba más de siete tonos, pero no estaba seguro. Después del primer timbrazo respondió la voz somnolienta de una mujer.

—¿Sí?

—¿Con quién hablo?

—¿Quién es?

—Lo siento. Soy el detective Harry Bosch del Departamento de Policía de Los Angeles. Trato de rastrear una llamada hecha desde…

—¡Harry! Soy Margie Sheehan.

—Ah… Margie… —contestó Bosch. «Debí de imaginar que habría llamado a su mujer», pensó.

—¿Ocurre algo, Harry?

—No, nada, Margie. Estoy tratando de dar con Frankie y he supuesto que habría pedido un taxi por teléfono. Siento haberte…

—¿Que no das con él? —preguntó Margie con tono preocupado.

—No te inquietes. Le propuse que pasara esta noche en mi casa y he tenido que salir. Al regresar he visto que no está aquí y trato de localizarlo. ¿Te ha llamado esta noche?

—Sí, hace un rato.

—¿Parecía deprimido o preocupado?

—Me contó lo que le hicieron. Me dijo que iban a inculparlo.

—Pero ha quedado libre de cargos. Por eso se ha instalado en mi casa. Hemos pensado que lo mejor es que se oculte aquí unos días, hasta que todo esto pase. Lamento haberte despertado…

—Dijo que regresarían a por él.

—¿Qué?

—Francis cree que no le van a dejar tranquilo. No se fía de nadie del departamento. Excepto de ti, Harry. Sabe que eres un buen amigo.

Bosch guardó silencio. No sabía qué decir.

—Procura dar con él, Harry, por favor. Llámame en cuanto averigües su paradero. A la hora que sea.

Bosch contempló la terraza a través de la puerta de cristal y divisó algo sobre la barandilla. Se acercó a la pared y encendió la luz exterior. Vio cinco botellines de color ámbar alineados sobre la barandilla.

—De acuerdo, Margie. Dame tu número de teléfono.

Bosch anotó el número. Cuando se disponía a colgar, Margie dijo:

—Francis me ha dicho que te habías casado y que ya estás divorciado.

—Aún no estoy divorciado pero…, ya sabes.

—Lo comprendo. Cuídate, Harry. Busca a Francis y cuando des con él llámame o dile que me llame él.

—De acuerdo.

Bosch colgó el teléfono, abrió la puerta corredera y salió a la terraza. Los botellines de cerveza estaban vacíos. Se volvió hacia la derecha y vio el cadáver de Francis Sheehan tendido en la tumbona. El cojín situado sobre su cabeza y el muro que se alzaba junto a la puerta corredera estaban cubiertos de pelo y sangre.

—¡Joder! —murmuró Bosch en voz alta.

Se acercó. Sheehan tenía la boca abierta. En ella se había acumulado un poco de sangre, que se había derramado sobre el labio inferior. En la coronilla tenía un orificio de salida de bala del tamaño de un platito de café. La lluvia le había aplastado el cabello, mostrando la horrible herida. Bosch retrocedió un paso y observó las tablas de la terraza. Frente a la pata izquierda de la tumbona había una pistola.

Bosch se acercó para examinar el cadáver de su amigo. Soltó una bocanada de aire con el mismo ruido que produciría un animal.

—Frankie —susurró.

Una pregunta le cruzó la mente, pero no la formuló en voz alta.

¿Soy yo el culpable de esto?

Bosch observó cómo el forense cubría el rostro de Frankie Sheehan con un plástico mientras dos agentes sostenían unos paraguas. Luego dejaron los paraguas y colocaron el cadáver en una camilla, lo cubrieron con una manta verde, lo metieron en la casa y lo condujeron hacia la puerta. Los agentes pidieron a Bosch que se hiciera a un lado para dejarles pasar. Mientras Bosch observaba cómo se dirigían hacia la puerta se sintió nuevamente abrumado por un angustioso sentimiento de culpabilidad. Alzó la vista hacia el cielo y comprobó que por suerte no había ningún helicóptero sobrevolando la casa. Los avisos se habían hecho por teléfono y no por radio, lo cual significaba que la prensa aún no tenía noticia del suicidio de Frankie Sheehan. Bosch pensó que el último insulto contra su ex compañero habría sido que un helicóptero sobrevolara la casa y filmara el cadáver en la terraza.

—¿Detective Bosch?

Bosch se volvió. Desde la puerta corredera, Irving le pidió que se acercara. Bosch entró en la casa y lo siguió hasta el comedor. El agente Roy Lindell se hallaba de pie junto a la mesa.

—Hablemos de esto —dijo Irving—. La patrulla está fuera con una mujer que dice que es su vecina. Adrienne Tegreeny.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Vive en la casa de al lado.

—Dice que esta noche ha oído tres o cuatro disparos procedentes de la casa. Pensó que era usted y no llamó a la policía.

Bosch asintió.

—¿Ha disparado alguna vez un arma en la casa o en la terraza?

Bosch dudó unos instantes antes de responderle.

—Jefe, aquí no se trata de mí. Digamos que la mujer ha podido pensar que yo había efectuado los disparos.

—Bien. Al parecer el detective Sheehan había bebido más de la cuenta y disparó su arma. ¿Cómo interpreta usted lo ocurrido?

—¿Quiere una interpretación? —le preguntó Bosch con la vista fija en la mesa.

—¿Fortuito o intencionado?

—Ah.

Bosch sintió deseos de soltar una carcajada pero se reprimió.

—No creo que exista duda al respecto —dijo—. Sheehan se suicidó.

—Pero no dejó ninguna nota.

—No, sólo unas cervezas y unos disparos efectuados al aire. Ésa fue su nota. Era lo único que tenía que decir. No es el primer policía que se suicida de esa forma.

—Había quedado en libertad. ¿Por qué cree que lo hizo?

—A mí me parece bastante claro…

—Pues haga el favor de aclarárnoslo a nosotros.

—Esta noche telefoneó a su esposa. Yo he hablado con ella hace un rato. Me ha dicho que aunque habían dejado a Sheehan en libertad, él estaba convencido de que volverían a detenerlo.

—¿Por los resultados de balística? —preguntó Irving.

—No creo que se refiriera a eso. Sheehan sabía que necesitaban un chivo expiatorio a quien acusar de estos crímenes. Un policía.

—¿Y por eso se suicidó? Esto no tiene sentido, detective.

—Sheehan no mató a Elias. Ni a la mujer.

—Ahora mismo ésta es sólo su opinión. El único hecho que tenemos es que al parecer este hombre se mató la noche anterior al día en que íbamos a conseguir los resultados de balística. Y usted, detective, me convenció para que le soltáramos y pudiera hacerlo.

Bosch apartó la vista de Irving y trató de contener la ira que hervía en su interior.

—El arma —dijo Irving—. Una vieja Beretta del veinticinco. El número de serie fue borrado con ácido. No sabemos quién es su dueño. Es un arma ilegal. ¿Era suya, detective Bosch?

Bosch denegó con la cabeza.

—¿Está seguro, detective? Me gustaría resolver este asunto aquí y ahora, sin necesidad de una investigación interna.

Bosch miró a Irving.

—¿Qué insinúa? ¿Que yo le di el arma para que se suicidara? Yo era amigo suyo, el único amigo que le quedaba. La pistola no es mía, ¿vale? Fuimos a su casa para que recogiera unas cosas. Debió de hacerse con ella entonces. Puede que yo le ayudara, pero no le di la pistola.

Bosch e Irving se miraron fijamente a los ojos por un momento.

—Olvida algo, Bosch —terció Lindell, interrumpiendo aquel momento de tensión—. Registramos la casa de Sheehan y no encontramos ningún arma de fuego.

Bosch se volvió hacia Lindell.

—Será que sus hombres no la vieron —dijo—. Sheehan vino aquí con esa pistola en su bolsa, porque el arma no es mía.

Bosch se alejó de los dos hombres antes de que pudiera estallar y decir algo que le supusiera una reprimenda por parte del departamento. Se sentó en una de las poltronas de la sala de estar. Estaba empapado por la lluvia, pero le tenía sin cuidado estropear los muebles. Miró con mirada ausente a través de la puerta corredera de cristal.

Irving entró en la sala, pero no se sentó.

—¿A qué se refería cuando dijo que usted le ayudó a hacerlo?

Bosch alzó la vista y le miró.

—Anoche me tomé una copa con él. Sheehan me contó algunas cosas. Me confesó que se había extralimitado con Harris, que todo lo que Harris afirmó en su querella contra la policía (las cosas que le habían hecho) era cierto. Sheehan estaba seguro de que Harris había asesinado a la niña, de eso no le cabía la menor duda. Pero lamentaba lo que había hecho. Me dijo que mientras estuvo en la habitación con él perdió el control y se convirtió en uno de esos monstruos a los que él había perseguido durante todos estos años. Lo lamentaba sinceramente. Vi que le reconcomía. Anoche le dije que se quedara en mi casa…

Bosch sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No se le había ocurrido, no había visto lo evidente. Había estado demasiado preocupado con el caso, con Eleanor, con la casa vacía, con otras cosas aparte de Frankie Sheehan.

—¿Y? —preguntó Irving, instándole a que continuara.

—Y destruí lo único en lo que Sheehan había creído durante estos meses, lo único a lo que se había aferrado para no hundirse. Le dije que habíamos exonerado de todos los cargos a Michael Harris. Le dije que se equivocaba respecto a Harris y que nosotros podíamos probarlo. No pensé en las consecuencias que eso le podía acarrear. Sólo pensé en mi caso.

—¿Y cree que eso le llevó a suicidarse? —inquirió Irving.

—A Sheehan le ocurrió algo con Harris en aquella sala. Algo malo. A partir de entonces perdió a su familia, perdió el caso… Creo que el único hilo que le ataba a la vida era su convencimiento de que Harris era culpable. Cuando averiguó que estaba equivocado, cuando yo irrumpí en su mundo y le dije que se había equivocado, ese hilo se rompió.

—Eso son tonterías, Bosch —dijo Lindell—. Te respeto a ti y respeto tu amistad con ese hombre, pero no ves lo que nosotros vemos. Está más claro que el agua. Ese hombre se suicidó porque era el asesino y sabía que volveríamos a detenerlo. Su suicidio es una confesión.

Irving miró a Bosch, esperando que el detective replicara a Lindell. Pero Bosch no dijo nada. Estaba cansado de luchar contra sus argumentos para defender el suyo.

—Estoy de acuerdo con el agente Lindell en ese punto —dijo por fin el subdirector.

Bosch asintió. Era lógico. Ellos no conocían a Sheehan como lo conocía él. Aunque él y su ex compañero no habían mantenido una amistad estrecha en los últimos tiempos, sí habían sido lo suficientemente amigos como para que Bosch supiera que Lindell e Irving se equivocaban. Sin duda habría sido más fácil para Bosch estar de acuerdo con ellos. De este modo se habría librado de su sentimiento de culpabilidad. Pero no podía estar de acuerdo.

—Concédame la mañana —dijo Bosch.

—¿Qué? —preguntó Irving.

—Procure que la prensa no se entere de esto durante medio día. Seguiremos adelante con las órdenes de registro y el plan para mañana por la mañana. Concédame un tiempo para ver cómo se desarrollan los acontecimientos y qué dice la señora Kincaid.

—Suponiendo que esté dispuesta a hablar.

—Hablará. Se muere de ganas de hacerlo. Concédame la mañana para ver qué consigo de mi entrevista con ella. Si no logro relacionar a los Kincaid con la muerte de Elias, haga lo que considere oportuno con respecto a Frankie Sheehan. Dígale a todo el mundo lo que cree saber.

Irving reflexionó unos momentos antes de acceder.

—Creo que es lo más prudente —dijo—. Para entonces ya tendremos los resultados de balística.

Bosch asintió en señal de agradecimiento. Luego contempló de nuevo la terraza a través de la puerta corredera. La lluvia había arreciado. El detective miró su reloj. Era ya muy tarde y aún tenía que hacer una cosa más antes de irse a dormir.

30

Bosch se sintió obligado a comunicarle personalmente a Margaret Sheehan que Frankie se había suicidado. Ella y Frankie habían permanecido juntos muchos años antes de separarse. Margaret y las dos niñas merecían que un amigo fuera a verlas para informarles de lo sucedido antes de que recibieran la terrible llamada de un extraño en plena noche. Irving propuso enviar a un detective del Departamento de Policía de Bakersfield, pero a Bosch le pareció una solución tan poco delicada como una llamada telefónica. Él mismo se ofreció para trasladarse a Bakersfield y comunicar la triste noticia a Margaret.

Bosch llamó a la policía de Bakersfield para pedir la dirección de Margaret Sheehan. Hubiera podido telefonearla él mismo para preguntarle las señas, pero eso habría sido como comunicarle la noticia sin decírselo claramente, el viejo truco de un policía para facilitarse la tarea. Habría sido una cobardía.

La interestatal Golden State que se dirigía al norte estaba casi desierta. La lluvia y la hora intempestiva habían ahuyentado a todos los conductores salvo a unos pocos que no tenían más remedio que viajar por ella a aquellas horas de la noche. La mayoría eran camioneros que transportaban su carga a San Francisco o más lejos, o bien que regresaban de vacío a los campos de hortalizas para recoger más mercancía. El empinado y sinuoso tramo de la autopista que atravesaba las montañas ubicadas al norte de Los Angeles estaba repleto de remolques que habían derrapado o cuyos conductores habían decidido detenerse en el arcén y no arriesgarse a seguir conduciendo bajo aquella lluvia torrencial. Después de haber superado la carrera de obstáculos y de haber dejado las montañas atrás, Bosch consiguió aumentar la velocidad y recuperar el tiempo perdido.

Puso en el radiocasete del coche una cinta grabada en casa, con unas piezas para saxofón que le gustaban mucho. Adelantó la cinta hasta dar con la melodía que quería escuchar: *Lullaby*, de Frank Morgan. En aquellos momentos a Bosch le pareció un tierno y evocador canto fúnebre, una despedida y una disculpa para Frankie Sheehan. Una despedida y una disculpa para Eleanor. Encajaba con la lluvia. Bosch la puso varias veces mientras circulaba por la carretera.

Poco antes de las dos de la mañana llegó a la casa donde vivían Margaret y sus dos hijas. Había un farol encendido en el porche, y Bosch vio luz a través de las cortinas de las ventanas de la fachada. Bosch supuso que Margie estaba despierta esperando que la llamara, o tal vez que se presentara personalmente. Al acercarse a la puerta dudó unos instantes, pensando en las veces en que había hecho ese tipo de visitas, y por fin pulsó el timbre.

Cuando Margie abrió la puerta, Bosch se dio cuenta de que uno nunca está preparado para estos malos tragos. Margie lo miró como si no le reconociera. Habían pasado muchos años.

—Margie…

—¿Harry? ¿Harry Bosch? Pero si acabamos de…

Margie se detuvo, como si de pronto comprendiera el motivo de su visita. Era lo que solía ocurrir.

—¡Dios mío! ¡Francis! ¡Dime que no…!

Margie se cubrió el rostro con las manos. Recordaba el célebre cuadro de una mujer que está gritando sobre un puente.

—Lo siento, Margie. De veras. Será mejor que entremos.

Margie Sheehan lo encajó con una gran entereza. Bosch le explicó los detalles y luego ella le preparó café para que no se durmiera durante el viaje de regreso. Era la mentalidad de la mujer de un policía. Bosch se apoyó en la encimera de la cocina mientras ella preparaba el café.

—Frankie te llamó esta noche —dijo Bosch.

—Sí, ya te lo dije.

—¿Cómo estaba?

—Mal. Me contó lo que le hicieron. Parecía sentirse… traicionado. No sé si es la palabra correcta. Sus propios compañeros le habían detenido e interrogado. Estaba muy triste, Harry.

Bosch asintió.

—Frankie había consagrado su vida al departamento…, ¡y se lo pagaron así!

Bosch asintió de nuevo.

—¿Dijo algo sobre…?

No terminó la frase.

—¿Sobre suicidarse? No, no dijo nada… Una vez leí algo sobre los policías que se suicidan. Hace mucho tiempo. Cuando Elias presentó una querella contra él por aquel hombre a quien Frankie mató. Frankie estaba muy deprimido y yo me asusté. Leí un artículo sobre ese tema. Decía que cuando una persona te dice que se va a suicidar, lo hace para que se lo impidas.

Bosch asintió.

—Supongo que Frankie no quería que se lo impidiera —continuó Margie—. No me habló de eso.

Margie separó la jarra de cristal de la cafetera y sirvió un poco de café en una taza. Luego sacó un termo de plata del armario y empezó a llenarlo.

—Esto es para el camino —dijo—. No quiero que te duermas en la pista.

—¿Qué?

—En la autopista. No sé lo que me digo.

Bosch se acercó a Margie y le apoyó una mano en el hombro. Ella depositó la cafetera en la encimera y se volvió para abrazarle.

—Este último año las cosas… —dijo Margie— se estropearon.

—Lo sé. Frankie me lo contó.

Margie se separó de Bosch y siguió llenando el termo.

—Margie, tengo que preguntarte algo antes de irme —dijo Bosch—. Se llevaron su pistola para analizarla hoy en balística. Frankie utilizó otra. ¿Sabes algo de esa pistola?

—No. Sólo tenía la pistola que utilizaba para su trabajo. No había otras pistolas en casa. Con las dos niñas… Cuando Frankie regresaba a casa guardaba la pistola en una pequeña caja fuerte que había en el suelo del armario. Él era el único que tenía la llave. Yo no quería en casa más pistolas de las necesarias.

Bosch pensó que si Margie se había negado a tener más pistolas en casa que la que Sheehan utilizaba para su trabajo, eso creaba una laguna. Frankie pudo haber conservado otra pistola sin que ella lo supiera, en un lugar tan oculto que ni siquiera los del FBI la habían hallado al registrar la vivienda. Quizás estuviera envuelta en un plástico y sepultada en el jardín. O tal vez Sheehan habría adquirido la pistola después de que Margie y las niñas hubieran abandonado la casa para trasladarse a Bakersfield. En tal caso, Margie no podía saber que Frankie tenía esa pistola. Bosch decidió no insistir en el tema.

—De acuerdo —dijo.

—¿Por qué lo preguntas, Harry? ¿Acaso creen que la pistola es tuya? ¿Tienes problemas?

Bosch reflexionó unos instantes antes de responder.

—No, Margie. No te preocupes por mí.

31

La lluvia siguió cayendo durante la mañana del lunes, entorpeciendo la entrada de Bosch en Brentwood y obligándole a conducir a paso de tortuga. No era una lluvia torrencial, pero en cuanto caían cuatro gotas Los Angeles se paralizaba. Se trataba de un misterio que Bosch no lograba explicarse. Una ciudad definida en gran parte por la cantidad de coches que tenía, y sin embargo los conductores no sabían hacer frente a la mínima inclemencia meteorológica. Mientras conducía sintonizó la KFWB. Daban más información sobre los atascos del tráfico que sobre los incidentes violentos o disturbios que se hubieran producido durante la noche. Lamentablemente, las previsiones del tiempo anunciaban que el cielo se despejaría al mediodía.

Bosch llegó con veinte minutos de retraso a su cita con Kate Kincaid. La casa de la que supuestamente habían secuestrado a Stacey Kincaid era una inmensa mansión estilo rancho con las contraventanas negras y el tejado de pizarra gris. Había una amplia zona de césped que se extendía desde la calle hasta la casa, y un camino asfaltado que discurría frente a la fachada y que conducía hasta el garaje situado en el jardín, junto a la mansión. Bosch vio un Mercedes Benz aparcado junto al porche de la entrada. La puerta principal estaba abierta.

Al llegar al umbral saludó en voz alta y oyó a Kate Kincaid invitándole a pasar. La encontró en la sala de estar, sentada en un sofá cubierto con una sábana blanca. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas. La habitación parecía acoger una reunión de voluminosos y pesados fantasmas. Kate notó la sorpresa de Bosch.

—Cuando nos mudamos no nos llevamos ningún mueble —le explicó—. Queríamos partir de cero. Sin recuerdos.

Bosch observó que Kate Kincaid iba vestida de blanco, con una blusa de seda y un pantalón de lino. También ella parecía un fantasma. Su bolso de cuero negro, que reposaba en el sofá contiguo, contrastaba con la ropa de la mujer y las sábanas que cubrían los muebles.

—¿Cómo está, señora Kincaid?

—Llámeme Kate.

—Muy bien, Kate.

—Me siento bien. Mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo. ¿Y usted?

—Regular. He pasado una mala noche. Y no me gusta que llueva.

—Lo siento. Parece que no ha dormido.

—¿Le importa que eche un vistazo antes de que empecemos a hablar?

Bosch llevaba en el maletín una orden de registro de la casa, pero prefirió no sacarla todavía.

—Por supuesto que no —respondió Kate—. La habitación de Stacey da al pasillo que queda a su izquierda. Es la primera puerta a la izquierda.

Bosch dejó el maletín en el suelo enlosado de la entrada y echó a andar por el pasillo, tal como Kate Kincaid le había indicado. Los muebles del cuarto de Stacey no estaban tapados. Las sábanas blancas que los habían cubierto se hallaban amontonadas en el suelo. Daba la impresión de que alguien —probablemente la madre de la desgraciada niña— había visitado de vez en cuando la habitación. La cama estaba sin hacer. La colcha rosa y las sábanas a juego estaban arrugadas, sin duda no porque alguien hubiera dormido en la cama sino más bien porque alguien se había tumbado en ellas y las había apretujado contra su pecho. Bosch se sintió turbado al contemplarlas.

El detective se detuvo en el centro de la habitación, con las manos enfundadas en los bolsillos de la gabardina, y examinó las cosas de la niña. Había unos animalitos de peluche, unas muñecas y una estantería con libros de cuentos. No se veían pósteres de películas, ni fotos de jóvenes estrellas de la televisión o cantantes de moda. Parecía la habitación de una niña mucho más pequeña de lo que era Stacey Kincaid en el momento de su muerte. Bosch se preguntó si la habrían decorado sus padres o si a ella le gustaría así, como si el rodearse de los objetos de su pasado la librara de los horrores del presente. Ese pensamiento hizo que Bosch se sintiera aún peor que al contemplar las ropas arrugadas de la cama.

Bosch se fijó en el cepillo que había sobre la mesa y observó unos pelos rubios entre las cerdas. Eso le animó un poco. Sabía que podrían utilizar los pelos del cepillo, en caso de que encontraran pruebas en el maletero de un coche y tuvieran que relacionarlas con la niña asesinada.

Se acercó a la ventana y miró a través de ella. Era una ventana corredera y en el alféizar observó unas manchas del polvo negro que se utilizaba para conseguir las huellas dactilares. Junto al cerrojo había unas marcas en la madera hechas con un destornillador o un instrumento parecido. Descorrió el cerrojo y abrió la ventana.

Bosch contempló al jardín trasero a través de la lluvia. Había una piscina en forma de habichuela, cubierta con un plástico. El agua de lluvia se había acumulado sobre el plástico. Bosch pensó de nuevo en la niña. Se preguntó si se lanzaría a la piscina para escapar y sumergirse hasta el fondo para desahogarse gritando.

Más allá de la piscina había un seto que rodeaba el jardín trasero. Medía unos tres metros de altura y garantizaba la intimidad en el jardín. Bosch reconoció el seto por haberlo visto en las imágenes del ordenador en la *web* de Charlotte.

Cerró la ventana. La lluvia siempre le entristecía. Y lo que menos necesitaba era algo que incidiera más aún en su bajo estado de ánimo. Tenía el fantasma de Frankie Sheehan en la cabeza, un matrimonio fracasado sobre el que no tenía tiempo para pensar, y las terribles imágenes de una niña con aspecto de haberse perdido en el bosque.

Bosch sacó una mano del bolsillo para abrir el armario ropero. Las prendas de la niña seguían allí. Unos vestidos de alegres colores que pendían de unos colgadores de plástico. El detective los examinó hasta dar con el vestido blanco con el estampado de banderitas. También recordaba haberlo visto en la *web*.

Bosch salió al pasillo y echó una ojeada a las otras habitaciones. Una de ellas parecía el cuarto de invitados, que Bosch reconoció como la habitación que aparecía en las fotos de la

página *web*. Aquí era donde Stacey Kincaid había sido violada y filmada. Bosch no se detuvo en ella. En el otro extremo del pasillo había un baño, la habitación del matrimonio y otro dormitorio, que había sido transformado en una biblioteca y un despacho.

Bosch regresó a la sala de estar. Kate Kincaid seguía sentada en el mismo lugar. El detective recogió su maletín y entró en la habitación.

—Estoy un poco mojado, señora Kincaid. ¿Le importa que me siente?

—Claro que no. Pero llámame Kate.

—De momento prefiero mantener un tono más formal, si no le importa.

—Como guste, detective.

Bosch estaba enojado con ella, por lo que había ocurrido en aquella casa y por haber mantenido el secreto. Durante su recorrido por la vivienda había visto lo suficiente para confirmar lo que Kizmin Rider había expresado la noche anterior.

Bosch se sentó en uno de los sillones cubiertos con una sábana, frente al sofá, y colocó el maletín sobre sus rodillas. Lo abrió y empezó a examinar su contenido, que Kate Kincaid no podía ver desde el lugar que ocupaba en el sofá.

—¿Ha encontrado algo que le haya llamado la atención en la habitación de Stacey? —preguntó la señora Kincaid.

Bosch alzó la vista por encima del maletín y observó unos instantes a Kate Kincaid.

—No —contestó—. Sólo he echado un vistazo. Me imagino que la policía registró la casa a fondo y que por tanto no encontraré nada de interés. ¿Le gustaba a Stacey bañarse en la piscina?

Bosch siguió revisando el contenido de su maletín mientras Kate le explicaba que su hija había sido una excelente nadadora. En realidad Bosch no hacía nada importante; se limitaba a llevar a cabo el plan que había estado ensayando mentalmente toda la mañana.

—Stacey era capaz de nadar dos largos de piscina sin sacar la cabeza para respirar —dijo Kate Kincaid.

Bosch cerró el maletín y la miró. Kate sonrió al recordar a su hija. Bosch sonrió también, pero de manera forzada.

—¿Le importaría deletrear la palabra inocencia, señora Kincaid?

—¿Cómo dice?

—La palabra inocencia. ¿Me la quiere deletrear?

—¿Tiene esto algo que ver con Stacey? No veo por qué.

—Haga lo que le pido, por favor. Deletree esa palabra.

—No se me da bien deletrear palabras. Siempre guardaba un diccionario en el bolso para responder a Stacey cuando me preguntaba cómo se escribía una palabra. Ya sabe, uno de esos libritos…

—Vamos, señora Kincaid, inténtelo.

Kate Kincaid se detuvo unos momentos para reflexionar. La expresión de su rostro mostraba un desconcierto total.

—I, ene, o, una ese o una ce, no estoy segura…

Kate miró a Bosch con expresión inquisitiva. Bosch meneó la cabeza y abrió de nuevo su maletín.

—Es una ce, no una ese.

—Ya le dije que suelo equivocarme.

Kate Kincaid sonrió. Bosch sacó un objeto, cerró el maletín y lo depositó en el suelo. Luego se levantó, se acercó al sofá y entregó a Kate una funda de plástico que contenía una de las cartas anónimas que había recibido Howard Elias.

—Fíjese —dijo—. Escribió usted mal la palabra inocencia.

Kate contempló la carta en silencio durante mucho rato. Luego aspiró profundamente y repuso sin mirar a Bosch:

—Tendría que haber utilizado mi pequeño diccionario, pero escribí esta nota apresuradamente.

Bosch experimentó una gran sensación de alivio al comprender que Kate Kincaid no iba a ofrecer resistencia. Ella esperaba este momento, sabía que antes o después iba a ocurrir. Quizá por eso había dicho que se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—Entiendo —dijo Bosch—. ¿Quiere contármelo todo, señora Kincaid?

—Sí —respondió ella—. Se lo voy a contar todo.

Bosch colocó pilas nuevas en la grabadora, la puso en marcha y la depositó sobre la mesa de café, orientando el micrófono hacia arriba para que captara su voz y la de Kate Kincaid.

—¿Está preparada? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

Bosch se identificó, dijo quién era ella, la fecha, la hora y el lugar donde iba a celebrarse la entrevista. Luego le leyó sus derechos de un formulario que había sacado del maletín.

—¿Comprende los derechos que acabo de leer, señora Kincaid?

—Sí.

—¿Desea hablar conmigo, señora Kincaid, o prefiere llamar a su abogado?

—No.

—¿No, qué?

—No deseo llamar a mi abogado. Un abogado no puede ayudarme. Deseo hablar.

Bosch se detuvo unos instantes mientras pensaba en cómo evitar que cayera algún pelo en la tarta.

—Yo no puedo asesorarle desde el punto de vista legal. Pero cuando dice que un abogado no puede ayudarla, no sé si esto constituye una renuncia de sus derechos. ¿Me comprende? Porque quizás un abogado pudiera…

—Detective Bosch, no quiero un abogado. Comprendo perfectamente mis derechos y no quiero un abogado.

—De acuerdo, entonces tiene que firmar este papel, en la parte inferior, y aquí, donde pone que no solicita que esté presente su abogado.

Bosch colocó el formulario sobre la mesa de café y observó a Kate Kincaid mientras lo firmaba. Luego comprobó que la firma era correcta, lo firmó él mismo en calidad de testigo y lo guardó en el maletín. A continuación se instaló cómodamente en el sillón y miró a Kate. Pensó en comentarle la posibilidad de que renunciara a sus derechos como cónyuge de un sospechoso, pero decidió no hacerlo. Era mejor que se ocupara de ello la oficina del fiscal del distrito, cuando llegara el momento oportuno.

—Entonces ya podemos empezar —le dijo Bosch—. ¿Quiere contarme lo sucedido, señora Kincaid, o prefiere que le formule unas preguntas?

Bosch repetía con frecuencia el nombre de Kate Kincaid para que cuando reprodujeran la cinta delante del jurado no hubiera confusión respecto a quiénes pertenecían las voces.

—Mi marido mató a mi hija. Supongo que eso es lo que usted quiere saber en primer lugar. Por eso ha venido aquí.

Bosch se quedó perplejo un momento, y luego asintió.

—¿Cómo lo sabe?

—Durante mucho tiempo sospeché…, luego lo supe con certeza debido a unas cosas que oí. Por fin mi marido me lo dijo. Se lo pregunté directamente y él confesó.

—¿Qué le dijo su marido exactamente?

—Dijo que fue un accidente, pero uno no estrangula a alguien accidentalmente. Dijo que la niña le había amenazado con contarle a sus amigas lo que él… lo que él y sus amigos le hacían. Dijo que trató de impedírselo, de convencerla de que no lo hiciera, y la situación se le fue de las manos.

—¿Dónde ocurrieron los hechos?

—Aquí. En esta casa.

—¿Cuándo?

Kate le dio la fecha del supuesto secuestro de su hija. Parecía darse cuenta de que Bosch tenía que hacerle unas preguntas que tenían respuestas claras para completar el relato del crimen.

—¿Su marido había abusado sexualmente de Stacey?

—Sí.

—¿Él se lo confesó?

—Sí.

Kate Kincaid rompió a llorar y abrió el bolso para sacar un pañuelo de papel. Bosch dejó que se tranquilizara. El detective se preguntó si la mujer lloraba debido al dolor, a un sentimiento de culpabilidad o bien a causa del alivio que experimentaba por haber contado por fin la historia. Bosch suponía que era una mezcla de las tres cosas.

—¿Cuánto hacía que su marido abusaba sexualmente de Stacey? —preguntó al cabo de unos minutos.

Kate Kincaid dejó caer el pañuelo en el regazo.

—No lo sé. Llevábamos casados cinco años antes de que…, antes de que la niña muriera. No sé cuándo empezó todo.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de la situación?

—Prefiero no responder a esa pregunta, si no le importa.

Bosch la observó. Kate bajó la vista. La pregunta constituía la base de su sentimiento de culpabilidad.

—Es importante, señora Kincaid.

—Un día mi hija me lo contó. —Kate sacó otro pañuelo del bolso para enjugarse un nuevo torrente de lágrimas—. Fue un año antes de… Me dijo que él le hacía unas cosas que no estaban bien… Al principio no la creí. Pero se lo pregunté a mi marido. Él lo negó, por supuesto. Y yo le creí. Supuse que Stacey tenía problemas para adaptarse a la nueva situación, al hecho de tener un padrastro, y que era una forma de rebelarse.

—¿Y más tarde?

Kate no respondió. Se miró las manos y agarró el bolso con fuerza.

—¿Señora Kincaid?

—Más tarde noté ciertas cosas. Unos detalles insignificantes. Stacey no quería que yo me fuera y la dejara a solas con él. Ahora, al echar la vista atrás, comprendo sus motivos. Pero entonces no eran tan evidentes. Una noche mi marido fue a la habitación de Stacey para darle las buenas noches y observé que tardaba en regresar al salón. Fui a ver qué ocurría y comprobé que la puerta estaba cerrada con llave.

—¿Llamó usted a la puerta?

Kate permaneció inmóvil y en silencio un buen rato antes de negar con la cabeza.

—¿Quiere eso decir que no?

Bosch se lo preguntó para que constara en la cinta.

—No. No llamé a la puerta.

Bosch decidió seguir interrogándola. Sabía que con frecuencia las madres de víctimas de un incesto y abusos sexuales no se percataban de lo evidente ni tomaban las medidas oportunas para salvar a sus hijas de esa situación. Kate Kincaid vivía en esos momentos un infierno personal y su decisión de exponer a su marido —y a ella misma— al ridículo público y a un juicio siempre le parecería un acto insuficiente y demasiado tardío. Tenía razón. Un abogado no podía ayudarla. Nadie podía ayudarla.

—Señora Kincaid, ¿cuándo empezó a sospechar de la participación de su marido en la muerte de su hija?

—Durante el juicio de Michael Harris. Yo creía que él, Harris, era el culpable. No pensé que los policías hubieran dejado sus huellas en el lugar del crimen. Incluso el fiscal me aseguró que eso era poco probable. De modo que creí que Harris era el asesino. Deseaba creerlo. Pero durante el juicio uno de los detectives, creo que se llamaba Frankie Sheehan, declaró que habían arrestado a Michael Harris en la empresa donde trabajaba.

—El taller de lavado.

—Sí. Dijo el nombre y la dirección. Y entonces recordé que yo había llevado allí el coche con Stacey. Recordé que sus libros estaban en el asiento trasero. Se lo conté a mi marido y dije que deberíamos decírselo a Jim Camp. Era el fiscal. Pero Sam me disuadió. Dijo que la policía estaba convencida de que el asesino era Michael Harris y que si yo explicaba eso, la defensa lo utilizaría para dar un nuevo giro al caso, como había ocurrido con O. J. Simpson. Dijo que la verdad no saldría a relucir y perderíamos el caso. Me recordó que habían encontrado a Stacey cerca del apartamento de Harris… Sam dijo que probablemente Harris se había fijado en ella el día que habíamos llevado el coche a lavar a ese taller y que había empezado a acosarnos…, a acosar a Stacey. Me dejé convencer por Sam. No estaba segura de que Harris no fuera el asesino. Hice lo que mi marido me ordenó.

—Y Harris se libró de la silla eléctrica.

—Así es.

Bosch se detuvo un momento, para conceder a Kate Kincaid un respiro antes de formularle la siguiente pregunta.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión, señora Kincaid? —preguntó—. ¿Por qué envió esas notas a Howard Elias?

—Yo seguía sospechando. Un día, hace unos meses, oí parte de una conversación que mi marido mantenía con su… su amigo.

Kate pronunció la última palabra como si fuera el peor insulto que uno pudiera proferir contra una persona.

—¿Richter?

—Sí. Ellos creían que yo había salido. Suponían que había ido a almorzar con unas amigas al club Mountaingate. Pero yo había dejado de salir con mis amigas después de que Stacey… Ese tipo de cosas ya no me interesaban. Solía decirle a mi marido que salía a almorzar, pero en realidad iba a visitar a Stacey al cementerio…

—Comprendo.

—No, no creo que lo comprenda, detective Bosch.

Bosch asintió.

—Lo siento. Tiene usted razón, señora Kincaid. Continúe.

—Aquel día se puso a llover. Como hoy, una lluvia pertinaz, triste. De modo que me quedé sola unos momentos y regresé a casa antes de lo previsto. Supongo que no me oyeron entrar debido a la lluvia. Pero yo sí les oí a ellos. Estaban hablando en el despacho… Como seguía sospechando de mi marido, me acerqué para escuchar. No hice el menor ruido. Me acerqué a la puerta y escuché lo que decían.

Bosch se inclinó hacia adelante: era el momento crucial. Dentro de unos momentos sabría si Kate Kincaid había sido sincera con él. El detective dudaba de que dos hombres implicados en el asesinato de una niña de doce años se pusieran a hablar tranquilamente del asunto. Si Kate Kincaid insistía en que era cierto, Bosch comprendería que había mentido.

—¿Qué dijeron?

—No se trataba de una conversación, ¿comprende? Eran comentarios breves. Me di cuenta de que estaban hablando de niñas. De distintas niñas. Eran unos comentarios asquerosos. Yo no tenía ni idea de lo bien organizado que estaba eso. Me había engañado a mí misma pensando que si mi marido le había hecho algo a Stacey habría sido por alguna debilidad, algún defecto contra el cual él luchaba. Pero estaba equivocada. Estos hombres eran unos depravados perfectamente organizados.

—Así que se quedó usted junto a la puerta escuchando… —dijo Bosch para retomar el tema.

—Mi marido y Richter no conversaban. Hacían comentarios. Por la forma en que se expresaban, deduje que estaban mirando algo. Tenían conectado el ordenador, oí el teclado y otros sonidos. Más tarde, cuando pude utilizar el ordenador, comprobé lo que estaban mirando. Eran imágenes de niñas de diez u once años…

—Volveremos al asunto del ordenador dentro de un momento, pero ahora cuénteme lo que oyó. ¿Por qué esos comentarios le indujeron a pensar que se trataba de algo relacionado con Stacey?

—Porque dijeron su nombre. Oí que Richter decía: «Ahí está». Mi marido pronunció entonces su nombre. Lo dijo de una forma, como si la deseara… No era la forma en que lo habría pronunciado un padre o un padrastro. Luego se quedaron callados. Comprendí que la estaban mirando. Estaba segura de ello.

Bosch pensó en lo que había visto en el ordenador de Rider la noche anterior. Le resultaba difícil imaginar a Kincaid y a Richter sentados en un despacho contemplando esas imágenes,

reaccionando de forma muy distinta a como lo había hecho él.

—Richter preguntó a mi marido si había hablado con el detective Sheehan. Mi marido preguntó: «¿Sobre qué?». Richter respondió que sobre el dinero por haber colocado las huellas en el libro de Stacey. Mi marido soltó una carcajada y contestó que no le había pagado nada. Luego le contó a Richter lo que yo le había dicho durante el juicio, que había llevado el coche al taller de lavado donde trabajaba Harris. Se echaron a reír y mi marido dijo, lo recuerdo con toda claridad: «Toda mi vida he tenido mucha suerte…». Y entonces lo comprendí. Él la había matado. Ellos la habían matado.

—Y decidió usted ayudar a Howard Elias.

—Sí.

—¿Por qué a Elias? ¿Por qué no acudió a la policía?

—Porque sabía que nunca acusarían a mi marido. Los Kincaid son una familia poderosa. Creen que están por encima de la ley, y lo están. El padre de mi marido llenó los bolsillos de todos los políticos que hay en esta ciudad. Demócratas, republicanos… Todos estaban en deuda con él. Había además otro problema. Llamé a Jim Camp y le pregunté qué ocurriría si descubrían que no había sido Harris sino otra persona quien había matado a Stacey. Me dijo que no podrían probarlo debido al primer caso. La defensa se referiría al primer juicio y alegaría que el año anterior estaban convencidos de que el culpable era otro. Eso bastaría para que el jurado tuviera una duda razonable. De modo que el caso no prosperaría.

Bosch asintió. Sabía que Kate Kincaid estaba en lo cierto. El hecho de haber colgado el crimen a Harris había fastidiado el caso.

—Creo que es un buen momento para tomarnos un respiro —dijo Bosch—. Tengo que hacer una llamada.

Bosch apagó la grabadora. Luego sacó el móvil del maletín y dijo a Kate Kincaid que mientras telefoneaba echaría un vistazo a la otra parte de la casa.

Mientras atravesaba el elegante comedor y se dirigía hacia la cocina, Bosch llamó al móvil de Lindell. El agente del FBI respondió de inmediato. Bosch habló en voz baja, confiando en que Kate Kincaid no le oyera desde el salón.

—Soy Bosch. Estamos de suerte. Tenemos a una testigo dispuesta a cooperar.

—¿Lo estás grabando?

—Sí. Dice que su marido mató a su hija.

—¿Y Elias?

—Aún no hemos llegado a ese tema. Quería que lo supieras para que empecéis a moveros.

—Daré la orden.

—¿Habéis visto a alguien?

—Todavía no. Al parecer el marido aún está en casa.

—¿Y Richter? También está implicado. Ella me lo ha contado todo.

—No estamos seguros de dónde está. Si se encuentra en casa, aún no ha salido. Pero daremos con él.

—Buena suerte.

Después de apagar el móvil, Bosch se detuvo en la puerta de la cocina y observó a Kate Kincaid. Estaba de espaldas a él, inmóvil, como si tuviera la vista fija en el sillón que él había ocupado frente a ella.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua, señora Kincaid? —preguntó Bosch al entrar de nuevo en la sala de estar.

—No, gracias. Estoy bien.

Bosch puso de nuevo la grabadora en marcha y se identificó a sí mismo y anunció el tema de la entrevista. Dijo la hora exacta y la fecha.

—Le he leído sus derechos, ¿no es así, señora Kincaid?

—Así es.

—¿Desea proseguir con la entrevista?

—No tengo inconveniente.

—Hace unos minutos me ha dicho que decidió ayudar a Howard Elias. ¿Por qué motivo?

—Iba a querellarse contra la policía en nombre de Michael Harris. Yo quería que exoneraran a Harris y que condenaran a mi marido y a sus amigos. Sabía que las autoridades probablemente no lo harían. Pero también sabía que Howard Elias no formaba parte de esa gente. No se dejaba controlar por el dinero y el poder. Sólo le interesaba la verdad.

—¿Habló usted personalmente con el señor Elias?

—No. Temía que mi marido me estuviera vigilando. Desde el día en que le oí hablar con Richter y comprendí que había sido él, me resultaba imposible ocultar el asco que me inspiraba. Supongo que él se dio cuenta y ordenó a Richter que me vigilara. A Richter o a otras personas que trabajaban para él.

Bosch pensó que Richter tal vez la había seguido y andaba cerca. Lindell le había dicho que no sabían dónde se encontraba el jefe de seguridad. Bosch miró la puerta principal y se percató de que la había dejado abierta.

—Así que le envió usted unas notas a Elias.

—Sí, anónimas. Yo quería que acusara a esas personas, pero sin involucrarme a mí… Sé que obré mal, que fui una mala madre. Supongo que me hice la ilusión de que pondrían al descubierto a los hombres malos sin salpicar a la mujer mala.

Bosch descubrió un gran dolor en los ojos de Kate Kincaid cuando dijo eso y pensó que se echaría a llorar de nuevo, pero no lo hizo.

—Tengo que hacerle unas preguntas más —dijo—. ¿Cómo averiguó la dirección de la página *web* y la forma de entrar en la *web* secreta?

—¿Se refiere a la *web* de Charlotte? Mi marido no es un hombre inteligente, detective Bosch. Es rico, lo cual siempre da un aire de inteligencia. Apuntó la dirección para no tener que memorizarla y la ocultó en un cajón de la mesa de su despacho. Yo la encontré. Sé cómo utilizar un ordenador. Fui a ese espantoso lugar… Y allí vi a Stacey.

A Bosch le extrañó que las lágrimas siguieran sin brotar. Kate Kincaid se expresaba con voz átona. Daba la impresión de que recitaba la historia por obligación. El impacto que ésta hubiera tenido sobre ella lo había archivado en su interior, impidiendo que aflorara a la superficie.

—¿Cree usted que el hombre que aparece en las imágenes con Stacey es su marido?

—No. No sé quién es ese hombre.

—¿Cómo puede estar segura?

—Mi marido tiene una marca de nacimiento. Una marca en la espalda. Aunque no es inteligente, como ya le he dicho, es lo bastante listo para no aparecer en esa *web*.

Bosch reflexionó sobre lo que acababa de oír. No dudaba de la historia que le había relatado Kate Kincaid, pero sabía que era necesario hallar pruebas lo suficientemente contundentes para acusar a Kincaid. Así como Kate desconfiaba de lograr convencer a las autoridades de lo que sabía, Bosch necesitaba presentarse en el despacho del fiscal del distrito con las pruebas suficientes para demostrar que Sam Kincaid era más allá de toda duda el autor del crimen. En esos momentos lo único que tenía era a una esposa que acusaba a su marido de una atrocidad. El hecho de que Kincaid no fuera el hombre que aparecía en las imágenes de la *web* con su hijastra constituía un obstáculo a la hora de corroborar la historia de Kate. Bosch pensó en los registros. En esos momentos la policía habría entrado en el domicilio y la oficina de Kincaid. Bosch confiaba en que hallaran pruebas que corroboraran la historia de su mujer.

—En la última nota que usted envió a Howard Elias le advertía que su marido lo sabía —dijo Bosch—. ¿Se refería a que su marido sabía que Elias había hallado la *web* secreta?

—Sí, en aquel momento pensé que lo sabía.

—¿Qué le indujo a pensarlo?

—La forma en que mi marido se comportaba. Estaba siempre de mal humor, recelaba de mí. Me preguntó si había utilizado su ordenador. Eso me hizo sospechar que habían descubierto que alguien había estado husmeando en su ordenador. Envié la nota a Elias, pero ahora no estoy segura de que mi marido lo supiera.

—Explíquese. Howard Elias ha muerto.

—No estoy segura de que mi marido lo matara. Me lo habría dicho.

—¿Qué? —preguntó Bosch, desconcertado por la lógica de Kate.

—Él me lo habría dicho. Si me había confesado lo de Stacey, ¿por qué no iba a confesarme lo de Elias? Aparte de que usted mismo ha averiguado lo de la *web*. Si ellos sospechaban que Elias lo sabía, ¿no cree que habrían cerrado esa *web* o se habrían ocultado en otra parte?

—No, en el caso de que hubieran decidido asesinar al intruso.

Kate meneó la cabeza. Era obvio que no estaba de acuerdo con Bosch.

—Estoy segura de que mi marido me lo habría dicho.

Bosch no salía de su asombro.

—Espere un momento —dijo—. ¿Se refiere a la escena que tuvo con su marido y que mencionó al comienzo de esta entrevista?

En aquel momento sonó el busca del detective, y éste lo desconectó sin apartar la vista de Kate Kincaid.

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió?

—Anoche.

—¿Anoche?

Bosch se quedó perplejo. Había deducido que la confesión del asesinato a la que se había referido Kate había ocurrido hacía varias semanas o incluso meses.

—Sí. Cuando ustedes se marcharon. Por las preguntas que nos hizo usted comprendí que había encontrado las notas que yo envié a Howard Elias. Sabía que más pronto o más tarde hallaría la *web* de Charlotte.

Bosch miró su busca. El número pertenecía al móvil de Lindell. En la minúscula pantalla aparecía el código de emergencia 911. Luego alzó la vista y contempló de nuevo a Kate Kincaid.

—Así que por fin logré reunir el valor que no había tenido durante esos meses y me encaré con él. Y él me lo confesó. Y se rió de mí. Me preguntó a qué venía que me alterara de ese modo cuando no había demostrado la menor preocupación mientras Stacey estaba viva.

El móvil de Bosch comenzó a sonar dentro de su maletín. Kate Kincaid se levantó lentamente y dijo:

—Voy a salir para que pueda usted hablar tranquilamente.

Mientras Bosch recogía el maletín del suelo observó que Kate tomaba su bolso, atravesaba la sala y se dirigía por el pasillo hacia la habitación de su desgraciada hija. Después de varios intentos logró abrir el maletín y sacar el móvil. Era Lindell.

—Estoy en la casa —dijo el agente del FBI con voz tensa debido a la adrenalina y a los nervios—. Kincaid y Richter están aquí. No es una escena agradable.

—¿Qué pasa?

—Están muertos. Y no parece que murieran en el acto. Les dispararon en los huevos… ¿Estás aún con la esposa?

Bosch miró hacia el pasillo.

—Sí.

En el preciso instante de decir eso oyó una detonación procedente del pasillo. Bosch adivinó en el acto lo que había ocurrido.

—Será mejor que la traigas aquí —dijo Lindell.

—Bien.

Bosch cerró el móvil y lo guardó de nuevo en el maletín, sin apartar la vista del pasillo.

—¿Señora Kincaid?

No hubo respuesta. Lo único que se oía era la lluvia.

32

Cuando Bosch abandonó Brentwood y subió la colina hasta The Summit eran casi las dos. Mientras conducía bajo la lluvia pensó en el rostro de Kate Kincaid. Bosch no había tardado ni diez segundos en llegar a la habitación de Stacey después de oír la detonación, pero la mujer ya estaba muerta. Había utilizado una pistola del veintidós, se había introducido el cañón en la boca y se había volado los sesos. La muerte había sido instantánea. La reculada de la pistola había hecho que ésta cayera al suelo. No se apreciaba un orificio de salida de la bala, como solía ocurrir con una pistola del veintidós. Kate Kincaid parecía dormida. Se había cubierto con la manta rosa del lecho de su hija y presentaba una expresión serena. Ni el más experto embalsamador le habría conferido mejor aspecto.

Frente a la residencia de los Kincaid estaban aparcados varios automóviles y furgonetas. Bosch tuvo que dejar su coche tan lejos de la casa que cuando llegó a la puerta tenía la gabardina empapada. Lindell le aguardaba fuera.

—Esto se ha ido a la mierda —dijo el agente del FBI a modo de saludo.

—Ya.

—¿Crees que deberíamos haberlo previsto?

—No lo sé. Es difícil adivinar lo que va a hacer la gente.

—¿A quién dejaste allí?

—Al forense y a unos agentes de Robos y Homicidios que se encargan del caso. Lindell asintió.

—Yo ya he visto lo que tenía que ver. Enséñame lo que tienes aquí.

Los dos hombres entraron en la casa y Lindell condujo a Bosch hasta el gigantesco salón donde había conversado con los Kincaid la tarde del día anterior. Enseguida vio los cadáveres. Sam Kincaid ocupaba el mismo sofá en el que Bosch le había visto por última vez. D. C. Richter estaba en el suelo junto a la ventana que daba al valle de San Fernando. En aquellos momentos no se divisaba una vista de avión, sino un panorama triste y plomizo. El cadáver de Richard yacía en un charco de sangre. El tapizado del sofá había embebido la sangre de Kincaid. Unos técnicos estaban trabajando en la habitación, en la que habían instalado unas luces. Bosch observó que habían colocado unos marcadores de plástico en el suelo y sobre los muebles, donde habían localizado unos casquillos del calibre veintidós.

—En Brentwood encontraste una pistola del veintidós, ¿no es así?

—Sí, es la que usó la señora Kincaid.

—¿No se te ocurrió registrarla antes de empezar a hablar con ella?

Bosch miró enojado al agente del FBI.

—¿Estás de broma? La mujer se sometió voluntariamente al interrogatorio. Por si no lo sabes, la primera regla es evitar que el sujeto se sienta como un sospechoso antes de empezar a interrogarle. No la registré, y habría sido un error…

—Lo sé, lo sé. Perdona, no debí preguntártelo. Es que…

Lindell no terminó la frase, pero Bosch sabía adónde quería ir a parar.

—¿Ha aparecido el viejo? —preguntó para cambiar de tema.

—¿Jack Kincaid? No, enviamos a unos agentes a su casa. Tengo entendido que se lo ha tomado muy mal. Ha llamado a todos los políticos a quienes dio dinero. Debe de pensar que el ayuntamiento o el alcalde son capaces de devolverle la vida a su hijo.

—Él sabía lo que era su hijo. Seguramente lo supo desde un principio. Por eso ha hecho esas llamadas. No quiere que la prensa lo publique.

—No sé cómo va a evitarlo. Hemos encontrado unas cámaras de vídeo digitales y demás material. No nos será difícil relacionar a Sam Kincaid con la *web* de Charlotte. De eso estoy seguro.

—Ya veremos. ¿Dónde está Irving?

—Viene de camino.

Bosch se acercó al sofá y se inclinó con las manos apoyadas en las rodillas para examinar de cerca al difunto zar de los automóviles. Tenía los ojos abiertos y la mandíbula crispada en una última mueca. Lindell había estado en lo cierto al decir que no había sido una muerte agradable. Bosch recordó la expresión de la esposa de Kincaid en el momento en que ésta se había suicidado. No había comparación.

—¿Cómo crees que ella logró acabar con los dos? —preguntó Bosch observando los cadáveres mientras Lindell respondía a su pregunta.

—Si le disparas a un tío en los cojones es difícil que se te rebele. Por la sangre que Kincaid tiene en la entrepierna, yo diría que su mujer le disparó primero en los huevos, y que eso le permitió hacerse con el control de la situación.

Bosch asintió de nuevo.

—¿Richter no iba armado?

—No.

—¿Habéis encontrado un arma de nueve milímetros?

—No, todavía no. —Lindell dirigió a Bosch otra mirada de frustración.

—Tenemos que encontrar esa pistola del nueve —dijo Bosch—. La señora Kincaid consiguió que confesaran lo que le habían hecho a la niña pero no dijo nada sobre Elias. Hay que dar con la pistola del nueve para relacionarlos con el asesinato de Elias y acabar con este asunto.

—La estamos buscando. Si alguien encuentra una pistola del nueve, seremos los primeros en saberlo.

—¿Has enviado a algunos agentes a registrar el domicilio, el coche y la oficina de Richter? Estoy convencido de que fue el autor material de los disparos.

—Estamos en ello, pero no te hagas muchas ilusiones.

Bosch trató de adivinar los pensamientos del agente del FBI pero no lo consiguió. Intuía que éste le ocultaba algo.

—¿A qué viene eso?

—Edgar consiguió esta mañana su historial de la academia de policía.

—Sabemos que no consiguió ingresar en el cuerpo. ¿Has averiguado el motivo?

—Al parecer estaba ciego de un ojo. El izquierdo. Richter trató de ocultarlo. Y lo consiguió hasta que tuvo que demostrar su puntería con las armas de fuego. Era incapaz de acertar en el blanco. Así fue como se enteraron del defecto que padecía. Y lo echaron.

Bosch asintió. Pensó en los disparos certeros efectuados en Angels Flight y comprendió que este nuevo dato sobre Richter alteraba la situación. Richter no podía ser el asesino.

El ruido de un helicóptero interrumpió sus reflexiones. Al mirar por la ventana vio un helicóptero del Canal Cuatro sobrevolando la mansión, a unos cincuenta metros de distancia. A través de la lluvia distinguió al cámara apostado en la puerta corredera.

—Malditos buitres —comentó Lindell—. Ni la lluvia consigue que se queden en casa.

El agente del FBI se acercó a la puerta junto a la que había un panel de interruptores de luz y otros controles electrónicos. Oprimió un botón redondo y mantuvo el dedo sobre él. Bosch percibió el rumor de un motor eléctrico y observó una persiana automática que iba cayendo sobre las ventanas.

—Debido a la verja electrónica no pueden acercarse a esta casa por tierra —dijo Bosch—, así que lo hacen por aire.

—Me tiene sin cuidado. Ya veremos si se salen con la suya.

A Bosch también le tenía sin cuidado. Miró de nuevo los cadáveres. A juzgar por el color y el leve hedor que emanaban, dedujo que los dos hombres llevaban muertos varias horas. Se preguntó si Kate Kincaid habría permanecido todo ese tiempo en la casa con los cadáveres o bien habría ido a Brentwood y habría dormido en el lecho de su hija. Bosch se inclinó por la segunda hipótesis.

—¿Han fijado ya la hora de la muerte? —preguntó.

—Sí. El forense la sitúa entre las nueve y las doce de anoche. Dijo que la sangre indica que quizá permanecieron vivos durante un par de horas entre el primer disparo y el último. Todo hace suponer que la señora Kincaid deseaba obtener cierta información y ellos se negaron a dársela… al principio.

—Su marido confesó. No sé si Richter también, aunque lo más probable es que la señora Kincaid no se molestara en interrogarle. Pero su marido le contó todo lo que le hizo a Stacey. Y ella lo mató. Los mató a los dos. El hombre que aparece con la niña en las imágenes de la *web* no era Sam Kincaid. Pide al forense que tome unas fotografías del torso de Richter para que podamos compararlas. Quizá fuera él.

Lindell señaló los dos cadáveres.

—Lo haré. ¿Qué opinas? ¿Que la señora Kincaid los mató y luego fue a acostarse?

—Seguramente no. Creo que pasó la noche en la casa de Brentwood. Me dio la impresión de que alguien había dormido en la cama de la niña. La señora Kincaid tenía que verme y contarme la historia antes de llevar a cabo su plan.

—Su suicidio fue el remate.

—Sí.

—Qué fuerte…

—Vivir con el fantasma de su hija, con los remordimientos por haber dejado que su marido le hiciera lo que le hizo, debió de ser aún más fuerte. El suicidio era más fácil.

—No estoy de acuerdo. No dejo de pensar en Sheehan y de preguntarme qué oscuro tormento le llevó a quitarse la vida.

—Espero que nunca lo descubras. ¿Dónde está mi gente?

—En el despacho. Lo están registrando.

—Si quieres algo me encontrarás allí.

Bosch se dirigió por el pasillo hacia el despacho. Edgar y Rider lo estaban registrando en silencio. Los objetos que querían llevarse a la comisaría estaban amontonados sobre el escritorio. Bosch los saludó con una inclinación de cabeza y ellos hicieron lo propio. La investigación había dado un giro radical. No habría acusados, ni juicio. Ellos mismos tendrían que explicar los hechos. Y todos sabían que los medios se mostrarían escépticos y que la gente quizá no los creyera.

Bosch se acercó al escritorio. Había varios aparatos conectados al ordenador, unas cajas con discos utilizados para almacenar datos, una pequeña videocámara y un aparato de montaje.

—Tenemos mucho material Harry —dijo Rider—. Habríamos atrapado a Kincaid por su implicación en la red de pedófilos. Tiene un zip con todas las imágenes de la *web* secreta, y esta cámara con la que seguramente filmó los vídeos de Stacey.

Rider, que llevaba puestos unos guantes, alzó la cámara para mostrársela a Bosch.

—Es digital. Grabas una película, conectas la cámara aquí y vuelcas el material. Luego lo almacenas en tu ordenador y lo subes a la red de pedófilos. Todo esto desde la intimidad de tu hogar. Es tan sencillo como…

Rider no terminó la frase. Bosch se volvió para ver qué había distraído a su compañera y descubrió a Irving en la puerta de la habitación. Detrás de él estaban Lindell y el teniente Tulin, el ayudante de Irving. Éste entró en el despacho, entregó su gabardina mojada a Tulin y le pidió que esperara en otra habitación de la casa.

—¿Qué habitación, jefe?

—La que sea.

Cuando Tulin ya hubo salido, Irving cerró la puerta. En el despacho sólo estaban Irving, Lindell y el equipo de Bosch. Bosch sabía lo que iba a ocurrir. Había llegado el jefe. La investigación pasaría por un ciclo de decisiones y declaraciones públicas en función de los intereses del departamento, no de la verdad. Bosch cruzó los brazos y aguardó.

—Se acabó el registro —dijo Irving—. Recojan lo que hayan encontrado y márchense.

—Pero jefe —protestó Rider—, todavía no hemos registrado toda la casa.

—No importa. Quiero que se lleven los cadáveres, y después que se largue la policía.

—Señor —insistió Rider—, aún no hemos encontrado el arma. La necesitamos para…

—Y no la encontrarán.

Irving avanzó hasta el centro de la estancia. Echó un vistazo en derredor suyo y luego fijó la vista en Bosch.

—Me equivoqué al hacerle caso, detective. Espero que la ciudad no tenga que pagar por ese error.

Bosch no se dio prisa en replicar. Irving lo miró directamente a los ojos.

—Sé lo que piensa sobre esto, jefe…, en términos políticos. Pero debemos continuar el registro de esta casa y de otros lugares relacionados con los Kincaid. Tenemos que hallar el arma para demostrar…

—Ya se lo he dicho, no van a encontrar el arma. Ni aquí ni en ningún sitio relacionado con los Kincaid. Todo esto, detective, es sacar las cosas de quicio, lo cual ya ha costado tres muertes.

Bosch no sabía a qué venía todo aquello, pero por si acaso se puso a la defensiva.

—Yo no lo llamaría sacar las cosas de quicio —dijo señalando el material apilado sobre el escritorio—. Kincaid estaba envuelto en una importante red de pedófilos y nosotros…

—Su misión era resolver el caso de Angels Flight. Es evidente que les he dado demasiada libertad, y éste es el resultado.

—Este asunto está relacionado con Angels Flight. Por eso tenemos que hallar el arma. Así podremos relacionar…

—¡Ya tenemos el arma, joder! ¡La encontramos hace veinticuatro horas! ¡También teníamos al asesino! Digo que lo teníamos porque lo dejamos escapar y ya no podemos atraparlo.

Bosch miró sorprendido a Irving, que tenía el rostro congestionado de rabia.

—Hace menos de una hora completaron el análisis de balística —dijo Irving—. Las tres balas extraídas del cadáver de Howard Elias eran idénticas a las disparadas en el laboratorio de armas de fuego con la Smith and Wesson de nueve milímetros del detective Francis Sheehan. El detective Sheehan mató a esas personas en el funicular. Y punto. Algunos de nosotros creíamos en esa posibilidad pero nos dejamos convencer por usted, detective Bosch. Ahora esa posibilidad es un hecho, pero el detective Sheehan ya no está.

Bosch estaba tan estupefacto que no podía articular palabra.

—Esto lo hace por el viejo —consiguió decir al cabo de unos instantes—. Por Kincaid. Usted prefiere…

Rider agarró a Bosch del brazo para impedir que se suicidara profesionalmente. Pero Bosch se soltó y señaló la sala de estar, donde se hallaban los cadáveres.

—… traicionar a uno de los suyos con tal de proteger a esa gente. ¿Cómo ha sido capaz de hacerlo? ¿Cómo ha podido hacer ese trato con ellos? ¿No le remuerde la conciencia?

—¡Se equivoca! —gritó Irving. Luego, más calmado, repitió—: Se equivoca, y yo podría hundirlo por lo que acaba de decir.

Bosch guardó silencio pero sostuvo la mirada del subdirector.

—La ciudad demanda justicia para Howard Elias —dijo Irving—. Y también para la mujer que murió asesinada en Angels Flight. Usted les ha privado de ese derecho, detective. Permitió que Sheehan se nos escapara. Arrebató a la gente de Los Angeles el derecho a que se haga justicia, y no se lo van a agradecer. ¡Todos vamos a pagar las consecuencias!

33

El plan consistía en celebrar la rueda de prensa cuanto antes, mientras seguía lloviendo, y aprovechar la circunstancia para mantener a la multitud —una multitud enfurecida— fuera de las calles. El equipo investigador fue reunido junto a la pared del fondo de la sala. El jefe de la policía y Gilbert Spencer, del FBI, presidirían la rueda de prensa y responderían a todas las preguntas. Era el procedimiento habitual en una situación tan delicada como aquélla. El jefe de la policía y Spencer sabían poco más que lo que decía el comunicado. Por tanto, podían responder fácilmente a preguntas sobre los pormenores de la investigación con comentarios como «no estoy informado del tema» o «que yo sepa no».

O'Rourke, del departamento de relaciones con la prensa, se encargó de advertir a la multitud de periodistas que se comportaran de forma responsable y de que, aunque la rueda de prensa sería breve, dentro de unos días les ofrecerían más información sobre el caso. A continuación presentó al jefe de la policía, quien ocupó su lugar detrás de los micrófonos y leyó un comunicado hábilmente redactado.

—Durante mi corto mandato como jefe de la policía ha recaído sobre mí la responsabilidad de presidir los funerales de policías muertos en acto de servicio. He dado el pésame a madres que han perdido a sus hijos por la absurda violencia que se ha desatado en esta ciudad. Pero jamás me había sentido tan acongojado como en estos momentos. Debo informar a las gentes de esta gran ciudad que sabemos quién mató a Howard Elias y a Catalina Pérez. Y os comunico con profundo pesar que fue un miembro de este departamento. El análisis de balística acaba de confirmar que los proyectiles que mataron a Howard Elias y a Catalina Pérez fueron disparados con la pistola reglamentaria utilizada por el detective Francis Sheehan de la División de Robos y Homicidios.

Bosch contempló el mar de rostros de los reporteros que tenía ante sí y vio en muchos de ellos una expresión de estupor. La noticia les hizo pensar en las consecuencias. La noticia era la cerilla, ellos la gasolina. Ni siquiera la lluvia sería capaz de apagar el fuego.

Un par de periodistas, seguramente de agencias de prensa, se abrieron paso a través de la multitud que se hallaba de pie y salieron para transmitir la noticia. El jefe de la policía continuó:

—Como muchos de ustedes saben, Sheehan era uno de los policías a los que Howard Elias demandó en nombre de Michael Harris. Los investigadores de este caso creen que Sheehan se sintió desbordado por las emociones del caso y la ruptura de su matrimonio, ocurrida hace pocos meses.

Es posible que todo esto le trastornara. En todo caso nunca lo sabremos, pues el detective Sheehan se suicidó anoche ante el temor de ser acusado de asesinato. Como jefe de la policía, uno confía en no tener que dar jamás este tipo de noticias. Pero este departamento no oculta nada a sus ciudadanos. Es preciso airear lo malo para poder celebrar lo bueno. Sé que ocho mil personas justas que trabajan en este departamento desean pedir disculpas, junto conmigo, a las familias de las dos víctimas y a todos los habitantes de Los Angeles. Al mismo tiempo rogamos a los ciudadanos que reaccionen con sensatez y tranquilidad ante estos trágicos acontecimientos. Debo hacer otras declaraciones, pero si desean formular alguna pregunta referente a esta investigación responderé a algunas de ellas.

De inmediato sonó un coro de voces ininteligibles y el jefe de la policía señaló a un reportero situado frente a él. Bosch no lo reconoció.

—¿Cómo y dónde se suicidó Sheehan?

—Anoche se alojó en casa de un amigo. Se mató de un disparo. Su pistola reglamentaria fue confiscada para el análisis de balística. El agente Sheehan utilizó otra arma, cuya procedencia estamos investigando. Los investigadores creían que Sheehan no disponía de otra pistola, pero es evidente que se equivocaron.

Volvió a estallar el coro de voces, pero esta vez destacó la estentórea e inconfundible voz de Harvey Button. Su pregunta era clara y no admitía evasivas.

—¿Por qué dejaron a Sheehan en libertad? Ayer era sospechoso de asesinato. ¿Por qué lo soltaron?

El jefe de la policía miró a Button unos momentos antes de responder.

—Usted mismo acaba de responder a su pregunta. Era sospechoso. No estaba detenido. Esperábamos los resultados del análisis de balística y no había motivo para retenerle. En aquellos momentos no disponíamos de pruebas contra él. Las pruebas nos las ha suministrado el informe de balística. Pero ya era demasiado tarde.

—Todos sabemos que la policía puede retener a un sospechoso durante cuarenta y ocho horas antes de presentar cargos contra él. ¿Por qué no se hallaba el detective Sheehan bajo custodia?

—Francamente, estábamos siguiendo otras pistas relacionadas con el caso. Sheehan no era un sospechoso en el sentido estricto del término. Era una de las varias personas a quienes estábamos investigando. Creímos que no había motivo para retenerle. El agente Sheehan había respondido satisfactoriamente a todas nuestras preguntas, pertenecía a nuestro departamento y no pensamos que fuera a huir. Y mucho menos a suicidarse.

—Otra pregunta —gritó Button sobre el tumulto—. ¿Insinúa usted que su condición de policía permitió que Sheehan fuera puesto en libertad para que se fuera a casa y se suicidara?

—No, señor Button, no insinúo nada de eso. Lo que digo es que no supimos con certeza que era el asesino hasta que fue demasiado tarde. Lo hemos sabido hoy. Sheehan fue puesto en libertad y se suicidó anoche.

—De haber sido un ciudadano de a pie, digamos un hombre negro como Michael Harris, ¿le habrían permitido irse a casa anoche?

—No voy a responder a esa pregunta.

El jefe de la policía alzó las manos para sofocar el vocerío.

—Voy a leer otro comunicado.

Los reporteros siguieron formulando sus preguntas a voz en cuello hasta que O'Rourke avanzó hacia el frente del estrado y gritó más fuerte, amenazando con poner fin a la rueda de prensa si no se restablecía el orden. Unos instantes después, el jefe de la policía prosiguió:

—Este comunicado está relacionado de forma indirecta con los hechos que acabo de relatar. Tengo el triste deber de comunicar la muerte de Sam Kincaid, de Kate Kincaid y de Donald Charles Richter, un agente de seguridad que trabajaba para ellos.

A continuación leyó otro folio que describía el doble asesinato y el suicidio, presentando los hechos como los actos de una Kate Kincaid trastornada que había sucumbido al dolor por la pérdida de su hija. Se abstuvo de mencionar el que su marido hubiera abusado sexualmente de su hija, el que Sam Kincaid fuera un pedófilo y su implicación en una *web* secreta dedicada a tal perversión. También se abstuvo de mencionar la investigación que el FBI y el departamento de delitos informáticos estaban llevando a cabo para poner al descubierto esa red de pedófilos.

Bosch sabía que era obra del viejo Kincaid. El primer zar de los automóviles había echado mano de sus influyentes amigos para salvar el honor de la familia. Bosch supuso que toda la ciudad estaba en alerta roja. Jackson Kincaid no permitiría que nadie destruyera el buen nombre de su hijo, ni el suyo propio. Eso supondría el hundimiento de su imperio.

Cuando el jefe de la policía hubo terminado de leer el segundo comunicado, los reporteros le formularon numerosas preguntas:

—Si la señora Kincaid estaba trastornada, ¿por qué mató a su marido? —inquirió Keisha Russell del *Times*.

—Eso nunca lo sabremos.

—¿Y ese tal Richter, el agente de seguridad? ¿Por qué lo mató la señora Kincaid? ¿Qué relación tenía con el asesinato de su hija?

—Suponemos que Richter estaba casualmente en la casa o pasó por allí en el preciso momento en que la señora Kincaid sacó la pistola para matarse. Existe la posibilidad de que los dos hombres resultaran muertos cuando trataban de impedir que la señora Kincaid llevara a cabo su propósito. Luego la señora Kincaid abandonó la casa y regresó a su primer domicilio en Brentwood. Se suicidó en el lecho de su hija. Es una situación muy triste y deseamos expresar nuestras condolencias a la familia y a los amigos de los Kincaid.

Bosch estuvo a punto de sacudir la cabeza para manifestar su indignación, pero como estaba junto a la pared que había detrás del jefe de la policía, su gesto habría sido captado por las cámaras y los reporteros.

—Bien, si no hay más preguntas quisiera…

—Jefe —intervino de nuevo Button—, la inspectora general Entrenkin ha convocado una rueda de prensa en el despacho de Howard Elias dentro de una hora. ¿Desea hacer algún comentario al respecto?

—No. La inspectora Entrenkin trabaja de forma independiente de este departamento. No tiene por qué rendirme cuentas de sus actos y por tanto no tengo la menor idea de lo que va a decir.

Pero a juzgar por su tono de voz, era evidente que no esperaba que Entrenkin dijera nada positivo acerca del departamento.

—Deseo poner fin a esta rueda de prensa —prosiguió—. Pero antes de hacerlo quiero dar las gracias al FBI y en particular al agente especial Spencer por la ayuda que nos han prestado. Si

existe algún consuelo en este trágico asunto, es el hecho de que los ciudadanos de esta comunidad pueden tener la certeza de que este departamento está resuelto a poner al descubierto los elementos corruptos, se hallen donde se hallen. Este departamento está dispuesto además a hacerse responsable de los actos de sus miembros sin encubrirlos, sea cual fuere el costo para nuestro orgullo y reputación. Confío en que los buenos ciudadanos de Los Angeles tendrán esto presente y aceptarán mis más sinceras disculpas. Confío también en que se comportarán con sensatez y calma ante los hechos que acabo de comunicar.

Sus últimas palabras quedaron sofocadas por el ruido producido por los asistentes al retirar sus sillas y levantarse mientras los reporteros recogían sus trastos y enfilaban hacia la puerta de salida. Tenían prisa por difundir la noticia que acababa de comunicarles el jefe de la policía y asistir a la otra rueda de prensa.

—Detective Bosch.

Al volverse, Bosch se topó con Irving.

—¿Tienen algo que objetar a la declaración? Me refiero a usted o su equipo.

Bosch observó el rostro del subdirector. La insinuación era muy clara. Como protestes, te hundo a ti y a tu equipo. Calla y traga. Ése era el lema. Lo que debería decir en la puerta de los coches patrulla en lugar de lo de «proteger y servir».

Bosch asintió lentamente cuando lo que en realidad deseaba hacer era agarrar a Irving del cuello.

—No, ningún problema —respondió, con los músculos de la mandíbula crispados.

Irving consideró que había llegado el momento de hacer mutis.

Bosch vio que la puerta de salida estaba despejada y se dirigió hacia ella cabizbajo y desconcertado. Su mujer, su viejo amigo, su ciudad. Todos y todo le resultaba ajeno. Y en medio de esa sensación de soledad empezó a comprender lo que Kate Kincaid y Frankie Sheehan habrían pensado en el momento de quitarse la vida.

34

Bosch se había ido a casa a ver las ruedas de prensa por la televisión. Había colocado su máquina de escribir portátil en la mesita de café y estaba inclinado sobre ella, tecleando con dos dedos el último informe de la investigación. Podía haberle pedido a Rider que lo escribiera en su ordenador portátil y ésta lo habría terminado en la mitad de tiempo, pero Bosch quería redactar el resumen del caso él mismo. Había decidido escribirlo exactamente tal como había sucedido, sin eliminar ningún detalle ni proteger a nadie, ni a la familia Kincaid ni a sí mismo. Cuando lo tuviera terminado se lo entregaría a Irving, y si el subdirector quería reescribirlo, omitir algunas cosas o romperlo en mil pedazos, allá él. Bosch pensó que relatar la historia tal cual y ponerla sobre papel, en cierto modo le restituía su integridad.

Bosch dejó de escribir y fijó la vista en el televisor cuando el locutor dejó de informar sobre los disturbios callejeros que se habían producido esporádicamente y pasó a resumir los acontecimientos de la jornada. En la pantalla aparecieron unas imágenes de la rueda de prensa; Bosch se vio de pie junto a la pared, detrás del jefe de la policía, desmintiendo con la expresión de su rostro todo cuanto éste decía. A continuación aparecieron unas imágenes de la rueda de prensa convocada por Carla Entrenkin en el vestíbulo del Bradbury. Entrenkin anunció su inmediata dimisión como inspectora general. Dijo que después de consultarlo con la viuda de Howard Elias había decidido hacerse cargo del bufete del abogado que había muerto asesinado en Angels Flight.

—Creo que este nuevo papel me ofrecerá la posibilidad de reformar el departamento de policía de esta ciudad y expulsar a los elementos corruptos que hay en él —dijo Entrenkin—. Para mí será un honor a la vez que un reto el continuar con la labor de Howard Elias.

Cuando los periodistas le preguntaron sobre el caso Black Warrior, Entrenkin respondió que se proponía seguir con el caso sin más dilación. Por la mañana solicitaría al juez que lo presidía que aplazara la vista hasta el próximo lunes para que ella pudiera ponerse al corriente de los pormenores del caso y la estrategia que Howard Elias había decidido seguir. Cuando un reportero apuntó que los ciudadanos querían que el caso se resolviera cuanto antes en vista de los últimos acontecimientos, Entrenkin respondió mirando directamente a la cámara:

—Al igual que Howard, no estoy dispuesta a contemporizar. Este caso merece ser aireado públicamente. Iremos a juicio.

Genial, pensó Bosch cuando terminó el informe ofrecido por la televisión. No lloverá eternamente. Si logramos evitar que toda la ciudad se eche a la calle, Carla Entrenkin estará preparada para ir a juicio la semana próxima.

El locutor pasó a informar sobre la reacción de los líderes de la comunidad ante los hechos de la jornada y el comunicado del jefe de la policía. Cuando Bosch vio aparecer al reverendo Preston Tuggins en la pantalla cambió de canal. Contempló en otros dos canales un reportaje sobre las vigilias pacíficas realizadas a la luz de las velas, y al concejal Royal Sparks en otro antes de ver un reportaje que mostraba una panorámica desde un helicóptero del cruce de Florence y Normandie. En el lugar donde habían estallado los disturbios de 1992 se habían congregado numerosos manifestantes. Se trataba de una protesta pacífica, pero Bosch sabía que la situación no tardaría en cambiar. La lluvia y la mortecina luz del día no conseguirían reprimir la ira de los ciudadanos. Bosch pensó en lo que le había dicho Carla Entrenkin el sábado por la noche de que la rabia y la violencia venían a llenar el vacío que quedaba cuando desaparecía la esperanza. Bosch pensó en el vacío que sentía en su interior y que no sabía cómo llenar.

El detective bajó el volumen del televisor y siguió con el informe. Cuando hubo terminado lo guardó en una carpeta. Lo entregaría a la mañana siguiente, a primera hora. Al cerrarse la investigación, sus compañeros y él habían asumido el régimen de doce horas de trabajo y doce de descanso, como el resto del personal del departamento. A la mañana siguiente debían presentarse de uniforme en las oficinas centrales de South Side. Los próximos días los pasarían en las calles, recorriendo la zona de guerra en patrullas de ocho policías distribuidos en dos coches.

Bosch se dirigió al armario para comprobar el estado de su uniforme. Hacía cinco años que no se lo ponía, desde el terremoto y el último plan de emergencia decretado por el departamento. Mientras lo sacaba de la bolsa de plástico sonó el teléfono. Bosch se apresuró a responder, confiando en que Eleanor lo llamara para comunicarle que estaba bien. Descolgó el teléfono de la mesita de noche y se sentó en la cama. Pero no era Eleanor, sino Carla Entrenkin.

—Tiene usted mis expedientes —dijo ésta.

—¿Qué?

—Los expedientes. Del caso del Black Warrior. Voy a asumir el caso. Necesito que me los devuelva.

—De acuerdo. He visto unas imágenes de su rueda de prensa en la televisión.

Se produjo un silencio que hizo que se sintiera incómodo. Había algo en aquella mujer que le gustaba, aunque no sintiera un gran interés en su causa.

—Creo que ha tomado una sabia decisión —dijo Bosch—. Me refiero a hacerse cargo del caso. Supongo que lo habrá hablado con la viuda, ¿no?

—Sí. Pero no le he contado mi historia con Howard. No me ha parecido justo destrozar los buenos recuerdos que tuviera de él. La pobre lo ha pasado muy mal.

—Muy noble por su parte.

—Detective…

—¿Qué?

—Nada. A veces no le comprendo.

—Ni yo mismo me comprendo.

Otro silencio.

—Tengo los expedientes aquí, en la caja. He terminado el informe sobre la investigación. Se lo entregaré todo mañana. Pero no sé cuándo, porque estaré con la patrulla hasta que las cosas se calmen en South Side.

—De acuerdo.

—¿Va a hacerse cargo también del bufete de Elias? ¿Quiere que le lleve las cosas allí?

—Sí. Ése es el plan. Muchas gracias.

Bosch asintió, aunque Entrenkin no podía ver su gesto.

—Le agradezco su ayuda —dijo el detective—. No sé si Irving le habrá dicho algo, pero la pista que condujo a Sheehan salió de los expedientes. Un caso antiguo. Supongo que habrá oído hablar de él.

—En realidad… no. Pero me alegro de haberle sido útil, detective Bosch. Me sorprende lo de Sheehan. Fue compañero suyo, ¿no?

—Así es.

—¿Le parece a usted lógico que Sheehan matara a Howard y que luego se suicidara? ¿Y a la mujer del funicular?

—Si me lo hubiera preguntado ayer habría contestado rotundamente que no. Pero hoy no soy capaz de comprenderme a mí mismo, y menos aún a los demás. Cuando los policías no podemos explicar algo decimos «los hechos son los hechos». Dejémoslo así.

Bosch se repantigó en la cama y fijó la vista en el techo, con el teléfono todavía en la mano.

—Pero es posible que exista otra interpretación de los hechos, ¿no? —preguntó Entrenkin tras un breve silencio, con voz pausada y precisa. Era abogada y sabía elegir las palabras.

—¿Adónde quiere ir a parar, inspectora?

—Llámeme Carla.

—¿A qué se refiere, Carla? ¿Qué es lo que me pregunta?

—Comprenda que ahora mi papel es muy distinto. Estoy condicionada por la ética que rige la relación abogado-cliente. Michael Harris es ahora mi cliente en una querella contra el jefe de usted y varios colegas suyos. Debo ser prudente…

—¿Existe alguna prueba que demuestre la inocencia de Sheehan? ¿Algo que usted no me haya contado?

Bosch se incorporó, con los ojos muy abiertos pero sin contemplar ningún objeto determinado. En su mente bullían un sinfín de conjeturas mientras trataba de recordar algún detalle que se le hubiera pasado por alto. Entrenkin no había querido entregarle el expediente en el que figuraba la estrategia que iba a utilizar Elias en el caso Harris. Sin duda contenía algo importante.

—No puedo responder a su…

—El expediente de la estrategia —le interrumpió Bosch—. Hay algo en él que desmiente la teoría de que Sheehan es el asesino. Es…

Bosch se detuvo. Lo que Entrenkin insinuaba —o lo que él había creído adivinar en sus palabras— no tenía sentido. La pistola reglamentaria de Sheehan había sido identificada por balística como el arma utilizada en los asesinatos de Angels Flight. Las tres balas que habían sido extraídas del cadáver de Howard Elias habían sido comparadas con los tres proyectiles disparados con el arma de Sheehan, y concordaban. Fin del caso. Los hechos son los hechos.

El hecho era incontrovertible, pero algo decía a Bosch que Sheehan no había cometido aquellos asesinatos. Sheehan no habría dudado en bailar sobre la tumba de Elias, pero no le habría llevado a ella. Existía cierta diferencia. Y la intuición de Bosch —aunque la había dejado de lado en vista de las pruebas— le decía que Frankie Sheehan, al margen de lo que le hubiera

hecho a Michael Harris, era un buen hombre incapaz de cometer aquellos asesinatos. Había matado, sí, pero no era un asesino.

—Mire —dijo Bosch—, ignoro lo que usted sabe o cree saber, pero tiene que ayudarme. No puedo…

—Está ahí, detective. Busque en los expedientes y lo encontrará. Yo me abstuve de entregarle algo que no podía revelar. Pero una parte de ello está en los expedientes públicos. No afirmo que su ex compañero sea inocente. Sólo digo que esos expedientes contienen un dato que ustedes debieron haber tenido en cuenta. Y no lo hicieron.

—¿No va a decirme nada más?

—Es cuanto puedo decirle… Incluso le he contado demasiado.

Bosch guardó un breve silencio. No sabía si enojarse con ella por no decirle claramente lo que sabía, o alegrarse de que le hubiera proporcionado una pista.

—De acuerdo —dijo Bosch—. Si está ahí lo encontraré.

35

Bosch tardó casi dos horas en revisar los expedientes del caso del Black Warrior. Muchos de ellos ya los había examinado con anterioridad, pero el resto habían sido revisados por Edgar y Rider u otros detectives a quienes Irving había asignado el caso de Angels Flight hacía menos de setenta y dos horas. Bosch examinó cada expediente como si fuera la primera vez que lo hacía, en busca del dato que se le había pasado por alto, el detalle clave que le obligaría a revisar su interpretación de los hechos y que cambiaría la situación.

Ése era el problema de asignar varios equipos de investigadores a un caso. No había un solo par de ojos que revisara todas las pruebas, todas las pistas y todos los documentos.

El conjunto se distribuía por equipos. Aunque hubiera un detective a cargo de la investigación, no todos los datos eran analizados por él. Y eso era precisamente lo que Bosch debía hacer en ese momento.

Por fin dio con lo que estaba buscando —y lo que Carla Entrenkin había apuntado— en el expediente de los recibos de los mandatos judiciales, los cuales fueron enviados a la oficina de Howard Elias después de que la persona en cuestión hubiera recibido la orden de comparecer para declarar o como testigo en el juicio. El expediente contenía un gran número de esos formularios clasificados por orden cronológico.

La primera mitad del montón eran mandatos judiciales de hacía unos meses.

El resto eran citaciones judiciales para declarar en el juicio del caso Harris. Los destinatarios de dichas citaciones judiciales eran policías y otros testigos.

Bosch recordó que Edgar había revisado ese expediente y había hallado los mandatos judiciales concernientes a las facturas del taller de lavado. El hallazgo debió de impresionarle hasta el extremo de que no reparó en otros documentos. Mientras Bosch examinaba el expediente se fijó en una orden judicial dirigida al detective John Chastain, de la División de Asuntos Internos. Eso le chocó, porque Chastain no le había dicho que estuviera involucrado en la querella presentada por Elias. Chastain había dirigido la investigación interna de las declaraciones de Michael Harris, la cual había demostrado que los detectives de Robos y Homicidios no habían cometido delito alguno, por lo que el hecho de que tuviera que declarar en el juicio no tenía nada de extraño. Era lógico que se tuviera que presentar como testigo en defensa de los detectives acusados de malos tratos por Michael Harris. Lo sorprendente era que Chastain no hubiera dicho que había sido llamado a declarar en favor de los detectives. De haberse sabido ese dato, Chastain no habría sido asignado al equipo encargado de investigar los asesinatos de Angels Flight, del mismo modo que los detectives de Robos y Homicidios habían

sido retirados del caso. Existía un evidente conflicto de intereses y Chastain tendría que explicar los motivos de su silencio. Bosch se sintió aún más interesado al ver que Chastain había recibido la citación judicial el martes, la víspera del asesinato de Elias. Pero su curiosidad dio paso a la sospecha cuando leyó la nota que escribió al pie del documento la persona que se lo entregó.

> *El detective Chastain se negó a aceptar la citación cuando se hallaba en su vehículo. La persona encargada de entregársela tuvo que colocarla debajo del limpiaparabrisas.*

La nota indicaba bien a las claras que Chastain no quería saber nada del caso. Bosch centró toda su atención en ese dato. Aunque en aquellos momentos la ciudad pudiera estar ardiendo desde el estadio de los Dodger hasta la playa, él no habría reparado en las imágenes de la televisión.

Al examinar el documento, Bosch comprobó que el juez había fijado una fecha y una hora para que Chastain compareciera a declarar ante el tribunal. Cuando revisó las citaciones para declarar en el juicio, Bosch se percató de que habían sido clasificadas por orden cronológico según la fecha de entrega, no según el orden en que los citados debían comparecer para declarar. El detective dedujo que si las colocaba según la fecha y la hora de comparecencia de los testigos, podría hacerse una idea orden cronológico del caso y de la estrategia que Elias pensaba utilizar en el juicio.

Le llevó dos minutos colocar las citaciones judiciales en el orden correcto. Cuando hubo terminado examinó los documentos uno a uno, tratando de visualizar el desarrollo del proceso. En primer lugar declararía Michael Harris, el cual daría su versión de los hechos.

Luego declararía el capitán John Garwood, que ofrecería una versión muy distinta. El siguiente testigo sería Chastain, quien corroboraría la versión de Garwood. Chastain confirmaría de mala gana —había tratado de rechazar la citación judicial— la versión del capitán de Robos y Homicidios.

¿Por qué?

De momento Bosch dejó la pregunta a un lado y comenzó a examinar las citaciones. Al parecer Elias había adoptado la vieja estrategia de alternar los testigos positivos con los negativos. Había decidido que los testimonios de los hombres de Robos y Homicidios, los acusados, se alternarían con las declaraciones de testigos que pudieran beneficiar a Michael Harris. Estaba Harris, el médico que había tratado su sordera ocasionada por los policías, Jenkins Pelfry, su patrono en el taller de lavado, y por último Kate Kincaid y Sam Kincaid. Por lo visto Elias se proponía desmentir las alegaciones de los hombres de Robos y Homicidios, revelar los malos tratos que habían infligido a Harris y demostrar la inocencia de éste. Luego hundiría a los de Robos y Homicidios logrando que Kate Kincaid detallara la conexión entre el taller de lavado y la presencia de las huellas de Harris. Por último llamaría a declarar a Sam Kincaid. Elias lo utilizaría para poner al descubierto la *web* de Charlotte y las atrocidades que la pequeña Stacey Kincaid había sufrido. Era evidente que el caso que Elias iba a presentar al jurado seguía la misma línea de investigación que habían llevado Bosch y su equipo: exponer la inocencia de Harris, explicar el porqué de la presencia de sus huellas en el libro de Stacey y acusar a Sam Kincaid, o a otra persona relacionada con él y la red de pedófilos, del asesinato de la niña.

Bosch comprendió que era una buena estrategia. Estaba convencido de que Elias habría ganado el caso. El detective revisó de nuevo el orden de las comparecencias. Chastain era el tercer testigo, lo cual le colocaba en el lado positivo de la estrategia de alternancia, después de Garwood y antes de uno de los acusados de Robos y Homicidios.

Chastain sería un testigo positivo para Elias y Harris, pero había intentado rechazar la citación judicial que le obligaba a declarar en el juicio.

Bosch llamó para informarse a la compañía encargada de hacer entrega de las citaciones. Era tarde, pero la entrega de citaciones no se ajustaba a un horario de oficina.

Un hombre atendió la llamada y Bosch dijo que quería hablar con Steve Vascik, cuyo nombre figuraba en la citación que había recibido Chastain.

—Esta noche no está aquí. Se ha ido a casa.

Después de identificarse, Bosch explicó que estaba realizando una investigación criminal y que debía hablar de inmediato con Vascik. Su interlocutor se mostró reacio a facilitarle el número de teléfono del domicilio de Vascik, pero accedió a que Bosch le diera el suyo y a ponerse en contacto con Vascik para transmitirle el mensaje.

Después de colgar, Bosch comenzó a pasearse nerviosamente por la casa. No estaba seguro de lo que tenía, pero sentía el típico cosquilleo de cuando estaba a punto de descubrir algo importante. Bosch se había dejado guiar por su intuición y ésta le decía que no tardaría en conseguir algo tangible.

Cuando sonó el teléfono, lo tomó del sofá donde reposaba y pulsó el botón para hablar.

—¿Señor Vascik?

—Soy yo, Harry.

—¡Eleanor! ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Afortunadamente no me encuentro en una ciudad a punto de arder. He visto las noticias en la televisión.

—Sí, la cosa no pinta nada bien.

—Lamento lo sucedido, Harry. Me habías hablado de Sheehan y sé que habíais sido muy amigos.

Bosch supuso que Eleanor ignoraba que la casa donde Sheehan se había suicidado era la suya y decidió no decir nada. Se lamentaba de no disponer del servicio de llamada en espera en su línea.

—¿Dónde estás?

—En Las Vegas —respondió Eleanor, soltando una risa forzada—. El coche apenas logró llegar hasta aquí.

—¿Estás en el Flamingo?

—No, en otro local.

A Bosch le dolió que Eleanor no quisiera revelarle dónde se encontraba.

—¿Puedo llamarte a algún número de contacto?

—No sé cuánto tiempo me quedaré aquí. Sólo quería llamarte para saber cómo estabas.

—¿Yo? No te preocupes por mí, Eleanor. ¿Tú estás bien?

—Sí, sí.

—¿Necesitas algo? ¿Qué tal funciona el coche?

—No necesito nada. Una vez aquí ya no me preocupa el coche.

Se produjo un largo silencio. Bosch percibió uno de esos sonidos electrónicos que según había oído decir a alguien se llamaban burbujas digitales.

—¿Podemos hablar de esto? —preguntó por fin.

—No creo que sea el momento oportuno. Será mejor que nos demos un par de días para reflexionar antes de que hablemos. Yo te llamaré, Harry. Cuídate.

—¿Prometes llamarme?

—Sí.

—De acuerdo, Eleanor. Espero tu llamada.

—Adiós, Harry.

Eleanor colgó antes de que Bosch pudiera despedirse de ella. Bosch permaneció un buen rato de pie junto al sofá, pensando en ella y en lo que les había ocurrido.

El teléfono sonó de nuevo mientras aún lo sostenía en la mano.

—¿Sí?

—¿Detective Bosch? Dejó usted un mensaje para que le llamara.

—¿Es usted el señor Vascik?

—Sí. De Triple A Process. Mi jefe Shelley me ha dicho que usted…

—Sí, le he llamado.

Bosch se sentó en el sofá y sacó un bloc, que colocó sobre sus rodillas. Luego extrajo un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y escribió el nombre de Vascik en lo alto de la página. Por su voz dedujo que era joven y blanco. Tenía un acento del Medio Oeste.

—¿Cuántos años tiene, Steve?

—Veinticinco.

—¿Hace mucho que trabaja para Triple A?

—Unos meses.

—El jueves de la semana pasada entregó una citación judicial a un detective del Departamento de Policía de Los Angeles llamado John Chastain. ¿Lo recuerda?

—Desde luego. No quiso aceptarla. A la mayoría de polis no les importa. Están acostumbrados a recibir citaciones.

—De eso quería hablarle precisamente. Cuando dice usted que Chastain se negó a aceptar la citación, ¿a qué se refiere exactamente?

—La primera vez que traté de entregársela se negó a tomarla y se marchó. Luego, cuando…

—Espere un momento. ¿Cuándo fue la primera vez?

—El jueves por la mañana. Entré en el vestíbulo del Parker Center y pedí al policía que estaba en el mostrador de recepción que llamara a Chastain para que bajara. No le expliqué el motivo. En la citación sólo ponía que Chastain pertenecía al Departamento de Asuntos Internos, de modo que dije simplemente que le llevaba un documento. Cuando Chastain bajó y me identifiqué dio media vuelta y volvió a meterse en el ascensor.

—¿Cree usted que Chastain sabía que iba a entregarle una citación judicial para que declarara, y que incluso conocía el caso del que se trataba?

—Sí.

Bosch pensó en lo que había leído en el último bloc de Elias. Su disputa con una fuente llamada «Parker».

—¿Y luego qué ocurrió?

—Después de hacer otras gestiones regresé hacia las tres y media y me puse a observar el aparcamiento de los empleados del Parker Center. Cuando vi salir a Chastain me dirigí hacia él entre dos filas de vehículos, agachándome para que no me viera, y le abordé en el momento en que abría la puerta de su coche. Yo tenía preparado mi rollo, así que le dije que debía entregarle una citación judicial y recité el número del caso. Él siguió negándose a aceptarla, pero según las leyes de California es suficiente con que…

—Sí, lo sé. Una persona no puede negarse a aceptar una citación después de habérsele informado que se trata de un documento legal firmado por un juez. ¿Qué hizo Chastain?

—Primero me pegó un susto de muerte. Metió la mano debajo de la chaqueta, como si fuera a sacar una pistola.

—¿Y luego?

—Se detuvo. Supongo que se dio cuenta de lo que iba a hacer. Se relajó un poco, pero siguió negándose a aceptar el papel. Me dijo que le dijera a Elias que se fuera a la mierda. Luego se subió al coche y empezó a hacer marcha atrás. Yo coloqué el papel debajo del parabrisas y eso es todo. No sé lo que ocurrió después. Puede que el viento se llevara el papel. Pero yo le había entregado legalmente la citación.

Bosch reflexionó unos momentos mientras Vascik le explicaba los pormenores de su tarea, hasta que por fin le interrumpió:

—¿Sabía usted que Elias fue asesinado el viernes por la noche?

—Naturalmente. Era cliente nuestro. Nosotros entregábamos todas las citaciones judiciales correspondientes a sus casos.

—¿No se le ocurrió llamar al departamento después de que Elias muriera asesinado para contarle a alguien lo ocurrido con Chastain?

—Lo hice —replicó Vascik a la defensiva—. Llamé.

—¿A quién?

—Llamé al Parker Center y dije que tenía cierta información. Me pasaron con un despacho y le dije al policía que atendió la llamada quién era yo y que tenía cierta información. Él anotó mi nombre y mi número de teléfono y dijo que me llamarían.

—¿Y no lo hicieron?

—Llamó alguien al cabo de unos cinco minutos. Quizá menos. Enseguida. Yo se lo conté.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—El domingo por la mañana —contestó—. El sábado hice montañismo. Subí a las Vasquez Rocks. No me enteré del asesinato del señor Elias hasta el domingo por la mañana, cuando lo leí en el *Times*.

—¿Recuerda el nombre del policía al que dio la información?

—Creo que se llamaba Edgar, pero no sé si ése era su nombre de pila o su apellido.

—¿Y la persona que atendió su llamada? ¿Le dijo su nombre?

—Creo que sí, pero no lo recuerdo. Dijo que era un agente. Quizá fuera del FBI.

—Haga memoria, Steve. ¿A qué hora hizo usted esa llamada y cuándo le llamó Edgar? ¿Lo recuerda?

Vascik guardó silencio por unos instantes mientras pensaba en ello.

—No me levanté hasta las diez porque tenía unas agujetas tremendas. Luego me tumbé en el sofá y leí el periódico. La noticia estaba en la portada, así que seguramente la leí después de

echar una ojeada a la sección de deportes. Y luego llamé. Debió de ser sobre las once. Y a los pocos minutos me llamó ese tal Edgar.

—Gracias, Steve.

Bosch colgó. Sabía que era imposible que Edgar hubiera atendido la llamada en el Parker Center el domingo a las once de la mañana.

Edgar había estado con Bosch toda la mañana del domingo y buena parte del resto de la jornada. Trabajaban en la calle, no en el despacho del Parker Center. Alguien había utilizado el nombre de su compañero. Un policía. Alguien que trabajaba en la investigación había utilizado el nombre de Edgar.

Bosch miró el número del móvil de Lindell y le llamó. Lindell aún lo tenía conectado y respondió inmediatamente.

—Soy Bosch. ¿Recuerdas que el domingo por la mañana, después de que tú y tus hombres os incorporarais al caso, os pasasteis casi toda la mañana en la sala de conferencias revisando los expedientes?

—Sí.

—¿Quién atendía el teléfono?

—Por lo general nosotros. Y un par de policías.

—¿Atendisteis la llamada de un tipo que trabaja para una compañía llamada Triple A?

—Me suena. Pero aquella mañana recibimos un montón de llamadas de reporteros y de personas que aseguraban saber algo. Y de chalados que proferían amenazas contra la policía.

—Se llama Steve Vascik, se dedica a entregar citaciones judiciales. Os dijo que tenía cierta información.

—Ya te he dicho que me suena. ¿Es importante, Bosch? Creí que este caso estaba cerrado.

—Lo está. Sólo quería comprobar unos cabos sueltos. ¿A quién pasaste la llamada?

—Esas llamadas de gente que decían tener información se las pasé a los de Asuntos Internos. Para que estuvieran ocupados.

—¿A quién pasaste la llamada de Vascik?

—No lo sé. Seguramente a Chastain. Él estaba a cargo de ese grupo. No sé si la atendió él mismo o se la pasó a otro. Irving nos instaló una mierda de teléfonos. No podíamos desviar las llamadas de una línea a otra y yo no quería que la línea principal se bloqueara. De modo que tomábamos los números y los pasábamos a otro compañero.

—Vale, gracias. Buenas noches.

—Oye, ¿a qué viene…?

Bosch colgó antes de verse obligado a responder a cualquier pregunta y se puso a reflexionar sobre la información que le había dado Lindell.

Existían muchas posibilidades de que la llamada de Vascik la hubieran pasado a Chastain, quien más tarde habría llamado a Vascik —probablemente desde su despacho para que los otros no le oyeran— y se habría hecho pasar por Edgar.

Bosch tenía que hacer otra llamada. Abrió su agenda telefónica y buscó un número al que hacía varios años que no llamaba. Correspondía al domicilio particular del capitán John Garwood, jefe de la División de Robos y Homicidios.

Aunque ya era tarde, Bosch supuso que esa noche habría pocas personas durmiendo en Los Angeles. Recordó lo que había dicho Kiz Rider, que Garwood le recordaba a Boris Karloff y que

sólo salía de noche.

Garwood respondió al cabo de dos tonos.

—Soy Harry Bosch. Quiero hablar con usted. Esta noche.

—¿Sobre qué?

—Sobre John Chastain y el caso del Black Warrior.

—No quiero hacerlo por teléfono.

—Muy bien. ¿Dónde nos vemos?

—¿En la estrella de Frank Sinatra?

—¿Cuándo?

—Dame media hora.

—Vale, hasta luego.

36

A Sinatra le habían jugado una mala pasada. Hacía unas décadas, la Cámara de Comercio de Hollywood decidió colocar su estrella en la acera de Vine Street en lugar de hacerlo en Hollywood Boulevard. Sin duda pensaron que la estrella de Sinatra constituiría una atracción turística, que la gente bajaría del bulevar para contemplarla y tomar fotografías. Pero ese plan no dio resultado. Frank se hallaba a solas en un lugar al que acudían más fanáticos que turistas. Su estrella estaba situada en un cruce entre dos aparcamientos y junto a un hotel donde uno tenía que convencer al guarda de seguridad para que le abriera la puerta del vestíbulo si quería entrar.

Hace años, cuando Bosch trabajaba en Robos y Homicidios, la estrella de Sinatra constituía un lugar de encuentro entre los detectives que hacían trabajos de campo y entre los detectives y sus soplones. A Bosch no le había sorprendido que Garwood le citara allí, en terreno neutral.

Cuando Bosch llegó a la estrella, Garwood le estaba esperando. Bosch vio su Ford LTD en el aparcamiento. Garwood le hizo una señal con los faros. Bosch aparcó junto a la acera, frente al hotel, y se apeó del coche. Atravesó Vine hasta el aparcamiento y se sentó en el asiento junto al conductor. Garwood iba con traje, aunque Bosch le había llamado a su casa. Bosch pensó que siempre había visto a Garwood impecablemente vestido, con el nudo de la corbata en su sitio, el botón superior de la camisa siempre abrochado, y recordó de nuevo el comentario de Rider sobre su parecido con Boris Karloff.

—Esos malditos coches —dijo Garwood observando el sedán de Bosch—. Me enteré de que te habían tiroteado.

—Sí. No fue muy divertido.

—¿De qué querías hablarme, Harry? ¿Cómo es que sigues investigando un caso que el jefe de la policía y todo el mundo da por cerrado?

—Porque hay muchos cabos sueltos, capitán. Y cuando hay tantos cabos sueltos, la madeja acaba por deshacerse.

—Ya veo que no has cambiado. Recuerdo que cuando trabajabas para mí, no podías dejar las cosas en paz. Tú y tus cabos sueltos.

—Háble me de Chastain.

Garwood se quedó callado, mirando a través del parabrisas. Bosch imaginó que su antiguo capitán no estaba seguro de qué responder.

—Esto es confidencial, capitán. Como acaba de decir, el caso está cerrado. Pero hay algo sobre Chastain y Frankie Sheehan que me preocupa. Hace un par de noches Frankie me lo contó todo. Me dijo que él y unos compañeros suyos perdieron el control y maltrataron a Michael

Harris. Me dijo que lo del Black Warrior era cierto. Pero yo cometí un error. Le dije que sabíamos que Harris era inocente, que yo podía demostrar que él no había matado a la niña. Frankie se desesperó al oír eso y más tarde hizo lo que hizo. Hoy, cuando se han conocido los resultados de balística y han dicho que Frankie era el responsable de todo, incluso de los asesinatos de Angels Flight, yo lo he aceptado sin protestar. Pero ahora tengo mis dudas. Quiero comprobar esos cabos sueltos, y Chastain es uno de ellos. Chastain tenía que declarar en el juicio. Eso no tiene nada de extraño puesto que había dirigido la investigación interna de la acusación de Harris. Pero fue llamado a declarar por Elias, cosa que no nos dijo. Además procuró por todos los medios no tener que ir a declarar, lo cual resulta muy chocante. Eso, indica que no quería comparecer en el juicio. No quería subir al estrado y responder a las preguntas que le hiciera Elias. Quiero averiguar por qué. No hay nada en los expedientes de Elias, al menos los que yo he revisado, que indique el motivo. No puedo preguntárselo a Elias y no quiero preguntárselo a Chastain. De modo que se lo pregunto a usted.

Garwood sacó del bolsillo un paquete de tabaco. Después de encender un cigarrillo le ofreció el paquete a Bosch.

—No, gracias. Lo he dejado.

—Pues yo he decidido que soy un fumador y punto. Alguien me dijo hace muchos años que era como el destino o la suerte. Uno es fumador o no lo es, y no hay vuelta de hoja. ¿Sabes quién me lo dijo?

—Sí, yo.

Garwood soltó un bufido y sonrió. Luego dio un par de caladas al cigarrillo y el coche se llenó de humo. Bosch sintió deseos de fumar. Recordó que años atrás había largado a Garwood un sermón sobre el tabaquismo, cuando un compañero suyo se quejó de que el despacho estaba siempre invadido por una nube de humo. Bosch bajó un poco el cristal de la ventanilla.

—Lo siento —dijo Garwood—. Sé cómo te sientes. Todo el mundo fuma y tú no puedes.

—No es problema. ¿Quiere hablarme de Chastain o no?

El capitán dio otra calada al pitillo.

—Chastain investigó la acusación de Harris. Eso ya lo sabes. Antes de presentar una querella, Harris tuvo que hacer una denuncia. Chastain se encargó de investigar el asunto. Y por lo que recuerdo, confirmó las alegaciones de Harris. Rooker tenía en su mesa un lápiz con la punta rota y manchado de sangre. Lo guardaba como una especie de recuerdo. Chastain lo requisó mediante una orden de registro e iba a analizar las manchas de sangre para comprobar si pertenecían a Harris.

Bosch meneó la cabeza, asombrado de la estupidez y la arrogancia de Rooker. De todo el departamento.

—Así es —dijo Garwood como si le adivinara el pensamiento—. Lo último que supe fue que Chastain iba a presentar una denuncia contra Sheehan, Rooker y los otros dos, y que luego pediría al fiscal del distrito que presentara cargos contra ellos. Ese lápiz manchado de sangre era una prueba contundente que demostraba cuando menos la culpabilidad de Rooker.

—¿Y qué ocurrió?

—Que nos enteramos de que todos ellos habían sido exonerados. Chastain había alegado que el caso no tenía fundamento.

Bosch asintió.

—Alguien le obligó a hacerlo.

—Exacto.

—¿Quién?

—Yo creo que fue Irving. Pero quizá fuera alguien por encima de él. El caso era muy delicado. Si la acusación prosperaba y se producían despidos y cargos por delito criminal, se iniciaría una nueva ronda de acusaciones en la prensa contra el Departamento de Policía de Los Angeles en South Side, encabezada por Tuggins y Sparks. Como recordarás, ocurrió hace un año. El nuevo jefe de la policía acababa de ocupar su cargo. No habría sido un buen comienzo. De modo que alguien utilizó su influencia para tapar el caso. Irving siempre ha sido el que ha resuelto todos los problemas del departamento. Probablemente fue él. Pero es posible que para un asunto tan grave pidiera la autorización del jefe. Así es como Irving ha logrado sobrevivir. Consigue la autorización del jefe y no pueden tocarlo porque conoce demasiados secretos. Como J. Edgar Hoover y el FBI.

Bosch asintió.

—¿Qué cree que ocurrió con el lápiz manchado de sangre? —preguntó.

—¿Quién sabe? Es probable que Irving lo utilice para redactar sus informes sobre el personal, aunque imagino que le habrá quitado las manchas de sangre.

Ambos guardaron silencio mientras observaban a una docena de jóvenes que se dirigían por el norte de Vine hacia el Boulevard. En su mayoría eran blancos. A la luz de las farolas Bosch vio que lucían unos tatuajes en el brazo. Tenían pinta de matones y probablemente se dirigían hacia los comercios de Boulevard para reproducir los sucesos de 1992. Bosch recordó el penoso aspecto de Frederick's of Hollywood, la tienda que fue asaltada por una pandilla de gamberros.

Al pasar junto al coche de Bosch, los jóvenes se detuvieron como si quisieran volcarlo o prenderle fuego, pero cambiaron de parecer y siguieron adelante.

—Menos mal que no nos hemos encontrado en tu coche —dijo Garwood.

Bosch no respondió.

—Esta noche la ciudad va a estallar —continuó Garwood—. Lo presiento. Lástima que haya dejado de llover.

—Alguien le cerró la boca a Chastain —dijo Bosch para retomar el tema—. Resulta que la acusación de Harris no tenía fundamento. Luego Elias interpone la demanda y obliga a Chastain a declarar en el juicio. Pero Chastain no quiere declarar, ¿por qué?

—Quizá se toma muy en serio lo del juramento y no quería mentir.

—Hay algo más.

—Pregúntaselo.

—Elias tenía una fuente en el Parker. Un soplón. Sospecho que era Chastain. La fuente no sólo le filtró información sobre este caso, sino que en realidad era su acceso directo a todo tipo de documentos y archivos policiales. Estoy convencido de esa fuente era Chastain.

—Es curioso. Un policía que odia a los policías.

—Ya.

—Pero si Chastain era la fuente de Elias, ¿por qué quería Elias obligarle a subir al estrado y ponerlo al descubierto?

Bosch no tenía respuesta a esta pregunta. Permaneció en silencio, reflexionando sobre el asunto. Al poco rato consiguió hilvanar una hipótesis y comentó en voz alta:

—Elias no habría sabido que alguien le había tapado la boca a Chastain a menos que éste se lo hubiera dicho, ¿no es así?

—Efectivamente.

—De modo que al obligar a Chastain a subir al estrado e interrogarle sobre ello habría revelado que Chastain era su fuente.

—Así es —dijo el capitán.

—Aunque Chastain lo hubiera negado todo, Elias podría haberle formulado las preguntas de forma que el jurado adivinara la verdad.

—También lo hubieran adivinado en el Parker Center —dijo Garwood—. Chastain habría quedado al descubierto. Pero ¿por qué habría querido Elias denunciar a su fuente, a alguien que venía ayudándole desde hacía varios años? ¿Por qué iba a renunciar a esa ayuda?

—Porque éste iba a ser el remate de su brillante carrera. El caso de más envergadura que Elias había abordado. El que lo colocaría en el mapa nacional y le llevaría a *Court TV, Sixty Minutes, Larry King* y a todos los programas de televisión más importantes. Elias estaba dispuesto a quemar a su fuente con tal de conseguir ese triunfo. Cualquier abogado lo habría hecho.

—Estoy de acuerdo.

Pero ninguno de los dos policías respondió a la pregunta de qué haría Chastain para impedir que le quemaran públicamente en el estrado. Sin embargo, para Bosch la cosa estaba clara. Si Elias demostraba no sólo que era su fuente sino que el detective había comprometido la investigación interna de la acusación presentada por Michael Harris, Chastain sería vilipendiado dentro y fuera del departamento.

Fuera donde fuera le señalarían con el dedo, lo que le colocaría en una posición insostenible. Bosch creía que Chastain estaría dispuesto incluso a matar para evitar que eso ocurriera.

—Gracias, capitán —dijo Bosch—. Tengo que irme.

—Nada de esto importa, ¿sabes? —Bosch se volvió hacia Garwood.

—¿Qué? —preguntó.

—Se ha emitido un comunicado, se ha celebrado una rueda de prensa, la historia es del dominio público y la ciudad está a punto de arder. ¿Crees que a los ciudadanos de South les importa qué policía mató a Elias? Les importa una mierda. Ya tienen lo que querían. Chastain, Sheehan, qué más da… Lo que importa es que lo matara un policía. Hagas lo que hagas, sólo conseguirás echar más leña al fuego. Si denuncias a Chastain descubrirás todo el pastel. Muchos saldrán perjudicados, perderán su trabajo, simplemente por querer evitar este follón. Piénsalo, Harry. A nadie le importa un carajo.

Bosch había captado el mensaje: calla y traga.

—A mí me importa.

—¿Crees que eso basta?

—¿Y qué hacemos con Chastain?

Garwood esbozó una breve sonrisa mientras sostenía el cigarrillo entre sus dedos.

—Algún día Chastain recibirá su merecido, no te quepa duda.

Ése era un nuevo mensaje que Bosch también captó.

—¿Y Frankie Sheehan? ¿Quién restituirá su buen nombre?

—Sí, eso sí que es importante —reconoció Garwood—. Frankie Sheehan era uno de mis hombres…, pero ha muerto y su familia ya no vive aquí.

Bosch guardó silencio, pero la respuesta le pareció inaceptable. Sheehan era su amigo y compañero. Dejar que alguien manchara su honor era mancharse a sí mismo.

—¿Sabes lo que me preocupa? —preguntó Garwood—. Quizá puedas aclararme una duda que tengo, puesto que tú y Sheehan fuisteis compañeros.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—La pistola que utilizó Sheehan. Tuya no era, ¿verdad? Ya sé que te lo han preguntado.

—No, no era mía. Habíamos pasado por su casa de camino a la mía, para que Frankie recogiera algunas cosas. Debió de recogerla entonces. Por lo visto los del FBI no la encontraron cuando registraron su casa.

Garwood asintió.

—Tengo entendido que tú le comunicaste la noticia a su mujer. ¿Le preguntaste por la pistola?

—Sí. Me dijo que no sabía nada de esa pistola, pero eso no…

—No tenía número de serie —le interrumpió Garwood—. Era una pistola ilegal.

—Ya.

—Y eso es justamente lo que me preocupa. Sheehan trabajó para mí durante muchos años y lo conocía bien. No era de esos tipos que se pasean por ahí con una pistola ilegal. Se lo pregunté a algunos de sus compañeros con los que trabajó después de que tú te trasladaras a Hollywood, y ninguno sabía nada de esa pistola. ¿Y tú, Harry? Tú trabajaste con él durante mucho tiempo. ¿Sabes si aparte de la pistola de reglamento tenía un arma ilegal?

De pronto Bosch lo comprendió todo. Fue como si hubiera recibido un mazazo de esos que le obligan a uno a permanecer inmóvil y mudo hasta recuperar el resuello.

Él sabía que Frank Sheehan no salía a trabajar con un arma ilegal. Era demasiado íntegro para hacer eso. De modo que si era demasiado íntegro para portar un arma ilegal, ¿por qué iba a tener una en casa? Bosch había tenido todo el rato, ante sus narices, tanto la pregunta como su lógica respuesta. Pero él no había reparado en ello.

Recordó entonces que cuando estaba sentado en el coche frente a la casa de Sheehan vio reflejado en el retrovisor el destello de unos faros y un vehículo aparcado junto a la acera a una manzana de distancia. Chastain. Él les había seguido. Para Chastain, Sheehan era el único cabo suelto que permitiría desenredar el ovillo.

Bosch recordó el testimonio de su vecina, quien había afirmado que oyó tres o cuatro disparos. Entonces comprendió que el suicidio de un policía ebrio había sido en realidad un asesinato premeditado.

—Hijo de puta —murmuró Bosch.

Garwood asintió. Había guiado a Bosch hasta el punto en el que se encontraba en ese momento.

—¿Comprendes ahora cómo lo hizo? —preguntó.

Bosch se afanó en poner en orden sus pensamientos para llegar a una conclusión lógica.

—Sí —respondió por fin.

—Bien. Voy a hacer una llamada. Voy a ordenar al agente que esté de guardia en el sótano que te deje echar un vistazo al registro de salidas. Sin hacer preguntas. Así tendrás la certeza.

Bosch abrió la puerta del coche, se apeó sin decir palabra y echó a andar hacia el suyo. Poco antes de alcanzarlo echó a correr. Ignoraba el motivo. No llevaba prisa y había dejado de llover. Lo único que sabía era que si se paraba se pondría a gritar.

37

Frente al Parker Center se había organizado una vigilia a la luz de las velas y una procesión fúnebre. La multitud portaba dos ataúdes de cartón —uno ostentaba la palabra JUSTICIA y otro ESPERANZA— mientras marchaba arriba y abajo de la plaza. Otros llevaban unas pancartas que decían:

JUSTICIA PARA LA GENTE DE TODOS LOS COLORES.

JUSTICIA PARA ALGUNOS ES INJUSTICIA PARA TODOS.

Unos helicópteros de varios canales de televisión sobrevolaban la escena, y en tierra había al menos seis equipos de televisión. Eran casi las once y todos ellos se disponían a emitir información en directo desde la cabeza de la manifestación.

Frente a la puerta de entrada un nutrido contingente de policías vestidos de uniforme y con cascos antidisturbios se hallaban preparados para defender el cuartel general de la policía en caso de que la multitud abandonara la actitud pacífica y pasara a la violencia. En 1992 una manifestación pacífica había acabado invadiendo el centro urbano y destruyendo todo cuanto halló a su paso. Bosch se dirigió apresuradamente hacia la puerta del vestíbulo, sorteando el desfile de manifestantes, y se coló a través de una abertura en la línea de defensa humana, manteniendo en alto su placa.

Una vez en el interior del edificio pasó frente al mostrador de la entrada, detrás del cual había cuatro policías que también llevaban casco, atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia la escalera. Bajó al sótano y echó a andar por el pasillo hacia el almacén donde guardaban las pruebas.

Al entrar reparó en que no había visto un alma desde que había pasado el mostrador de la entrada. El lugar parecía desierto. De acuerdo con el plan de emergencia, todo el personal disponible del turno A se hallaba en las calles.

Bosch miró a través de la ventanilla de tela metálica, pero no reconoció al policía que estaba de turno. Era un viejo veterano con un hermoso bigote blanco que contrastaba con su rostro congestionado por la ginebra.

En el Parker, a los policías que estaban para el desguace los trasladaban al sótano. El hombre se levantó del taburete y se acercó a la ventanilla.

—¿Qué tiempo hace? Aquí no hay ventanas.

—Está un poco nublado y amenaza una tormenta de las gordas.

—Ya. Imagino que Tuggins y los suyos estarán ahí fuera.

—No podían faltar.

—Los muy cabrones. Me pregunto si se sentirían más cómodos si no hubiera policías. Dudo de que les gustara vivir en la selva.

—Ésa no es la cuestión. Quieren que haya policías. Pero no quieren policías asesinos. ¿Quién puede reprochárselo?

—Algunos se merecen que los maten.

Bosch no replicó. Ni siquiera sabía por qué estaba discutiendo con aquel viejo. La placa que indicaba su nombre decía HOWDY[3]. Bosch hizo un esfuerzo por reprimir la carcajada. Aquel nombre tan cómico relajó la tensión y la ira que había acumulado a lo largo del día.

—¡Es mi nombre, joder!

—Lo siento. No me río de ti, sino de otra cosa.

—Ya.

Howdy señaló por encima del hombro de Bosch un pequeño mostrador sobre el que reposaban unos formularios y unos lápices sujetos con unos cordeles.

—Si quieres llevarte algo tienes que rellenar el formulario y anotar el número del caso.

—No sé el número del caso.

—Aquí hay pruebas de un millón de casos. Di un número a ver si aciertas.

—Quiero ver el registro de salidas.

—De acuerdo —dijo el viejo policía—. ¿Te envía Garwood?

—Sí.

—¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

Bosch no respondió. Howdy se agachó para tomar algo que Bosch no alcanzó a ver. Luego le tendió una tablilla con sujetapapeles a través de una abertura en la ventanilla de tela metálica.

—¿Qué fecha te interesa consultar? —preguntó el hombre.

—No estoy seguro —respondió Bosch—. Hace un par de días.

—Aquí tienes las salidas de una semana. Te interesa consultar las salidas, no las entradas, ¿verdad?

—Así es.

Bosch llevó la tablilla al mostrador donde se hallaban los formularios para examinarla sin que Howdy observara lo que hacía. Encontró lo que andaba buscando en la hoja superior. A las siete de la mañana Chastain había sacado una caja con unas pruebas. Bosch tomó un formulario y empezó a rellenarlo. Al ponerse a escribir observó que el lápiz era un Black Warrior número 2, la marca que solía utilizar el Departamento de Policía de Los Angeles.

Bosch se acercó de nuevo a la ventanilla con la tablilla y el formulario y los introdujo por la abertura.

—A lo mejor esa caja aún está en el carro de devolución —dijo Bosch—. Ha entrado esta mañana.

—No, ya está colocada en su lugar. Aquí somos muy ordenados, detective Friendly[4] —repuso el viejo policía mientras leía el nombre que Bosch había anotado en el formulario.

Bosch asintió sonriendo.

—Ya lo sé.

Howdy se montó en un carrito de golf y desapareció en las entrañas del gigantesco almacén. Al cabo de un par de minutos apareció de nuevo. Tras aparcar el carrito, se dirigió hacia la

ventanilla con una caja rosa sellada con cinta adhesiva, abrió la ventanilla de tela metálica con una llave y entregó la caja a Bosch.

—Conque detective Friendly —comentó en tono irónico—. ¿Te envían a las escuelas para que les digas a los chicos que no consuman drogas y no se junten con pandillas de gamberros?

—Algo parecido.

Howdy guiñó el ojo a Bosch y cerró la ventanilla. Bosch llevó la caja a una pecera para poder examinarla tranquilamente.

La caja contenía pruebas de un caso cerrado, la investigación de la muerte en un tiroteo de Wilbert Dobbs hacía cinco años a manos del detective Francis Sheehan. Aquella misma mañana había sido sellada con cinta adhesiva. Bosch utilizó una pequeña navaja que colgaba de su llavero para cortar la cinta y abrir la caja. Le llevó más tiempo abrir la caja que hallar lo que andaba buscando.

Bosch se abrió paso entre la multitud de manifestantes como si no existieran. Ni los veía ni oía sus cánticos de «Sin justicia no hay paz». Algunos profirieron insultos contra él, pero Bosch no hizo caso.

Sabía que uno no conquistaba la justicia portando pancartas ni ataúdes de cartón, sino defendiendo lo que era justo, sin apartarse de esa senda. Y sabía también que la justicia auténtica no tenía en cuenta ningún color salvo uno, el color de la sangre.

Antes de subirse en el coche abrió su maletín y rebuscó entre los papeles hasta hallar la hoja de servicio que había redactado el domingo por la mañana. Llamó al busca de Chastain y marcó el número de su móvil.

Luego permaneció sentado en el coche durante cinco minutos, esperando la llamada de Chastain mientras contemplaba a los manifestantes. Varios equipos de televisión abandonaban sus puestos y se dirigían apresuradamente con sus trastos hacia las furgonetas; los helicópteros ya habían abandonado el lugar. Bosch consultó su reloj y comprobó que eran las once menos diez. Algo gordo debía de haber ocurrido para que los medios de comunicación se marcharan a toda prisa antes de transmitir sus informaciones. Bosch encendió la radio, que estaba sintonizada en la KFWB, y oyó una noticia que transmitía un locutor con voz tensa y temblorosa:

«—… obligaron a apearse del camión y empezaron a apalearlos. Algunos de los presentes trataron de impedir la agresión, pero los jóvenes atacantes les obligaron a retroceder. Luego los bomberos fueron dispersados y salvajemente agredidos por varios grupos de atacantes hasta que aparecieron unas unidades de policía para rescatar a las víctimas, que fueron trasladadas en coches patrulla al hospital más cercano, el Daniel Freeman. La multitud prendió fuego al camión de los bomberos después de intentar volcarlo infructuosamente. La policía acordonó enseguida la zona y logró aplacar por fin los ánimos de la multitud. Aunque consiguieron detener a varios agresores, otros huyeron hacia los barrios residenciales que rodean Normandie Boule…».

El teléfono de Bosch comenzó a sonar. Apagó la radio y abrió el móvil.

—Bosch.

—Soy Chastain ¿qué quieres?

Bosch percibió unas voces y el sonido de la radio, lo que indicaba que Chastain no se encontraba en casa.

—¿Dónde estás? Tenemos que hablar.

—Esta noche no puedo. Estoy de guardia. Ya sabes, doce horas de trabajo y doce de descanso.

—¿Dónde te encuentras?

—En la maravillosa zona sur de Los Angeles.

—¿Estás en el turno A? Creí que todos los detectives estaban en el B.

—Todos menos los de Asuntos Internos. Nos han asignado el turno de noche. Mira, Bosch, no puedo entretenerme hablando de…

—¿Dónde estás? Iré a reunirme contigo.

Bosch hizo girar la llave del contacto y empezó a hacer marcha atrás.

—Estoy en la comisaría de la Setenta y siete.

—Voy para allá. Sal y reúnete conmigo dentro de quince minutos.

—Imposible. Estoy desbordado, Bosch. Tengo que procesar los datos de las detenciones y acaban de comunicarme que traen a una docena de salvajes que han atacado un camión de bomberos. Cuando intentaban apagar un fuego en la zona, esos animales se les echaron encima. ¡Esto es increíble, joder!

—Siempre lo es. Nos veremos frente a la comisaría dentro de quince minutos, Chastain.

—¿Es que no me entiendes, Bosch? Las cosas se han desmadrado y vamos a encerrar a esa pandilla de salvajes. No tengo tiempo de hablar contigo. Tengo que organizarlo todo para encarcelar a esos tíos. ¿Quieres que me coloque delante de la puerta de la comisaría para que uno de esos cabrones me pegue un tiro? ¿A qué vienen estas prisas, Bosch?

—Frank Sheehan.

—¿Qué?

—Nos vemos dentro de quince minutos. Espérame en la puerta de la comisaría, Chastain, o entraré a por ti. No creo que eso te guste.

Chastain empezó a protestar, pero Bosch cerró el móvil.

38

A Bosch le llevó veinticinco minutos llegar a la comisaría de la calle Setenta y siete. Tardó más de lo habitual debido a que la patrulla de carreteras de California había cerrado la interestatal 110 en ambos sentidos.

La 110 conducía desde el centro urbano hasta South Bay, al sur de Los Angeles. Durante los últimos disturbios, unos francotiradores habían disparado contra los automóviles que circulaban por ella, y otros grupos de incontrolados habían arrojado bloques de hormigón desde los pasos peatonales sobre los coches que circulaban por debajo. La patrulla de carreteras de Los Angeles había recomendado a los conductores que se desviaran por la interestatal de Santa Mónica que enlazaba con la de San Diego y conducía hacia el sur. Era un trayecto más largo pero más seguro, puesto que evitaba la zona caliente.

Bosch circuló durante todo el trayecto por las calles de superficie. Casi todas estaban desiertas y no tuvo que detenerse ante ningún semáforo ni señal de *stop*. Era como conducir a través de una población fantasma. Sabía que algunas de las zonas más conflictivas estaban siendo atacadas por los grupos de incontrolados y evitó circular por ellas. Bosch pensó en las imágenes que proyectaban los medios de comunicación y en las que él veía con sus propios ojos. La mayoría de los ciudadanos se habían atrincherado en sus casas, esperando que pasara la tormenta.

Eran gentes de bien, que permanecían encerradas en sus hogares contemplando la televisión y preguntándose si las imágenes que veían en la pantalla correspondían realmente a su ciudad.

Cuando Bosch llegó a la comisaría de la Setenta y siete, comprobó que la fachada aparecía también curiosamente desierta. Vio un autocar de la academia de policía atravesado frente a la entrada, a modo de escudo contra disparos y otros ataques. Pero no se veían ni manifestantes ni policías.

En cuanto Bosch se detuvo ante la puerta, en zona de aparcamiento prohibido, Chastain salió de la parte trasera del autobús y se dirigió apresuradamente hacia él. Iba de uniforme, con el arma en la cadera. Al acercarse, Bosch bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Dónde te has metido, Bosch? Dijiste que tardarías quince minutos.

—Ya lo sé. Sube.

—No, Bosch. No voy a ninguna parte contigo hasta que me digas qué coño estás haciendo aquí. Estoy de guardia.

—Quiero hablar sobre Sheehan y el informe de balística. Sobre el caso Wilbert Dobbs.

Chastain retrocedió un paso, como si el nombre de Dobbs le hubiera impresionado. Bosch observó la cinta de experto tirador que Chastain lucía en el uniforme, debajo de su placa.

—No sé de qué me hablas, pero el caso de Sheehan está cerrado. Frankie ha muerto, Elias ha muerto. Todo el mundo ha muerto. Y ahora tenemos… La ciudad entera ha estallado.

—¿Y quién tiene la culpa?

Chastain miró a Bosch como si intentara adivinar sus pensamientos.

—¿A qué viene esto, Bosch? Estás cansado, necesitas dormir. Todos estamos agotados.

Bosch abrió la puerta del coche y se apeó. Chastain retrocedió otro paso y alzó la mano derecha hasta apoyar el pulgar en la parte superior del cinturón, junto a la pistola. Existían unas normas no escritas de enfrentamiento. Ésta era una de ellas. Bosch comprendió que pisaba terreno peligroso. Pero estaba preparado.

Bosch se volvió y cerró la puerta del coche. Mientras Chastain observaba ese gesto, Bosch metió la mano rápidamente dentro de la chaqueta, desenfundó su pistola y apuntó a Chastain antes de que el detective de Asuntos Internos pudiera reaccionar.

—De acuerdo, lo haremos como tú quieras. Coloca las manos en el techo del coche —dijo Bosch.

—Pero ¿qué coño…?

—¡Coloca las manos en el techo del coche!

Chastain alzó las manos.

—Vale, vale… No hace falta que te pongas así, joder.

Chastain se acercó al coche y apoyó las manos en el techo. Bosch se acercó por detrás y le sacó la pistola de la funda. La introdujo en la suya y retrocedió un paso.

—Imagino que es inútil que te cachee para comprobar si llevas otra pistola, la usaste para matar a Frankie Sheehan, ¿no es cierto?

—No sé de qué cojones me estás hablando.

—No importa.

Bosch apoyó la mano derecha en la espalda de Chastain, le quitó las esposas del cinturón y le esposó los brazos a la espalda.

A continuación se colocó delante de Chastain y le obligó a sentarse en el asiento posterior del sedán, detrás del conductor. Luego se puso al volante, sacó la pistola de Chastain de su funda, la guardó en su maletín y volvió a enfundar su pistola. Por último ajustó el retrovisor para ver bien a Chastain y oprimió el botón que cerraba automáticamente las puertas traseras del vehículo.

—No te muevas para que yo pueda verte en todo momento.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Adónde me llevas?

Bosch metió la directa y arrancó. Enfiló hacia el oeste hasta llegar a Normandie, donde dobló hacia el norte. Transcurrieron casi cinco minutos antes de que se dignara responder a la pregunta de Chastain.

—Vamos al Parker Center —dijo—. Cuando lleguemos allí me contarás lo de los asesinatos de Howard Elias, Catalina Pérez… y Frankie Sheehan.

Bosch sintió que la rabia le atenazaba la garganta. Pensó en uno de los mensajes no verbales que le había transmitido Garwood. Éste quería que se hiciera justicia en las calles, y en aquellos momentos Bosch también.

—De acuerdo, regresemos al Parker —dijo Chastain—. Pero no sabes lo que dices. ¡Estás loco! El caso está cerrado, Bosch. ¡A ver si te enteras!

Bosch recitó la lista de derechos constitucionales que evitaban que un detenido se autoinculpara y preguntó a Chastain si los había entendido.

—Que te den por el culo.

Bosch siguió adelante, echando un vistazo al retrovisor cada pocos segundos.

—Eres policía. Ningún juez creerá que no conocías tus derechos.

Bosch aguardó unos instantes y observó a su detenido por el retrovisor antes de proseguir.

—Tú eras la fuente de Elias, tú le proporcionabas la información que precisaba para un caso. Tú…

—Te equivocas.

—… traicionaste al departamento. Eres el tipo más despreciable que me he echado a la cara, Chastain. ¿No era ésa una de tus expresiones favoritas? Eres un gusano, un pedazo de mierda…, un hijo de puta.

Bosch vio unas barricadas que la policía había levantado en la calle. A unos doscientos metros divisó unas luces azules parpadeantes y el resplandor de un fuego, lo cual indicaba que se acercaban al lugar donde los salvajes habían atacado a los bomberos y prendido fuego al camión.

Al llegar a las barricadas dobló hacia la derecha, y en cada cruce miró hacia el norte en busca de una salida. En aquella zona se sentía fuera de su elemento. Nunca había trabajado en ninguna de las divisiones del departamento en South Central y no conocía bien el lugar. Temía perderse si se alejaba mucho de Normandie, pero al mirar a Chastain por el retrovisor no manifestó su preocupación.

—¿Quieres contármelo, Chastain, o prefieres seguir mudo?

—No tengo nada que contarte. Disfruta de tus últimos momentos con placa. Lo que haces es un suicidio. Te estás suicidando, Bosch, como tu amigo Sheehan.

Bosch pisó el freno y el coche se detuvo bruscamente. Desenfundó la pistola y se volvió en el asiento, apuntándole con ella.

—¿Qué has dicho?

Chastain lo miró aterrorizado, temiendo que Bosch estuviera a punto de perder el control.

—Nada, hombre. Sigue conduciendo. Cuando lleguemos al Parker aclararemos este asunto.

Bosch volvió a acomodarse en el asiento y arrancó. Cuatro manzanas después volvió de nuevo hacia el norte, confiando en haber dejado atrás la zona caliente y en poder tomar por Normandie.

—Hace un rato he estado en el sótano del Parker —dijo.

Bosch miró por el retrovisor para ver si su comentario había hecho mella en Chastain. Pero éste permanecía impasible.

—He examinado las pruebas del caso Wilbert Dobbs, y el registro de salida. Tú las sacaste esta mañana, tomaste las balas de la nueve reglamentaria de Sheehan, las que disparó contra Dobbs hace cinco años, y enviaste tres de ellas a balística diciendo que eran las balas extraídas del cuerpo de Howard Elias durante la autopsia. Te lo montaste para hundirlo. Pero el que estás hundido eres tú, Chastain.

Bosch miró por el retrovisor. Chastain había mudado de expresión, acusando el mazado recibido. Bosch se apresuró a rematar la jugada.

—Tú mataste a Elias —dijo en voz baja, esforzándose en apartar la vista del retrovisor y fijarla en la calzada—. Iba a obligarte a subir al estrado para denunciarte. Iba a interrogarte sobre los auténticos resultados de tu investigación porque tú se lo habías contado. El caso era demasiado importante. Elias sabía que si lo ganaba conseguiría un gran prestigio, y decidió prescindir de ti. Estaba dispuesto a sacrificarte con tal de ganarlo. Tú perdiste los papeles. O puede que seas un tipo frío y calculador. El viernes por la noche seguiste a Elias y cuando subió el funicular de Angels Flight lo asesinaste. Luego te diste cuenta de que había otra persona en el coche, Catalina Pérez, y tuviste que matarla también. ¿Me equivoco, Chastain?

Chastain no respondió. Al llegar a un cruce, Bosch se detuvo y miró hacia la izquierda. Vio una zona iluminada y dedujo que era Normandie.

No vio barricadas ni luces azules, de modo que dobló hacia la izquierda y se dirigió hacia allí.

—Tuviste suerte —continuó—. El caso Dobbs encajaba a la perfección. Al examinar los expedientes comprobaste que Sheehan había amenazado a Elias y eso acabó de redondear el asunto. Investigaste el caso y te las ingeniaste para tener acceso a las pruebas de la autopsia. Eso te dio la oportunidad de hacerte con las balas, que cambiaste por otras. Claro que las marcas de identificación en los proyectiles eran distintas, pero esa discrepancia sólo aparecería si se celebraba un juicio, si juzgaban a Sheehan.

—¡Cállate, Bosch! No quiero seguir escuchándote. No quiero…

—¡Me importa un carajo lo que quieras! ¡Vas a escucharme te guste o no, pedazo de mierda! Éste es Frankie Sheehan que te habla desde la tumba. ¿Lo entiendes? Querías cargarle el muerto a Sheehan pero tu plan no daría resultado si lo juzgaban porque la policía científica declararía que esas marcas no se correspondían con las que ella había observado en las balas, que se había producido un cambio. De modo que tuviste que asesinar también a Sheehan. Anoche nos seguiste. Vi los faros de tu coche. Nos seguiste y mataste a Frankie Sheehan. Te lo montaste de forma que pareciera que estaba borracho y se había suicidado, con muchas cervezas y muchos disparos. Pero yo sé cómo lo hiciste. Le metiste una bala y luego disparaste un par de balas más apretando su mano alrededor de la culata. Todas las piezas encajaban. Pero he descubierto tu montaje.

Bosch sintió que la furia le ahogaba. Alzó el brazo y le pegó un manotazo al retrovisor para no contemplar el rostro de Chastain. Casi habían llegado a Normandie. La calle estaba despejada.

—Conozco la historia —dijo Bosch—. No puedes engañarme. Pero quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué te convertiste en el soplón de Elias? ¿Te pagaba por tus servicios, o lo hiciste porque odiabas tanto a los policías que querías hundirlos a toda costa?

Chastain siguió callado. Al llegar a una señal de *stop*, Bosch miró hacia la izquierda y divisó de nuevo las luces azules y las llamas. Habían rodeado el cordón establecido por la policía. Las barricadas estaban situadas a una manzana; Bosch frenó para observar la escena. Vio coches patrulla detrás de las barricadas. En la esquina había una pequeña licorería con la vitrina hecha añicos; del marco de la misma colgaban unos fragmentos de cristal. El suelo de la fachada estaba sembrado de botellas rotas y otros restos del ataque perpetrado por los asaltantes.

—¿Ves esto, Chastain? ¿Ves este desastre? El culpable…

—Bosch…

—… eres tú. Todo esto…

—… ¡Estamos atrapados!

—… es obra tuya.

Al percatarse del terror que denotaba la voz de Chastain, Bosch se volvió hacia la derecha. En aquel instante un trozo de hormigón atravesó el parabrisas y aterrizó en el asiento. A través de la lluvia de cristal, Bosch vio a una multitud que se precipitaba hacia el coche. Unos jóvenes con el rostro tenso y enfurecido avanzaban en bloque hacia ellos. Una botella voló por los aires hacia el coche. Bosch la vio con tal nitidez que incluso le dio tiempo a leer la etiqueta. *Southern Comfort*. ¡Qué ironía!

La botella atravesó el boquete del parabrisas y estalló sobre el volante, rociando la cara y los ojos de Bosch con un chorro de alcohol y cristales. Bosch soltó automáticamente el volante para cubrirse el rostro, pero fue demasiado tarde. Los ojos le escocían.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Chastain de pronto.

En aquel momento una lluvia de proyectiles de todo tipo destrozó otros cristales del vehículo. Bosch oyó que alguien golpeaba la ventanilla de su lado y el coche empezó a oscilar violentamente. También oyó que alguien tiraba de la manecilla de la puerta y el estrépito de más trozos de cristal que caían a su alrededor. Luego oyó los gritos airados e ininteligibles de la multitud. Y unos gritos procedentes del asiento posterior, de Chastain. De pronto unas manos lo agarraron a través de la ventanilla destrozada, tirándole del pelo y de la ropa. Bosch pisó el acelerador y dio un volantazo hacia la izquierda mientras el coche arrancaba. Pese al dolor y a la visión borrosa logró mantener los ojos abiertos para no perder el control del vehículo. El coche avanzó por las calles desiertas de Normandie hacia las barricadas. Allí estaría seguro. Bosch mantuvo la mano sobre el claxon, pasó por entre las barricadas y frenó unos metros después. El coche pegó unos bandazos y se detuvo.

Bosch cerró los ojos y permaneció inmóvil. Percibió unos pasos y unas voces, pero sabía que eran policías. Estaba a salvo. Quitó la llave del contacto. Cuando abrió la puerta, enseguida le ayudaron a descender del vehículo. Oyó las voces reconfortantes de los policías.

—¿Estás bien?

—Mis ojos…

—No te muevas. Pediré que envíen una ambulancia. Apóyate en el coche.

Bosch oyó que alguien informaba por radio de que había un policía herido que requería una inmediata atención médica. Bosch nunca se había sentido tan a salvo como en aquellos momentos. Deseaba dar las gracias a cada uno de sus salvadores. Estaba sereno y al mismo tiempo mareado, como cuando había salido ileso de los túneles en Vietnam. Se cubrió el rostro con las manos y trató de abrir un ojo. Sintió un chorro de sangre que se deslizaba por el tabique nasal. Pero estaba vivo.

—No te toques la cara. Esa herida tiene mal aspecto —dijo alguien.

—Pero ¿qué hacías ahí solo? —preguntó otra voz.

Bosch consiguió abrir el ojo izquierdo. Ante él había un joven policía negro, y a su derecha un policía blanco.

—No estaba solo.

Bosch se asomó a la parte trasera del coche y comprobó que estaba vacía. El asiento delantero también estaba vacío. Chastain se había largado. El maletín había desaparecido. Bosch echó un vistazo hacia la calle y la multitud. Luego se pasó la mano por los ojos para limpiarse la

sangre y el alcohol que los empañaba. En el extremo de la calle vio un grupo compacto de unos quince o veinte hombres, todos ellos vueltos hacia el interior del círculo, hacia el centro de aquella masa ondulante. Bosch observó unos movimientos violentos, piernas asestando patadas, manos alzándose en el aire y descargando una lluvia de puñetazos sobre el objeto que ocupaba el centro del grupo.

—¡Joder! —gritó el policía que estaba junto a Bosch—. ¿Es uno de los nuestros? ¿Han atrapado a un policía?

El hombre no aguardó la respuesta de Bosch. Tomó de nuevo la radio y pidió que enviaran urgentemente todas las unidades disponibles para auxiliar a un policía al que estaban atacando.

Su voz sonaba tensa, horrorizada ante lo que ocurría a una manzana de distancia. Luego los dos policías echaron a correr hacia sus coches patrulla y los vehículos partieron a toda velocidad hacia la multitud.

Bosch contempló la escena. La configuración de la multitud cambió de pronto. El objeto de su atención ya no estaba en el suelo, sino en lo que alzaron en el aire. Bosch vio el cuerpo de Chastain suspendido sobre las cabezas de la multitud, como un trofeo que pasaba de mano en mano de los vencedores. Tenía la camisa destrozada, la placa se había desprendido, las muñecas esposadas todavía.

Había perdido un zapato y un calcetín, y su pie blanco como el marfil destacaba como un hueso asomando a través de la piel. Desde donde se encontraba no alcanzó a ver si tenía los ojos abiertos. La boca sí estaba abierta. Entonces oyó un alarido, que al principio confundió con el aullido de la sirena de un coche patrulla que acudía a rescatarlo. Pero luego se dio cuenta de que había sido Chastain quien había gritado, instantes antes de caer de nuevo en el centro de la multitud y desaparecer engullido por ésta.

39

Bosch observó desde las barricadas mientras un pelotón de policías uniformados invadía el cruce hacia la multitud de incontrolados. El cuerpo de John Chastain yacía en el suelo como una bolsa de ropa sucia que se hubiera caído de una furgoneta. Al examinarlo comprobaron que era demasiado tarde para salvarle la vida. Los helicópteros de la televisión sobrevolaban la escena mientras un equipo médico se apresuraba a atender a Bosch. Le limpiaron y dieron unos puntos en los cortes que tenía en la nariz y en la ceja izquierda, pero Bosch se negó a que lo trasladaran en ambulancia al hospital. Después de extraerle los fragmentos de cristal y de ponerle unas gasas y vendajes lo dejaron tranquilo.

Bosch se entretuvo un rato —no habría sabido decir cuánto— deambulando detrás de las barricadas hasta que se le acercó un teniente de la patrulla y le informó que debía regresar a la comisaría de la calle Setenta y siete para ser entrevistado por los detectives que iban a hacerse cargo de la investigación. El oficial dijo que dos agentes le acompañarían a la comisaría. Bosch asintió con la cabeza, medio aturdido, mientras el teniente daba la orden por radio. Bosch contempló la tienda que habían asaltado al otro lado de la calle, detrás del teniente. El letrero luminoso verde decía Licores Fortune. Bosch indicó que enseguida estaría listo. A continuación cruzó la calle y entró en la tienda.

Era un local largo y estrecho que antes de lo ocurrido aquella noche tenía tres naves llenas de mercancías. Pero los asaltantes habían robado o derribado todos los productos de las estanterías. El suelo estaba sembrado de botellas rotas y desperdicios y el lugar apestaba a cerveza y vino. Bosch se acercó al mostrador, tratando de sortear los restos de mercancía desperdigados por el suelo, pero lo único que vio sobre él fue los aros de plástico de un *pack* de seis cervezas. Luego se inclinó sobre el mostrador, y a punto estuvo de soltar un grito al descubrir a un enjuto asiático sentado en el suelo, con las piernas encogidas y los brazos cruzados sobre las rodillas.

Se miraron unos instantes. El hombre tenía un lado del rostro enrojecido y tumefacto. Bosch supuso que le había alcanzado una botella. Lo saludó con un gesto de la cabeza, pero el hombre no respondió al saludo.

—¿Se encuentra bien?

El hombre asintió, pero sin mirarle.

—¿Necesita atención médica?

El hombre denegó con la cabeza.

—¿Se han llevado todos los paquetes de tabaco?

El hombre no respondió. Bosch se inclinó más para mirar debajo del mostrador. La caja registradora estaba en el suelo. Había unas bolsas marrones y librillos de cerillas esparcidos por todas partes. Y un montón de cartones vacíos de tabaco. Bosch rebuscó en vano entre los desperdicios del suelo.

—Tenga.

Bosch miró al hombre que estaba sentado en el suelo. Éste sacó un paquete de Camel del bolsillo y ofreció a Bosch el último cigarrillo que le quedaba.

—No, gracias. Es el último que le queda.

—Es igual.

Bosch dudó unos instantes.

—¿Está seguro?

—Vamos, tómelo.

Bosch aceptó el cigarrillo y le dio las gracias con un gesto de cabeza. Luego recogió un librillo de fósforos del suelo.

—Se lo agradezco.

Bosch se despidió del hombre con otro gesto de cabeza y se marchó.

Una vez fuera, Bosch se llevó el cigarrillo a la boca y aspiró aire a través de él, deleitándose con su sabor. Acto seguido abrió el librillo de cerillas, encendió el cigarrillo y dio una profunda calada, reteniendo el humo en los pulmones.

—Mierda —dijo.

Bosch observó las volutas de humo que se disipaban en el aire. Cerró el librillo y lo examinó. En un lado ponía Licores Fortune y en el otro Cerillas Fortune. Luego lo abrió de nuevo y leyó el aforismo que aparecía escrito en el interior, sobre las cabezas rojas de los fósforos.

Dichoso aquél que halla solaz en sí mismo.

Bosch cerró el librillo de fósforos y lo guardó en el bolsillo. Al hacerlo palpó un objeto extraño y lo sacó. Era la bolsita de arroz de su boda. La arrojó al aire y la atrapó al caer, estrujándola con fuerza. Luego volvió a guardársela.

Bosch alzó la vista por encima de las barricadas y contempló el cruce donde yacía el cadáver de Chastain cubierto con un impermeable amarillo que habían sacado del maletero de uno de los coches patrulla. La policía había establecido otro cinturón dentro del primero y había iniciado la investigación de la muerte de Chastain.

Bosch pensó en Chastain y en el terror que debió de sentir al final, al caer en manos de aquellos salvajes. No se compadeció. Él había cavado su propia tumba.

En el cielo oscuro surgió un helicóptero que aterrizó en Normandie. Se abrieron las puertas del aparato y descendieron el subdirector Irvin Irving y el capitán John Garwood, dispuestos a asumir el control de la situación y dirigir la investigación. Con paso rápido se dirigieron hacia el grupo de agentes que custodiaban el cadáver. El aire que había levantado el helicóptero alzó una esquina del impermeable que cubría el cuerpo de Chastain, y Bosch vio que tenía el rostro vuelto hacia el firmamento. Un agente se apresuró a cubrirlo de nuevo.

Irving y Garwood se hallaban a cincuenta metros de Bosch, pero al parecer sabían que se encontraba allí y ambos lo miraron simultáneamente. Bosch los miró a su vez sin inmutarse.

Garwood, vestido con su impecable traje, señaló a Bosch con la mano derecha, en la que sostenía un cigarrillo. Bosch sabía lo que ocurriría seguidamente. El hombre que resolvía todos los problemas había acudido para cumplir con su misión. Él se encargaría de idear y difundir la versión oficial de los hechos. Chastain se convertiría en un mártir del departamento: raptado del coche patrulla por una multitud de incontrolados, que lo habían esposado con sus propias esposas y lo habían apaleado hasta matarlo. Su asesinato justificaría todos los desmanes que la policía hubiera cometido esa noche. De forma tácita, su muerte serviría para vengar la de Elias. Su asesinato —transmitido por los buitres mecánicos que sobrevolaban la zona— serviría para poner fin a los disturbios. Pero nadie, salvo unos pocos, sabría que había sido Chastain quien los había provocado.

Bosch también sabía que Irving se aprovecharía de él, porque tenía en sus manos lo único que le quedaba, lo único que aún le importaba: su trabajo. Sabía que Irving le obligaría a guardar silencio a cambio de él. Y Bosch aceptaría el trato.

40

Bosch no dejaba de pensar en aquellos instantes en que se había quedado ciego y había sentido unas manos que trataban de sacarlo del vehículo. Pese al terror, una lúcida tranquilidad se había apoderado de él y casi gozaba recordando aquel momento. Había experimentado una extraña paz. En aquellos instantes había hallado una verdad esencial. De algún modo había comprendido que se salvaría, que un hombre justo estaba más allá del alcance de los caídos.

Bosch pensó en Chastain y en el último grito que había proferido, un grito tan potente y desgarrador que casi parecía inhumano. Era el alarido de los ángeles caídos cuando vuelan hacia el infierno. Bosch sabía que jamás se permitiría olvidarlo.



MICHAEL CONNELLY. Decidió ser escritor tras descubrir la obra de Raymond Chandler. Con ese objetivo, estudió, periodismo y narración literaria en la Universidad de Florida. Durante años ejerció como periodista de sucesos, para dedicarse después a la escritura. El detective Harry Bosch, a quien presentó en su primera obra, *El eco negro*, protagoniza la mayoría de sus novela posteriores, de las que cabe destacar: *El poeta, Deuda de sangre, Ciudad de huesos* o *Cauces de maldad*. La obra de Connelly ha sido traducida a 35 idiomas y ha recibido premios como el Edgar, Grand Prix, Bancarella o Maltese Falcon.

Notas

[1] Suponemos que estas cantidades se refieren a precios de alquiler, ya que luego habla del valor total de la casa en un cuarto de millón de dólares. (N. del E. D.). <<

[2] En inglés, la letra i y la palabra *eye* (ojo) se pronuncian igual. (N. de la T.) <<

[3] Traducible por «¿qué tal»? (N. de la T.) <<

[4] Amistoso, simpático. (N. de la T.) <<